

# LOS HIJOS DE LOS MAGOS MUERTOS



ISABEL CLEMENTE BURCIO

LOS HIJOS DE LOS  
MAGOS MUERTOS  
Isabel Clemente Burcio

LOS HIJOS DE LOS MAGOS MUERTOS

Copyright © Isabel Clemente Burcio.

Ilustración de portada: Libertad Delgado.

Corrección: Néstor Belda.

Maquetación: David Generoso.

ISBN: 978-84-09-16110-2

Todos los derechos reservados.

Para Carmen y Rodrigo

# CAPÍTULO 1

## Elle

La luna es enemiga de los ladrones. Elle lo sabía, pero cualquier explicación que sonase a excusa era una ofensa personal para Samuel Chevalier, el falso conde de Arnaque.

El aire de poniente transportó las nubes contaminadas de las fábricas hacia el puerto y comenzó a ocultar la luna para facilitarle la tarea. Sonrió bajo su pañuelo negro, aceleró el paso, saltando de tejado en tejado, y se dejó resbalar hasta las cornisas de madera con cuidado de no caer al mar. Corrió por la primera pasarela sin agarrarse de las cuerdas. Sentía cómo se balanceaba a su paso hasta que llegó al otro lado del canal. El agua, negra y brillante, olía a pescado y monstruos marinos. El barrio, iluminado por farolas de fuego de un suave naranja, mostraba las estructuras de madera podrida y los pequeños amarraderos en las entradas de cada residencia de puerto Borthum. La primera parte del recorrido siempre le resultaba complicada. Las viviendas del puerto fueron construidas sobre rocas bañadas por el mar salvaje, de forma que ese tramo de Akwaburgo eran canales de agua salada, oscura y profunda, sobre el propio río Renjösh, que discurría por el medio de la ciudad. Las casas eran estrechas y altas, y sus tejados resbaladizos.

Se sujetó el pañuelo que ocultaba su rostro para evitar el olor de los gases putrefactos al llegar a Bidhom, el barrio negro. Lo nombraban así porque tanto la piedra como la madera de las residencias se habían oscurecido con el paso del tiempo y la contaminación de las fábricas. La mayoría de los habitantes de Akwaburgo vivían en esta zona, donde trabajaban por unos míseros cobres y un mendrugo de pan duro a mitad de la jornada laboral.

Se detuvo. Dudó si seguir por los tejados o bajar al suelo empedrado y esconderse por los numerosos callejones. Se decidió por la segunda opción tras ver a un grupo de dragones que volaban en círculo alrededor de la torre del reloj, además de un par de naves aerostáticas que surcaban el cielo. Será más seguro, se dijo. Ocultó su rostro con la capucha de su capa y comenzó a correr con largas zancadas. Cada pocos metros, se escondía en un recoveco.

Reighkei, el barrio de los palacios, le quitó el aliento. Siempre lo hacía. Era la parte de la ciudad donde vivían los comerciantes más prósperos y los dueños de las empresas. Piedras limpias y mármol travertino. Esa zona de Akwaburgo olía a dinero. Las mansiones estaban separadas por hermosos jardines rodeados de robustas verjas, tan espaciadas entre ellas que ni con unas alas se podía saltar de unas a otras. En las entradas había vehículos a motor con diseños de lo más dispares.

El trabajo de esa noche era sencillo. Cuando uno de los distinguidos empresarios de Akwaburgo disfrutaba con el juego, las señoritas o el alcohol, Samuel Chevalier avisaba a Elle, que era la encargada de buscar algo de valor en su vivienda, lo suficiente para que resultase rentable sin que fuese un golpe llamativo. Desde que era una niña, Samuel había confiado en su buen criterio para esas decisiones. Esa noche, su víctima era un empresario naval, famoso por haber dado con un sistema de navegación aérea para vehículos de pequeñas dimensiones, y que estaba celebrando un gran éxito empresarial que le permitiría ser un poco más rico. Al llegar, Elle

saltó la verja del jardín en lugar de abrirla. Hacía tiempo que había aprendido que solían ser muy pesadas y que hacían un ruido poco conveniente para sus planes. Al oír ladridos y gruñidos, del bolsillo de su capa sacó dos enormes filetes. Los perros no tuvieron problema en saborear las viandas aderezadas con hierbas tranquilizantes que le había preparado Lyan. Mientras saboreaban el festín, se dejaron acariciar hasta dormirse.

Elle bajó al cuello su pañuelo. Después se palpó los bolsillos para buscar el juego de llaves que había escamoteado al pardillo en el local de Chevalier. Entró en la casa y dejó la puerta entreabierta por si tenía que salir huyendo. Soltero y reservado, las únicas compañías del empresario, un viejo mayordomo y su mujer, dormían en el piso de abajo.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Comenzó a contar despacio y acompasó la respiración a cada segundo. Su particular hábito era fruto de su obsesión por controlar el tiempo que dedicaba a cada golpe. No más de quince segundos para inspeccionar una habitación pequeña, treinta para una mediana y sesenta para una grande. Si nada le llamaba la atención, entraba en la siguiente. Trabajar sola, cuantificar la duración del golpe, su discreción y cautela, ser rápida pero reflexiva en los momentos de crisis, sumados a su poder de concentración, agudeza visual, sigilo e ingenio, la hacían ser la mejor.

La vivienda la habría impresionado si no fuera porque ya estaba muy acostumbrada a los trabajos que le encargaba Chevalier. Las paredes estaban cubiertas de papeles pintados a mano en tonos granates; los suelos pulidos con cera y arropados por alfombras tsuradeths, todo rematado por una escalera imperial de mármol frente a la puerta. Se dirigió al salón, donde admiró los muebles de maderas nobles, los sillones de piel y los grandes cuadros, tapices y esculturas. Nada que ella pudiera transportar en sus bolsillos de vuelta al burdel. Subió por las escaleras y siguió contando. En la habitación del empresario encontró, sobre un periódico, un par de relojes de bolsillo. Eligió uno de ellos y lo escondió bajo su corpiño. Decidió ignorar un valioso anillo con un enorme sello heráldico tras pensar que sería un recuerdo de familia, pero rebuscó en los cajones hasta que encontró dinero y mercancía suficiente que compensaba el trabajo. Bajó deslizándose por el pasamano de la escalera y saltó sobre la alfombra sin emitir sonido alguno. Cuando salió de la vivienda, los perros seguían dormidos. Volvió en dirección al puerto, pero ahora sin correr, para no llamar la atención. Cuando llegó a uno de los callejones de Bidhom, comenzó a escalar por una canaleta de agua.

—¿Dónde crees que vas?

Alguien la agarró de los pies y la bajó al suelo de un fuerte tirón. Su atacante la inmovilizó por la espalda. Oía a alcohol, tabaco rancio y sudor. Elle sintió que la cartuchera de una pistola se le clavaba en la espalda, pero no pudo ver si le apuntaba. No dudó en morderle la mano a la vez que se giraba para propinarle un codazo en las costillas.

—Zorra estúpida —dijo el atacante arrastrando las palabras.

Una pipa de fumar cayó junto a sus pies. Elle consiguió girarse, pero recibió un fuerte puñetazo en la cara.

—Mark Manos Largas, ¿por qué no me dejas trabajar en paz? —dijo Elle tras lamerse la sangre del labio.

—Dame todo lo que tienes. Yo le entregaré el botín al conde de Arnaque. Tengo unas deudas con él.

—¿Y le robas para pagar tu deuda, necio gilipollas? ¡Pues, coge esto primero! —Con un rápido movimiento sacó su daga y se la clavó en la pierna.

Manos Largas la soltó con un alarido y cayó al suelo berreando sobre su bombín negro aplastado, y con su mostacho unido a sus enormes patillas mojado por sus propias babas.

—Eres un pedazo de mierda, puto mafiosillo de tres al cuarto. Si vuelves a hacer algo similar, no dudaré en rajarte la garganta y dejarte morir sobre un charco de sangre. —Elle le sacó el cuchillo de la pierna, lo limpió en su chaleco y lo guardó.

Echó a correr hacia las sombras de los tejados de las viviendas más cercanas, donde encontró un muro de piedra adecuado para trepar. Se sujetó con fuerza a la canaleta del agua hasta que llegó a la azotea y siguió su camino lo más rápido que las resbaladizas tejas le permitieron.

Como ella, Manos Largas formaba parte del grupo de secuaces de Samuel y Héctor Chevalier. Los hermanos habían llegado a la ciudad siendo casi unos niños, y escalaron por las esferas de la corrupción hasta hacerse con los suburbios de la ciudad. Organizaron el mercado de esclavos, montaron burdeles, salones de espectáculos y salas de juegos, controlaron el negocio de drogas, sexo y apuestas de la ciudad. Sus negocios, aunque poco respetados entre la falsa moral de los habitantes, era legales y muy lucrativos para sus dueños. Daban trabajo a los pobres y placer a los ricos. Pronto se hicieron con el control de Akwaburgo por medio del fraude, la estafa, el robo y la violencia. Los hombres de los Chevalier robaban, tanto para sus jefes como para ellos mismos, y cuanto más peligrosos, más estúpidos eran.

Elle llevaba un par de años sirviéndoles cuando le dijeron que era el momento de comenzar a trabajar, aunque ya tenía las manos encallecidas y sangrantes de tanto fregar. Por entonces tendría trece años, por lo que calculaba que ahora debía de tener unos quince. Nunca estuvo segura de su edad. No tenía recuerdos de su infancia, solo a partir del momento en que la utilizaron de sirvienta. Sus manos pequeñas y regordetas sobre los cepillos frotando el suelo, el cubo de fregar grande y pesado, largos pasillos de fría piedra y escaleras enormes. Las patadas en las costillas y la dureza del suelo donde dormía; las caras borrosas que le chillaban y los labios con heridas de tanto mordérselos para contener el llanto. Nunca supo si tenía cuatro, cinco o seis años. Su memoria se remontaba al mercado de esclavos, cuando la vendieron al prostíbulo de madame René, la pareja de Samuel Chevalier. La lavaron, peinaron, perfumaron y le dieron ropa limpia que transparentaba su infantil y desnutrido cuerpo. Sin embargo, sí recordaba con claridad la primera vez que intentaron prostituirla. La sangre caliente del primer cliente y cómo, sin salir del asombro, se sujetaba el estómago mientras miraba el cuchillo que Elle empuñaba; y luego, la paliza que recibió. La segunda vez que lo intentaron, acabó con un resultado similar. Para evitar habladurías sobre que las prostitutas de madame René asesinaban a sus clientes, hicieron correr el rumor de que había sido un encargo de Samuel Chevalier por unas deudas del muerto. El falso Conde se benefició: los plazos de devolución de sus deudores se redujeron y se incrementaron los temores hacia su persona, y Elle se convirtió en su sicario, aunque sus funciones reales, a partir de ese momento, fueron las de ladrona y espía. La gente temía a Chevalier, y Elle los aterrorizaba.

Sentada en un tejado, en la frontera de Reighkei con el barrio negro, podía contemplar casi toda la ciudad. Las calles estaban desiertas, apenas se vislumbraba la luz parpadeante de alguna vela tras los sucios cristales de alguna de las casas cercana a las fábricas. El cielo estaba despejado de naves, solo se oían los rugidos de los dragones que seguían volando en círculo alrededor de la esfera de la torre del reloj.

La sobresaltaron unos chirridos y el sonido de golpes secos contra un cristal. Bajó hasta el tejado de una pequeña buhardilla y se asomó.

Un cadáver, con capa azul, yacía colgado del cuello por unas cadenas atadas a un poste de madera. El viento golpeaba el cuerpo inerte contra las ventanas de la vivienda. Las cadenas chirriaban con el balanceo. La capa azul y los tatuajes de las manos eran la seña de identidad de los magos.

Elle saltó al poste y se deslizó hasta llegar al empedrado de la calle. Frente al cadáver, se



colocó la capucha para que nadie la reconociera y observó con detenimiento la escena. Se preguntó quién querría matar a un todopoderoso mago en esta ciudad y por qué lo habían colgado como un trozo de carne y en esa parte tan alejada del Liceo. Cuando estuvo segura de recordar cada detalle, volvió a subir a los tejados para marcharse.

En la confluencia de Bidhom y puerto Borthum se encontraba el prostíbulo, con puertas de acceso por ambos barrios. Como siempre, entró por la ventana de su habitación, que había dejado abierta. Su amiga Lyan estaba sentada frente al tocador repasándose el maquillaje. Sobre la cama había varios vestidos largos confeccionados con telas delicadas y finos encajes. Los apartó para sentarse.

—¿Qué demonios te ha pasado? —Lyan sacó un pañuelo bordado de su corsé, se acercó a Elle y comenzó a limpiarle la sangre de la cara.

—No es mía, tranquila. Me habré tocado la cara y me he manchado.

—¿Has matado a alguien?

—Chicas, bajad, os llaman. —Kara asomó la cabeza por la puerta—. Joder, Elle, ¿qué coño has hecho esta noche?

—Nada. Se me ha complicado un poco el trabajo.

—Pues parece que vinieras de una carnicería. ¿A quién has matado hoy?

Elle se levantó y salió de la habitación sin contestar. Lyan y Kara la siguieron. Bajaron hasta el salón, donde Elle le entregó a la dueña del prostíbulo un saco pequeño con la mercancía robada, que a su vez se lo pasó a Samuel Chevalier sin abrirlo. Este recogió el botín alzando la ceja del ojo bueno, ya que el otro estaba tapado por un parche. Se suponía que debía entregarle las mercancías robadas a él, ya que era quien le encargaba los trabajos, pero Elle siempre se lo entregaba a madame Renê como agradecimiento por permitirle dormir en su casa sin complacer a los caballeros que frecuentaban el burdel. También era su manera de dejarle claro a Samuel Chevalier que ella no era de su propiedad. Ni suya ni de nadie. Elle deseaba sentirse libre; todo lo libre que un pobre puede ser. Hacía los trabajos que quería, como quería y cuando quería.

Una doncella se acercó con discreción a madame Renê para advertirla de la llegada de una visita, y esta a su vez se lo transmitió en un susurro al falso conde. La madame ayudó a su novio a colocarse el cabestrillo de piel sujeto con correas a la espalda. Con un complejo sistema de muelles, remaches y turbinas, la aparatosa prótesis le daba la movilidad perdida en el mismo accidente donde perdió el ojo. Chevalier se esforzaba en que el aparato no le restara su estudiado aire de caballero. El chaleco, un pañuelo atado al cuello y la perilla que acompañaba el parche hacían el resto.

La doncella, que había desaparecido durante unos segundos, se presentó de nuevo acompañada de un mago.

—Pues sí que tienen ustedes aquí variedad de chicas. Les felicito —dijo en tono socarrón.

Elle pensó que la imagen debía ser, cuanto menos, curiosa. La pelirroja Kara, cubierta con una gasa semitransparente; Lyan peinada con sus dorados y marcados bucles, muy escotada por su pequeño corsé y unas pesadas faldas sobre el miriñaque; y ella, con pantalones, cubierta de sangre y con su larga trenza despeinada.

—¿Qué le trae por aquí a su señoría? No es habitual la presencia de magos en mi casa, aunque sean ustedes más que bienvenidos. —Madame Renê ahuecó la voz para darse boato, como siempre que venían clientes importantes.

—Antes de comunicarles el motivo de mi visita, me gustaría que se comprometieran a mantener la discreción que caracteriza a su establecimiento. —El mago aguardó unos segundos hasta que Samuel Chevalier hizo un movimiento de cabeza que parecía el permiso que necesitaba



para continuar—. Me llamo Zeth Austen. Me gustaría contratarlos servicios de las señoritas Elle y Lyan.

—Me sorprende. Nunca pensé que a los magos les fueran los tríos.

—La señorita Elle no hace ese tipo de servicios. No porque no lo hayamos intentado, se lo puedo asegurar, pero he sido incapaz de hacerla entrar en razón —dijo madame René y soltó una carcajada que ahogó con la mano ante la mirada de Chevalier—. Tengo otras chicas que sin dudarle le harán pasar a usted un momento más que agradable y cumplirán todas sus fantasías. —Empujó con suavidad a Kara, que se acercó al mago insinuándose sin decoro.

—Agradezco mucho el ofrecimiento —dijo el mago dando un paso atrás para zafarse de la muchacha—, pero debo insistir, Elle y Lyan tienen algo que necesito.

—Lo siento, es del todo imposible. Puedo ofrecerle solo a Lyan.

—Samuel, a día de hoy todavía llegan ofertas para su subasta —dijo madame René alterada.

—Pagaré por ambas —contestó el mago.

Todos esperaron la respuesta de Chevalier durante unos segundos eternos.

—Sin ánimo de ofender a un poderoso mago como usted, reconozco que es muy amable al reconocer el lucro cesante de ambas señoritas, pero hablamos de mucho dinero.

—Por supuesto. Si son ustedes tan amables de cuantificarme sus pérdidas mientras las señoritas recogen sus cosas, extenderé un cheque nominativo que podrán cobrar mañana mismo en el banco. Supongo que la bolsa de oro que llevo conmigo no cubrirá el total de la transacción.

—Servirá de adelanto —dijo Chevalier levantándose del sillón.

El falso conde tomó la bolsa de oro e indicó a las muchachas que subieran a recoger sus cosas. La mirada cómplice que compartió la pareja ratificó las sospechas de Elle: aprovecharían las circunstancias, por la facilidad con que les permitían marcharse. Los magos eran poderosos, suministraban la energía de toda la gloriosa ciudad. Ni Samuel Chevalier ni madame René deseaban enojarlos. Sin embargo, sí estaban dispuestos a sacar una buena tajada si se les presentaba la ocasión.

## CAPÍTULO 2

### Lyan

A Lyan le daba miedo irse del prostíbulo, el único hogar que conocía, pero le daba terror separarse de Elle, a quien consideraba, más que una amiga, una hermana. Si Elle se había negado a ejercer la prostitución, aunque le dieran miles de azotes y palizas, Lyan no era tan valiente. No se atrevió a rechistar cuando a madame Renê se le ocurrió poner a la venta su virginidad. Temía que le pegasen. Se limitó a fantasear con que sería un hombre joven y apuesto. Un noble, tal vez. Se enamoraría de ella y la retiraría de la profesión para darle un hogar, niños y amor. Todavía quería pensar que eso era lo mejor que le podía pasar a una chica como ella.

Sentada frente a Zeth, en el carruaje, cogió la mano de Elle y sujetó la pequeña maceta que había elegido de entre todas sus plantas. El mago las observaba. Incómoda, desvió la mirada a la ventanilla. La noche y el reflejo de la ventana le devolvieron la imagen de su propio rostro y volvió a fijarse en el interior del carruaje, no sin antes comprobar su aspecto. Los asientos eran de terciopelo rojo, el techo de seda y la madera pintada de un negro brillante. La iluminación provenía de los faroles exteriores de la carroza.

Volvió a estudiar de reojo al mago. Con esos ojos grises, era guapo para su edad. Lyan calculó que tendría unos cuarenta y tantos años. Sus manos eran grandes y estaban tatuadas y llenas de callos. «De trabajar la magia», pensó Lyan. Mantenía una ligera sonrisa que parecía sincera, pero Elle siempre le había recomendado que no confiase en nadie, jamás.

—Querido lord... —Había olvidado el nombre—. Señor... ¿mago?

—Llamadme Zeth, por favor.

—Lord Zeth, si fuera usted tan amable de comunicarnos qué es lo que Elle le ha robado, se lo podría devolver ahora mismo y podríamos bajarnos aquí. No estamos muy lejos de casa. Podemos volver andando y mañana nos devuelve nuestro equipaje.

—Yo no he dicho que Elle me haya robado.

—Es que yo no le he robado nada. —Elle cruzó los brazos y volvió el rostro hacia la ventanilla.

—Pero usted dijo que necesitaba algo que teníamos. ¿Entonces quiere que robe algo para usted? Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Elle se removió en el asiento. Lyan sabía que su amiga odiaba determinados encargos, aunque en estas circunstancias no sería difícil convencerla. Si no por el mago, lo haría por ella.

—Depende qué quiera que robe y a quién —repuso Elle.

—Es algo que ya tenéis y necesito.

—Creo que ha quedado claro, viejo depravado, que no somos ese tipo de chicas —dijo Elle.

El mago se ruborizó.

—En un par de días todo quedará aclarado. Mientras tanto, me gustaría que descansarais como mis invitadas. Ya tendréis tiempo de trabajar.

—Tanto misterio me pone de los nervios —susurró Lyan.

—A mí me dan ganas de vomitar —dijo Elle.

Los caballos se encabritaron al llegar a su destino, algo bastante curioso para unos caballos alados mecánicos. La carroza se movía como un péndulo, pero Zeth se levantó del asiento, abrió la puerta y saltó al exterior sin esperar a que se estabilizase.

Elle se quedó parada en las escalerillas de la carroza. Lyan, mareada, deseaba bajar para respirar el aire puro del bosque, pero su amiga le impedía el paso y la visión. Cuando por fin pudo salir, le fue imposible reprimir un grito al verse frente a un dragón que resoplaba enseñando sus fauces y golpeando la jaula en la que estaba atrapado. El olor a azufre las envolvió. Entre el humo negro que salía por su nariz, se veían destellos de la escamosa piel naranja y dorada y el brillo de las alas. Sus ojos de serpiente, de pupilas verticales, estaban clavados en las muchachas. Su tamaño, similar al de la carroza, hacía suponer que apenas era una cría, pero aun así la jaula había sido reforzada con algún tipo de hechizo que le hacía daño con un chispazo cada vez que el dragón tocaba los barrotes. A su lado, varios caballos con los ojos cubiertos pastaban con tranquilidad.

Los dragones eran sagrados y estaban en peligro de extinción, por lo que estaba prohibida su caza, aunque en el mercado negro todas las partes de sus cuerpos alcanzaban sumas considerables. Los colmillos se usaban para fabricar cuchillos; con la piel se forraba el interior de baúles, maletas y muebles que requerían una protección resistente; la sangre se utilizaba para hechizos; la carne se comía bajo la promesa de obtener poderes sobrenaturales. Eran seres que, enfurecidos, podían matar a un hombre de un bocado. Sus llamaradas provocaban terribles accidentes y arrasaban barrios enteros. Por eso les extrañó ver a una mujer dar dos capones en la cabeza al dragón para que se callara.

—No hagáis caso a Thais. Mira que eres pesada.

—Hola, Rhian. Te presento a Elle y Lyan. Son nuestras primeras invitadas.

—Buenas noches, señora maga. —Lyan agarró la mano de su amiga con fuerza y se escondió tras ella.

La mujer llevaba el pelo recogido en un despeinado moño plateado y una mezcla de ropas de diferentes texturas y colores que le daban un aspecto excéntrico pero elegante. Lucía la capa azul de los magos, ajustada al cuello con el broche del Liceo, sobre varias túnicas superpuestas que dejaban entrever unos botines rojos de tacón bajo con cordones, en lugar de la moda femenina de cuerpo ajustado con corsé y falda con gran vuelo tapando el calzado.

Elle se acercó con cuidado a la dragona, con las manos en alto y extendidas. Se las puso cerca de la nariz y dejó que el animal la oliera. Temblorosa, metió una de sus manos en la jaula para tocar su morro.

—Hola, Thais.

—Elle, ¿estás loca? ¿Qué estás haciendo? ¡Sepárate de ese monstruo!

—¿Por qué la tenéis cautiva? No es más que una cría, y parece inofensiva —preguntó Elle.

—Estamos estudiándola. La soltaremos en cuanto terminemos nuestras investigaciones —dijo Zeth.

—¿Te quieres apartar de una vez? De entre todas las leyendas que circulan sobre dragones, en ninguna he oído sobre que puedan domesticarse. Al contrario, siempre han dicho que hacen falta varios hombres para cazar uno, y muchos mueren en el intento.

—Pues, está muy tranquila. Mira cómo recoge las alas y se deja tocar, Lyan. Fíjate, si hasta cierra los ojos con cada caricia. No te preocupes, parece complacida.

—¿No pensarán sacrificarnos y arrojarnos como comida a la dragona, o algo así? Se lo advierto, mi amiga Elle es muy peligrosa.

Las carcajadas de Zeth resonaron provocando eco entre las montañas, tan fuerte que varios

pájaros levantaron vuelo con fuertes graznidos.

—Por favor, confiad en nosotros. Nada de sacrificios ni asesinatos. Por el momento, espero daros un alojamiento confortable. Seguidme, por favor —pidió Zeth.

Pese a que la luna brillaba con fuerza y estaban lejos de la contaminación de Akwaburgo, una fuerte neblina impedía ver bien esa zona del bosque. El ruido y el ambiente húmedo indicaban la cercanía de alguna cascada. Zeth bajó sus baúles del carruaje y cargó con ambos, gracias a la ayuda de la magia, por un camino demarcado por pequeñas antorchas clavadas en el suelo, hasta llegar a la cascada que caía imponente desde una colina hasta el río. El mago movió las manos y la cortina de agua se apartó para que pasaran sin salpicarse hacia el interior de una cueva.

Atravesaron una entrada angosta que desembocaba en una sala central con una abertura en el techo por la que entraba la luz de la luna. El suelo de piedra estaba tallado con formas geométricas concéntricas. De las paredes colgaban antorchas separadas de forma equidistante, y bajo ellas se abrían varios pasadizos. Por uno de ellos pasaron a una caverna con varias puertas semicirculares. Zeth abrió una.

—Esta es una de las habitaciones. Para cualquiera de vosotras.

—Preferimos dormir juntas, si es posible —dijo Lyan.

—Las habitaciones son pequeñas y solo cabe una cama en cada una de ellas.

Elle entró. Luego salió y abrió la puerta contigua para revisar la otra habitación. Asintió y sujetó los baúles.

—Gracias. Nos las apañaremos.

—Gracias, gracias, gracias a vosotras —repetía una y otra vez Rhian.

—De nada, señora —susurró Lyan.

—¿Queréis comer algo antes de irnos a dormir? —preguntó Zeth.

—No, gracias, estamos bien —dijo Elle.

Zeth y Rhian se marcharon y las jóvenes se quedaron solas en el pasadizo, con una antorcha que iluminaba el pasillo clavada en una de las paredes. Elle los siguió para asegurarse de que se marchaban.

—Yo tenía hambre —dijo Lyan.

—Cállate, ya comeremos mañana, o pasado. Ahora, instálate y cierra la puerta por dentro. Arrastra la cama hasta que dejes encajada la puerta y no se pueda abrir. Yo voy a investigar un poco este sitio, a ver si me entero de algo.

—Elle, por favor, no me dejes sola. Estoy muerta de miedo. No sé qué quieren de nosotras y no quiero dormir sola.

—Tranquila, te prometo que volveré antes de que te quedes dormida y te contaré qué traman esos dos. Espérame despierta, no tardaré.

Lyan la vio desaparecer por el oscuro pasillo de la gruta. No llevaba antorcha. Arrastró el baúl a la habitación y atrancó la puerta con él. El cuarto tenía una cama apoyada en una pared, y sobre ella una repisa donde resplandecían unas pequeñas velas. En una esquina había una tina de piedra con utensilios de aseo. Se acercó y olfateó la pastilla de jabón, que tenía un agradable aroma a hierbas y sándalo. Se quitó los botines. Tardó una eternidad en desabrocharse los suficientes botones para salir del vestido. Consiguió desembarazarse del corsé y el meriñaque, se quedó con sus bloomers de muselina bordada y la chamise, y se tumbó en la cama con la esperanza de que Elle no tardase en llegar. Su estómago comenzó a gruñir como un animal. Ya se había quedado dormida cuando oyó aporrear la puerta y se levantó rezando porque fuera Elle. La entreabrió tan solo unos centímetros y se encontró con el rostro de su amiga, que parecía cansada. Cuando Elle entró en la habitación, volvieron a colocar la silla y el baúl para bloquear la puerta.

Lyan le hizo un hueco en la cama y ambas se tumbaron boca arriba.

—No sé si habrán alojado a más gente aquí. Esto es enorme. Las habitaciones contiguas están vacías y las puertas no están cerradas con llave. En realidad, no tienen cerraduras. En este pasillo no hay nadie más que nosotras, aunque parecen preparados para recibir más visitas. —Elle se giró de costado, miró a Lyan y continuó—. He visto a Zeth y Rhian con otros dos magos, dos hombres. Los cuatro hablaban en susurros, pero los oí decir que ya estaba todo en marcha, que en un par de días comenzaremos el entrenamiento y esperan prepararnos en unos tres meses. Al parecer falta alguien más por llegar.

—No lo entiendo. ¿Para qué piensan entrenarnos? ¿Y por qué se muestran tan reacios a explicárnoslo?

—No tengo ni idea. Tenemos dos opciones, tú decides. La primera, esta misma noche nos vamos. Aquí se quedan con sus intrigas y sus entrenamientos. He visto que hay varias salas que tienen un espacio abierto en la parte superior de la cueva. Creo que puedo trepar por la piedra, trenzar algunas de las plantas del exterior y hacer una cuerda para sacarte a ti. Siempre y cuando vayas en ropa interior y no con uno de tus pesados vestidos. Cogemos a la dragona, nos montamos en ella y nos vamos volando.

—Muy graciosa. ¿Cuál es la segunda?

—Esperar y averiguar qué se traen entre manos.

—No sé. Parecen amables y por el momento no creo que sea buena idea volver a casa. Madame René no se atrevería a desafiar a los magos.

—Lyan, si nos vamos, no hace falta que volvamos al prostíbulo. Vamos al puerto, nos escondemos en la bodega de un barco y nos marchamos. Podemos ir lejos, ser libres, buscar un trabajo en otro sitio... Salir de esta apestosa ciudad.

—Los pobres no podemos ser libres. Seguiremos siendo esclavas de otros que continuarán pegándonos o prostituyéndonos. Nuestra vida sería igual; otra ciudad con otro nombre, pero los mismos tipos abusarán de nosotras. No nos valdrá de nada huir.

Elle se desnudó y tiró la ropa sobre la silla. Abrió la cama y se recostó de espaldas a Lyan.

—De acuerdo. Esperaremos a ver qué quieren esos dos de nosotras. Mañana, cuando hayamos descansado, podremos irnos. Buenas noches.

—Buenas noches, Elle.

Lyan no podía dormir. ¿Qué podría necesitar un mago de una ladrona y una prostituta? Bueno, técnicamente, ella no era prostituta. Nunca había estado con ningún hombre, ni siquiera había besado a nadie. Estando con Elle sabía que no tenía nada que temer, y sin embargo, estaba aterrada. Echaba de menos a sus amigas y a madame René. Aunque era severa, cuidaba de ellas como si fueran sus hijas. El negocio de la prostitución era uno de los más prósperos de la ciudad. Los caballeros tenían a sus favoritas, y si tenían un mal día, no acudían al calor de su hogar, al refugio del abrazo de su mujer, sino al prostíbulo a desahogarse. Las prostitutas sabían mucho de los negocios de sus clientes, más que las fieles esposas que les esperaban en casa. Las chicas de madame René conocían a todos los hombres importantes de la ciudad de Akwaburgo y todos sus secretos, pero nunca había visto magos en el prostíbulo. Poco se sabía de los magos en la ciudad, apenas se relacionaban con el resto de habitantes del reino. Vivían juntos en el Liceo, se casaban entre ellos, sus hijos aprendían magia desde pequeños y se entrenaban para ocupar el puesto de sus padres. Eran temidos por sus poderes, controlaban los elementos de la naturaleza y proveían de energía al reino. También se sabía que eran muy ricos, ya que el reino dependía de ellos. Por más vueltas que le daba, no entendía qué podían necesitar de ellas. No tenía sentido.

—Elle...

—¿Sí?

—¿Estás dormida?

—Sí.

—¿Estás enfadada?

—No.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. Duérmete. Estoy cansada. Mañana hablamos.

Lyan sabía que el mayor deseo de su amiga era ser libre, no trabajar para madame René, ni para Samuel Chevalier. Nunca lo conseguiría si no se iba de la ciudad. Por otro lado, eran como hermanas, y no se iría sin ella. Eso la hacía sentirse culpable. Estaba siendo injusta con Elle, algún día tendría que dejarla marchar. Pero no ahora.

## CAPÍTULO 3

### Svet

Lord Weber, el propietario de la fábrica textil, y su hijo Marcus llevaban horas discutiendo en el despacho situado en la primera planta. Aunque el ruido de la fábrica ahogaba los gritos de la discusión, todos podían verlos. Los ventanales del despacho de lord Weber tenían poca privacidad. Ideal para vigilar a sus trabajadores, que era su verdadero propósito. Las discusiones de los Weber solían tener relación con la afición del hijo de abusar de las trabajadoras de la fábrica, que aceptaban cualquier cosa por miedo a perder su puesto de trabajo. El padre solía alegar que las hacía perder el tiempo y que, por supuesto, no quería bastardos en la familia.

Ese día, después de encontrarse con Marcus Weber, una mujer sufrió un grave accidente con una máquina. La despidieron y la trasladaron a su casa medio moribunda. Así habían comenzado padre e hijo su acalorada discusión. Marcus Weber salió del despacho de su padre dando un portazo.

—¡Gandules, a trabajar! —gritó mientras bajaba las escaleras.

Los trabajadores bajaron la mirada hacia sus máquinas y prosiguieron su trabajo. Lord Weber salió tras su hijo. Si deseaba decirle algo más, debió pensarlo dos veces al ver a todos mirándolos de reojo. Con una mano se alisó el pelo hacia atrás, con la otra sujetaba el bastón y el sombrero de copa. Bajó las escaleras deprisa e hizo un gesto con la cabeza a uno de los operarios que corría con una pequeña máquina en las manos.

—Tú, muchacho, ¿eres tú quien ha hecho este artilugio?

Svet levantó la cabeza y vio que padre e hijo lo miraban. El accidente de esa mañana había estropeado una lanzadera nueva y afectado el sistema de suministro de magia de las dos máquinas de los lados. Svet intentaba arreglarlas sin que el éter lo salpicase a él, ni a ninguno de los trabajadores de la fábrica textil. Un operario sujetaba su último invento con manos temblorosas.

—Sí, señor.

—¿Pierdes el tiempo en mis instalaciones y robas mi material para dedicarte a hacer juguetes? —dijo lord Weber.

—Pero, señor, esta máquina sirve para...

—¡Cállate! —Marcus Weber le arrancó de las manos el artilugio y lo estrelló contra el suelo.

Svet se arrodilló para recogerlo. Un pequeño se acercó a ayudarlo y recibió una patada.

—Mocoso, sigue con tu trabajo o estás despedido —dijo Marcus Weber.

El niño corrió a refugiarse bajo un telar y se escondió tras las faldas de una de las trabajadoras.

—Con su permiso, lord Weber, esta máquina, en caso de que la lanzadera se enganche, sirve para deshacer nudos de las tramas y evitar accidentes.

Svet se levantó con los pedazos del invento en sus brazos.

—Poco me importan los accidentes. Si algo me sobra es mano de obra. Las calles están repletas de mendigos que vendrían encantados a trabajar a mi fábrica, aunque eso signifique perder un miembro. —Lord Weber golpeó varias veces el suelo con su bastón.



—Pero, señor... —insistió Svet.

—¡He dicho que te calles! —gritó Marcus Weber, le dio un golpe en las manos y tiró de nuevo las piezas al suelo.

—No soporto la insubordinación en mi fábrica. Ya te he dicho que hay que reparar rápido las máquinas para que vuelvan a funcionar lo antes posible. Pero no, tú tardas una eternidad. Y ahora te dedicas a robarme material para inventar aparatos que yo no te he pedido —dijo lord Weber.

Le atizó en la cara con su bastón y Svet cayó al suelo. No le dio tiempo a levantarse. Notaba los botines de piel de Marcus Weber clavándose en sus costillas. Svet, hecho un ovillo en posición fetal, se agarró la cabeza y esperó con los ojos cerrados a que los golpes cesasen. Si no los enfadaba demasiado, podría mantener su empleo. Deseaba que, tras la paliza, se tranquilizasen y olvidasen lo sucedido. Los Weber sabían que era un empleado valioso, y Svet que ambos estaban descargando sobre él la furia que sentían el uno por el otro en ese momento.

Había comenzado a trabajar en la fábrica textil, con menos de cuatro años, recogiendo algodón del suelo para entregárselo a las hilanderas. Los niños mayores solían atender alguna máquina o atar nudos desechos. Al morir atrapado en la chimenea el anterior deshollinador, se fijaron en él para sustituirlo. Salía de la chimenea con su cara manchada de hollín marcada con las huellas de las lágrimas por el terror que le causaba la oscuridad. Prefería el trabajo con las máquinas de hilar o de tejer. Eran muchas horas de trabajo, pero era fácil. Los niños, huérfanos o abandonados, dedicaban largos períodos de aprendizaje a cambio de una subsistencia mínima, que perdían de forma habitual por las más absurdas razones. Suponían causas de sanción el abrir una ventana, abandonar el telar sin apagar la fuente de energía, silbar durante el trabajo o llegar cinco minutos tarde, entre otras cosas. De ese modo, el salario pactado se convertía en nulo y se trabajaba por un mendrugo de pan y un camastro para dormir en un rincón de la nave. Las palizas de los capataces y de los Weber eran constantes.

La vida de Svet comenzó a mejorar cuando entendió el mecanismo de las máquinas como si él mismo las hubiera fabricado, y gracias a su capacidad de arreglar las fuentes de energía sin sufrir daños. La energía de toda la industria de la ciudad se basaba en el éter mágico que producían los magos. Corrosivo para los humanos, destrozaba la piel y provocaba enormes ampollas a quienes lo tocaban. Svet, protegido con gruesos guantes de piel, era capaz de entrar por cualquiera de los conductos que recorría el éter mágico y arreglar todas las máquinas, fueran telares, rucas, lanzaderas, conductos averiados o canalización del suministro de magia. Después de trece años trabajando allí, sabía más de la fábrica que sus dos dueños juntos.

Los golpes cesaron. Svet mantenía los ojos cerrados y oía el ruido de fondo de la fábrica. Alguien lo ayudó a levantarse y le dio unas palmaditas en la cara.

—¿Estás bien? ¿Puedes andar?

—Creo que sí, señor.

Abrió despacio los ojos. Estaba mareado. Frente a él, un desconocido de ojos grises y barba se cubría con una capa azul de mago que sujetaba con el broche del Liceo.

—He venido a buscarte. Lord Weber ha sido muy amable al comunicarme que justo en este momento acaba de rescindir tu contrato.

—Así es. Puede llevarse a este gandul, pero le advierto que cualquier rufián de la calle para usted sería más apropiado que este ladrón. Ese es el motivo del despido, me ha robado.

—Cuánto lamento oír eso, lord Weber. Tal vez pueda compensarlo. ¿Qué valor tiene lo que le robó el muchacho? —preguntó el mago.

—Se trata de un material muy valioso. —Marcus Weber desvió una mirada avariciosa hacia su padre.

—Diez piezas de oro —pidió lord Weber.

Svet había sacado piezas de desecho de la basura. Nada de lo que había cogido para su invento valían de dos piezas de cobre. Le sorprendió la osadía del empresario al mentirle al mago.

—No se hable más.

Cogió del interior de su capa un saco, contó las monedas de oro y se las entregó al empresario. Guardó de nuevo el saco y estrechó la mano de lord Weber con una sonrisa.

El mago ayudó a Svet a ponerse en pie. El muchacho cojeaba y lloraba, no por la paliza, sino por haber perdido su empleo, el único que había tenido desde niño. No sabía hacer ninguna otra cosa.

—Encantado de conocerte, mi nombre es Zeth. —Le alargó una mano llena de tatuajes y el muchacho la estrechó con firmeza.

—Zeth, muchas gracias por la ayuda, pero mañana volveré. Ya se les habrá pasado el enfado y podrán volverme a contratar. Tal vez por algo menos de dinero.

—Tengo un trabajo para ti, y para otros chicos, y espero sea de tu agrado. Estoy seguro de que encontraremos algo adecuado para tus aptitudes. Perdona que no pueda ser más explícito, pero debo contároslo a todos a la vez. Es un tema delicado.

—Es que yo no sirvo para nada más. Siempre he trabajado en esta fábrica. No me gustaría defraudarlo, no sé hacer otra cosa. Señor, le juro que yo no he robado nada, no me atrevería hacer algo así con la persona que me mantiene. Tan solo deseaba mejorar la seguridad.

—No trates de justificarte. No hace falta.

—Señor, yo soy honrado.

—Lo sé, tranquilo.

Recorrieron en silencio el pasillo de la nave, bajo la mirada curiosa de todos los trabajadores, hasta llegar a la puerta. Una vez en la calle, un carruaje los estaba esperando. Svet se maravilló al ver los dos caballos alados mecánicos, y se preguntó si le permitirían echar un vistazo al mecanismo. En la ciudad había antiguos carruajes de caballos y estrambóticos coches, con los más dispares motores, pero nunca había visto un híbrido tan hermoso por las calles de Akwaburgo. El muchacho esbozó una sonrisa, admirado. El mago abrió la puerta del carruaje y ambos se sentaron. Zeth golpeó un par de veces el techo y se pusieron en movimiento.

—Perdone mi atrevimiento, señor. ¿Cómo lo hace usted? ¿Cómo puede dirigir los caballos? No veo el cuadro de controles.

—No hay truco. Los caballos están diseñados para llevarnos a nuestro destino. Está programado el camino y pueden esquivar los obstáculos, parar cuando deben y correr o rebajar la velocidad si el trayecto lo requiere.

—Señor, quiero que sepa una cosa. Puedo trabajar duro y entiendo las máquinas. A veces, a escondidas, las desmontaba y las volvía a montar para entender cómo funcionaban. Nadie me enseñó. Aprendí solo. Por eso a veces tardaba mucho en arreglarlas.

—Eres un chico listo y aprenderás rápido. Lo harás bien, no te preocupes.

Svet estaba preocupado. Había perdido su trabajo y su cobijo. No sabía dónde dormiría esa noche. No había comido en todo el día. Tampoco conocía al mago, aunque se mostraba amable y deseaba confiar en él. No tenía nada más que perder en este momento. ¿Qué tipo de ayuda necesitaría de él un mago? Solo había una cosa que le daba verdadera pena: los magos no tenían maquinaria que arreglar. O tal vez sí. Este tenía caballos mecánicos.

Los magos eran la única fuente de energía del reino. Todas las máquinas, todos los avances tecnológicos hasta la fecha, funcionaban con éter mágico. Desde el Liceo hasta las fábricas había

unos conductos subterráneos que lo transportaban por la ciudad. Un sistema que distribuía magia por las industrias de la ciudad, e incluso hasta en el puerto, donde repostaban las naves, barcos y trenes. A cambio, los empresarios pagaban impuestos y muchas monedas de oro por rellenar los depósitos situados bajo sus fábricas. Tal vez los magos necesitasen alguien con sus habilidades para arreglar los sistemas de canalización y suministro del éter. Sería un buen empleo. Él podría encargarse del mantenimiento del suministro.

—Te noto muy callado, Svet.

—Sí, señor. Perdón, señor. Espero no haberlo molestado.

—No te preocupes. No me molesta. Lamento no poderte informar más por el momento.

—Entiendo, señor.

—Ahora necesito ir a buscar a otro muchacho. No tardaremos mucho. Y, por favor, llámame Zeth.

El carruaje se detuvo cerca del barrio de puerto Borthum. Esa zona de la ciudad estaba llena de calles angostas cubiertas de agua y canales unidos entre sí por pasarelas de madera y cuerdas atadas a los tejados para facilitar los desplazamientos.

—A partir de aquí debemos ir andando. Luego volveremos a recoger el carruaje e iremos a comer algo. Seguro que estás muerto de hambre.

—Sí, señor. Lord Zeth.

Ambos empezaron a caminar. Svet no dejaba de mirar hacia el carruaje, temeroso de que alguien lo robase. Esas calles eran peligrosas, más que el barrio negro. En Bidhom, donde estaban las fábricas, había mucha pobreza y bastante delincuencia, pero puerto Borthum era el hogar de la mafia. En la última zona transitable de puerto Borthum, Zeth pagó unos cobres para conseguir una barca. Svet se sentó en ella con cierta dificultad, ya que se balanceaba de izquierda a derecha. El mago subió de un brinco. Ignoró los remos, cerró un momento los ojos, susurrando algo inteligible y metió la mano en el agua. La barca se puso en marcha. Atravesaron los canales en dirección al muelle. Una vez allí, atracaron en un embarcadero para continuar a pie. Svet saltó del bote y se encogió. Metió las manos en los bolsillos raídos de su pantalón. Deseaba ser invisible, algo muy improbable si caminaba junto a un mago en esa zona de la ciudad.

## CAPÍTULO 4

### Ekôn

Lo que parecía que iba a ser un día de mucho trabajo en puerto Borthum, ante la llegada de cinco barcos con mercancía para descargar, se estaba convirtiendo en un espectáculo atípico para los trabajadores. El atraque era complicado por las propias características del puerto. Los barcos debían atravesar El Ojo, una abertura circular y estrecha en un muro de piedra de los acantilados de Akwaburgo, en la cual los capitanes pocos experimentados acababan destrozando la embarcación. Pero era el único acceso a la ciudad, rodeada de montañas y acantilados. Si ese día resultaba tan peculiar era por el descubrimiento del cadáver de un mago colgando a unos metros del suelo, amarrado con cadenas por los brazos desde una de las vigas de madera de las oficinas del puerto.

Trenes, aviones, naves aéreas de todo tipo y barcos llegaban y compartían los muelles de descargas de mercancías y pasajeros. Transportaban esclavos para vender en el mercado, objetos mágicos, hierbas de otras regiones, supuestas pociones para todo tipo de dolencias y, por supuesto, materias primas, ya que Akwaburgo era una ciudad industrial, la más importante del reino de Khonikash después de Khaosaequor, la capital. Las mercancías se intercambiaban de unos medios de transporte a otros, para luego ser enviadas a todo el reino. Con la oficina cerrada, los movimientos de mercancías estaban paralizados. Llevaban todo el día sin trabajar, pero nadie les había dado permiso para marcharse a casa.

Desde el amanecer, los alguaciles, que llegaron antes que los trabajadores, no dejaban pasar a nadie hasta comprobar la documentación de los barcos, ni a estos atracar en ese sector del puerto, y ya estaba oscureciendo. La jornada se había convertido en un día de asueto para la mayoría de los trabajadores, que agradecidos por el descanso hablaban en corrillos, mientras esperaban nuevas órdenes para comenzar a trabajar. Ekôn estaba molesto por ese día de descanso. Si no trabajaba, no cobraba, y le hacía mucha falta el dinero. Sentado con Aby, su compañera de trabajo, lo que sí disfrutaba era ver a los alguaciles siendo blanco de la furia de Onnan, el jefe del muelle y del puerto Borthum.

—¡Son ustedes unos irresponsables!

—Caballero, mantenga la calma y déjenos trabajar. Así acabaremos antes.

La voz del alguacil salía de una máscara con agujeros con lentes de vidrio y una nariz cónica con forma de pico, de la cual salían unos gruesos tubos para respirar enganchados a su propia indumentaria. Completaban el uniforme con armaduras negras y sombrero de copa. En Khonikash se decía que no eran humanos. Todos los habitantes les temían por su aspecto siniestro.

—¿No se dan cuenta de que, con cada minuto que pasa, la ciudad de Akwaburgo y el reino pierden miles de monedas de oro?

—Cuando recibamos la orden pertinente permitiremos el paso a su oficina.

—Me cago en la... —Onnan la emprendió a patadas con las cajas de mercancías. Los alguaciles le apuntaron con sus escopetas.

—Retírese o lo consideraremos agresión a la autoridad.

—¡Yo soy la autoridad portuaria! ¡Aquí mando yo! ¡Váyanse de una puta vez y retiren ese dichoso cadáver!

—Vaya mierda de día. Esos imbéciles me están poniendo de los nervios. Espero que acaben pronto y nos dejen trabajar —dijo Ekôn.

—Pero no nos viene mal un día de descanso. Tengo agujetas. —Aby se frotó los brazos.

—Yo que vosotros me iría a chismorrear a otro lado antes de que el jefe se enfade de verdad —dijo Hawhard, el ayudante de Onnan en el muelle y su hombre de confianza.

Onnan estaba indignado. Había empezado a tirar con todas sus fuerzas de los pies del fallecido para bajarlo de la viga. Incluso intentó partirla. Hawhard corrió hacia él para tranquilizarlo antes de que los alguaciles que le apuntaban con sus armas le disparasen.

Ekôn y Aby se levantaron de los barriles de madera para alejarse de la trifulca y dar un paseo. Se habían quedado cerca de la oficina para ser los primeros a los que les asignasen el trabajo si retiraban el cadáver y les dejaban comenzar a trabajar, pero no parecía que el problema fuera a solucionarse en breve.

—Hola, Ekôn—saludó una voz femenina a sus espaldas.

Se giraron y vieron a Andrea, la bella nieta de Hernán Lope de Taso, un famoso y viejo corsario cuyo barco acababa de amarrar. Andrea y Ekôn solían tener relaciones cuando esta llegaba a puerto. Los barcos de su padre, Carlos Lope de Taso, y de su abuelo solían navegar a la par, para atacar por dos flancos a sus víctimas. Cuando llegaban a puerto para descargar el botín, también lo hacían juntos. Andrea solía viajar en el barco de su padre y su hermano Adrián en el del viejo Hernán, el corsario más viejo, rico y poderoso que fondeaba en puerto Borthum, y el mejor relacionado con los empresarios y el gobierno de la ciudad. En realidad, eran piratas con una patente de corso concedida por el gobernador de Akwaburgo, lord Baley, para conseguir las mercancías que no podía adquirir con el comercio legal.

—Hola, Andrea. Cada día estás más guapa.

—Tú sí que estás estupendo. —Andrea le hundió los dedos en el cabello y lo besó en la comisura de los labios.

—Nos íbamos de aquí, Ekôn. —Aby lo agarró del codo.

—Espero verte esta noche. Hace mucho tiempo que no hablamos y tengo ganas de contarte este último viaje.

—Supongo. —Ekôn se encogió de hombros.

—Entonces, luego nos vemos.

Ekôn se marchó. Esperaba dejar a Andrea con la miel en los labios y con dudas sobre si se presentaría esa noche en alguna de las tabernas donde solían coincidir. De las mujeres con las que solía acostarse, era de las que más le gustaba, porque pocos días más tarde siempre se hacía a la mar. Perfecto para no agobiarse consolidando ninguna relación. Así, volvía a ser libre de yacer con quien quisiera. Disfrutaba al máximo de su éxito con el sexo femenino. Ya cumplidos los dieciocho años, debía agradecer a su extenuante trabajo y a las horas de descarga en el muelle que pasara de ser un mocoso enclenque con acné a un fornido adolescente de espaldas anchas y piel curtida por el aire de mar.

—Esa chica es insoportable.

—Aby, tú no la conoces bien.

—Ni siquiera me ha mirado. No creo que tenga ningún interés en hacer amigas. Creo que solo le interesas tú y tus ojos bonitos. —Se frotó la cara sonrojada mientras se arrepentía de su confesión.

Aby era más que una compañera de trabajo, y Ekôn la apreciaba. Su figura pequeña y débil lo

había enternecido desde la primera vez que la vio, cuando llegó al muelle muerta de hambre y Ekôn decidió compartir su escasa comida con aquella muchacha de cabello corto. Con ello se había ganado su lealtad férrea. No volvieron a separarse. Empezaron a trabajar gratis, solo a cambio de un poco de comida que les tiraban al suelo como si fueran animales, pero nunca faltaron. Cada mañana, a la apertura de la oficina, estaban allí para que les encargasen algún trabajo. Al cabo de unas semanas se convirtieron en trabajadores habituales del muelle y comenzaron a pagarles algo de cobre. Con el tiempo, Ekôn notó que Aby se enfadaba cuando él se iba con alguna muchacha, lo cual era cada día más habitual. Eso lo incomodaba y hacía que cada día se alejase más de ella. Eran amigos y compañeros de trabajo, nada más.

—Es que te vas con cualquiera. Mira que liarte con Nhura. Dicen por ahí que suele cobrar, aunque estoy segura de que a ti no.

—Aby, la gente tiene que comer y la forma con la que cada uno se gana la vida no es asunto nuestro. Y no, a mí Nhura no me cobra.

A lo lejos vieron que alguien los señalaba. Un chico y un mago miraban hacia ellos mientras un operario los señalaba con el dedo. El muchacho tenía la cara manchada, llevaba un chaleco que le estaba grande. Por debajo de su gorro asomaban mechones de pelos revueltos y sucios. Parecía asustado. El mago asintió mirando a Ekôn y entregó una moneda al operario. La pareja se dirigió hacia ellos. Ekôn, intrigado, se quedó esperando el encuentro.

—Buenos días —dijo Zeth—. ¿Es usted Ekôn?

—Sí, señor. Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Deseaba que pudiera dedicarme unos minutos de su tiempo.

—Por desgracia, hoy tengo todo el tiempo del mundo.

Los alguaciles habían conseguido desatar uno de los brazos del cadáver, que colgaba del otro como un muñeco de trapo. El mago cambió su sonrisa de cortesía por un semblante serio y apesadumbrado.

—Señorita, ¿podría disculparnos un momento? Me gustaría hablar con Ekôn a solas.

—De acuerdo, me voy. Nos vemos, Ekôn —dijo con el ceño arrugado y los brazos cruzados.

—Hasta luego, Aby.

Les dio la espalda y se marchó dando patadas a las cajas de madera que poblaban el muelle.

El muchacho que lo acompañaba dio dos pasos hacia atrás. El mago lo cogió de la manga para que no se alejase.

—Siento el enfado de su amiga, pero es una oferta laboral... y confidencial. Svet, quédate. Mi nombre es Zeth Austen. Necesito que vengas conmigo. Tengo un trabajo para ti.

—Aquí estoy bien y todavía no me han pagado esta semana. Prefiero quedarme.

—Yo puedo pagarte lo que te deban y necesito comenzar mañana sin falta. Deseo que vengas ahora mismo conmigo y con Svet.

—¿En qué consiste ese trabajo?

—Sois un grupo y preferiría explicároslo a todos juntos. Todo lo que necesitas saber es que puedo pagarte el doble de lo que te deban esta semana ahora mismo. Os daré alojamiento y os explicaré a todos juntos en qué consiste el trabajo. Si no estás conforme, puedes irte cuando quieras. Liquidaré mi deuda contigo y podrás volver aquí si lo deseas.

No. El deseo de Ekôn no era el trabajo en el muelle descargando mercancías de barcos para volver a cargar trenes y viceversa. Deseaba reunir dinero suficiente para algún día tener su propio barco o empresa de comercio marítimo. Comenzaría con uno pequeño, con una gran bodega que le permitiera almacenar mucha mercancía, pero para eso necesitaba mucho dinero y su trabajo estaba mal pagado. Trabajaba muchas horas por poco salario. Le gustaba ir a las tabernas, e invitar a las

chicas para cortejarlas no era barato. Trabajando de estibador nunca conseguiría ahorrar lo suficiente para alcanzar su sueño.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Ekôn.

—De dos piezas de oro a la semana para cada uno de vosotros.

—¿Cuántas semanas?

—No lo sé. Depende de lo bien que se nos dé. Supongo que unos tres meses como mínimo, tal vez más.

Svet abrió mucho los ojos. No pudo reprimir una gran sonrisa al escuchar al mago. Veinticuatro piezas de oro era mucho dinero. A Ekôn no le alcanzaría para comprar un barco y mucho menos la mercancía que necesitaba adquirir para comenzar el comercio, pero era una pequeña fortuna.

—¿Podría venir conmigo Aby? Es mi amiga, la que se ha marchado enfadada. Trabaja bien.

—Lo siento Ekôn, pero Aby no da el perfil.

Ekôn no entendía los requisitos del mago, ni por qué él podía y ella no. Trabajaban juntos desde hacía mucho tiempo y, salvo por el hecho de que él era capaz de coger más peso que ella, el resto del trabajo que hacían era el mismo. Revisaban los documentos. Recibían la mercancía, distribuían a través de los distintos hangares las cargas hacia su destino final. Algunas eran pesadas, pero disponían de carros para trasladarlas. Aby trabajaba tan bien o mejor que él. En cualquier caso, aunque lo sentía por su amiga, no podía rechazar la oportunidad. Intentaría ponerse en contacto con ella en unos días para comprobar que estuviese bien. Tal vez, más adelante, pudiera convencer al mago de que la contratase.

—De acuerdo, lo acompaño.

—¿Tienes que recoger algo?

—No, señor. Todo lo que necesito lo llevo puesto. Muchas gracias.

—¿Quieres avisar a tu jefe?

—No.

Si al día siguiente no regresaba, pensarían que había muerto. El hambre, las enfermedades y los asesinatos eran asuntos rutinarios en la ciudad. Nunca se echaba de menos a un trabajador. Si alguien llegaba tarde, se ponía enfermo o no iba a trabajar era sustituido de inmediato. Las colas diarias en la oficina del muelle en busca de empleo eran normales. Tan fácil era perder el empleo como difícil recuperarlo, pero Ekôn necesitaba dinero y las ofertas laborales no eran habituales. Extendió la mano y el mago soltó unas monedas de oro. Más del doble de lo que le debían. Ekôn asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra, y metió los puños en los bolsillos sujetando con fuerza el oro que le había dado.

—Entonces, vamos. Os invito a comer —dijo el mago.



## CAPÍTULO 5

### Ben

Resultaba extraño ver la taberna tan llena al mediodía. Los trabajadores de Akwaburgo apenas podían pagar una comida diaria y cuando lo hacían preferían la cena. El puerto bloqueado los había beneficiado y estaban sirviendo tantas comidas como si hubiese llegado el equinoccio de primavera, aunque aún faltaban algunos días. Ben estaba en la cocina preparando la comida. Su padre, una y otra vez, le encargaba las viandas a gritos desde la barra mientras servía jarras de cerveza y vino aguado. Lo hacía por la salud de sus clientes, decía su padre, aunque Ben sospechaba que era por la salud de su bolsillo.

Le encantaba su trabajo. La carta había mejorado mucho desde que ayudaba a su madre a preparar la comida. Eso se lo decía su padre al oído para que ella no lo oyese. Ese día habían preparado pan de cebollas, gachas de avena y cebada, patatas cocidas, sopa de berros, pescado ahumado, moluscos y manzanas calientes. Las fuentes no paraban de salir de la cocina.

Crasha, la pequeña mascota de Ben, saltaba de lado a lado de la estrecha cocina, aprovechando que la madre de Ben había ido al mercado. La agilidad de la criatura, que apenas medía tres palmos, no se veía enturbiada por la ropa de niño enano que hubo que adaptarles porque si no la robaba. Crasha lo miró con sus ojos naranjas. Provenía de una raza ancestral de habitantes del bosque, pero vivía con la familia de Ben desde que lo recogieron siendo un cachorro, medio muerto en una cuneta al borde de bosque Dyeum.

—Crasha, me estás poniendo nervioso. Deja de moverte de un lado a otro.

Su amigo formó una sonrisa siniestra enseñando la dentadura. Mientras Ben alimentaba el horno de leña para avivar el fuego, Crasha aprovechó ese momento para saltar encima de él. Con el sobresalto, Ben no advirtió que el cajón de las brasas se abrió de golpe. La mala fortuna quiso que unas ascuas cayesen sobre unos trapos, que enseguida comenzaron a arder. Ben, sin perder los nervios, comenzó a apagar el fuego apretando las palmas de las manos sobre cada foco, pero al final tuvo que sofocar el incendio volcando la sopa sobre del último rescoldo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó su padre asomando la cabeza por la puerta, con la frente empapada en sudor.

—Nada. Todo controlado.

—Como venga tu madre y vea todo este desastre, te matará, y yo no haré nada para impedirlo. Limpialo.

Ben cogió los trapos chamuscados y comenzó a limpiar la cocina.

De pronto, su madre abrió la puerta de que daba a un callejón de la parte trasera de la taberna.

—¿Pero qué demonios ha pasado aquí?

—Perdona madre, fue un accidente. —Ben agachó la cabeza, esperando la reprimenda y sin mirar a Crasha para no delatarlo.

—Pues, eso parece. Me voy un segundo y mira la que has liado. —Cogió un trapo limpio de un cajón dispuesta a solucionar el desastre—. Ben, tira esos trapos quemados en el cesto de ahí abajo. Ya veré más tarde si puedo lavarlos y zurcirlos. Y límpiate la cara, por favor, la tienes

negra y llena de churretes. Así de sucio no debes estar en la cocina. Te he explicado un millón de veces que debes mantener limpio tu lugar de trabajo. Menudo caos.

—Lo siento, de verdad.

—Anda, ve a lavarte y ayuda a tu padre a atender a los clientes. Ya me hago yo cargo de la cocina. Y llévate a Crasha, no hace más que saltar a mi alrededor y un día va a conseguir que salgamos todos ardiendo.

La taberna seguía llena. Los clientes gritaban para que se los atendiera y, sin embargo, su padre estaba hablando con un mago y dos muchachos que estaban sentados en una esquina del local, ignorando a propósito al resto de clientes. A Ben le extrañó, porque su padre siempre insistía en que un cliente contento repite y te recomienda a uno o dos amigos, pero un cliente insatisfecho se lo dirá a toda la ciudad. “El cliente es el jefe en la taberna”. Preocupado, corrió de mesa en mesa para apuntar los pedidos, y sirvió las viandas lo más rápido que pudo. No tardó mucho en organizar el salón mientras su padre continuaba hablando con el mago. Lo miró de soslayo. Sería importante.

—Ben, acércate, por favor. Quiero presentarte a alguien —dijo haciéndole una señal.

Ben se acercó al grupo. No era raro que de vez en cuando un mago se presentara en la taberna, lo raro era la compañía. Los magos solían venir solos o en compañía de otros magos. Nunca los había visto compartiendo cerveza y pescado ahumado con unos muchachos harapientos.

—Me gustaría presentarte a mi buen amigo Zeth Austen.

—Encantado, ¿les ha gustado la comida?

—Estaba estupenda, muchas gracias. —El mago no parecía haber probado nada de un plato casi lleno. Uno de los muchachos, muy pálido, rebañaba el plato con el pan de cebolla, agarrándolo con fuerza, y asentía sonriendo con los carrillos llenos.

—Muy bien, les traeré más.

—No. Quédate hablando con ellos, desean proponerte algo. Ya me encargo yo de traer la comida. A esta ronda invita la casa, caballeros —dijo su padre.

—Te presento a Svet y a Ekôn.

—Encantado de conocerlos —dijo Ben.

—Lo que nos trae hasta aquí, además de vuestra exquisita comida, es proponerte un trabajo —dijo el mago.

—Se lo agradezco, pero como verá, tengo trabajo. Y mucho.

—Sí, ya veo, pero este es un trabajo algo especial. Ahora no puedo contarte mucho más.

—Debe reconocer conmigo que es una oferta de empleo de lo más extraña —dijo Ben.

—Al menos debería decirle que tiene dinero y que piensa pagarnos —dijo Ekôn y acto seguido bebió un gran trago de cerveza.

—Dos monedas de oro a la semana para cada uno. Una fortuna —dijo Svet.

—El dinero me da un poco igual. Me gustaría saber en qué consiste el trabajo antes de aceptarlo.

—De verdad que lo lamento, pero os lo contaré cuando todo el grupo esté reunido y en un lugar un poco más discreto —insistió Zeth.

—Eso nos ha dicho también a nosotros —dijo Svet.

El chico tenía la cara magullada. Ben no se dio cuenta hasta que la luz de la chimenea y las antorchas dieron de lleno en su rostro.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Ben.

Svet se tocó la contusión.

—Mi antiguo jefe no era tan amable como lord Zeth. El trabajo me encantaba, pero hoy me han

despedido. La casualidad hizo que milord llegase justo en ese momento y me contratase.

—Svet, no es casualidad. Todos vosotros tenéis un perfil muy concreto. Ya os lo explicaré. No puedo prescindir de ninguno de vosotros. Sois especiales —dijo Zeth.

—No lo sé. Debería hablarlo con mis padres.

Su padre llegó en ese momento con abundante comida y cervezas.

—A esta ronda invito yo. He traído unas cervezas para que podamos brindar.

Apoyó la comida con maestría sobre la mesa sin derramar ni una gota de cerveza.

—Padre... —Ben lo agarró del codo y lo apartó de la mesa—. Tenemos que hablar un momento. ¿Nos disculpáis un segundo?

Con el jaleo de la taberna, le pareció espacio suficiente para mantener una conversación en privado.

—¿Qué le ha dicho el mago?

—Que tiene un trabajo para ti, que será una temporada y que podrás venir a vernos cuando quieras.

—¿Tendré que irme a vivir con él?

—Pues sí, claro.

—¿Y a usted qué te parece?

—Eres nuestro único hijo y este negocio te estará esperando cuando termines el trabajo con el mago. El consejo de tu viejo padre, si quieres aceptarlo, es que vivas una pequeña aventura antes de retirarte como tabernero, si es que después de esto sigues deseando serlo. En esta vida hay tiempo para todo. Madre y yo nos las apañaremos. Podrás visitarnos, incluso alguna noche podrías venir con tus amigos a cenar con nosotros.

—¿Confía en ese hombre?

—Confío en Zeth porque lo conozco desde hace mucho tiempo. Es un buen hombre. Te explicará muchas cosas y yo deseo que recuerdes que tu madre y yo te queremos muchísimo, que cuando vuelvas a vernos nada habrá cambiado. Seguirás siendo quién eres y nosotros también.

—Padre, no entiendo nada de lo que me está diciendo. ¿De qué lo conoce? Nunca lo he visto por aquí.

—No importa. Zeth, Austen te entrenará y te ofrecerá una profesión. Ha llegado el momento de tomar una decisión que cambiará tu futuro. Solo quiero que me prometas que si necesitas algo, lo que sea, vendrás a hablar conmigo y que tendrás muchísimo cuidado.

—Padre, algún día estará muy orgulloso de mí.

—Ya lo estoy, Ben.

Su padre juntó su frente con la de Ben y luego le dio un fuerte abrazo. Ben cerró los ojos emocionado y, al abrirlos, vio a su madre asomada a la puerta de la cocina, limpiándose los ojos con el borde de su mandil.

\*\*\*

Durante el trayecto hasta el bosque Dyeum, Ben se mostró apesadumbrado por separarse de sus padres, y un poco avergonzado de ser el único de los tres muchachos que viajaba con un par de maletas. La carroza circulaba entre los árboles sin seguir ningún camino. El traqueteo era constante al atravesar zonas de barro, raíces y pequeños arroyos. Adentrarse en esa espesura era cosa de valientes. Numerosas leyendas sobre sus espíritus y las consecuencias de molestarlos mantenían a los habitantes de Akwaburgo alejados de la zona. Tan solo algunos transitaban los caminos adyacentes, como en el que su padre había encontrado a Crasha. Pensó en su amigo y en lo mucho que lo iba a echar de menos.

La carroza paró en el corazón del bosque que rodeaba el río Renjösh. Las cascadas que

bajaban impetuosas desde las montañas formaban un manto de humedad que mantenía la vegetación verde y frondosa.

Zeth los guio por la ladera de la montaña hasta que, detrás de las cataratas, descubrieron un magnífico palacio subterráneo.

—Chicas, ya han llegado —gritó Rhian.

La maga se puso frente a ellos, frotando las manos con nerviosismo.

—Rhian, te presento a Ekôn, Svet y Ben. Ellas son Elle y Lyan —dijo al señalar a las chicas que salían del túnel—. Solo me queda recoger a vuestro último compañero y podré explicaros a todos en qué consiste vuestro cometido. Por ahora tan solo deseo que os acomodéis en vuestras habitaciones y descanséis un poco. Tenéis agua limpia y Rhian os puede dar algo de ropa, si alguno de vosotros la necesitáis.

Elle y Lyan, que estaban tras Rhian, los miraban sin parecer muy impresionadas. Ben, al contrario, se había puesto nervioso. No se parecían a ninguna de las chicas que había conocido antes. Elle era castaña, de pelo largo que le caía recogido en una larga trenza. Llevaba pantalones ajustados, botas que le llegaban hasta encima de las rodillas y un chaleco ceñido. Lyan era rubia con el pelo ondulado, un exuberante y muy escotado vestido con puntillas y bordados, maquillada con un falso rubor en las mejillas y los labios pintados de rojo. Ben estaba muy confundido. ¿Qué podían tener en común todos ellos para trabajar juntos?

## CAPÍTULO 6

### Daren

Lord Gudbrand y su ayudante recorrían las instalaciones todas las tardes. El propietario de la fábrica de armas y su maestro armero eran metódicos y rutinarios. A diario comprobaban, puesto por puesto, el trabajo de herreros, fresadores, fundidores y armeros. Allí se fabricaban fusiles cuyas piezas podían intercambiarse con una buena cantidad de armas de artillería estándar.

Daren se apresuró a recoger las piezas de los contenedores para llevarse las armas y la munición necesaria a la sala de tiro. Cogió un carro repleto, colocó su bastón sobre él y lo arrastró mientras se apoyaba. Esa tarde el dolor de su pierna era más intenso, y la cojera más evidente. Una vez en la sala de tiro, preparó unas dianas. Volvió a la mesa donde tenía el armamento, cogió varias piezas y, como si de un puzle se tratase, montó la primera arma. La cargó por la culata, se puso unos trapos en los oídos y comenzó a disparar.

Era el mejor tirador de la fábrica. En las tres dianas que tenía delante había círculos concéntricos de varios colores. Mirase el círculo que mirase, daba igual la distancia, siempre acertaba.

Una vez, lord Gudbrand y Augus lo llevaron a las afueras de la ciudad. En mitad del campo decidieron comprobar su puntería. Estuvieron horas disparando y no quedaron conformes hasta que se dio cuenta de que debía dejar de acertar los tiros para que lo dejaran en paz. Ese día aprendió que nunca hay que mostrar a los demás de cuán capaz se es en realidad. También fue el día que tuvo la oportunidad de vengarse y de matarlos a ambos, pero era un niño de apenas diez años y el miedo tomó la decisión por él. Si tuviese otra oportunidad, no la dejaría escapar. Una fábrica de armamento era el lugar ideal para alguien que deseaba venganza, pero él aún no había encontrado el arrojito suficiente para hacerlo. Hasta ese día.

Desmontó la pistola que estaba probando y la dejó separadas por piezas encima de un paño. A continuación montó otra arma de mayor tamaño y cañón más alargado. Midió su peso pasándola de una a otra mano, ajustó las piezas con un destornillador y, sujetándola esta vez con la mano izquierda, descargó toda su furia sobre las dianas. Volvió a cargarla y disparó con la mano derecha. Mojó la pluma en el tintero y escribió unas líneas para que ajustasen la fresadora y rebajasen un poco el peso del modelo. Durante horas armó y desarmó diferentes tipos de armas, las probó y redactó los informes. Concentrado en sus pensamientos y su puntería, Daren se sobresaltó al notar que alguien le tocaba el hombro por detrás. Esta vez sí erró el tiro, que dio en el techo. Se giró y vio que lord Gudbrand, su ayudante y un mago movían los labios y le hablaban, pero no oía nada. Daren se quitó los trapos de los oídos.

—No se puede llevar al chico. Tiene una enorme deuda conmigo y todavía tiene que seguir trabajando para pagarme. Este chico destrozó mi nave hace unos años. Las obras duraron meses y los gastos fueron cuantiosos. Hasta que no termine de pagarme hasta el último cobre que gana, deberá seguir trabajando para mí. Hay muchos chicos en la calle, ¿qué tiene este de especial?

—¿Está de broma? ¿Han visto ustedes la puntería del muchacho? —preguntó el mago.

—El chico trabaja para mí y no hay más que hablar. No saldrá de esta fábrica hasta que haya

saldado la deuda.

—¿Se puede saber cuánto dinero le debe?

—Mil monedas de oro. Eso fue lo que costó la reconstrucción de mi fábrica.

—Lord Gudbrand, ¿me puede decir hasta ahora cuánto le ha pagado el chico?

—Eso no es de su incumbencia. Y ahora haga el favor de salir de mis instalaciones. Muchas gracias por la visita.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Es mucho dinero, de eso no cabe ninguna duda, pero tal vez yo podría darle una parte ahora y hacerle pagos mensuales hasta que acabe de pagarle. Sin duda lo conseguiría hacer antes que el muchacho.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Qué interés tendría un mago como usted en asumir una deuda que no le corresponde? —preguntó el ayudante de lord Gudbrand.

La angustia que sentía Daren le había cerrado los pulmones y apenas podía respirar. La presencia de lord Gudbrand siempre lo impresionaba. Cuando Daren tenía unos seis años, hubo un accidente en la fábrica. Él no recordaba nada. Le dijeron que estuvo varios días dormido. Cuando despertó, lord Gudbrand entró en la habitación, lo cogió de la pechera y lo zarandeó mientras gritaba que todo había sido culpa suya y que le haría pagar cada onza de oro que le costaría la reparación de la fábrica. Trabajaría para él toda la vida y que si algún día intentaba escapar, lo mataría. Daren, asustado, intentó recoger las piernas para protegerse y notó un desgarró lacerante en una de ellas. Se odiaba a sí mismo, más que a lord Gudbrand, por débil y cobarde. Que un niño de seis años tuviera miedo era algo normal, pero que a punto de cumplir su mayoría de edad temblara en presencia de su jefe, lo asqueaba. Aun así, no podía evitarlo. El terror lo invadía en su presencia.

—Soy un buen samaritano y un hombre testarudo. Si deseo que este muchacho se venga a trabajar conmigo, ni usted ni nadie lo impedirá. Puede ser por las buenas, con el trato que le he propuesto; le pago una parte de la deuda y le realizo abonos periódicos hasta que cubra la deuda del chico; o bien por las malas, moviendo los hilos para que tenga algún tipo de contratiempo con los suministros de éter que abastecen su fábrica.

—No será capaz de hacer eso. Tengo amigos poderosos que impedirían que me corte el suministro —dijo lord Gudbrand con las primeras gotas de sudor en la frente.

—O no. Yo no me atrevería a dejar a ningún empresario sin suministros, pero, ya sabe, a veces el papeleo, las demoras, las averías, los incidentes... Es complicado hacer llegar a cada fábrica todo el éter a tiempo, en la cantidad justa y sin problemas. Es difícil demostrar que alguien está detrás de las incidencias. Y usted, como buen hombre de negocios, ya sabe que el tiempo es oro, y contratiempos como que dejemos su fábrica parada también es oro. Necesita éter para el transporte de su mercancía y para una parte de su maquinaria. Me han dicho que ha introducido usted espectaculares avances tecnológicos y sus solicitudes de suministro se han incrementado mucho en los últimos años.

El mago esperó a que lord Gudbrand le contestase, pero al no obtener respuesta, se dirigió hacia la salida.

—¡Espere! —gritó lord Gudbrand.

El mago se dio la vuelta al llegar a la puerta, sin moverse del sitio, con la mano apoyada en el pomo.

—Por supuesto que puedo negociar el prescindir del muchacho. No es tan valioso. Es un lisiado. Mire cómo cojea. —Señaló con desprecio a Daren—. Mi intención no es impedir que trabaje con usted, lo que yo deseaba evitar es que se llevase un hombre dañado, pero si ese es su deseo, yo no se lo impediré.

Daren, detrás de lord Gudbrand y su ayudante, sostenía un arma apuntando hacia sus cabezas. El mago podía verlo, pero ellos no porque estaban de espaldas. Tenía el pulso firme y estaba a una distancia que no podía fallar, pero notó que el mago lo miraba con intensidad y que el peso del arma se multiplicaba hasta ser incapaz de sujetarla. La pistola cayó al suelo. El empresario y su ayudante se sobresaltaron. El mago se dirigió hacia Daren, puso una mano en su hombro y lo condujo hasta la salida. Daren se mordía el labio inferior mientras cojeaba hacia la puerta de la armería, apoyado en su bastón y con la cabeza baja. Le ardían las entrañas de la rabia que sentía.

—Daren, mi nombre es Zeth Austen.

—Señor.

—No pareces demasiado contento.

—Estoy contento, señor —dijo tajante y con el semblante serio. Llevaba soñando toda su vida con irse de ese lugar, pero sería difícil vengarse del hombre que le había hecho la vida imposible desde niño si ya no trabajaba a su lado.

A la salida, varios trabajadores descargaban carros con mercancía para la fábrica. Zeth y Daren subieron a la carroza, que no podía ponerse en marcha ya que les bloqueaban el paso. Tras ellos, el ayudante de lord Gudbrand salió de la fábrica para organizar la llegada de la mercancía.

—Inútiles, no podéis dejar esto aquí. Volved a cargar en la carreta toda la mercancía. Es un material explosivo. Todo esto tiene que ir a la parte de atrás de la nave. Allí un encargado se hará cargo de todo con sus hombres.

—Señor, no nos advirtieron del peligro de la mercancía. En las etiquetas no lo han señalado —dijo un trabajador que se limpiaba el sudor de la frente con una gorrilla arrugada.

—Ya te lo estoy advirtiendo ahora, zoquete.

—Sí, señor, lo siento mucho. Ahora mismo retiramos las cajas.

El operario y su equipo se pusieron a recoger las cajas de madera para volverlas a cargar en la carreta. No parecían ser muy pesadas y los hombres trabajan con rapidez, pero había muchas cajas y pocos brazos. Ningún trabajador de la fábrica salió para ayudarlos.

—Antes de irnos al refugio —dijo Zeth sacando un reloj de bolsillo que colgaba de una cadena—, debo ir a por unas provisiones al mercado. ¿Te importa acompañarme?

—No, señor. Como usted desee.

Nunca antes nadie le había pedido permiso para hacer nada.

Estaban contemplando el ir y venir de los trabajadores que retiraban las cajas cuando oyeron unos golpes secos en la carroza. Por las ventanillas no se veía a nadie.

—Daren, amigo, veníamos a verte —dijo una voz fuerte.

—Muchacho, ¿dónde vas? —dijo otra, un poco más ronca.

Daren asomó la cabeza.

—Buenos días, caballeros. Hoy tendrá que atenderos alguno de mis compañeros. Ya no trabajo aquí.

—¡Deja de decir estupideces y sal de la carroza ahora mismo! ¡Nadie más puede atendernos! ¡Nunca te he tenido por un gandul! —dijo otra voz.

Daren miró a Zeth mientras ponía la mano en la manilla de la puerta. Zeth asintió con la cabeza. Sus clientes favoritos se encontraban junto a la carroza. Los cinco enanos llevaban armaduras, binoculares de cobre y botas con rodilleras metálicas. El escaso metro de altura no les restaba un ápice de aspecto salvaje y violento, lo cual reforzaban a sus voces fuertes, miradas regias, cuerpos fornidos y poderoso armamento. Los maestros herreros del gremio de los enanos fabricaban hermosas espadas y ballestas, pero las escopetas y pistolas se las compraban a lord Gudbrand y después las decoraban en sus propios talleres.



—¿Qué es eso de que ya no trabajas aquí? —preguntó Bossert molesto. Llevaba el cabello anaranjado, largo, semirrecogido y las trenzas de su barba estaban mucho más largas que la última vez que Daren lo había visto.

—¿Quién nos atenderá ahora? Esos inútiles no saben la diferencia entre una pistola y un tirachinas. —Kafreer escupió en el suelo sin manchar su barba repartida en tres trenzas. Se rascó la cabeza rapada, salvo en la coronilla, desde donde salía una enorme coleta pelirroja.

—Esperad. Tal vez el muchacho se vaya a trabajar a otra armería —dijo Izzhalf mientras acariciaba los pelos de su barba espesa, larga y rubia.

Daren miró a Zeth sin saber que contestar. Este seguía dentro de la carroza, ajeno al revuelo que armaban los enanos.

—No creo que vaya a trabajar a una armería. Lord Zeth Austen ha requerido de mis servicios.

—¿Vas a trabajar ahora para un *magh*? —Bestrum usó la forma que los enanos tenían de designar a los humanos con poderes mágicos. Se quedó pensativo y se acicaló las puntas de su tupido bigote, a juego con sus enormes cejas. A Daren siempre le llamó la atención su pelo rojo rapado por los lados y su cuidada cresta.

—Eso es muy raro, amigo mío —dijo Derhalf, el enano con la calva llena de tatuajes y la barba negra recogida en cortas trenzas.

—¿Para qué quiere un *magh* al chico? —preguntó Bestrum a sus compañeros.

—¿Los *maghs* tienen armería? No sabía que necesitasen armas —dijo Izzhalf.

—Los *maghs* no necesitan armas. Tienen poderes de sobra para acabar con todos nosotros tan solo levantando las manos —dijo Kafreer.

—¿A quienes quieren atacar los *maghs*? ¿Qué enemigos pueden tener? —preguntó Bestrum.

—Enemigos de los *maghs*. Interesante reflexión. —Izzhalf se quedó pensativo.

—Daren, ya han acabado de retirar las cajas. Debemos irnos o no llegaremos al mercado. —Zeth abrió la puerta de la carroza y le indicó que entrara.

Daren subió a la carroza, cerró la puerta y sacó la cabeza por la ventana.

—Caballeros, debo irme. Ha sido un placer. Les deseo buenas batallas y pocas derrotas.

—Muchacho. El placer ha sido nuestro. Te deseamos buenas batallas y pocas derrotas. Ojalá volvamos a encontrarnos. Permítenos darte un regalo de despedida. —Kafreer le entregó algo envuelto en un pañuelo.

—Sois muy amables —dijo Daren. Desenvolvió el regalo y descubrió una hermosa pistola.

—No puedes ir a trabajar para los magos sin llevar protección —advirtió Izzhalf. Los demás asintieron.

—¡Ajú! —gritaron los cinco enanos alzando sus armas.

La carroza de Zeth Austen, el mago que lo había salvado, pero también lo había condenado a una vida de rencor y a no cumplir su sueño de venganza, comenzó a dar trompicones y se puso en movimiento.

## CAPÍTULO 7

### Zoraya

A pesar del tiempo que había tenido para reflexionar en el barco, Zoraya todavía no comprendía cómo pudieron apresarla. Fue un descuido imperdonable que tenía que solucionar lo antes posible. Sin embargo, tras los diez soles y diez lunas que había durado el trayecto del barco, desde que despertó no había logrado escapar. La habían drogado en la cacería lanzándole un dardo narcótico, sin oportunidad de defenderse. Ahora, lejos de su casa y de su familia, solo tenía un propósito: regresar.

Tras analizar su situación, el panorama era desolador. Estaba encadenada con pesados grilletes en los tobillos y las muñecas. Los tenía en carne viva por el roce, por lo cual intentaba moverse lo menos posible para no empeorar sus heridas. No entendía ni una palabra del idioma de ese reino, ni el de sus captores, que parecían hablar otro dialecto, ni a los que visitaban el mercado con la intención de comprar esclavos, pese a que ella hablaba cinco de los dialectos de los reinos de alrededor de Phöisker.

A izquierda y derecha de una estrecha calle que llegaba al puerto, con picas de hierro y madera apuntando al cielo para evitar el ataque de los dragones, y toldos, lonas y telas de distintos colores cubriendo sus cabezas, estaban repartidos los comerciantes que anunciaban su mercancía sobre tablones de madera sujetas con patas de burro. Delante de una fragua, de donde salían golpes rítmicos, el aprendiz del herrero, de apenas diez años, gritaba y acariciaba el filo de espadas y cuchillos. El niño miraba de soslayo a un mercader con brillantes pistolas, escopetas y ballestas. Frente a él, un extranjero exhibía hermosas joyas, preciosos vestidos de telas caras y sofisticados sombreros.

Zoraya cerró los ojos con fuerza e intentó evadirse del ruido del mercado. Los gritos de los comerciantes se mezclaban con los llantos de bebés, las voces de madres que buscaban a sus hijos perdidos, las risas de los niños y el susurro de las pitonisas que leían la buena fortuna mientras sus ayudantes se afanaban por vender pócimas, filtros, elixires, runas y amuletos. Mantuvo los ojos cerrados hasta que consiguió que solo fuera un murmullo. Solo entonces fue consciente del latido histérico de su propio corazón.

El olor dulce de la fruta se mezclaba con un repugnante aroma de carne muerta y pescado no muy fresco. Pese a que podía ver que entre los habitantes que recorrían el mercado había humanos, enanos, elfos, duendes y todo tipo de criaturas mágicas, ese reino olía a agua estancada y magia olvidada. Contuvo las ganas de vomitar.

Sobre las escaleras de un gran canal, los mercaderes de esclavos habían extendido lienzos de seda roja. Para conseguir el mejor precio, les habían frotado la piel con aceites. A los hombres los cubrían con taparrabos y a las mujeres las vestían con gasas semitransparentes. Todos, hombres y mujeres, de varias naciones, razas y tonos de piel, temblaban de frío y miedo sobre la seda roja. El sol caía, la humedad del puerto aumentaba y la temperatura bajaba.

Al verlos esclavos, las señoras apartaban la vista y los caballeros paraban a mirar. Mientras tanto, los ladrones aprovechaban para sisar a los despistados.

Zoraya mantenía los ojos cerrados. El ruido se alejaba poco a poco. Retrocedió hasta Phöisker, su reino, su hogar. Imaginó a su madre sollozando mientras su padre exigía explicaciones al capitán de su guardia. Su abuelo, su awo, con su larga túnica blanca, pelo plateado y piel dorada, estaba callado y pensativo. ¿Qué le aconsejaría su awo en esta situación? Mantén la calma, sé inteligente. Piensa, Zoraya, piensa. Vuelve, Zoraya, vuelve.

Había salido de palacio con unos amigos y dos soldados que siempre los acompañaban. Había oído que unos niños encontraron tres huevos draaken los alrededores de la aldea más cercana al palacio, y que la hechicera los protegía. Decidieron hacer una visita al poblado. Antes de llegar, ya se oían los gritos. Zoraya corrió mientras las voces de sus amigos a sus espaldas intentaban convencerla de volver al palacio. Los soldados corrían detrás de ella, no sabía si para detenerla o para ayudarla. Al llegar, todo estaba ardiendo. Un bebé lloraba junto al cuerpo de su madre, que yacía sobre un charco de sangre. Se puso delante de él para protegerlo. Cerró los ojos y extendió los brazos. El aire revolvió su cabello al invocarlo. Una diminuta brasa voló hasta su mano y entonces convocó al fuego. Tardó un momento. Estaba nerviosa, pero pudo lanzar una buena ráfaga sobre el extranjero que se dirigía hacia ella con ojos de depredador, agitando unas cuerdas. El hombre comenzó a gritar, soltó la cuerda en llamas y le alcanzó la ropa, que se fue deshaciendo y pegando a su cuerpo, chamuscándolo hasta dejarlo carbonizado. Cogió al niño y echó a correr hasta encontrar a una mujer que lloraba abrazada al cadáver de su hijo.

—Tu hijo está muerto. Este es ahora tu hijo. Cuidalo, protégelo y quíerele. Te necesita —dijo al entregarle el bebé. Aunque cogió al niño con un brazo, no quiso soltar a su hijo muerto.

Zoraya asintió con la cabeza y dio media vuelta buscando cómo ayudar. Uno de sus soldados cayó muerto con una rosa de sangre en su pecho, y la rabia la hizo gritar con fuerza. Por la indumentaria que lucían, dedujo que los extranjeros eran cazadores de esclavos, pero no se atrevió a hacerlos arder porque muchos de ellos sujetaban a sus víctimas. Descalza, golpeó el terreno con sus pies e hizo que desde el suelo subieran hasta sus manos pequeñas piedras para arrojárselas. Si conseguía que ignorasen a sus prisioneros, tal vez se concentraran en ella. Uno de los agresores empujó a la mujer que retenía y se dirigió hacia ella con una sonrisa. Zoraya convocó al aire. Dos brasas llegaron hasta las palmas de cada una de sus manos. Consiguió dos rayos de fuego. Dirigió uno hacia su atacante y otro hacía un cazador que estaba de espaldas en busca de su siguiente objetivo. Los hombres corrieron chillando. Uno se tiró al suelo y comenzó a revolcarse para apagarlas llamas, momento que aprovechó su otro soldado para dispararle una flecha en el corazón. El soldado abrió los ojos, cayó tendido en el suelo, boca abajo, con un tiro en la espalda. Dos cazadores repararon en Zoraya y se dirigieron hacia ella con pistolas en las manos.

El jefe de la expedición comenzó a gritarles. Hablaban un dialecto desconocido para ella. Señalaba un árbol con un grupo de mujeres y hombres atados a él. Zoraya cerró los ojos. Invocó al aire. Una pequeña brasa se posó en su mano izquierda. Era diminuta. Se acercó corriendo hacia el árbol, que había quedado desprotegido. Los cazadores la seguían, pero ella era más rápida. Consiguió concentrarse lo suficiente para que saltase un pequeño rayo a la cuerda que ataba al grupo del árbol. Invocó al aire, lo dirigió por la cuerda con cuidado de no lastimarlos demasiado, aunque era una tarea casi imposible, hasta que consiguió que toda la cuerda ardiera. Invocó a la tierra. Piedras pequeñas y gravilla diminuta golpearon la cuerda hasta romperla en varias partes. Hombres y mujeres se quedaron junto al árbol ensimismados.

—¡Corred! —gritó tan fuerte que se hizo daño en la garganta.

Un golpe en la cabeza la dejó sin sentido. Cayó al suelo. Se hizo la oscuridad.

Abrió los ojos de nuevo en el mercado, a diez días de su desmayo en Phöisker. En el barco,

algunos de los prisioneros la habían visto luchar contra los cazadores de esclavos; sus miradas silenciosas le recriminaban que no hiciera nada por ayudarlos. Pero Zoraya no era una diosa, tan solo sabía convocar los elementos. El problema era que, aparte de saber convocarlos, necesitaba saber cómo utilizarlos y, ya fuera por cansancio, por sus heridas o por miedo, no se le ocurrió nada durante el trayecto, ni una sola idea útil para ayudarlos a escapar.

Movió un poco las piernas para aliviar el dolor y las cadenas tintinearón y golpearon sus heridas. Una lágrima de sufrimiento surcó sus mejillas. Intentó buscar dentro de sí algún remedio para paliar el dolor. Su awo era un gran curandero y podía sanar casi cualquier dolencia, pero ella era una inútil y torpe princesa que se había dejado apresar. Las lágrimas llegaron hasta sus labios, saladas como el mar que había atravesado. Zoraya deseaba cambiar el peso de una pierna a la otra, pero cada vez que se movía, los grilletes le mordían la carne. Ante el dolor insoportable de los tobillos, se agachó e intentó colocar las cadenas para que no le rozasen las heridas.

De pronto, un latigazo como una descarga eléctrica recorrió su espalda de arriba abajo. Cayó sobre sus rodillas. La carne se abrió y comenzó a brotar sangre caliente. Oía los gritos del hombre que con un látigo la azotaba una y otra vez. Deseaba levantarse, pero el dolor se lo impedía. Apoyó las manos en el suelo y ofreció su espalda al castigo, rezando para que no durase demasiado. Recibió una patada en el estómago y se derrumbó en posición fetal. El comerciante de esclavos continuó dándole patadas al tiempo que le gritaba palabras que ella no comprendía.

Oyó un estruendo acompañado de una llamarada brillante. Cerró los ojos mientras escuchaba golpes y gritos ininteligibles. Al menos, por el momento, habían parado los latigazos. Alguien agarró sus grilletes. Abrió los ojos asustada e hizo un gesto de dolor. Vio a los comerciantes en el suelo con el pelo revuelto, la ropa rota y las caras ensangrentadas. Un muchacho de pelo rubio, casi blanco, abría los grilletes de los demás esclavos. Vio que un hombre con capa azul estaba inspeccionando sus heridas. Repasó con la yema de los dedos su piel oscura, llena de tatuajes brillantes que representaban sus poderes mágicos. Con mucho cuidado, el hombre abrió los grilletes de las muñecas sujetándola por los antebrazos. Luego le quitó los de los tobillos. Zoraya reparó en que había convocado la magia. Zeth se quitó la capa azul, dejando al descubierto su sencilla ropa gris, la envolvió por completo y la cogió en brazos. Zoraya observó que el muchacho que lo acompañaba se apoyaba en un bastón y que en la otra mano llevaba una pistola con la cual apuntaba a la cabeza de los comerciantes de esclavos, mirándolos con cara de sádico. Zeth tiró un saco de monedas sobre ellos, hizo un gesto a Daren, que lentamente guardó la pistola en su espalda, y salieron corriendo del mercado hasta llegar al bonito carruaje mecánico con caballos alados. Dejaron a Zoraya con cuidado sobre uno de los asientos y se sentaron frente a ella. El hombre le habló, pero ella no le entendía y negaba con la cabeza.

—Zeth, Zeth, Zeth —repetía señalándose el pecho con un dedo.

Zoraya supuso que ese era su nombre.

—Zeth.

El hombre asintió sonriendo.

—Daren. —El mago señaló al muchacho.

—Daren —repitió Zoraya.

El chico asintió también.

—Zoraya —se señaló a sí misma.

—Zoraya —el hombre repitió su nombre de forma extraña.

Zeth y Daren comenzaron a hablar. Zoraya seguía sin entenderles. Estaba cansada y dolorida. No podía apoyar la espalda en el asiento y estaba encogida, sentada de lado. Se le cerraban los ojos, pero no quería quedarse dormida. Necesitaba saber el camino que recorrerían desde el

puerto hasta donde fueran. La carroza transitó por calles angostas y húmedas del puerto, pasó por un tramo siniestro de casas negras y grandes fábricas, luego residencias elegantes y cuidadas, hasta que salieron de la ciudad. Estaba oscureciendo y el mago invocó el fuego y se encendieron las farolas del exterior de la carroza. Zoraya intentó memorizar el camino que habían tomado hasta adentrarse en un bosque; escuchó el sonido del agua, un río, tal vez cascadas, pero enseguida se hizo de noche. La luz de los faroles y los árboles que eclipsaban la escasa claridad de la luna impidieron que pudiera observar el exterior. Hubo un momento en que no pudo distinguir el camino. Escuchaba las voces susurrantes del hombre y el chico. Durante unos minutos intentó resistirse, pero no pudo más, cerró los ojos y se durmió.

\*\*\*

Despertó en una celda construida con piedras irregulares, sin ventanas e iluminada por pequeñas velas apoyadas en varias repisas. La cama era cómoda, las sábanas blancas de hilo fino y un tejido de lana la cubría para darle calor. Sobre una silla colgaban vestidos de mujer. Apartó las sábanas con cuidado y comprobó que alguien le había vendado la espalda, las muñecas y los tobillos. Pese al dolor intenso, se mantenía en pie y podía andar. Se acercó hasta la puerta y le extrañó que estuviera abierta. Aunque la habían salvado de los comerciantes de esclavos, una parte de sí barajaba la idea de que volvía a estar prisionera. Asomó la cabeza y una chica que no paraba de hablar en el incomprensible idioma de Khonikash entró en la habitación. Lyan le quitó todas las vendas y la ayudó a entrar en el barro. Zoraya dio un respingo al sentir el agua fría; tocó con un dedo la llama de una vela y con la otra mano el agua para calentarla. Lyan abrió mucho los ojos y se sorprendió al notar el cambio de temperatura. Cogió la pastilla de jabón y la ayudó a lavarse. No paraba de parlotear. Zoraya le miraba el pelo dorado, la piel pálida, los labios rojos y el gigantesco vestido escotado, que le pareció ridículo pese a que lo había visto en muchas mujeres del mercado y debía estar muy de moda en ese reino. Era muy ajustado en la cintura, con mucho vuelo y largo hasta los pies, y parecía incómodo y pesado. Agradeció que la ayudase a lavar su espesa y rizada mata de pelo negro. Cuando acabaron, Lyan cogió una gran tela blanca, le hizo gestos para que saliera del baño y la envolvió con ella.

Sentada sobre la cama, Lyan le aplicó con delicadeza un ungüento en las heridas y las cubrió con gasas limpias. Zoraya se sorprendió al notar un alivio casi inmediato. Lyan cogió un pesado vestido que estaba apoyado en la silla y fue hacia ella. Zoraya negó tajante con la cabeza. Lyan resopló poniendo los ojos en blanco y salió de la habitación. Al poco rato volvió con unos pantalones estrechos y un chaleco negro. Zoraya volvió a negar con la cabeza, aún con más energía. La muchacha volvió a desaparecer. Por último, trajo una túnica y unos pantalones sueltos. Zoraya asintió y cogió la ropa. Lyan hizo gestos y salió de la habitación. Zoraya no entendió a qué se refería, así que decidió vestirse y averiguar dónde estaba.

## CAPÍTULO 8

### Svet

La gran sala circular donde estaban reunidos tenía una claraboya central en la parte superior que permitía la entrada de la luz, a pesar de que la vegetación del exterior luchaba por adentrarse en la cueva y había pintado de verde una gran parte de las paredes. Los suelos tenían dibujos grabados y, junto a los escalones que conducían a otras zonas a través de pasadizos, habían crecido algunos setos y árboles pequeños que daban a la estancia un aire de abandono.

—Buenos días a todos. Espero que hayáis dormido bien —dijo Zeth—. Este será vuestro hogar los próximos meses. Sois libres de recorrer el refugio para conocerlo. En esta sala y en el exterior de la cueva entrenaremos. Hay una biblioteca, un laboratorio y un taller de ingeniería tecnológica. Luego os los enseñaremos, tal vez os puedan interesar.

A Svet se le iluminaron los ojos.

—Estos son Hlodowig y Darius. —Zeth señaló a dos magos que lo acompañaban—. Nos ayudarán con los entrenamientos. Ahora, lo primero que vamos a hacer es ir a desayunar. Por favor, seguidme.

Hlodowig era enorme, de piel marrón oscura y pelo trenzado en rastas. Las canas de su espesa barba, las arrugas que surcaban sus ojos y las amplias túnicas oscuras bajo la capa azul de mago delataban su edad, pero tenía una divertida sonrisa, casi infantil. Darius llevaba pantalones ajustados y un abrigo de piel largo ceñido a la cintura con un cinturón con balas brillantes que, sin duda, eran de éter mágico. Tenía el pelo rubio, lacio y largo, que asomaba bajo un sombrero de ala ancha. Al quitarse la capa azul, que tiró al suelo en una esquina de la habitación, mostró una pequeña armadura sobre los hombros. Sin duda parecían más guerreros que eruditos.

Zeth los condujo por unas escaleras que atravesaban una gruta, y salía al exterior por detrás de la montaña, y se encontraron con una terraza allanada sobre el acantilado. Habían preparado una mesa larga en la que habían dispuesto un gran festín para el desayuno: la fruta parecía barnizada, varias jarras que humeaban desprendían un delicioso olor a café y té, cestos con pan recién hecho y otros con unos bollitos rellenos de mermeladas de colores, cuencos de gachas de avena y dos ollas de barro cuyo contenido Svet estaba deseando descubrir. Se sentaron en sencillos bancos de madera y Zeth, desde una esquina de la mesa, junto con Hlodowig y Darius, contempló al grupo. Mientras comían, susurraban entre ellos.

Svet tomó asiento entre Daren y Ben, frente a Ekôn. Estaba en el centro de la mesa y podía alcanzar todo sin tener que pedir ayuda a nadie. Desde que conoció al mago, comía como nunca y no parecía saciarse. Esperó a que Zoraya terminara de rezar. Él ni era religioso ni entendía su idioma, y, aunque solo creía en lo que podía ver y tocar, respetaba las tradiciones ajenas y el mundo espiritual. En Khonikash, desde épocas ancestrales, rezaban a Gaea, a la Madre Tierra y a Helios, el Padre Sol, y se celebraban los solsticios y equinoccios con ofrendas y rituales. Cuando Zoraya abrió los ojos, Svet comprobó que los demás se hubieran servido y se lanzó a la comida, que estaba recién hecha, caliente y deliciosa. Saboreó el contenido de su plato sin levantar la cabeza.

Se sentía agradecido por el buen baño que había tomado y la ropa que le habían facilitado. No era de su talla y le estaba un poco grande, pero era cómoda y estaba limpia. Aunque la habitación era sencilla, era todo un lujo para un muchacho como él, acostumbrado a dormir en el suelo de la fábrica, sobre las cosas de escaso de valor que poseía para que no se las robasen. Aún así, le costaba disfrutar del momento. Algo dentro de él le decía que nada bueno dura mucho.

—Está todo riquísimo —dijo Lyan limpiándose la comisura de los labios con una servilleta—. En casa de madame René el desayuno estaba rico, pero era muy escaso para que las chicas no cogieran peso. Elle suele comer muy poco, pero yo siempre tengo un apetito voraz.

—Conozco la casa de madame René. Unas chicas preciosas, aunque nunca vi ninguna tan bonita como vosotras —dijo Ekôn mirando a Elle y se deslizó por el banco para acercarse a ella.

Elle apenas se movió. Levantó la navaja con la que pelaba la manzana y la fue acercando al cuello de Ekôn hasta que este se alejó unos centímetros con cara divertida.

—Yo no —dijo Svet—. ¿Qué es? ¿Una escuela de niñas?

—Un prostíbulo —dijo Elle desafiante, mirando a Ekôn—. Lyan y yo vivimos allí.

—¡Caray! —dijo Ben.

Ekôn se echó a reír a carcajadas. Los demás chicos se sonrojaron. Svet se arrepintió de haber preguntado y volvió a servirse una segunda ración y se concentró en su plato.

—Vivíais —corrigió Zeth—, espero que podáis considerar que este es vuestro hogar a partir de ahora.

—Sí, vivíamos allí, pero... —Lyan se ruborizó—. Bueno, es una larga historia. Y vosotros, ¿de dónde habéis salido?

—Yo trabajo en la taberna que se llama Faena de Faes. Es de mis padres. Allí servimos la mejor comida y bebida del puerto. Es el negocio familiar desde hace generaciones. Una comida exquisita, os lo garantizo. ¿Y tú, dónde trabajabas antes? ¿Peleabas en un tugurio de apuestas?

—En una fábrica textil. Me encargaba del mantenimiento —dijo Svet.

Svet no deseaba hablar demasiado sobre el tema. Al despertarse vio que tenía el ojo negro y la cara magullada. Lo habían acusado de robar, le habían pegado y lo habían despedido. Siempre se había considerado un trabajador ejemplar. Nunca se quejó del trabajo ni del sueldo. Era obediente. Le gustaba su trabajo. Lo único que deseaba era reparar la maquinaria para mejorar el rendimiento o la seguridad. Se le hizo un nudo en la garganta, mezcla de pena y rabia.

—Yo trabajaba en una fábrica de armas. Las probaba, aunque también asesoraba a algunos clientes que solían pedirme consejo sobre qué tipo de armas comprar —dijo Daren.

—¡Vaya, por todos los dioses, siempre he querido aprender a disparar! Por favor, ¿me enseñarás? —preguntó Ben—. Mi madre me mataría si se enterara, pero me encantaría aprender.

Svet no quería aprender a disparar. Su único deseo era volver a trabajar en la fábrica. Tal vez con el dinero que ganase con el mago podría comprar un pequeño telar, hilados, rucas y lanzaderas. O mejor, él mismo podría fabricarlas. Podría montar una pequeña industria textil. Una parte de su contradictorio corazón volvió a animarse.

—A mí me interesa más cómo las fabrican —dijo sin levantar los ojos del plato, rebañando las legumbres.

—Pues... —Daren reflexionó un momento—. Se fabrican unos moldes con unas fresadoras para intentar tener el mayor número de piezas intercambiables. Eso abarata la producción y permite hacer una gran cantidad para venderlas. Antes era un proceso artesanal, pero ahora se ha industrializado y de una fábrica salen miles de armas al mes.

—Parece interesante —dijo Svet.

—Supongo.

—Y tú, ¿de qué agujero has salido? —preguntó Elle a Ekôn.

—¿Te interesa? —le susurró arqueando una ceja.

—No mucho, la verdad. Solo intentaba ser amable.

—Trabajaba de estibador en el puerto, en la zona de carga y descarga de mercancías —dijo Ekôn.

—¿Y ella? ¿No nos entiende verdad? —Lyan señaló a Zoraya.

—Estaba en el mercado de esclavos. No pude resistirme a ayudarla. Creo que es de Phöisker, un reino situado muy al norte, a varias lunas de Khonikash —dijo Zeth.

—Cuando llegamos al mercado le estaban pegando. Zeth comenzó a atacar a los mercaderes de esclavos disparando bolas de fuego. Los pilló desprevenidos y pudimos rescatarla y liberar a los demás esclavos.

—No pude soportar ver como la maltrataban. Hubiera pagado para que la liberasen, pero tampoco soporto el negocio de los traficantes de esclavos. En muchas culturas, como la suya, la trata de personas es un delito muy grave. No me pude controlar.

—Supongo que montarías un buen revuelo en el mercado, vestido con tu capa y pegando fognazos a esos hombres. Bueno, ya está hecho. Me alegro de tener a Zoraya con nosotros. Además, he visto sus tatuajes. Si logramos comunicarnos con ella nos será de gran ayuda —dijo Rhian.

—¿Qué significan sus tatuajes? ¿De qué nos pueden servir? —preguntó Elle.

—Significan que ella también domina la energía —dijo Zeth.

—Quién lo iba a decir. No parecía gran cosa —dijo Lyan—. Mirad qué guapa está con la ropa de Rhian. No ha querido ponerse ni mi ropa ni la de Elle. No lo comprendo, con lo bonitos que son todos mis vestidos. Mejor, tampoco tengo muchos y, aunque estoy dispuesta a compartir, me gusta que cada una tengamos nuestro estilo.

—Está muy guapa con mi ropa, pero debería aprender a comer como una persona normal. ¡Niña! ¿Quieres coger los cubiertos de una vez? Mira, este sirve para pinchar y este para cortar. Así no te mancharas las manos. ¿Ves? Hazlo como yo —dijo Rhian mostrándole el uso del cuchillo y el tenedor.

Zoraya disfrutaba del desayuno e ignoraba la conversación. Se notaba que en los últimos días había pasado mucha hambre. Pese a que Rhian le insistía una y otra vez para que usara cubiertos que ella desechaba, tenía un aire de solemne dignidad. Svet nunca había visto a nadie comer con las manos con tanta educación. De pronto, dejó de comer y los miró. Se había dado cuenta de que hablaban de ella.

—Zoraya —dijo señalándose el pecho con el dedo después de chupárselo.

—Sí, cariño, tú eres Zoraya y tenemos que enseñarte entre todos a hablar nuestro idioma. —Lyan le acarició la mano.

—Zoraya —repitió y siguió comiendo.

—Y también a comer como las personas. —Rhian enfadada la cogió las manos, se las limpió con una servilleta y le puso los cubiertos en las manos, haciéndole gestos para mostrarle su uso.

—Y bien, si nadie lo pregunta, lo haré yo —dijo Ekôn y se limpió la boca con la manga de la camisa, mirando a un lado y otro de la mesa—. ¿En qué consiste el trabajo? Veo que somos un grupo de lo más variopinto.

—¿Qué sabéis de los magos? —preguntó Zeth.

—Poca cosa —dijo Svet con la boca llena—. Sois los encargados de suministrar la energía del reino.

—En la antigüedad, los magos éramos eruditos y nos encargábamos de las curaciones.



Teníamos un fuerte código ético, considerábamos nuestros poderes un regalo de los dioses y solo debían servir para ayudar a los demás. Libres y aventureros, vivíamos donde queríamos, nos casábamos si queríamos y con quien deseábamos...

—Ay, ¡qué bonito! —Lyan suspiró.

—Esto no fue hace tanto tiempo —prosiguió Zeth—, pero las antiguas guerras y la falta de materias primas necesarias para el funcionamiento de las máquinas que comenzaban a inventarse cambiaron por completo nuestras funciones. Se descubrió que podíamos fabricar éter mágico y entonces el rey nos convirtió en rehenes de la corona. Controló nuestras vidas, nos obligó a casarnos entre nosotros para obtener niños más poderosos, nos obligó a vivir recluidos en el Liceo, un lugar donde antes se estudiaba magia y ahora se ha convertido, sobre todo, en una fábrica de éter mágico. Lord Baley, el gobernador de la ciudad, se encarga de que ningún mago oponga resistencia ni se rebele en Akwaburgo.

—¿Tiene algo que ver con los magos muertos que han aparecido por la ciudad? —preguntó Ekôn.

—No estamos seguros. Estamos investigando —dijo Darius.

—¿En qué consiste el trabajo? —preguntó Daren.

—Tenéis que ayudarnos. Como sabéis, los magos vivimos recluidos en el Liceo y suministramos la energía al reino a través de la fabricación del éter. Hace unos quince años, un grupo de magos se atrevió a desafiar las órdenes de la corona y del gobernador y se rebelaron; decidieron huir con sus familias. Trazaron un plan para separar niños y adultos y hacer más segura la huida, pero algo salió mal —Zeth hizo una pausa y luego prosiguió—: alguien nos delató. No sabemos muy bien quién. Murió mucha gente.

—Zeth —interrumpió Elle—, lo siento muchísimo, de veras, pero discúlpeme si le pregunto qué tiene que ver eso con nosotros. A mí no me importa la política del reino si no sé si podré comer o dónde voy a dormir esta noche. Nosotros somos desechos. No somos nadie. No podemos ayudarlo.

—Sí podéis. Vosotros sois los hijos de los magos muertos —dijo Rhian.

Un silencio se hizo en la mesa y durante unos instantes solo se oyeron respiraciones contenidas. Los muchachos se miraron unos a otros asombrados.

—En efecto —dijo Zeth—, vosotros sois los hijos de los primeros magos que se atrevieron a desafiar las órdenes de la corona y el gobernador. Hasta ese momento, el resto de magos que estaban en contra no reaccionaron por miedo a perder la vida o para proteger a sus familias. Los supervivientes de esa matanza decidimos manteneros lejos del Liceo y a salvo de las estrictas reglas sociales que nos rodeaban. Os hemos vigilado durante años y a distancia, y llevamos tiempo esperando el momento propicio para formaros. Solo vosotros podéis ayudarnos a comenzar de nuevo la revolución. Vosotros sois los únicos magos que tras décadas vivís en libertad. Nuestro objetivo es que todos los magos volvamos a ser libres y hacernos con el control de la magia. Cambiar la estructura social del reino.

—¿Que vivimos en libertad? —gritó Elle—. ¿Y dices que nuestros padres eran magos y que nos vigilabais a distancia? ¿A qué esperabais? ¿A qué nos matasen, violasen o muriéramos de hambre o de frío? Debes estar de broma.

Elle pegó un golpe con su taza en la mesa y derramó el café. Luego se levantó y se marchó corriendo. Lyan quiso ir tras ella, pero Rhian le sujetó la mano y miró a Zeth. Él fue tras ella. Los demás se quedaron en silencio observando las reacciones de unos y de otros.

—Pero eso es imposible, yo tengo a mis padres —explicó Ben.

—Eres adoptado —dijo Rhian, y siguió comiendo sin levantar la vista.

—¿Cómo? ¿Adoptado?

La mesa se quedó en silencio. Todos, excepto Rhian y Zoraya, que seguían comiendo ajenas al revuelo, se quedaron parados y apartaron sus platos dando por finalizada la comida. Ekôn cogió la jarra de vino y comenzó a servir las copas.

—Creo que deberíamos hacer un brindis. Por un cambio radical de vida, aunque no tengo muy claro qué significa. Tal vez que moriremos pronto. Salud. —Ekôn se levantó y alzó su copa para invitar a los demás a un brindis.

Ben se quedó con la copa en la mano, quieto y callado, pensativo.

—Salud —dijo Daren.

Svet brindó y se bebió todo el contenido de su copa de un trago.

## CAPÍTULO 9

### Elle

Elle corrió hasta salir de la cueva. La deslumbró el brillo de la luz exterior reflejado en el río. Se acercó a la dragona. Sacó su cuchillo y lo metió en la cerradura de la jaula, pero no consiguió abrirla. Cogió una piedra del suelo y comenzó a golpearla hasta que le sangraron las manos. Dio un grito de rabia. Frustrada, fue hacia el bosque, donde encontró el tronco de un antiguo árbol. Volvió y golpeó de nuevo el candado. La dragona se agitaba en el interior de la jaula. Los gritos que daba con cada golpe le destrozaban la garganta, pero deseaba con todas sus fuerzas liberarla. Poco a poco, el tronco se iba deshaciendo en sus manos. Llorando, lo lanzó hasta que cayó en el río. No se rindió. Comenzó a dar patadas y, de repente, la cerradura saltó por los aires. La dragona empujó la puerta, atropelló a Elle, que cayó de espaldas al suelo, y levantó el vuelo emitiendo rugidos desgarradores.

—¡Elle! —oyó gritar a su espalda.

Huyó saltando al río.

Apenas asomó la cabeza para tomar aire, siguió buceando para evitar escuchar las voces que la llamaban. Buceó hasta que los pulmones le ardieron. Volvió a asomar la cabeza, y cuando miró atrás, comprobó que la cascada que tapaba la entrada del refugio, desde la distancia era una como una diminuta cortina de polvo blanco. Fue hacia la orilla y se agarró a los arbustos que bordeaban el río. El agua tiraba con fuerza intentando hundirla. Se aferró con más fuerzas a las ramas y juncos de la orilla dando un par de vueltas con ellos a las muñecas para evitar que la corriente la arrastrara. Tiró hasta que pudo sacar su cuerpo empapado de las garras del río. Una vez que se hubo desatado, se quedó tumbada boca arriba, jadeante, intentando descansar unos segundos. Estaba rodeada de árboles de diferentes especies. Altos, grandes, de cortezas enormes y rugosas que ocultaban la luz del sol. Se sentó con las piernas cruzadas, alzó la cabeza, dio un grito y se echó a llorar.

Los pájaros alzaron vuelo graznando. Durante un momento, la brisa que balanceaba las ramas superiores de los árboles cesó y el bosque se quedó quieto, callado. Solo se oían sus sollozos. Bajó la cabeza, con la trenza deshecha y el pelo cubriéndole la cara, tiritando de frío mientras lloraba. La brisa leve se convirtió, poco a poco, en un fuerte viento que amenazaba con partir las copas de los árboles, como si reflejasen el dolor de Elle.

Un calor seco recorrió su espalda, reconfortándola. Thais frotó su enorme cabeza contra Elle hasta derribarla. Se quedó tumbada boca abajo, sin parar de llorar. La dragona insistió dándole golpecitos hasta que Elle se incorporó frotándose los ojos y sorbiendo por la nariz.

—No se lo digas a nadie. Yo nunca lloro. Jamás.

La dragona plegó sus alas y se acomodó junto a ella hecha un ovillo como para darle calor. Elle tardó un rato en confiar en el consuelo que le proporcionaba.

—Ahora resulta que mis padres eran unos magos. Nunca he sabido quiénes eran. Cuando era pequeña, por las noches me dormía imaginando que mis padres eran reyes de un lejano país y yo era una princesa. Mi padre había caído herido en una batalla y cuando mi madre, una reina fuerte y

valiente, fue a buscarlo, me dejó al cuidado de una malvada criada que me vendió. Eso imaginaba.

Thais respiró con fuerza; preparó más combustible en su estómago y avivó su calor. Giró la cabeza. Parecía mostrar interés. Separó una de sus alas y cobijó a Elle, que se acomodó con miedo, dudando de si debía tumbarse sobre la dragona. Sentía tanta presión en el pecho que apenas podía respirar, pero no por estar cerca de Thais, que la reconfortaba.

—Luego crecí —dijo con la voz temblorosa—, y pensé que el rey y la reina me habían olvidado, y, después, que me habían abandonado. Más tarde, que me habían vendido. Poco a poco dejaron de ser un rey y una reina. Luego dejaron de ser mis padres y al final dejaron de ser personas. Un día decidí dejar de pensar en ellos.

Thais emitió un sonido ronco y dulce y volteó la cabeza hacia ella. Elle pensó que intentaba consolarla y le acarició las escamas del morro.

—Durante un tiempo, cuando me preguntaban quiénes eran mis padres, solía decir que no lo sabía porque me habían robado las hadas. Entonces comenzaron a burlarse y me llamaban la abandonada por las hadas. Nunca he reaccionado bien a las ofensas, así que me empecé a meter en peleas y dejaron de insultarme. Me di cuenta de que la gente respeta el miedo.

—Casi es cierto —dijo una voz.

Elle se levantó. Thais se incorporó girándose hacia la voz mientras lanzaba un gruñido y una bocanada de fuego.

—¡Thais! —dijo Zeth dando un salto hacia atrás para protegerse—. ¿Por qué la has soltado? Es muy peligrosa.

—Déjame en paz. Vete. No quiero verte.

La dragona volvió a escupir fuego, esta vez más fuerte, y casi alcanza a Zeth. Salieron dos enormes columnas de humo negro de sus fosas nasales y rugió enseñando sus colmillos.

—Elle, ten muchísimo cuidado. Sepárate de ella.

—Vete. Así no te hará daño.

—Elle, lo siento de verdad. Lo siento.

—Debería darte vergüenza. Dejarnos abandonados en los suburbios de Akwaburgo y venir ahora, con aires de mago refinado, a darnos comida y asilo y pidiendo que arriesguemos nuestras vidas por algo que no tiene nada que ver con nosotros.

—Pero..., lo siento, deja que te explique.

—¿Qué quieres explicar? ¿Has estado muy ocupado estos últimos quince años montando una pequeña rebelión que no sois capaces de sacar adelante? ¿O tal vez, como ahora están empezando a morir algunos de tus compañeros, necesitas que se juegue el cuello gentuza de la que sea fácil prescindir?

—De acuerdo. Me lo merezco. Desahógate.

—No, no consiste en desahogarme. ¿Qué creías? ¿Que saltaríamos y brincaríamos tras saber que nuestros padres eran del gremio de los magos? ¿Que vendrías a descubrir nuestros poderes como quien le da un caramelo a un niño y degusta con placer? No entiendo cómo pudisteis dejar a un grupo de niños, algunos bebés, abandonados en lo peor de la ciudad con la intención de volverlos a recoger cuando os interesase. ¿Qué mierda pensáis que somos?

—Pensamos que estaríais más protegidos que viviendo en el Liceo.

—¿Por qué? ¿Porque podríamos comer todos los días, porque podríamos haber tenido una buena educación? ¿Te das cuenta de lo que hemos tenido que hacer para sobrevivir Lyan y yo, lo que hemos tenido que soportar?

—Pensamos que estaríais mejor viviendo en libertad.

—¿Pero es que sois imbéciles?

—¡Elle! ¡Ya basta!

Thais rugió escupiéndole fuego y Zeth juntó las manos y las volvió a separar para crear un escudo protector que alejó las llamas a izquierda y derecha. Dio unos pasos hacia atrás.

—Está bien, Zeth. Te dejaré que te expliques, pero antes quiero que contestes a algunas preguntas. Si me engañas, te rajaré la garganta, tal vez no aquí y ahora, pero te juro que si me mientes encontraré la manera de matarte, salvo que tú me mates antes.

—Eso no va a ser necesario, Elle.

—Ya veremos... ¿Quiénes eran mis padres? ¿Cómo se llamaban?

Zeth ofreció su capa a Elle, que temblaba por la ropa húmeda, pero ella la rechazó. Se sentó sobre una roca junto al río, frente a Elle y Thais, y tardó un momento en ordenar sus ideas antes de comenzar.

—Tus padres eran Larz y Sasha.

—Larz y Sasha —Elle repitió los nombres como saboreándolos.

—Eran miembros del Consejo Rector, el órgano que nos dirige y nos representa ante el gobernador y el reino de Khonikash. Desde sus nombramientos, fueron los primeros en rebelarse y exigir la segregación del gremio de los magos del poder político y económico del estado para obtener la libertad. Tuvieron pocos pero importantes apoyos de los miembros del consejo.

—No me refiero a eso, quiero saber cómo eran, como personas.

—Larz y Sasha eran mis amigos. Se conocieron siendo tan solo unos niños y se hicieron inseparables, tanto que nadie supo el momento exacto en que se enamoraron. Creo que siempre lo estuvieron. —Zeth se miró las palmas de las manos como buscando palabras adecuadas—. Sasha se parecía mucho a ti. Tenía tu cabello, una melena castaña y larga, que siempre llevaba suelta, y tus mismos ojos. Creo que todos nos enamoramos de ella en algún momento de nuestras vidas. Tenía una personalidad fuerte, pero compasiva. Cuando creciste, pensé que estaba viendo su fantasma. Sin embargo, ella solo tenía ojos para Larz. Durante mucho tiempo lo envidié, pero mi amigo era un gran hombre, un mago poderoso y una gran persona. Siempre cuidaba de los demás. Nos protegía.

—¿Qué ocurrió?

—Cuando éramos niños siempre estábamos en guerra. Nuestros padres, que vivían repartidos por todo Khonikash, al principio intentaron mantenerse al margen y cuidar solo de las poblaciones más cercanas. Pero la gente del campo comenzó a trasladarse a las ciudades en busca de trabajo. La industria, sobre todo la armamentística, necesitaba grandes cantidades de mano de obra. No tardaron mucho en escasear las materias primas cuando más floreciente era la industria, sobre todo el carbón. Nuestros yacimientos se agotaron. Comenzaron a cavar más profundo en las minas y a poner a trabajar a niños, cada vez más pequeños. Muchos murieron.

—¿Y...?

—Una representación de los magos se reunió en el Consejo de Khaosaequor, en la capital. La guerra se había recrudecido y decidieron ayudar al rey. Era la única manera de proteger también al pueblo. La mayoría de los magos y sus familias se trasladaron a las ciudades, las más importantes del reino, donde los gobernadores nos dieron un sitio para vivir. Algunos marcharon al frente para defender a los soldados en el campo de batalla.

—Y cuando comenzasteis a proporcionar la energía se dieron cuenta de que era mucho más poderosa que el carbón o cualquier otra fuente que hubiera existido...

—Exacto. ¿Lo entiendes? No tuvimos otra opción.

—Entiendo cómo llegasteis a proporcionar la energía, no porque nos abandonasteis. Prosigue.

—De acuerdo. En aquel entonces se organizó el gremio de los magos y se fundó el Liceo. Los

niños íbamos a clase y debíamos estudiar durante muchos años las lenguas olvidadas, física, química, astrología, filosofía, historia, magia y hechizos. Nuestros padres ayudaban con la fabricación del éter mágico, pero éramos libres. Podíamos viajar a otros reinos, aprender otras fuentes de magia, incluso algunos habían desarrollado poderes para curar enfermedades. Con el paso del tiempo, nuestros poderes aumentaron, fruto del sistema educativo que permitía a distintos magos, con diferentes métodos didácticos, enseñar las distintas formas de practicar la magia. Nos convertimos en los magos más poderosos que nunca hubo en el reino.

—Por eso el rey se hizo con el control de la magia.

—Eres una mujer muy inteligente, como tu madre...

—No me gustan los cumplidos. Continúa.

—Cuando el rey murió, en la ceremonia de coronación su hijo se autoproclamó rey de Khonikash, guardián de la magia y señor de los elementos. Entonces se promulgaron los primeros edictos. Se prohibieron las relaciones entre magos salvo autorización expresa del rey, que daba permiso a los magos a tener hijos con la condición de que fueran formados dentro de los estrictos controles del Liceo y le jurasen lealtad. Se hizo con el control. Él es el soberano y dueño de la magia. Prohibió el uso no controlado de la magia, que solo puede dar servicio a la corona.

—¿Por qué no actuasteis en ese momento?

—En ese momento éramos jóvenes y nuestros padres estaban cansados de luchar en la guerra. Nuestra generación todavía no tenía voz ni voto en el Consejo. Los magos comenzamos a ser los esclavos del rey que producían la única fuente de energía del reino. La Corona era la única que podía conceder permisos a los industriales para adquirir la energía necesaria para su maquinaria a cambio de fuertes sumas de dinero que recogía la corona.

Thais resopló, cerró los ojos y, después de acurrucarse, fue quedándose dormida. Elle se levantó para no despertarla y comenzó a pasear en círculos, pensativa.

—Pero crecisteis y llegó el momento en que accedisteis al Consejo y no todos estabais de acuerdo con esa situación.

—Sí. Hubo un cambio generacional, aunque fue paulatino, ya que los magos más poderosos y sabios son los mayores. Poco a poco comenzaron a llegar magos jóvenes. Lo curioso es que el apoyo a la corona no distinguía edades. Había magos jóvenes que saborearon las intrigas políticas y las riquezas. En cualquier caso, en el Consejo empezaron a surgir opiniones enfrentadas. Algunos magos, como tus padres, se rebelaron contra el sistema. No deseaban vivir de ese modo, sobre todo cuando te tuvieron a ti. Deseaban ser libres para que crecieras en libertad, decían que te llevarían al campo o a algún lugar bonito donde pudieras vivir feliz.

A Elle se le hizo un nudo en el estómago.

—Los enfrentamientos en el Consejo —prosiguió Zeth—fueron cada más encarnizados. Algunos magos, entre ellos tus padres, anunciaron que se irían con o sin permiso de la corona. Entonces aparecieron los primeros magos asesinados, los que estaban en contra de los edictos promulgados por la corona.

—Y decidisteis huir...

—En efecto, vuestros padres tuvieron miedo por vuestra seguridad y decidimos huir.

—¿Qué salió mal?

—Antes dijiste que eras una niña robada por las hadas y casi que es cierto. Se nos ocurrió pedirles ayuda para separar niños y adultos en la huida y así no levantar sospechas.

—¿Pero estabais mal de la cabeza? Todo el mundo sabe que las hadas son seres malvados. ¿Cómo se os ocurrió esa estupidez?

—No todas son malvadas.

—Confiasteis en ellas, nuestros padres murieron y nos abandonasteis.

—Ese día se celebraba el solsticio de verano en Akwaburgo. Decidimos marcharnos porque habría mucho jaleo en las calles y un grupo de magos por las calles de la ciudad no llamaría la atención. Mi contacto nos había preparado unas naves en los muelles para que nos fuéramos...

—¿Quién era tu contacto?

—Todavía no puedo decírtelo. Él no es mago y su identidad debe mantenerse en secreto. Lo pondríamos en peligro, aún sabiendo que podrían matarlo en cualquier momento, sigue ayudándonos. Habíamos formado dos grupos de doce personas. Un compañero os entregó a las hadas, que debían dejaros al otro lado del bosque, donde íbamos a recogeros. Pensábamos que de esa forma llamaríamos menos la atención por las calles. Hubiera sido muy llamativo un grupo de magos llevando a sus hijos al puerto. Los niños nunca salen del Liceo hasta su graduación.

—¿Por qué sobreviviste? ¿Solo atacaron la nave de nuestros padres?

—Cuando llegamos al puerto, nos dimos cuenta de que nos habían delatado. El alférez del rey estaba esperándonos con varios alguaciles y, sin previo aviso, comenzaron a disparar. Fue una ejecución. No nos dio tiempo a defendernos con el uso de la magia.

—¿Cuántos sobrevivisteis?

—Ocho. Varios ya han muerto, por vejez o enfermedades. Quedamos cinco.

—¿Cinco, menudo ejército! ¿Qué pasó con nosotros?

—Fuimos al bosque y habíais desaparecido. Os habíais esfumado y las hadas también. Tardamos una eternidad en encontraros. Recorrimos todos los orfanatos de Akwaburgo hasta que dimos con vosotros. Hemos vigilado vuestro paradero durante años.

—¿Por qué no nos recogisteis entonces?

—¿Porque no podíamos adoptaros sin levantar sospechas! Además, si se hubieran dado cuenta de vuestra verdadera identidad, os hubieran matado de inmediato para evitar futuras venganzas

—¿Y ahora? ¿No te parece sospechoso un mago reclutando escoria por la ciudad?

—¿No hables así! Ahora es diferente porque sois adultos. Os he contratado para un trabajo.

—¿Has tenido casi quince años para planearlo y solo se te ha ocurrido esa estupidez? En cualquier caso, pensarás que ahora da igual porque no le importamos a nadie. Si alguien lo considera raro o sospechoso, en minutos ya no se acordará.

Elle cruzó los brazos intentando entrar en calor. Zeth se quitó la capa y volvió a ofrecérsela poniéndola sobre sus hombros. Elle se envolvió con ella.

—Ese día perdí a la mujer que amaba. Era una mujer de la alta sociedad de Akwaburgo y no era maga. Iba a dejarlo todo por irse conmigo. Tardé mucho tiempo en olvidar a tu madre, pero nunca olvidaré a Rhoda. Prohibieron nuestra boda, ya que ella no tenía poderes. Todos deberíamos ser libres de amar a quien quisiéramos, de vivir donde quisiéramos y trabajar en lo que quisiéramos.

—Muy bonito. Infantil y poco realista, pero muy bonito.

—¿Sarcasmo?

—Ni te imaginas.

—Elle, te necesitamos. No podemos hacer esto sin ti. No se trata de los poderes que unos u otros podáis desarrollar. Te conozco. Eres inteligente y valiente. Se trata de hacer justicia y devolvernos la libertad. Hazlo por la memoria de tus padres.

—Padres no son los que te conciben en una noche de pasión y te traen a esta cloaca de mundo. Son los que te arropan por las noches y te cantan nanas para que te duermas, son los que pasan una noche en vela porque tienes fiebre, los que celebran tus primeros pasos como si hubieras escalado una montaña, los que te curan la rodilla si te caíste y te hiciste daño, los que te regañan porque te

has portado mal y luego te perdonan, te besan las lágrimas y te dan un abrazo para consolarte. Te aseguro que yo no he tenido padre ni madre.

—Los tuviste y los tienes. Ellos están en ti. En tu pelo y tus ojos, en tu carácter y en la bondad de tu corazón. Tú eres como ellos, inteligente, fuerte y capaz. Ayúdame, todos te necesitamos. Ahora que conoces la historia, ¿qué tipo de vida prefieres tener? ¿Quieres seguir robando para ese tipo que dice ser conde? ¿Vivir en un prostíbulo? ¿Qué será de ti? ¿Y de Lyan?

Elle no deseaba volver, ni que su amiga Lyan se convirtiera en prostituta. Elle había hecho todo lo posible por protegerla, pero según crecían, el destino de Lyan era cada vez más negro. Al contrario que Elle, era una romántica. Deseaba enamorarse de quien quisiera, príncipe o mendigo, noble o plebeyo, mago o no. No estaba hecha para ser prostituta. No, allí no volverían jamás.

—Eres una guerrera, una luchadora —prosiguió Zeth—. Sé que lo has pasado mal. Te han maltratado, te han insultado y siempre te has vuelto a levantar. Hasta ahora has sobrevivido a situaciones que ni siquiera quiero imaginarme, pero todo eso ya ha acabado. Eres hija de unos magos poderosos y estoy deseando comprobar todo de lo que eres capaz. Yo te enseñaré a desarrollar tus poderes. Podrás comenzar una nueva vida. Es el momento de que elijas tus batallas. Tarde o temprano todos estaremos de nuevo en guerra, ahora puedes elegir tu bando. ¿No quieres saber quién te lo ha arrebatado todo? ¿Quién nos tendió la emboscada? ¿Quién fue el culpable de que vivieras sola y maltratada siendo una niña?

—Ya sé quién me lo ha arrebatado todo y algún día lo mataré.

—Cuando llegue el día, más vale que hayas aprendido a usar bien tus poderes.

—Quiero que sepas una cosa, Zeth. Me quedaré y te ayudaré, pero no seré tu peón. Formaré parte del grupo y entrenaré, pero siempre estaré informada de los planes y tomaré decisiones. Tendré voz y voto. No estaré al margen. Me presentarás a todos los magos rebeldes y conoceré a tu confidente. Cuando yo decida marcharme, me iré y tú no me retendrás. Me acompañarás al puerto, pagarás mi pasaje y me despedirás diciéndome adiós con la mano. O tal vez un día me marche sin dar explicaciones, sin pedir permiso y sin despedirme.

Zeth se echó a reír y la abrazó. Elle se retiró con brusquedad.

—Volvamos con el grupo —dijo el mago—. Tenemos mucho trabajo.

—Volvamos. —Elle acarició a Thais—. Si la vuelves a encerrar o le haces daño, te mataré.

Zeth no contestó.



## CAPÍTULO 10

### Ekôn

El sonido de las cascadas que ocultaban la cueva se apagó ante el impresionante rugido de una bestia. Ekôn, que había dejado un momento a sus compañeros para dar un paseo en busca de reflexión, se escondió en una gruta cercana, con suficiente visibilidad al exterior, y cuando se asomó, descubrió asombrado que Elle sobrevolaba el refugio a lomos de Thais. La muchacha se sujetaba con destreza, como una buena amazona, evitando caerse ante las cabriolas que el animal realizaba para deleite de su jinete. Ekôn no era capaz de comprender lo que veía. Los dragones eran los animales más temidos de los cinco reinos, salvajes, fieros, astutos e imprevisibles. Cuando rondaban los cielos de Akwaburgo, la gente corría a esconderse en sus casas, aunque, por fortuna, los dragones solían salir por la noche. Pese al miedo que sentía, Ekôn no pudo evitar sonreír al comprobar que Elle sujetaba al animal con las piernas y abría los brazos simulando las alas de un pájaro. La dragona giró de repente y se puso boca abajo, y Elle empezó a caer directa al suelo. Ekôn ignoró el terror que sentía y salió corriendo de su escondite para intentar recogerla antes de que golpeará en la tierra, pero el animal giró en el aire y la atrapó entre sus fauces por el chaleco, que comenzó a rasgarse. Bajó al suelo, y la depositó con cuidado. Elle se echó a reír.

—¿Estás bien? —dijo Ekôn asustado.

—Perfectamente. Casi me matas, Thais, pedazo de bruta. —Elle, divertida, le dio un pescozón a la dragona.

Thais resopló. Ekôn retrocedió hasta que su espalda dio con la roca de la cueva. El animal pegó el morro a Elle y se frotó a modo de caricia. El muchacho hubiera jurado que detrás de sus fauces exhibía una sonrisa.

—¿Qué haces con un dragón? ¿Estás loca?

—Es una dragona y se llama Thais —dijo Elle acariciándola—. Vamos, tengo que cambiarme. Estoy empapada.

—Tienes una bonita sonrisa. Deberías intentar sonreír más a menudo.

—No suelo tener motivos. Gracias por el paseo, Thais.

Elle besó el hocico de la dragona, pasó a su lado y caminó hacia la caverna. La dragona se tumbó a descansar sobre unos arbustos.

—Ve delante o detrás. Esto es muy estrecho para los dos.

—Las señoras primero —dijo Ekôn y le cedió el paso con galantería.

Elle aceleró y él fue tras ella. Atravesaron la primera gruta a la luz de las antorchas y llegaron a la gran sala donde se encontraba el resto de chicos reunidos con Zeth, que estaba dando explicaciones sobre el origen familiar de cada uno de ellos. El mago estaba sentado en una gran piedra y Ben, Daren, Svet y Lyan estaban a su alrededor bombardeando al mago con preguntas. Zoraya paseaba con paso tranquilo tocando los grabados de las piedras, como si leyera su significado.

Ekôn siempre había pensado que era hijo de un marinero y una ramera. Cuando Zeth estuviera tranquilo también le preguntaría quiénes eran sus padres. Tenía curiosidad por su linaje y por si,

por primera vez en su vida, podría sentirse orgulloso de sus ancestros. Estaba emocionado por el giro de los acontecimientos, pero no había olvidado su motivación principal. Si ahora resultaba ser un mago, era más importante que nunca ganar dinero rápido para abandonar Akwaburgo. No pensaba quedarse encerrado fabricando éter mágico para el resto de su vida. Tendrían que cumplir su misión e irse lo antes posible.

—Estaba preocupada, me alegro de que hayas vuelto. —Lyan se levantó y abrazó a su amiga.

—Voy a cambiarme, ahora vengo. —Elle le devolvió el abrazo y se marchó por el túnel que daba a las habitaciones.

—Escuchad todos —dijo Zeth alzando la voz—, vuestros padres eran hombres y mujeres poderosos y valientes que dieron su vida por vosotros. Nunca lo olvidéis. Lamento muchísimo la dura infancia que habéis tenido, pero ahora sois libres, y seréis entrenados para liberar a otros. Estabais condenados a morir, al igual que vuestros padres, pero sobrevivisteis y, lo más importante, nadie lo sabe. Todo el reino ignora que estáis aquí y eso nos da ventaja.

—Pero... —dijo Lyan—, yo nunca he notado que tenga poderes. ¿Y si te equivocas? ¿Y si nosotros no somos esos niños?

—Lo sois —aseguró Zeth—. Hoy es el equinoccio de primavera. Esta noche celebraremos la ceremonia.

—Me encantan las fiestas —dijo Lyan a Zoraya, que miraba a un lado y otro de la sala ignorando la conversación.

—¿Qué ocurrirá después? —preguntó Daren.

—Tendremos que entrenar. No sabréis usar vuestros poderes sin un buen entrenamiento. Los magos entrenan durante muchos años y nosotros apenas tendremos unos pocos meses para prepararnos —dijo Zeth.

—Prepararnos para qué—preguntó Svet.

—Para luchar —dijo Zeth—. Ahora hay dos facciones de magos, los que están a favor de la corona y los que estamos en contra. Por seguridad, muy pocos de nosotros conocemos la identidad de los demás. Los magos rebeldes viven entre los nuestros, trabajan en lo que les ordena la corona y están a la espera de recibir órdenes para comenzar a operar. Sus misiones pueden ser acoger en sus viviendas a alguien, vestirlo, sanarlo o alguna operación puntual de sabotaje, pero hay que avisarles con el tiempo mínimo para su ejecución. La única opción de supervivencia y acabar con la esclavitud de los magos es comenzar una rebelión y tomar el control político y económico de la ciudad, que abastece de comercio a la capital y al resto del reino.

—Parece complicado —dijo Daren.

—En cierto modo, lo es —contestó Zeth.

—¿Qué tipo de poderes tendremos? —preguntó Ben.

—¿Todos los magos tienen los mismos poderes? —continuó Svet.

—¿Cómo funcionarán nuestros poderes? —Ekôn se acercó al grupo.

—He oído que los poderes de los magos provienen de la naturaleza: agua, tierra, fuego y aire —explicó Ben.

—Sí y no —dijo Zeth—, eso sería simplificarlo en exceso.

Elle volvió a la sala. Ekôn había oído hablar de la chica en el muelle y en el desayuno había confirmado sus sospechas. Se trataba del fantasma de Samuel Chevalier. En los antros de la ciudad se decía que Samuel Chevalier tenía un espíritu que visitaba algunas casas y robaba para él. Algunas veces mandaba mensajes a sus enemigos o a quien se pasaba de listo en las partidas de cartas haciendo trampas o no pagando sus deudas; incluso habían dejado medio muerto a algún hombre que se había propasado con las chicas de madame René. Siempre había pensado que se

trataba de un hombre, pero en una taberna, uno de los hombres de Chevalier, bebido sin llegar a estar borracho por completo, le había descrito a Elle. Le dijo que solo era una niña, una asesina. Una pequeña salvaje, temida y respetada por los hombres y mujeres que la conocían. Una belleza violenta que no habían logrado que ejerciera como prostituta, y Chevalier, enfadado, casi la mata de una paliza. Pero la niña sobrevivió y comenzó a encargarse de los trabajos sucios. Era raro que Chevalier hubiera dejado escapar un activo así. Ekôn tragó saliva al verla, de nuevo con pantalones ceñidos, botas largas hasta las rodillas y blusa negra. La moda femenina de la ciudad de Akwaburgo era de pesados vestidos largos que rozaban el suelo, cinturas de avispa y grandes mangas abullonadas; tal y como vestía Lyan. El uso de pantalones en las mujeres era considerado indecoroso. Sin embargo, Elle hacía caso omiso de la moda. El estilo de Elle era el de un fantasma; ropa negra u oscura, muy ajustada y sin llamar la atención sobre sus atributos. El efecto, sin embargo, era el contrario.

—Bien, ya estáis todos. —Zeth reparó en Elle—. Ya sabéis que en Khonikash usamos la magia como fuente de energía. Eso es lo primero que debéis saber. Energía es la capacidad de un cuerpo para realizar un trabajo, una acción, producir un cambio o transformarse, y se manifiesta cuando pasa de un cuerpo a otro. Los cuerpos poseen energía como resultado de un movimiento o de su posición en relación con las fuerzas que actúan sobre ella. La naturaleza nos suministra energía, el sol, el fuego, el viento, el agua, la lluvia...

—O el carbón —dijo Svet.

—Exacto. La energía está a nuestro alrededor y se manifiesta de muchas formas. Por ese motivo hay quien piensa que nuestra magia es elementalista, o magia de los elementos. Esa sería la forma sencilla de describirlo, pero no es así del todo. Nuestra magia es energética. Un grupo de magos de varios reinos, Mayer, Joule y Helmholtz entre otros, trabajaron juntos hasta descubrir el origen de nuestros poderes. Su conclusión fue la que llamamos “Ley de la conservación de la energía”: la energía ni se crea ni se destruye, se transforma. Con los procesos adecuados generamos luz, calor, sonido, movimiento, etc.

—Sabéis transformar la energía —dijo Elle.

—Sí, y vosotros también aprenderéis. Luego hay material que es aislante y no permite el paso de energía, y hay material conductor, que sí lo permite. En el caso de los magos, todavía no sabemos el motivo, aunque se tiene claro que es transmitido de padres a hijos, nosotros somos no solo conductores de la energía, sino también transformadores. Nuestros estudios genéticos todavía están poco avanzados.

—¿Por ese motivo el rey solo permite el matrimonio entre magos, para que no se pierda ese poder conductor y transformador? —preguntó Svet.

—En efecto. El rey mostró mucho interés en nuestros estudios y los financió, pero el resultado fue desastroso. Cuando revisó todo el material, promulgó los edictos.

—Si es un tema genético y es cierto que nosotros somos quien tú dices, ¿por qué nunca se han manifestado nuestros poderes? —preguntó Ben.

—Porque estáis equivocados al pensar en vuestros poderes como algo espontáneo. Siempre habéis tenido la misma capacidad que tendréis esta noche o que tendréis mañana. Siempre habéis sido conductores de energía, pero nadie os ha enseñado a transformarla.

—¿Entonces para que tenemos que celebrar esta noche el equinoccio? —preguntó Elle.

—Nada cambiará en vuestro interior por la celebración, pero forma parte de nuestra cultura y se remonta a nuestros ancestros, antes de que comprendiéramos bien el origen de la magia— respondió Zeth—. Los magos no enseñamos a los niños el uso de la magia, porque si no se tiene control sobre ella, es muy peligrosa y el mago puede morir o matar. Por eso esperamos hasta que

los niños se hayan convertido casi en adultos para enseñarles a utilizar lo que llamamos nuestros poderes. Hasta entonces, los niños del Liceo estudian mucho, sobre todo física, para estar preparados cuando empiecen utilizarla.

—Tenemos que celebrar la fiesta, por favor. Me encantan las fiestas —repitió Lyan dando pequeñas palmadas.

—La celebraremos —dijo Rhian.

—¿Cómo es de peligroso el uso de la magia? —preguntó Daren.

—Veamos —reflexionó Zeth—, dudar o desconcentrarse puede hacer que mueras con tu propio poder; un error de movimiento puede dirigir el hechizo hacia otra persona, incluso hacia ti mismo y matarte. Si convocas hechizos de agua, hay que tocarla o estar mojado; cuanto más agua toques más agua puedes convocar. Es más fácil si llueve. Pero al convocar hechizos de fuego, no debes tocar el agua, porque se anula, y si estás mojado y convocas el rayo, te electrocutas. Ya os iré enseñando poco a poco, pero debéis tener precaución. Al principio, siempre debéis practicar conmigo, nunca solos. Cuanto más poderoso el hechizo, más costoso para el mago. La magia tiene un precio. Algunos hechizos provocan dolor, pueden enfermarnos si llegan a dañar órganos internos, e incluso matarnos. En ocasiones, causan depresiones, ya que la concentración puede hacer que tengamos visiones o recuerdos, y confundamos realidad e imaginación. La magia sin control daña la mente y el alma. En casos extremos, podemos llegar a enloquecer.

—No sé si quiero formar parte de esto —dijo Lyan.

Los chicos se miraron unos a otros preocupados.

—Yo no sé si voy a ser capaz de retener tanta información. —Ben encogió los hombros divertido.

—Tenéis mucho que aprender —explicó Zeth—. La eficacia del hechizo depende de la inteligencia, la fuerza mental, el dominio de la magia y los sentimientos de aquel que lo lanza y en el momento en que lo lanza. Las emociones negativas se suelen utilizar para los hechizos poderosos, mientras que las positivas se utilizan para mantener el control de los hechizos. Por ejemplo, los de protección, son muy poderosos y suelen hacer falta varios magos para conseguirlo. Un solo mago suele ser suficiente para proteger una flor, y un mago poderoso, a un animal pequeño o un bebé. Para proteger a un solo hombre se necesitan dos o tres magos, muy concentrados; para proteger a un grupo, decenas, y así progresivamente.

—¿Qué pasa si nos disparan? ¿Podríamos protegernos? —preguntó Daren.

—No, morirías. No hay fuerza de la naturaleza capaz de protegerte de eso —contestó Zeth—. Además, si estás herido en las piernas, no puedes convocar hechizos de tierra, solo si tocas el suelo puedes convocar hechizos de tierra. Si estás herido en los brazos, no puedes convocar hechizos de aire. Sí se puede convocar hechizo de aire en el suelo, pero el hechizo es más poderoso si estás en el aire, levitando o volando.

—¿Podemos volar? —preguntó Svet.

—Muy pocos magos lo consiguen y tan solo se levantan unos pocos palmos del suelo. Como un salto sostenido. Es un hechizo muy complicado y solo magos muy poderosos son capaces de hacerlo.

—¿Tú puedes? —preguntó Elle.

—No —contestó Zeth.

Todos los chicos comenzaron a preguntarle a la vez sobre la magia, sus peligros, los hechizos, sus poderes y el mago iba contestando con paciencia a todas las dudas que le planteaban. Hubo un momento de revuelo en el que unos hablaban con otros y opinaban asustados y emocionados. Zeth los animó a que descansasen para estar frescos durante la ceremonia nocturna y los entrenamientos

que empezarían al día siguiente. Svet y Daren decidieron ir a explorar las salas en las que había material de desecho de los magos, con las que Svet dijo que esperaba fabricar algo útil, aunque no sabía qué. Lyan cogió a Zoraya del brazo y le prometió, hablando muy despacio, que volvería a curarla y ponerla guapa para la fiesta; Zoraya la siguió despistada. Ben pidió permiso para ir a hablar con sus padres a Akwaburgo después de haberse enterado de que era adoptado. Zeth fue a buscar a Rhian y prometió que lo llevarían, ya que tenían que ir a la ciudad.

Ekôn se quedó de nuevo a solas con Elle. Fue hacia ella andando despacio, con la mejor de sus ensayadas sonrisas.

—Ahora que nos hemos quedado solos, ¿qué podríamos hacer tú y yo juntos? —susurró Ekôn.

Elle se mordió el labio inferior muy lentamente y se acercó tanto que pensó que iba a besarlo. A Ekôn se le aceleró el corazón. Respiraba tan cerca de su boca que casi podía saborear su delicioso aliento. Estuvo tentado de cogerla por la cintura, pero se contuvo. Cerró los ojos, esperando que ella diera el primer paso. Olía a hierbas y a menta. Elle recorrió su cuerpo cubriéndolo con caricias hasta que comenzó a darle golpecitos en el pecho. Ekôn se percató de que había cambiado la expresión de su rostro. Estaba enfadada.

—No pensé que tuviera que dejarlo claro desde el principio, pero es mejor así para que no te canses. No quiero que te confundas—le advirtió señalando una y otra vez su corazón con el dedo—. Vivir en un prostíbulo no me convierte en prostituta, ni a mí ni a Lyan. Aléjate de nosotras. Sé cómo sois los hombres y lo que esperáis de una mujer. Estoy cansada de verlo. Eso nunca lo tendrás. Te crees que, por ser un tipo guapo que hasta ahora has tenido cierto éxito con el género femenino, te da ciertos derechos. No es así. Las mujeres somos personas, no cosas. Aprende eso y te irá mejor en la vida.

Se marchó dejando a Ekôn confundido y sorprendido. Era la primera vez que una mujer le hablaba así. No es que hubiera dado por hecho que se acostaría con él solo por haber vivido en un prostíbulo, Ekôn sabía que Elle no ejercía la prostitución, pero era cierto que su éxito con las mujeres hizo que le molestase el rechazo. Su primer rechazo.

—Eres, eres, ... —balbuceó a gritos sin encontrar las palabras—. ¡Que sepas que no eres mi tipo! —mintió.

—¡Mejor! —se oyó decir a Elle por una de las grutas del refugio.

La confianza en sí mismo se quebró por un segundo hasta que recordó que ella le había dicho que era guapo. Ni siquiera sabía por qué le importaba lo que opinaba de él. Malhumorado, decidió salir de la cueva en busca del grupo que salía hacia la ciudad, por si le daba tiempo a ir a buscar a Andrea, o a Nhura o a cualquier otra con la que pasar un rato. Sabía que eso no sería ningún problema.

## CAPÍTULO 11

### Zoraya

Zoraya estaba sentada sobre sus pies, con la cabeza agachada y las manos en alto rezando a sus dioses. A Sâwel, dios del cielo, el Prohibido, padre de todos, para que le iluminase el camino a casa. A Bhok, dios del fuego, para que le diera fuerzas en las entrañas. A Ters, dios de la tierra y el inframundo, que la acogía ahora en su seno en el refugio bajo la montaña donde se encontraba, curando sus heridas hasta volver a su hogar. A Êris, diosa del aire, para que dirigiera los vientos a su favor. A Akwa, diosa del agua, madre de vida, que la alejó de los suyos para que la devolviera a su hogar. Y a todos ellos para volver a Phöisker.

Oyó que la puerta se abría a sus espaldas, pero continuó rezando. Cuando acabó, se levantó con cuidado de que sus heridas, casi cicatrizadas, volvieran a abrirse. Tras ella, Lyan había esperado a que acabara para ayudarla a asearse y volver a curar sus heridas. También la ayudó a vestirse con una túnica malva con los bordes dorados y un fajín ajustado. Zoraya entendió que se trataba de una ocasión especial tras comprobar que las telas tenían una textura más suave y brillante de las que solía usar a diario. Lyan se había arreglado con uno de esos, según Zoraya, incómodos vestidos, de tela roja, muy llamativo, más pomposo de lo habitual.

En el exterior de la cueva, en una explanada junto al río, habían colocado antorchas con una hoguera en el centro. Allí las esperaban los muchachos, con las cabezas mojadas y peinadas con raya a un lado, trajes elegantes y lazos anudados al cuello. La última en salir fue Elle, que sorprendió a todos con un vestido de encaje negro.

Los magos se colocaron dentro de un círculo de antorchas y comenzaron a recitar unas palabras en un idioma desconocido. Alzaron las manos, convocaron el fuego y las llamas de la hoguera central crepitaron con fuerza. Siguieron recitando y convocaron el aire. La brisa de la noche fue convirtiéndose en un viento que aullaba y los envolvía. El aire llegó hasta la ribera del río salpicando gotas de agua que poco a poco se convirtieron en una esfera que volaba y los rodeaba a todos. Al final, convocaron el poder de la tierra y levantaron un muro bajo que circundó la zona por detrás de las antorchas. Zoraya asumió que estaba asistiendo a una ceremonia del equinoccio de primavera. Su awo le había hablado de ellas.

La luna y el fuego iluminaban la noche. La música de las cascadas acariciaba la ladera de la montaña; la melodía del río y los silbidos del viento acompañaron los cánticos de los magos. Los árboles se abrieron y los arbustos se desplazaron para dar paso a los habitantes del bosque que deseaban contemplar la ceremonia.

Las hadas brillaban y volaban en zigzag sobre las ramas de los árboles. Los duendes, curiosos pero precavidos, se escondían tras los troncos caídos. Los verdaderos protagonistas de la noche no tardaron en acudir a la llamada. Los silfos grises y etéreos, como diminutos fantasmas, bailaban sobre la hoguera deslizándose sobre el viento. Los gnomos sacaban la cabeza por estrechas aberturas en los huecos de los árboles, algunos incluso escarbaban para acercarse un poco más, como si de topos se tratase. Las salamandras, negras y doradas, reptaban sobre la tierra hasta llegar a la hoguera central y se adentraban en las llamas y proyectaban imágenes humanoides

y azuladas en las rojas lenguas del fuego. El canto hipnótico de las nereidas sonaba desde el río y, aunque Zoraya no las podía ver, se hacían notar en el balanceo y chapoteo del agua a sus espaldas.

Las llamas se fueron extinguiendo. El viento dio paso una suave brisa. El río se fue amansando, dejando el sonido de las cascadas de fondo. Los árboles refugiaron a sus habitantes, que fueron retirándose, y cuyas risas y cánticos se oían cada vez más lejanos. Los magos, que ocultaban sus rostros bajo las enormes capuchas de sus capas azules, las retiraron hacia atrás y sonrieron, pero la luna se escondió tras una nube y las sonrisas se diluyeron en la oscuridad.

## CAPÍTULO 12

### Daren

Liberar y controlar la magia en un mismo acto, en un grupo de jóvenes magos hijos de las mayores injusticias y con sed de venganza, era un acto heroico y suicida al mismo tiempo.

Zeth les había recomendado cerrar los ojos, pero Daren prefería ver la cara de su enemigo cuando tuviera que atacarlo. Quería estar alerta en todo momento. Ekôn y Elle debían de pensar lo mismo, porque eran los únicos que mantenían los ojos abiertos mientras intentaban seguir las instrucciones del mago. Les había pedido que se concentrasen en el aire, la brisa o el viento. Se encontraban dentro del refugio, en la sala central. Daren miró a su alrededor y vio a Lyan apretando mucho los ojos con las manos extendidas, y a Zoraya que la miraba divertida. El silencio inundaba la sala y la única brisa que notaba era la de sus fosas nasales.

—Está bien —dijo Zeth sujetando una vela encendida—. Acércate, Svet. No tan cerca. Ahí, mantén una distancia de un metro. Tienes que apagar esta vela. Atrae la brisa a tu interior y expúlsala. Convoca el aire.

Svet cerró los ojos. Unas gotas de sudor brotaron de su frente. Después de unos segundos miró a Zeth desesperado, rendido.

—No pasa nada, es difícil. Sobre todo, al principio. Os tenéis que familiarizar con las distintas fuentes de energía. Mira, es así. —Zeth movió una mano con la que formó un pequeño remolino de aire que apagó la vela como de un soplo—. Lyan, inténtalo tú.

Lyan se acercó. Cerró muy fuerte los ojos. No ocurrió nada. Uno a uno fue acercándose sin conseguir convocar el aire ni apagar la vela.

—Veamos —dijo Zeth—. La energía eólica es una de las energías más antiguas utilizadas por los hombres. Mueve los barcos impulsados a velas o los molinos al girar sus aspas. El viento es su fuerza motriz. Las velas y las aspas oponen una pequeña resistencia para usar el viento a su favor. Vosotros debéis hacer lo mismo. Sentid la brisa, el aire, el viento. Sentidlo, oponed resistencia y luego uníos a él. No debéis preocuparos en exceso si tardáis en convocar el aire. Es una de las energías más complejas de dominar. Volvamos a intentarlo.

Una y otra vez, con los ojos abiertos, con los ojos cerrados, relajados y en tensión, los chicos intentaron convocar el aire, pero sin éxito. Zoraya paseaba distraída leyendo los jeroglíficos que decoraban la sala. De vez en cuando giraba la cabeza y se fijaba en los ejercicios que hacía el resto de chicos. Daren no notaba la brisa en su cabello, ni en ninguna parte de su cuerpo. Comenzó a dolerle la pierna, llevaban horas de pie. Ignoró el dolor y se concentró en el hechizo.

—¿Por qué no lo intentamos en el exterior de la cueva? —preguntó Daren.

—Porque la brisa exterior me impediría discernir si es alguno de vosotros el que la convoca o surge por un golpe de viento casual. Aquí hay suficiente aire. Entra por la parte superior de la sala.

Daren asintió. Tenía sentido. Esperaba que el mago no se hubiera equivocado con ellos, porque tenía verdaderos deseos de ver aflorar sus poderes. Apartó a un lado la decepción que



sentía y esperó con ansiedad superar la siguiente prueba.

—De acuerdo. No nos desanimemos. Es difícil. Una vez la dominéis es una de las energías más útiles. El aire transportará el agua y el fuego. Os ayudará mucho. Debéis practicar. Podéis intentarlo en vuestro tiempo libre. No creo que podáis causar demasiados daños convocando el aire. Ahora probemos con el fuego. —Zeth se acercó a la pared y cogió una antorcha para encender un pedestal del centro de la sala—. En primer lugar, quiero que busquéis el fuego de vuestro interior, la energía térmica, el calor. Sentirlo. La fuerza mental de un mago es muy importante. Trabajadla. Tened en cuenta que un mago poderoso puede ser derrotado por un mago menos poderoso, pero más inteligente en un duelo. Todo depende de la fuerza mental, habilidad y resistencia. Ahora, acercaos al fuego, tocadlo.

Todos se acercaron al pedestal y extendieron sus brazos hacia el fuego. Daren notaba el calor y que las llamas bailaban alrededor de sus manos y la de sus compañeros, pero ninguno se quemó.

—Cuando estéis preparados, no necesitareis una fuente de fuego para convocarlo. Os bastará con vuestra propia energía térmica. El calor no solo aumenta la temperatura del cuerpo, sino que puede moverlo, realizar un trabajo. Pero debéis tener cuidado de no terminar ardiendo vosotros mismos. Si convocáis vuestra propia fuente de calor, que sea con mucho cuidado. Si no manejaís bien el hechizo podríais morir.

Elle fue la primera en convocar el fuego. Acarició las llamas y consiguió mantener una hermosa y exigua llama en su mano durante unos segundos después de separarse del pedestal. Continuó Svet, que consiguió crear una pequeña bola de luz. Daren se acercó nervioso. Notaba el calor en su interior, el fuego, la rabia y el odio. Tocó las llamas y surgió una breve explosión, como si tuviera pólvora en las manos. Se asustó y se echó atrás cerrando el puño y apagando el fuego. Ben también logró generar una bola de fuego de tamaño medio que mantuvo unos segundos. Intentó pasársela de una mano a otra como si de una pelota se tratase, pero cayó al suelo y se apagó. Lyan y Ekôn no pudieron hacer gran cosa. Lyan encogió los hombros divertida, pero Ekôn hizo un gesto que delató su frustración.

—Eso ha estado muy bien. No os preocupéis porque seguiremos practicando. Ahora probemos con el agua. —Zeth cogió dos cubos grandes de madera, los depositó en el centro de la sala y retiró el fuego—. Lo primero que debéis saber es que la composición del agua dulce y del agua salada es distinta. El agua dulce tiene pocas sales minerales y el agua salada muchas más, sobre todo cloruro de sodio, lo que todos llamamos sal. La densidad también es diferente. El agua salada es mucho más densa y por lo tanto nos permite flotar mejor. Ahora quiero que os acerquéis, las toquéis e intentéis convocarla.

Ekôn fue el primero en acercarse. Con el agua dulce consiguió formar un remolino mínimo sobre su mano, pero con el agua salada consiguió un espectáculo como de mareas en el interior del cubo, sobre su palma e incluso se pasó con soltura el agua de una mano a la otra. Sacó pecho y dejó paso a los demás. Lyan pudo sostener una bolita de agua sobre la palma de su mano, con mayor facilidad en agua dulce que en agua salada. Svet no pudo en su primer intento. Daren tocó la superficie de ambos cubos y el agua salió disparada como si de fuese un cañón. Elle decidió poner sus manos sobre el agua en lugar de cogerla como había hecho el resto, y al separar las palmas hacia arriba el agua la seguía como si fuera un imán. Ben se acercó, apoyó las manos, las mojó, pero no consiguió convocar el agua.

Es curioso ver las distintas formas de reaccionar de los elementos en función de qué chico lo intente, pensó Zeth, que se sintió satisfecho con la demostración y decidió que siguieran entrenando con fuego y agua durante horas.

\*\*\*

Por la tarde Daren no sabía si le dolía más la pierna o la cabeza. Llevaban horas convocando la energía de los elementos. Estar concentrado tanto tiempo le había provocado una terrible jaqueca. Hlodowig y Darius habían llegado para ayudarlos con los entrenamientos. Elle, Lyan y Zoraya se quedaron bajo la supervisión de Zeth; Ekôn y Ben con Darius y Svet y Daren con Hlodowig. Los tres grupos se separaron, cada uno en una zona de la gran sala.

—Lamento no haber podido venir esta mañana —dijo Hlodowig, y se quitó la capa que voló como un pájaro hasta posarse en el otro lado de la sala—. Espero que mi amigo Zeth no os haya aburrido demasiado con sus explicaciones. Bien, ahora viene lo divertido. Vosotros no aprenderéis a crear éter, no seréis la energía de otros. Sois vuestra propia energía, nuestra espada y nuestro cuchillo. Tendréis que aprender a usarla mientras aprendéis a luchar. Por el momento, nos vamos a olvidar de la magia. Quiero veros pelear.

Daren y Svet se miraron como midiéndose el uno al otro. Svet era delgado, pero Daren no quiso subestimarlo. También parecía fibroso, fuerte y él estaba cojo. Una de las características comunes del grupo era, tal vez, el hambre que habían pasado y la fuerza para sobrevivir.

—Vamos, chicos —dijo Hlodowig—, seguro que ya habéis tenido alguna que otra pelea callejera. Sin reglas, a ver qué sois capaces de hacer.

—Es que... —Svet miró la pierna de Daren—, no quiero hacerle daño.

Daren le dio un puñetazo en la cara. Svet lo miró sujetándose la mandíbula con cara de sorpresa.

—¡Joder! ¿Estás loco?

—No hagas eso —contestó Daren. Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo—. Odio que me tengan lástima. No lo hagas.

Volvió a darle otro puñetazo que lo hizo tambalear. Svet soltó un grito y fue hacia él con los puños hacia adelante.

—Bien, parece que ya podemos comenzar —dijo Hlodowig—. Vamos allá.

Svet recibió otro puñetazo en la nariz y comenzó a sangrar. La sangre le manchó el chaleco y la camisa, pero se limpió con el brazo y se remangó mostrando que era más fuerte de lo que parecía. Apretó los puños y golpeó a Daren en el estómago, que retrocedió cojeando. Tosió y arremetió contra Svet con un gancho de izquierda. Este giró el cabeza impulsado por el golpe y la sacudió para despejarse. Daren puso los puños frente a su cara para protegerse y su contrincante amagó con golpearlo por la derecha. Cuando bajó de forma refleja el brazo izquierdo para protegerse, Svet lo atacó golpeando su estómago. Se separaron un metro y comenzaron a dar pasos cortos en círculos con los puños en alto. Daren casi había olvidado del dolor de la pierna. Se sintió liberado de la rabia, el miedo y el dolor que había sentido durante años. Percibió la adrenalina y la euforia.

—Lo estáis haciendo muy bien, chavales —gritó Hlodowig—, pero no os hagáis mucho daño, que este entrenamiento habrá que repetirlo a diario y usando la magia. No quiero que os tengáis que quedar una semana en la cama para recuperaros.

Daren notó que Svet seguía las instrucciones de Hlodowig y golpeaba más suave. Usaba los antebrazos para protegerse y paraba alguno de los puñetazos. Svet era más ágil, tanto al golpear como al esquivar, porque no tenía problemas de movilidad, en cambio Daren era un poco más fuerte, pegaba con más energía y hacía más daño.

La rabia lo ayudó a sentir esa energía de su cuerpo. Con la sangre fluyendo por sus venas y bombeando con fuerza su corazón, su sistema nervioso central enviaba todo tipo de órdenes a su organismo, a sus brazos, a su pierna herida, a su cerebro, que mantenía la cordura pese a los momentos vividos y su sed de venganza. Sintió la fuerza vital que transportaba y canalizaba la

energía, el calor de su cuerpo, el agua, el hierro de su sangre, el aire de sus pulmones... Golpeó a Svet con rabia, dos golpes seguidos, uno con cada puño, y se apartó lo más rápido que pudo con la pierna arrastras. Svet quedó atontado.

—Muy bien, esto ha estado muy bien. Descansad un momento. —Hlodowig los separó e hizo un gesto con las manos. Convocó el agua, que salió disparada desde los cubos hacia ambos y los empapó.

Svet, con una sonrisa bobalicona y la cara magullada, extendió la mano para dar por finalizada la pelea y Daren se la estrechó y lo abrazó. Jadeando, arqueó la espalda y apoyó las manos en las rodillas. Svet se sentó en el suelo. Daren se afirmó en su hombro para sentarse a su lado haciendo una mueca de dolor al doblar la rodilla derecha.

Ben y Ekôn continuaban luchando. Hacía rato que se habían quitado las camisas y exhibían músculos y sudor. Utilizaban una técnica de combate mixta en la que alternaban puñetazos y patadas. Primero uno y luego el otro, golpeaban y recibían por igual. La pelea parecía brutal, pero ninguno de los dos daba muestras de cansancio.

—Basta. Ha sido un buen combate. Ya está bien —dijo Darius—. Parece que aquí tenemos a un buen puñado de guerreros. Estamos de enhorabuena. Veo que todos sabéis pelear.

Ekôn y Ben también se dieron la mano. Ekôn cogió su camisa del suelo para limpiarse el sudor de la frente y Ben, bromeando, también aprovechó una esquina de la manga de la camisa de Ekôn para limpiarse. Ahora todos dirigían sus miradas al grupo de Zeth, donde las chicas continuaban luchando.

Lyan estaba sentada en el suelo, ruborizada, con su rubio cabello revuelto y un calzón bombacho que algunas mujeres usaban para montar a caballo, en lugar de sus habituales y pesados vestidos. Jadeaba a los pies de Zeth, con las manos apoyadas en el suelo para no perder el equilibrio. Entre tanto, Elle y Zoraya peleaban.

Zoraya golpeaba a Elle alternando manos, brazos y piernas. Esta la esquivaba con bastante solvencia, con los puños apretados, aprovechando algunos descuidos de Zoraya para golpearla. Saltaba y se agachaba para buscar los huecos libres que le dejaba su contrincante con la intención de llegar a Zoraya, que no paraba de moverse. Si la pelea de los chicos se basaba en la fuerza bruta, ellas parecían ser mucho más ágiles y técnicas. Elle y Zoraya se enfrentaban dando golpes suaves, evitando hacerse daño. El estilo de Zoraya resultaba más exótico, y el de Elle más callejero. Zeth debía de estar igual de admirado que el resto, porque no parecía tener prisa por parar la pelea. El grupo mantuvo el silencio absorto. Zoraya y Elle jadeaban, empapadas en sudor. Se separaron un instante como midiendo sus fuerzas. Elle se dispuso a atacar mirando a Zoraya de forma aterradora. Zoraya, que debió asustarse, estiró el brazo mostrándole la palma de la mano; invocó el aire y estrelló a Elle contra la pared. Elle cayó como un muñeco de trapo. Zoraya pareció arrepentida. Miró a Elle, asustada, con los ojos muy abiertos, y corrió hacia el lugar donde había caído. Elle se levantó tambaleándose, se echó a reír como si hubiera perdido la cabeza y abrazó a Zoraya.

—Sí, señores, así hay que pelear —dijo Zeth—. Así se lucha usando la magia. Esa es la idea. Tenéis que aprender a usarla dentro del combate, sin mataros. Por el momento, con que practiquemos la magia por un lado y por otro la lucha, será más que suficiente.

—A mí esto no me gusta —dijo Lyan mientras se arreglaba el pelo—, me parece un poco peligroso.

—Has estado muy poco tiempo en peligro, teniendo en cuenta que a los cinco minutos ya no querías pelear. —Elle se sentó junto a ella y le revolvió de nuevo el pelo.

—Creo que tenemos mejor cubierto el tema de la lucha que el de la magia. Sois buenos

guerreros y unos pésimos magos. Seguiremos entrenando —dijo Hlodowig.

—Ahora podéis descansar —dijo Zeth—. Mañana continuaremos.

Las chicas se acercaron al cubo de agua para refrescarse. Daren se quedó embobado mirándolas. Pensaba en lo bellas que le parecieron al conocerlas, pero verlas pelear le resultaba excitante. Elle era pálida, de ojos claros, tenía la trenza deshecha y el pelo le caía ondulado y desordenado sobre los hombros hasta más de media espalda. Le pareció salvaje y peligrosa. Zoraya, de piel castaña y dorada, ojos oscuros, llevaba unas trenzas tribales más cortas y entrelazadas. La extranjera tenía un estilo insólito y exótico. Eran muy distintas a las mujeres de Akwaburgo, las de clase alta dedicadas a las labores del hogar y el cuidado de la familia, y las de baja al duro trabajo de las fábricas. Ellas parecían temerarias, amenazadoras, y sin embargo poseían una elegancia infrecuente en una ladrona y una esclava. Lyan también le parecía hermosa, pero aburrida.

Daren se quedó parado mientras el resto de los muchachos abandonaban el salón rumbo a sus habitaciones. Los magos charlaban en voz baja en una zona apartada de la sala. Se acercó despacio, dudando de si sería oportuno interrumpirlos.

—Lord Zeth, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Claro.

El mago pidió disculpas y se separó de sus compañeros.

—Usted dijo que iniciaremos una revolución, que tendremos que luchar, pero no nos ha dicho cuál será el plan o a qué nos enfrentamos.

—Hijo, de momento tenemos mucho que entrenar. No nos precipitemos. Todavía no podéis acceder a la magia. Vamos por pasos.

—Señor, lo entiendo. Es que creo...

—¿Sí?

—Creo que vamos a necesitar armas.

## CAPÍTULO 13

### Lyan

Lyan estaba nerviosa y emocionada ante la primera clase dirigida por Rhian. Zeth les habían dicho que era la mejor médica y alquimista del reino, que su sabiduría sobre hierbas, hechizos y venenos era venerada más allá de las fronteras de Khonikash y que los chicos del Liceo consideraban un verdadero honor asistir a sus clases. Durante los días que llevaban de duro entrenamiento, Lyan ya había demostrado que la lucha no era lo suyo, ni siquiera la magia, y tenía grandes esperanzas de poseer cualidades para la alquimia.

Se encontraban en el improvisado laboratorio de la cueva. Una gran mesa de madera con bancos dominaba el centro de la sala y, sobre las paredes, en precario equilibrio, se apilaban estantes de alambiques, probetas, tubos de ensayo, destiladores y tarros con líquidos coloreados con sustancias de todo tipo. Había plantas secas colgadas por todas partes. Unas claraboyas en la parte superior de la pared permitían la entrada de luz y la salida del humo del horno. Al otro lado de la sala, junto a una estantería de libros antiguos de botánica, se amontonaban otros abiertos y desordenados, y sobre ellos multitud de papiros enrollados.

—¿Quién de vosotros no sabe escribir? —preguntó Rhian mientras repartía libretas a cada uno de los muchachos. Silencio—. Es importante. Necesito que todos sepáis leer y escribir bien. No os dé vergüenza, hablad. Eso es lo primero que solucionaremos.

Ekôn levantó la mano. Lyan reparó en que parecía avergonzado. Svet lo miró y dudó antes de levantar la mano.

—¿Y tú? —preguntó mirando a Ben.

—He ido al colegio. Sé leer y escribir, algo de matemáticas, historia. Mi madre... adoptiva era muy pesada con los estudios y cuando era niño no quiso que trabajase.

—Sabía mujer, debería estar usted muy agradecido y orgulloso de ella.

—Lo estoy, señora.

—¿Y tú?

—Sé lo suficiente —contestó Daren.

—¿Y vosotras?

—Debe usted saber que nuestro prostíbulo era el mejor de la ciudad —dijo Lyan orgullosa—. Madame Renê insistía en que debíamos ser todo lo que un hombre soñaba y, a ser posible, de lo que su mujer carecía. Eso incluía no solo la belleza. Nos recogía siendo niñas y nos enseñaba a leer, escribir, música, matemáticas, geografía e historia, nociones de biología, astronomía y algunas cosas más. Teníamos varios tutores, dependiendo de la materia que impartían. Ella decía que un cliente que busca pasar un buen rato con una chica le da igual un prostíbulo que otro, pero que si se enamoraba jamás dejaría nuestro burdel. Por ese motivo también es el prostíbulo más caro. Vende chicas guapas y cultas.

—¿Os enseñaban a enamorar a vuestros clientes? —preguntó Daren.

—Sí, supongo que se puede decir así. También nos decía que debíamos ser muy inteligentes, pero que no conviene parecerlo. Al parecer, a los hombres les intimidan las mujeres inteligentes,

sobre todo si lo son más que ellos.

—Debo reconocer que esa madame Renê debe de ser una mujer interesante —dijo Rhian—. De acuerdo. Ayudaréis a vuestros compañeros a aprender a leer y escribir. Ya os organizareis como vosotros queráis, pero no tardéis. No solo es importante para mis clases, sobre todo es muy importante para la vida. Comprobaré vuestros progresos.

—También tenemos que enseñar a Zoraya. Tal vez sepa leer y escribir en su idioma, pero quiero enseñarle en el nuestro —dijo Lyan.

—Estoy de acuerdo, y ahora, comencemos con nuestra clase. Como todos sabéis, las plantas no solo nos alimentan, sino que además nos pueden curar. A cambio, el hombre puede cultivarlas, redimirlas y resucitarlas. Hoy no vamos a hablar del cultivo de las plantas con magia, ya que en ellas, al igual que en todos los seres vivos, hay agua, fuego, aire, tierra y espíritu. El limitado tiempo que tenemos para cubrir una formación básica me obliga a avanzar hacia los principios fundamentales de la vida y la muerte. O lo que es lo mismo, con una planta se puede curar a un hombre o matarlo. —Rhian recorrió la sala y fue a una estantería donde había plantas secas atadas con cuerdas formando ramilletes. Recogió varios y los depositó en el centro de la mesa tras apartar las plumas de escribir, con cuidado de no verter los tarros de tinta—. Hablemos primero del poder curativo. Coged apuntes, los que podáis, claro. El resto debéis copiar las notas de vuestros compañeros, aunque de momento no entendáis su significado. Pero hacedlo más tarde, ahora prefiero que los que no escribáis prestéis atención. Las plantas pueden ser utilizadas en medicina en tres estados, vivas, muertas o resucitadas. El aroma de las plantas vivas tonifica las inflamaciones de las mucosas y mejora los procesos respiratorios. Eso es lo que pasa cuando usamos pino, lavanda, romero, menta...

La exposición del poder curativo de las plantas duró horas, en las que Rhian explicó que las plantas, gracias a su espíritu, no solo sus tallos, sino también sus semillas y raíces, tienen efectos sobre el cuerpo y el alma de aquellos a los que se les administra. Dio ejemplos concretos de plantas con poderes curativos. A petición de Elle y Daren, también enseñó cómo realizar cataplasmas para curar heridas y cuáles eran antibióticos naturales.

—Puesto que la magia del reino vegetal reside en su espíritu, hadas, dríadas, faunos, ninfas y el resto de habitantes silvestres están dotados de una habilidad innata para este tipo de magia. Ellos son los que nos enseñaron su uso y recolección. Cada planta tiene un momento del año en el que florece con mayor esplendor y hay días o noches, incluso horas concretas, en las que deben ser recolectadas para obtener de ellas mayor eficacia.

—¿Puedes hablarnos de plantas con las que se pueda dormir a alguien al instante y dejarlo fuera de combate? —preguntó Elle.

—Veamos... —Rhian reflexionó un momento—. Esos efectos puedes conseguirlos con adormidera. De la flor de la amapola se extrae el opio. Si le añades vino, azafrán, clavo y canela puedes fabricar láudano. En dosis pequeñas reduce el dolor, pero en grandes es un fuerte narcótico. Debéis tener mucho cuidado, porque muchas plantas que utilizamos con fines medicinales pueden ser mortales en función de la dosis que se administre. Por ejemplo, el opio, la mandrágora o el beleño son anestésicos y narcóticos, pero también son muy venenosos. Si además los mezclas entre sí, el efecto se multiplica. Lo mismo pasa con la cicuta, cuyo efecto puede pasar de anestésico y analgésico local a ser mortal.

—¿Y el antídoto? —preguntó Lyan.

—Depende del envenenamiento, pero uno de los más eficaces es calentar, en un mismo puchero, alcohol y tártaro, a temperatura suave y constante, hasta que el tártaro destile un aceite suave y rojizo. Hay que suministrarlo de a cuatro sorbos, dejando un momento para descansar. Si

el veneno proviene de un ácido, como la cicuta, puede resultar más efectivo el polvo de carbón vegetal mezclado con agua.

—¿Cómo sabremos cuál usar? —preguntó de nuevo Lyan.

—Si no lo tenéis claro, podéis dar a beber grandes cantidades de agua o leche, o ambas, para retrasar la diseminación del veneno a los órganos vitales, y después aceite de oliva. También funciona bastante bien como antídoto la mezcla de té fuerte, magnesia y dos partes de polvillo de pan quemado. Nunca intentéis provocar el vómito; aunque no lo creáis, empeorará la intoxicación.

Al principio, Lyan cogía apuntes en su libreta, con letra pulcra, pero luego prefirió no perder ninguna de las indicaciones y descuidó la letra para no perder la información.

—Os enseñaré a preparar muchos tipos de compuestos con diferentes usos. Ahora es importante que salgamos al bosque para que aprendáis a reconocer las plantas en su entorno natural. Coged los cuadernos y seguidme.

Salieron del laboratorio por las grutas del refugio acompañando a Rhian hasta el exterior de la cueva. Lyan cogió de la muñeca a Zoraya, con cuidado de no apretar sus heridas, para que fuera con ellos. Una vez en el exterior, Zoraya parecía disfrutar de un paseo por el bosque en lugar de estar encerrada en una sala donde no entendía nada de lo que decían. Rhian señaló varias plantas, cogió algunas y desechó otras; nombraba sus propiedades y enseñaba sus nombres mientras les advertía de sus efectos.

—Esto es un bosque, Zoraya. Bos-que. Un bosque son muchos árboles juntos ¿Me entiendes? Esto es un ár-bol —dijo Lyan señalando uno—, y esto —abrió mucho los brazos—, es un bosque.

—Bos-que.

Zoraya repetía las palabras y señalaba.

—Eso es. Vas a aprender nuestro idioma muy pronto, ya lo verás.

Zoraya le agarró del brazo mientras, con una rama seca, dibujaba tres figuras sencillas en el suelo.

—Un hombre, una mujer y una niña —dijo Lyan al mirar los dibujos.

—No.

Zoraya los envolvió en un círculo y dio con el puño en su pecho.

—¿Familia? —preguntó Lyan.

—Fa-mi-lia —repitió Zoraya.

—Es una familia, Zoraya, ¿tienes familia?

—Fa-mi-lia, sí.

Dibujó otro símbolo, pero Lyan no lo reconoció.

—Zoraya, cariño. No lo entiendo.

Sujetó el brazo de Lyan y lo señaló con insistencia.

—No sé qué puede ser. Parecen dos manos.

—Mano, no. —Zoraya señaló el símbolo.

—No sé, Zoraya.

—¡Elle! —gritó Zoraya, se marchó corriendo y dejó a Lyan intrigada.

—Parece que ya has escogido a tu pupila —dijo Ben a su espalda.

—Creo que se ha enfadado conmigo porque no entendí su dibujo. Me cae bien, y debe tener una interesante historia que contar.

—Parece que tú también has tenido una vida de lo más interesante. Perdona. No quería decir eso. Bueno, sí, pero...

—No pasa nada, Ben. Ya sé qué parece, pero no es lo que piensas. Cuando nos marchábamos estaban haciendo pujas y, bueno, todavía no habían acabado.

—Lo entiendo.

Tenía el pelo corto y castaño. A Lyan le daba vergüenza fijarse en sus ojos para comprobar su color.

—No estaba tan mal. Tenía muchas amigas y era divertido. Madame Renê nos compraba muchos vestidos, maquillajes y perfumes. Nos cuidaba mucho. Kara solía hacerme peinados preciosos mientras me contaba cosas divertidas y humillantes de sus clientes para que no tuviera miedo. De alguna manera, todas eran mi familia. Las echo de menos.

—¿No te gusta estar aquí?

—Ha sido muy raro descubrir que mis padres eran magos. Yo solo quería venir para no separarme de Elle. Llevamos juntas desde niñas y es como una hermana para mí. Recuerdo a la que creía que era mi madre. Ella siempre me contaba que mi padre era un alto noble de la capital. Supongo que todo fue una gran mentira y en realidad ella me recogió de pequeña, cuando mataron a nuestros padres. Cuidó de mí hasta que murió. Fue entonces cuando Elle y yo nos hicimos amigas.

—Es una extraña amistad. No os parecéis demasiado.

—Yo siempre fui una niña divertida, con un montón de amigas, y Elle era una niña rara e introvertida a la que todas temíamos y nos burlábamos de ella a sus espaldas; en su cara jamás nos habríamos atrevido, le teníamos demasiado miedo. Pero cuando mi madre murió..., ahora que lo pienso... Es raro acordarme de esa mujer y nada de mis verdaderos padres. Bueno, da igual, el caso es que comencé a estar siempre triste. Supongo que debí de dejar de ser una buena compañía. Las niñas comenzaron a meterse conmigo, a insultarme, e incluso a pegarme. La vida se convirtió en un pequeño infierno.

—Vaya, cuánto lo siento.

—Todas esas niñas, que durante años habían sido mis amigas, me hicieron la vida imposible, y esa niña rara y callada, que no me conocía y con la que nunca había querido jugar, fue la única que me defendió. Me salvó la vida. Elle se enfrentó a todas. Las amenazó con matarlas y estoy segura de que lo hubiera hecho si no me hubieran dejado en paz. Desde entonces no me separo de ella. Con el tiempo, algunas chicas se fueron, vinieron otras y volví a tener nuevas amigas. Por eso siempre digo que para mí Elle es más que una amiga, es mi hermana. Yo la elegí a ella y ella me eligió a mí. Nunca nos separaremos. Perdona, hablo demasiado. ¿Cómo era tu vida antes de llegar aquí?

—Supongo que fui muy afortunado. Mis padres son los propietarios de una taberna en el puerto. Fui a la escuela, tuve muchos amigos y una familia. Hablé con mis padres cuando Zeth nos lo contó todo. Foster y Merophe para mí siempre serán mis padres. Me dijeron que volvían del mercado y oyeron los llantos antes de llegar a la taberna. Alguien me había dejado en la puerta. Merophe me cogió en brazos y yo agarré el dedo de Foster. De inmediato dejé de llorar. Sintieron que yo era su hijo desde ese momento. No me he dado cuenta hasta que os conocí, pero he tenido una infancia muy feliz.

—¿De qué conocía Zeth a tus padres?

—Me contaron que, cuando pasaron unos años, Zeth volvió y les confesó a mis padres quién era yo en realidad. Ellos temían que el mago me alejara de ellos, pero no fue así. Le pareció buena idea que me adoptasen y volvía de vez en cuando a la taberna para ver cómo me iba. Así se hizo Zeth amigo de mis padres. Yo no me acordaba de él.

—Sí, eres afortunado. Si algo sale mal, podrás volver con ellos.

—Siempre quise trabajar en la taberna de mi padre, pero esto es...

—Peligroso.



—Emocionante —corrigió Ben.

—Ni siquiera sabemos a qué nos enfrentamos, no controlamos la magia, están apareciendo cadáveres de magos muertos por Akwaburgo, no tenemos ni idea de quién los está matando. Reconozco que soy un cobarde, pero no me parece emocionante.

—No te preocupes, estaremos juntos en esto y no nos pasará nada malo. Te lo prometo.

—Gracias, Ben.

¿Se referirá a que permanecerían juntos como grupo o a que él me protegerá?, pensó Lyan. En ese caso, deseaba creerle, aunque durante años le habían enseñado a no creer ni una sola promesa que proviniera de un hombre. Lyan lo miró y comprobó que tenía una bonita sonrisa y los ojos claros. Estaba segura de haberse ruborizado, porque fue consciente del calor de sus mejillas. Tal vez lo había malinterpretado.

—Hace un día precioso para comer en el bosque. Recolectemos frutas, semillas y raíces. Comeremos aquí —dijo Rhian.

—Con frutas y semillas moriremos de hambre —se quejó Ben.

—Tengo una idea. Bajemos al río a pescar —dijo Ekôn.

Ekôn, Daren y Svet comenzaron a andar hacia el río.

—Voy con vosotros —dijo Ben.

—Yo también —dijo Elle.

—De eso nada, guapa. Tú te quedas aquí. Este es un trabajo para hombres. Los hombres somos cazadores y las mujeres recolectoras, ¿comprendes? —contestó Ekôn y miró a los muchachos buscando su aprobación, pero ellos desviaron la mirada sin desear entrar en litigios con Elle.

—Eres imbécil. Y por más que te miro no puedo entender cómo has sobrevivido a ti mismo. Te miro y sé que no merece la pena rebatir contigo algo tan elemental, porque tal vez nunca lo comprendas.

—Prueba. Soy un chico listo. No podrás demostrarme algo que es cierto desde el inicio de los tiempos.

—En primer lugar, yo jamás pido permiso. Si me oyes decir que voy a hacer algo, no estoy pidiendo ni tu permiso ni tu aprobación. Es importante que lo entiendas. No por mí, me da igual lo que pienses, sino para la convivencia del grupo, no nos queda más remedio que aprender a trabajar juntos. Así nos ahorraremos muchas discusiones. En segundo lugar, me pregunto si tienes miedo a que alguna de nosotras pueda pescar mejor que tú.

—Preciosa, eso es imposible.

—Mírame bien. ¿Crees que hay algo en mi aspecto que te haga pensar que soy peor que tú? ¿Crees que no sería ágil, que no tengo fuerza para clavar mi cuchillo entre las branquias del pez, cuando ya lo he clavado en las costillas de un hombre?

Si algo podía definir a Elle era su destreza y agilidad. No pudo replicarle y se quedó callado, mientras se borraba la sonrisa de su rostro.

—Cuando nos mires —dijo señalando a las demás—, olvídate de todo lo que crees que sabes de los hombres y las mujeres. Por muy torpe que seas, te darás cuenta. No has conocido a nadie como yo, ni como Lyan, ni Rhian, ni Zoraya. No conoces a las mujeres, solo te acuestas con ellas. Pon a una persona al límite, quítale la libertad, el sustento o el amor, y entonces conocerás a esa persona, sea hombre o mujer. Verás de qué es capaz.

—Lo siento, Elle. No pretendía ofenderte, tan solo estaba bromeando. En ningún momento he dudado de... —Ekôn se rascó el cuello y buscó las palabras adecuadas—. Puedes venir a pescar con nosotros —dijo al fin.

—Ya no me apetece —contestó Elle. Se giró y se fue con las demás.

Ben se despidió de Lyan y los chicos se marcharon dejando a las chicas con Rhian.

—Bueno, nosotras recogeremos la fruta —dijo Rhian—. Elle, no le hagas caso. Puede ser divertido recolectar siguiendo mis instrucciones.

Rhian convocó el aire y formó un pequeño remolino de viento que fue recorriendo el bosque y depositando frutos rojos en la falda de Lyan, que se había sentado a descansar. Elle se puso de pie junto a Rhian y a Zoraya, que acompañaba a la maga azotando el viento en otra dirección. Lyan se fijó cómo su amiga se concentraba y conseguía ráfagas suaves de aire que acompañaban a las de Rhian y Zoraya, y las frutas volvían juguetonas, en menor cantidad de las que conseguían las otras, pero de forma efectiva. Elle estaba radiante. Fue la primera del grupo en conseguir convocar el aire. «Tal vez la ira sea buena para la magia», pensó Lyan.

Un rato después estaban comiendo salmón a la brasa con arándanos, frambuesas, moras, fresas y madroños. La comida fue abundante y agradable. Rhian les siguió explicando las propiedades de las plantas y dejó abierta la posibilidad de que todos fueran cuando quisieran al laboratorio, siempre y cuando ella estuviera presente, y practicasen los hechizos con ella.

—Rhian, ¿Zeth es un mago muy poderoso? —preguntó Daren.

—Sí, lo es, y lo más importante: es una buena persona.

—¿Y Darius y Hladowig?

—También lo son.

—Si tan poderosos son, ¿qué no podrían hacer con magia? —preguntó Ben.

—Hay cosas que nadie puede hacer. Se puede matar con magia, pero a quién lo haga se le castigará con la muerte. No se puede devolver la vida de los muertos. No se puede obligar a alguien a sentir amor o enamorarse. Solo con algunas hierbas se pueden exaltar sentimientos de forma puntual, como cuando se toma alcohol. No se puede cambiar el pasado ni predecir el futuro. Las profecías están prohibidas, porque se consideran una estafa. Creo que eso es todo.

## CAPÍTULO 14

### Ben

Ben se cuestionaba si no habría algo maligno en la magia. Parecía que cuanto más rabia tuviera mejor se canalizaba la energía. Zeth insistía en que los hechizos poderosos se nutren de emociones negativas, mientras que las positivas mantenían el control. Hacía un par de semanas que habían llegado al refugio y no parecía que mejorasen mucho en el adiestramiento. Zeth los animaba a continuar alegando la dificultad del proceso, y les pedía que tuvieran paciencia, pero Ben sospechaba que los escasos progresos que conseguían no eran suficientes para la misión que les había encomendado.

Se encontraban en el exterior de la cueva, en la explanada junto al río. Habían encendido una hoguera, aunque todavía faltaban horas para el atardecer.

—Hoy volveremos a luchar usando la magia —dijo Zeth—, pero esta vez no os diré qué elemento debéis convocar. Decididlo vosotros. Lyan, ¿te animas a ser la primera?

—Preferiría no hacerlo, si no le importa. Hoy he tardado siglos en peinarme.

—Lyan, tarde o temprano deberás enfrentarte a tus miedos. Me preocupa que no estés preparada.

—Tranquilo, lo estaré. —Lyan se sentó en una piedra entre Zoraya y Rhian.

—Está bien, Ben y Svet. Empezad vosotros.

Los chicos se ubicaron en el centro de la explanada y los demás se retiraron del círculo central. Ben ya había peleado con Svet en otras ocasiones. Era un chico tímido y reservado. En las peleas intentaba no lastimar y también no dañarse las manos, ya que en su tiempo libre se encerraba en un enorme trastero y se echaba horas fabricando quién sabe qué. Si no fuera porque el elemento que mejor controlaba era el fuego, se hubiera vendado las manos. Ben se remangó la camisa y dejó sus antebrazos al descubierto. Se prometió a sí mismo intentar no hacerle daño.

Se colocaron uno frente a otro y Svet golpeó primero con un gancho de derecha en la mandíbula que desplazó a Ben. Buscó la energía en su interior, en concreto el odio, pero nada en su compañero le producía tal sentimiento. Lo volvió a golpear, esta vez en el estómago. Ben tosió y se retiró hacia atrás. Hasta ahora, en los entrenamientos había convocado el fuego con más facilidad que el resto de elementos. Convocó el que llevaba en su interior. Lo sacudió de nuevo en la cara e hizo que diera un par de pasos para atrás aturdido. Ben percibió la energía. Surgía de la rabia que le daba que un muchacho, que consideraba más débil que él, estuviera vapuleándolo. El calor surgió de su propio cuerpo; una pequeña llama se quedó encerrada en su puño. Se adelantó y golpeó a Svet en el estómago, y aunque no deseaba pegarle con fuerza, el fuego del interior del puño lo impulsó. Svet perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo.

—¿Estás bien? —dijo Ben mientras lo ayudaba a levantarse.

—Sí, sigamos —contestó Svet.

—¡Vamos, vamos! —gritó Zeth—. Quiero ver esa energía. ¡Concentraos!

De nuevo uno frente al otro, Svet hizo un amago de derecha, pero le pegó con la izquierda. Ben agitó la cabeza para despejarse y volvió a buscar su energía, el calor, el fuego. Svet le lanzó una

descarga de puñetazos en el estómago, tan potentes que Ben cayó a unos metros de distancia. Svet abrió mucho los ojos y se quedó parado en el sitio, sorprendido de lo que acaba de hacer. Luego se acercó para ayudarlo a levantarse.

—¡Muy bien Svet, eso es! —gritó Zeth.

—Perdona, Ben, no pretendía...

—Tranquilo, canijo, ya no te voy a subestimar más.

Zeth los había advertido: Por muy fuertes que fueran se enfrentaban a un mago con poderes más desarrollados, el combate estaría perdido.

Ben le aplicó a Svet un gancho de derecha y luego de izquierda, con la intención de debilitarlo y desconcentrarlo para ganar tiempo y convocar su energía. Svet se movió como un muñeco de trapo intentando recomponerse. Hasta ahora, Ben había permitido que su contrincante lo apalease una y otra vez mientras él buscaba la magia, pero con cada golpe que recibía más se desconcentraba. Ben volvió a atizarle el estómago mientras buscaba la rabia en su interior. No perdería esa pelea delante de todos. Sus puños comenzaron a arder ante la mirada atónita de Svet, que puso los brazos frente a su cara para protegerse. Ben pasó su bota por detrás de las piernas de Svet y logró tumbarlo. El fuego seguía intacto en sus puños. Esperó a que Svet se levantara.

—Está bien, bastante bien —dijo Zeth—, se acabó la pelea. Svet, descansa. Ben, ahora te enfrentarás a Daren.

El fuego se apagó. Svet le estrechó la mano para dar por finalizada la pelea y Daren se acercó hacia él cojeando. Ben miró su pierna herida y Daren le devolvió una mirada de rabia.

Se pusieron uno frente a otro. Ben resoplaba para recuperarse de la pelea con Svet. Daren, frente a él, apretó los puños. No pudo recuperarse. Daren se abalanzó y lo hizo retroceder. Ben se concentró. Si en algún momento debía aprender a convocar el aire, ese era el perfecto. Se estaba asfixiando. Daren intentó golpearlo en la nariz; Ben pensó que este sabía a la perfección qué andaba buscando, pero movió la cabeza y el impacto fue directo a su mejilla; una pequeña brecha comenzó a sangrar. Podía arrastrar sus pies y hacerlo caer. Al fin y al cabo, Daren era cojo y no se sostenía con facilidad, pero sabía que lo odiaría por eso. Su conciencia no le permitió acabar la pelea como a él le hubiera gustado. Si fuera un enemigo, no lo dudaría. Entre jadeos, buscó otra opción.

Resoplaba cuando se acordó de una de las lecciones de Zeth. El fuego necesitaba al menos un dieciséis por ciento de oxígeno para entrar en combustión. Y su fuego no era descontrolado. Ben disponía de oxígeno, aunque de forma inconsciente. Rebuscó la energía térmica en su interior. Como no tenía aire, no era capaz de convocar el fuego. Dio un par de pasos hacia atrás y tomó varias bocanadas de aire que llenaron sus pulmones. El fuego apareció de nuevo en sus puños. Se concentró en ellos analizando su estructura y encontró el aire en su interior. Lo convocó, y sin acercarse a Daren, le lanzó pequeñas bolas de fuego que le pasaron por la izquierda y por la derecha, pero sin alcanzarlo.

—¡Perfecto, Ben, muy bien hecho! —gritó Zeth a su espalda.

Daren lanzó una mirada de rabia y se mantuvo en el sitio, a unos metros de distancia. Varias gotas de sudor poblaron su frente. Hizo un movimiento con los brazos a la vez que surgía fuego de sus puños, y luego abrió las manos las envió en dirección a Ben. Este cayó hacia atrás y notó un dolor intenso en el pecho. Intentó levantarse, pero no podía. Se tocó el pecho buscando la sangre.

—¡Basta! Lo vas a matar —gritó Lyan, que casi al instante estaba de rodillas a su lado.

«Tal vez perder de vez en cuando merezca la pena», pensó Ben.

—Perdona, no pretendía darte tan fuerte —dijo a Daren.

Lyan lo ayudó a levantarse y, una vez de pie, volvió a comprobar su pecho en busca sangre.

—Estoy bien —dijo y tosió—. Ha sido como si me hubieras disparado.

—Lo siento, de verdad, tú me diste la idea —dijo Daren.

—Muy bien. Ben, descansa. Daren, ahora lucharás contra Ekôn.

Ben se retiró con la ayuda de Lyan y se dejó llevar hasta una piedra donde se sentaron para seguir viendo el entrenamiento. La próxima vez no seré tan compasivo con él, murmuró Ben.

Ekôn se levantó y se desabrochó poco a poco los botones de la camisa hasta que se la quitó. Elle lo miró con gesto de desagrado. El muchacho se acercó a Daren, que seguía en el centro de la explanada, apoyado en su pierna buena.

Ekôn golpeó a Daren de forma inmediata, y este se tambaleó un poco. Lo atacó de nuevo, una y otra vez, sin permitir que se recuperase. Por un instante, Ben sintió lástima por Daren, hasta que sus pulmones le recordaron el disparo. Pronto se dio cuenta de que Ekôn no paraba de golpearlo porque quería acercarlo al río. Cuando Daren ya estaba metido en el cauce, hasta los tobillos, Ekôn convocó el agua, que comenzó a formar un remolino a su alrededor. Daren intentó golpearlo. Ben dudaba de que pudiera ver bien, ya que de vez en cuando se limpiaba la cara con las manos o la manga de la camisa. La pelea duró poco. Ekôn siguió pegándole y el agua producía su marea. La cojera de Daren hizo el resto, ya que no pudo mantener el equilibrio dentro del agua y cayó derrotado.

—Bien, Daren. Lo has hecho muy bien. Ven aquí y descansa —dijo Zeth—. Elle, te toca. Te enfrentarás a Ekôn.

—Espero que no le haga daño —susurró Ben.

—Supongo. Elle sabe que esto solo es un entrenamiento —dijo Lyan.

—Me refería a Ekôn. Mira como sonrío.

Ekôn salió del agua y se acercó empapado sin ponerse en guardia. Elle esperaba en el centro de la explanada.

—Pues, por la expresión de ella parece que desease borrarle la sonrisa a guantazos.

Comenzó Elle con un gancho en la mandíbula que la hizo retroceder, pero Ekôn se mantuvo en su sitio y dio un paso para atrás.

—Chica lista —dijo Ben—. No va a entrar en el juego de Daren acercándose al río.

—Por supuesto que no. Mira —dijo Lyan señalando una marca en el suelo—, cuando golpea, retrocede. Siempre vuelve a esa marca. ¿La ves?

—¡Vaya, es cierto! Parece que Ekôn ya no sonrío tanto.

Elle fue contra él golpeando con izquierda y derecha, alternado puñetazos y patadas, mientras él se movía para esquivarlos. Ekôn la agarró de un brazo y la inmovilizó desde detrás. Nadie oyó lo que le susurró al oído. Elle convocó el fuego, aparecieron grandes llamas en sus puños, y le dio un codazo en el estómago. Consiguió que Ekôn se separase. Convocó el aire y trasladó a Ekôn lejos del río, tras lo cual cayó de espaldas. Entonces, Elle fue a enfrentarlo. Él se levantó. Intentaba atraparla. Elle trataba de alejarlo pegando patadas con ambas piernas, pero no lo conseguía. Él la esquivaba moviéndose en zigzag y seguía acercándose a ella.

—¿Por qué no la golpea? —preguntó Lyan.

—Porque quiere incomodarla —dijo Ben—. ¿Pero, por qué no se ha cambiado de ropa? No sé cómo puede luchar con esos pantalones.

—Porque dice que cuando llegue el momento irá vestida con su ropa habitual.

—Tiene sentido. Tendrás que plantearte entrenar con uno de tus vestidos.

—Ni hablar; no quiero estropearlos. Y espero que nunca llegue ese momento.

Elle convocó el aire y levantó una gran cantidad de tierra; Ekôn cerró los ojos. Pero el impacto al convocar el aire la impulsó hacia el río y cayó de espaldas en el agua. Se levantó

empapada. Ekôn, ya recuperado, dio un salto y se metió en el río.

—Ya no podrá levantar las piernas con agilidad para pegarle patadas. Y él parece que puede controlar el agua con soltura. Me pregunto cómo saldrá ahora Elle del lío en el que se ha metido —dijo Ben.

Ekôn convocó el agua con menos agresividad que cuando había luchado con Daren. El río se agitó con fuerza, pero esta vez lo provocaban ambos.

—¡Vamos, Elle. Tú puedes con él! —gritó Lyan para animar a su amiga—. Pobre, se está empapando y tiene un aspecto horrible. Se le está deshaciendo la trenza.

—Tal vez eso sea lo que la salve. Ekôn se está desconcentrando.

La blusa de Elle, transparente, mostraba el pecho bajo el corpiño. Su pelo caía suelto y empapado sobre sus hombros. Golpeaba el torso y los brazos de Ekôn convocando el agua, pero este, que estaba en su elemento, los recibía como si nada. Se abalanzó sobre ella y la tumbó en el agua. Poniendo una pierna a cada lado, se inclinó hacia ella.

—¿Pero qué narices estará diciéndole todo el rato al oído? Espero que no la esté molestando con obscenidades. Se acerca tanto que casi parece que quiera besarla —dijo Lyan.

En ese momento, Elle convocó el aire y miles de pequeñas piedras cayeron sobre la cabeza de Ekôn, que se retiró rápidamente. Elle, jadeando, se incorporó. Consiguió levantar una pierna y golpear en el pecho a Ekôn, que cayó de espaldas en el río y tardó unos segundos en subir a la superficie.

—Bien. Ekôn, has perdido —dijo Zeth.

—Pero estoy bien, todavía puedo seguir luchando. —Ekôn se levantó tocándose la cabeza, como buscando alguna herida.

—¡Bien, Elle! —gritó Lyan aplaudiendo—. Ekôn, has perdido.

Elle respiraba encorvada y agitada. Se irguió al oírlo y puso las manos en su cintura, con los brazos en jarras, esperando a que se levantase para continuar la pelea.

—Ambos lo habéis hecho muy bien y parece que tenéis energía para rato, pero quiero que descanséis. El propósito de este ejercicio es que os deis cuenta de que vuestro contrincante puede tener más o menos fuerza y más o menos magia, pero os derrotará si es más inteligente que vosotros. Debéis concentraros en la pelea, analizad vuestra fuerza y la del enemigo, convocad vuestra energía y no subestiméis al adversario. Elle te ha ganado porque, aun estando en un entorno que era más favorable para ti que para ella, ha recurrido a las piedras del exterior del río para golpearte.

Ekôn, que estaba visiblemente molesto, salió del río dando grandes zancadas. Rhian corrió junto a Elle y se quitó su capa para cubrirla, gesto que la chica agradeció con una sonrisa.

—Ahora quiero que descanséis y cenéis algo. Mañana seguiremos entrenando —dijo Zeth.

—Apóyate en mi hombro, Ben. Yo te ayudaré a llegar a la habitación.

—Muchas gracias, Lyan. Eres muy amable.

Ya se encontraba mucho mejor, pero no pensaba desaprovechar la oportunidad de abrazarla para entrar en el refugio. Pasó el brazo por el cuello de Lyan y dejó que esta le rodease la cintura. La brisa transportó el aroma a flores y hierbas de su cabello hacia Ben, que aspiró reconfortado. Se preguntó si Lyan podría oír, apoyada como estaba en su pecho, cómo se aceleraba su corazón.

## CAPÍTULO 15

### Zeth

Zeth estaba sentado en la sala de reuniones del Consejo. Utilizó los murmullos como cortina para aislarse y se alejó. No era buena idea, ya que podía identificar un huracán de emociones en su interior. Saboreaba el odio que tenía a casi todos los miembros de la sala. A su lado, sus compañeros parloteaban de tonterías, mientras su indignación se convertía en ardor de estómago.

Pensaba que todos eran unos cobardes. Él también lo había sido. En conversaciones privadas, todos los magos del Liceo manifestaban que querían liberarse del poder político que los había atado a un más que acomodado régimen de esclavitud para resolver los problemas de energía del reino. Pero en la esfera pública nadie se pronunciaba. Se mostraban sumisos al decreto real. Algunos por ascender en el Consejo, otros por mantener su cargo en el Liceo, miedo, comodidad o dejadez. Fuera el motivo que fuera, en las reuniones, y ante los responsables del Consejo, nadie se quejaba. Zeth no estaba seguro de en quién podía confiar. Y así era peligroso jugar al juego de las lealtades. Sobre todo ahora que tenía a los chavales a su cargo.

Estaba contento con la evolución del grupo. Eran valientes, tenían mucho talento y, lo más importante, eran muy trabajadores y hacían un buen equipo. Cuando terminasen los entrenamientos, serían imparables. No había nada más satisfactorio para Zeth que comprobar el tipo de personas en que se habían convertido, pese a las dificultades que tuvieron que enfrentar desde niños. Cuando los reclutó no estaba seguro de si sería buena idea. Jamás habían tenido relación con la magia, vivían en los suburbios de Akwaburgo y no estaban preparados, pero Zeth tampoco lo estaba. Había llegado la hora. Los muchachos tenían entre quince y dieciocho años, y, aunque fuera egoísta pensarlo, debían entrenar antes de que rehicieran sus vidas, se casasen, tuvieran hijos y ya no quisieran o pudieran ayudar. Había llegado el momento de la revolución.

—¿Sabes de qué va esto? Hoy no tocaba reunión del Consejo —dijo Hlodowig al sentarse a su lado.

—No —contestó Zeth—. Al parecer tenían algo urgente que tratar y no podían esperar a la reunión mensual.

—¿Me he perdido algo? —dijo Darius tras entrar en la sala corriendo y sentarse junto a ellos.

Hlodowig negó y se quedó con la palabra en la boca al ver que lord Zimmah, responsable del Liceo y presidente del Consejo Rector, estaba entrando.

—Buenas tardes a todos. Disculpad el retraso —dijo al entrar en la sala.

Los corrillos se disolvieron y los últimos magos que todavía estaban de pie tomaron asiento.

—Siento haber realizado una convocatoria urgente, pero tenemos varios temas que no pueden esperar. En primer lugar, deseo informaros que estamos colaborando con las autoridades para esclarecer unos hechos que nos preocupan a todos, la aparición de cadáveres de magos en Akwaburgo. —Los murmullos rompieron el silencio—. Calma, por favor. Hablemos de uno en uno.

—¿Sabemos quién es el responsable?

—¿Se ha producido alguna detención?

—Señores, como les decía, las autoridades están investigando los hechos. Las pesquisas apuntan a grupos radicales contra el gobierno y nuestra gloriosa sede de magia. Pero no hay de qué preocuparse, porque las investigaciones están ya muy avanzadas. Todavía no se han producido las primeras detenciones, pero no tardarán.

De nuevo, el murmullo de los comparecientes interrumpió a lord Zimmah.

—Lord Alvar, por favor, prosiga usted.

—Gracias, lord Zimmah. —El viejo bibliotecario sacó unas gafas y un papel arrugado de un bolsillo de su túnica y comenzó a leer—: Desde ahora estará prohibido que cualquier mago salga solo del Liceo, siempre deberán ir al menos dos magos juntos, y está prohibido salir al anochecer. Agradezcan al equinoccio de primavera que a partir de ahora tendrán los días más largos para hacer sus gestiones. —El mago se ríó solo de su ocurrencia con tres breves carcajadas y continuó —: Sean prudentes y estén atentos, cualquier información que consideren pertinente deben comunicarla al Consejo Rector.

El bibliotecario guardó las gafas y el papel y se sentó junto a lord Zimmah en la presidencia.

—Muchas gracias, lord Alvar. Bien, en otro orden de cosas, las peticiones de éter se han incrementado y debemos doblar los turnos para la producción. —La sala se quedó en silencio. Las caras largas y las falsas sonrisas delataban que la noticia no era bien acogida, pero, como siempre, nadie protestaba—. No me cabe la menor duda del compromiso que tienen ustedes con la ciudad de Akwaburgo. Cuento con todos para lograrlo.

—Pero, lord Zimmah, ya se hacen turnos interminables sin descanso —repuso Zeth—. El proceso es delicado y requiere mucha concentración. Alargar las jornadas puede provocar accidentes fatales, de hecho se están incrementando al mismo ritmo que los pedidos.

—No admitiré ningún tipo de excusa para eludir nuestras responsabilidades. Es usted un mago respetado, un hombre de oficio, pero he visto los resultados de cada turno y ya me había dado cuenta de que sus producciones son de las más bajas. Tal vez la dedicación al proceso no está siendo la adecuada, lord Austen.

—Le repito que es un proceso delicado. Tal vez el problema no es la cantidad de éter que se produce sino la calidad del mismo —dijo Zeth sonrojado de vergüenza e indignación—. El éter cada vez tiene una textura más fluida. Ese es el principal motivo por el que, de seguir así, siempre necesitarán más y más cantidad de éter. La energía se debilita. No hace falta hacer más turnos de trabajo ni trabajar más, sino permitir que se descansen de forma adecuada y una mayor concentración. Me gustaría añadir que los grupos de trabajo deberían tener siempre al menos un mago experimentado para controlar el proceso. Si no es así, no puede estar usted seguro de si se produce de forma eficaz.

Zeth notó que lord Zimmah había sustituido la sonrisa por una mueca de disgusto. La sala estaba en silencio.

—Cuando usted sea el responsable del Consejo Rector podrá tomar las medidas que considere pertinentes. Mientras lo sea yo, solo espero que ustedes respeten mis decisiones y acaten mis órdenes. —Varios magos tenían la cabeza agachada. El resto asentía. Alguno incluso sonreía en señal de aprobación—. Y ahora ya pueden irse. Mañana al alba les comunicaremos los nuevos turnos de trabajo y las nuevas producciones que cada uno deberá realizar. Pueden ustedes marcharse. Lord Austen, quédese. Quiero hablar con usted.

Los magos se levantaron y corrieron a la salida para no hacer comentarios inadecuados dentro de la sala. Zeth se levantó y se despidió de Darius y de Hlodowig. Estos todavía no habían llegado a la salida cuando oyeron a sus espaldas:

—Lord Zeth Austen, por el poder que me ha sido otorgado queda usted arrestado en nombre



del Liceo de los magos.

—No es posible. ¿De qué se le acusa? —dijo Darius.

—Se le acusa de traición, por el momento —añadió lord Zimmah.

Zeth no estaba seguro de qué información tenían para acusarlo. Lo único que deseaba es que nadie los hubiera seguido hasta el refugio y que los chicos estuvieran a salvo.

—Estaré bien, no os preocupéis por mí.

Dos magos sujetaron a Zeth, uno por cada brazo, y se lo llevaron.

## CAPÍTULO 16

### Elle

Elle se había levantado la primera, desayunó sola y aprovechó para dar un paseo por el bosque con Thais antes de comenzar el entrenamiento. A su llegada al refugio, había un gran revuelo en la sala principal. Todos los chicos hablaban a la vez y no entendía qué estaba pasando. Rhian lloraba sentada en una piedra, en una esquina de la sala, y estaba siendo consolada por Lyan y Zoraya.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer, Zeth ha desaparecido —contestó Ben.

—No sabía que estuvieran juntos.

—Y no lo están —respondió Lyan, que se había acercado al grupo.

—¿Entonces, por qué llora tanto? —susurró—. Tal vez solo se ha quedado a dormir en Akwaburgo, tal vez con alguna mujer. Esas cosas pasan. Tú lo sabes.

—Está muy preocupada —dijo Lyan—. Habían quedado y no ha aparecido. Dice que seguro que le ha pasado algo malo, que está corriendo muchos riesgos con lo de la resistencia, ya sabes.

—¡Yo qué voy a saber si es imposible sacarle información! —dijo Elle irónicamente.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Lyan.

—Ahora vengo, tardaré un rato. No te preocupes.

Salió del refugio. Thais la estaba esperando en la puerta, junto a la cascada.

—Ahora no puedo jugar contigo, Thais —dijo Elle mientras acariciaba a la dragona—. Si me da tiempo esta tarde, volvemos a jugar. Ahora me tengo que ir.

Se acercó a unos caballos que estaban atados a un árbol a unos pasos de Thais.

—Nunca me acostumbraré a verte tratar así a un dragón —dijo Ekôn—. Es curioso, la mayoría de las veces tratas mejor a los animales que a las personas.

—Es una dragona, ya te lo he dicho mil veces —dijo Elle montando en uno de los caballos—. Los animales suelen ser mucho más nobles que las personas, y trato a cada uno como se merece.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó Ekôn.

—¿Qué más te da?

—Me preocupas.

—Me extraña.

—Venga, Elle, deja que te acompañe. —Ekôn cogió las riendas de otro caballo.

—Si te pido que me dejes en paz y que te largues, ¿me harás caso?

—No, te voy a acompañar quieras o no quieras —dijo Ekôn.

—De acuerdo, ya estoy cansada de discutir contigo. Haz lo que te dé la gana, pero no pienso esperarte.

Elle atravesó el bosque al galope. Intentaba que Ekôn le perdiera el rastro saltando piedras y esquivando ramas, y sin seguir camino o senda trazada. En ningún momento se giró para comprobar si Ekôn la seguía. Entró en Akwaburgo y frenó en seco. Su caballo relinchó y alzó las patas delanteras. Elle sujetó con fuerza las riendas. Cerca del muelle de puerto Borthum, se dirigió a un callejón, se apeó del caballo y lo amarró en las rejas de una ventana bajo la cual

había un abrevadero. Ekôn llegó tras ella y mientras ataba su caballo, Elle ya se encontraba escalando la reja hacia a la azotea del edificio.

Saltó y corrió por los tejados. Oía los resoplidos de Ekôn tras ella. Esperaba cansarlo lo suficiente para que no deseara volver a acompañarla. Elle corría sin apoyar demasiado los pies. Más apropiado sería decir que se deslizaba, como si patinase aprovechando la inclinación de los tejados. Una vez que llegaba al final de uno, se daba un impulso para caer frente a otro, en la parte más elevada que podía, para volver a deslizarse hacia el siguiente. Se ayudaba con las cuerdas que ella misma había atado a lo largo de los años, las cuales solía comprobar su estado de vez en cuando.

Volvió a mirar si Ekôn la seguía. El estilo no era el mismo, pero lo hacía con cierta solvencia. Se valía de la fuerza de sus brazos para sujetarse en cornisas, aleros o cualquier otra parte del tejado e impulsarse hacia arriba. Resbalaba más que Elle, pero sus saltos eran más vigorosos y el aterrizaje era asombroso para alguien que no estaba acostumbrado. Maldiciéndose por preocuparse por la seguridad de su acompañante, Elle decidió seguir su camino.

Al llegar a su destino, se detuvo y esperó a Ekôn en un balcón. Él se agarró de la barandilla y subió hasta donde ella esperaba. Elle se puso el dedo en los labios. Sacó de su cinturón una daga y la introdujo entre las dos hojas del ventanal, a la altura de la cerradura. Luego dio un golpe seco y abrió con cuidado. Ekôn se quedó en el balcón, tal y como ella le había pedido.

En la cama yacían un hombre y una mujer desnudos, cubiertos con una ligera sábana hasta la cintura. Elle cogió la bata de seda que estaba apoyada a los pies de la cama.

—Amy... Amy... —susurró dando golpecitos en el hombro de la muchacha.

Amy abrió los ojos despacio y vio a Elle ofreciéndole su bata de seda.

—Hola. Silencio. Vístete y vete. Por favor.

—¿Estáis bien? ¿Cómo está Lyan?

Amy se levantó y se puso la bata con la ayuda de Elle.

—Estamos muy bien, ya charlaremos en otro momento. Te lo prometo. Otro día traeré a Lyan y podrás saludarla. Ahora vete. Y no le digas a madame Renê que me has visto.

—Hoy has traído un chico muy guapo, Elle. —Amy miró a Ekôn, que asomaba la cabeza por el ventanal—. ¿Me lo prestarás algún día?

—Todo tuyo, ahora lárgate.

La acompañó a la puerta y cerró despacio para que el hombre no se despertase. Elle hizo una seña a Ekôn para que se escondiese y este hizo un gesto de incredulidad y espanto al intuir lo que pretendía hacer tras quedarse a solas con el hombre, que ya se había acomodado en el medio de la cama con sus atributos a la vista. A los pies de la cama había una silla con ropa: un bombín, un monóculo con mirilla de cobre y sus armas: dos enormes cartucheras y dos pistolas de cañón largo.

Elle lo tapó con la sábana, cogió unas esposas de la mesilla de noche y colocó sus brazos para amarrarlo a los barrotes de la cama, con cuidado de no despertarlo. Era un hombre grande. Tenía la cabeza rapada, grandes patillas y barba de tres días. A su lado, Elle parecía una niña.

—Amy, gatita —dijo sin abrir los ojos.

—Lou, amor, tenemos que hablar.

Se sentó sobre él a horcajadas. No quería apoyarse, pero acabó sentada en su estómago. Lou abrió los ojos tras darse cuenta de que estaba atado y que la voz no era la de Amy.

—¿Elle?

Lou cerró y abrió los ojos, como quien ve un fantasma.

—Hola, Lou.

—Elle, no hacía falta que me atases para estar un rato conmigo, sabes desde hace mucho tiempo que lo haría encantado —dijo el gigante con voz ronca y un apesoso aliento a alcohol.

Elle sacó su cuchillo y se lo puso en la garganta. Lou comenzó a agitar los brazos, haciendo tanto ruido con las esposas que parecía que iba a partir la cama de hierro. Elle comprobó que no se le hubieran abierto.

—Estate quieto o te rajo —dijo Elle apretando aún más el cuchillo en su garganta—. Solo quiero que hablemos un momento.

—Tranquila, tranquila.

—Dime —dijo Elle, que aflojó un poco la presión al ver que un hilo de sangre le bajaba por el cuello—. ¿Has oído algo sobre los magos de la ciudad, algo que te haya llamado la atención? Eres un hombre inteligente, piensa.

—¿De veras crees... que soy inteligente? Eso es muy importante viniendo de ti.

—Por supuesto —mintió—. Dime, ¿qué has oído?

—Han aparecido cinco magos muertos en la ciudad. La gente se hace preguntas.

—¿Qué dicen los alguaciles?

—No tienen ni idea. El forense les dijo que son muertes por causas naturales. Para ellos lo raro es que todos aparezcan colgados de vigas de maderas y atados con cadenas de hierro. Hace tiempo que su jefe no pasa por el local. Estaré atento, Elle. Te lo juro.

—Lo estás haciendo muy bien. Sigue.

—¿Sabe Héctor que has vuelto?

—Eso da igual. Piensa. ¿Sabes algo más de los magos?

—Se volvió loco cuando su hermano le dijo que te había dejado marchar con un mago. Se emborrachó y casi mata a golpes a dos de nuestros hombres.

—Insisto, Lou, eso da igual, sigue. Cuéntame qué sabes de los magos.

—Destrozó medio local y luego quiso matar al jefe. Ya sabes que Héctor está loco por ti.

—Si no sigues contándome lo de los magos, ya que no parece que tengas en gran estima tu garganta, te juro que te corto otra parte de tu cuerpo que valores más.

Elle se incorporó y subió un poco la sábana con la intención de buscar su entrepierna.

—Espera, espera —dijo Lou mientras le brotaban perlas de sudor en su frente—. Déjame que piense un momento. Los magos. Sí, ya sé, he oído que hay un grupo de magos rebeldes y que ellos son los que están cometiendo los asesinatos. Se rumorea que ya saben quiénes son y que los han detenido a todos.

—¿Están en la cárcel? —Elle volvió a taparlo con la sábana.

—No, en el Liceo. Los magos no quieren que nadie se entrometa en sus cosas.

—Lou, lo has hecho muy bien. Muchas gracias.

—Son rumores de borrachos. No sé si hay que hacerles mucho caso. No quiero que luego te cabrees conmigo. Ya sabes que somos amigos.

—Lo sé, Lou, no te preocupes. Muchas gracias. —Elle se levantó de la cama y fue hacia la ventana.

—Elle, ¿puedo decirle a Héctor que te he visto?

—Me da igual, Lou. Haz lo que quieras —dijo saliendo por el balcón.

Elle se dio impulso con las piernas, afirmándose en la barandilla, para subir hasta la azotea del edificio. Ekôn le ofreció una mano, pero ella alcanzó a agarrarse del alero y escaló hasta donde él se encontraba.

—Salgamos de aquí.

Ekôn la tomó de un brazo impidiéndole avanzar.

—¿Estás loca? ¿Qué ha sido eso?

—Un interrogatorio. Suelen estar muy dóciles después de echar un buen polvo.

—¿Pero tú has visto el tamaño de ese tío? Era gigantesco...

—Sí, está engordando, casi no pude atarle las esposas. Y ahora vámonos. Aquí no podemos charlar. Las chicas están durmiendo y se despertará toda la casa si oyen ruidos. Sígueme. No quiero que madame Renê me vea.

Elle se echó a correr por los tejados de Akwaburgo hasta que llegar a donde habían dejado los caballos. Bajó de un salto y subió al suyo. Ekôn la siguió.

Elle iba pensando en las palabras de Lou. Los rumores de borrachos son como todo en esta vida. Pueden ser mentira, pero la gente bebida suele soltar mucho la lengua y tienden a decir la verdad, aunque exageren. Lou era el encargado de seguridad de los garitos de Samuel Chevalier. Era grande, fuerte, buen tirador y, sobre todo, muy fiel a los hermanos. Elle sabía que no se atrevería a mentirle a ella. Aunque todos temían a Lou, él solo temía a tres personas de esta ciudad: a Samuel y Héctor, y a ella.

—¿Quién es Héctor?

—Nadie importante.

—¿Es tu novio?

—No.

—¿Tu amante?

—Por supuesto que no.

—Parece que le importas mucho.

—Eso parece.

—¿Y ese tío? ¿El gigante al que has interrogado?

—El jefe de seguridad de Samuel Chevalier.

—Espera. El Héctor del que hablaba, ese que casi mató a dos hombres y que destrozó un garito por tu culpa, ¿es Héctor Chevalier? —Ekôn tiró de las riendas y se detuvo.

—Sí.

Elle esquivó el caballo de Ekôn y continuó al trote. Ekôn reanudó la marcha y se situó a su lado.

—Joder, Elle, esa gente es peligrosa.

—Lo sé. Los conozco muy bien. Trabajo para ellos desde hace años.

—Así que Héctor Chevalier está enamorado de ti.

—Eso dice él, pero Héctor Chevalier no sabe qué es el amor.

—¿Y tú lo quieres?

—¿A ti qué te importa a quién quiero o dejo de querer?

Elle puso su caballo a galope. Ekôn la siguió y la interceptó, obligándola a parar.

—Me importa.

—Ekôn, conozco a la gente. Tú crees que te importan los demás, pero no es cierto.

—Pues a ti es difícil conocerte, ¿sabes? —gritó Ekôn—. Desde que nos conocemos he hablado más con cualquiera que contigo. Svet me ha enseñado la sala donde está fabricando sus máquinas; Ben me ha llevado a la cocina y me ha obligado a preparar el guiso que cenamos anoche, y me ha repetido una y mil veces las recetas de su madre y me ha hablado de Crasha, su mascota; Daren me está enseñando a disparar con las armas que ha conseguido que le traiga Zeth; y hasta Lyan se ha pintado las uñas a mi lado, y la he ayudado a elegir el color, y además me ha contado su vida en el prostíbulo. Creo que incluso conozco mejor a Zoraya que a ti.

—Da igual —Elle se encogió de hombros—, no creo que merezca tanto la pena conocerme.

No soy nada interesante.

—Eso no es verdad. Y ya te he dicho que tienes una bonita sonrisa. Deberías sonreír más a menudo. ¿Por qué no te abres a los demás y no dejas nunca que nadie se acerque a ti?

—Porque todo el mundo miente. No confío en las palabras. Prefiero los hechos. Crees que no conozco a los demás, pero te equivocas. Soy una persona observadora.

—¿Y qué ves cuando me miras a mí?

—Todavía no estoy segura. No te conozco suficiente.

—Ahora estás mintiendo tú.

—No, no te estoy mintiendo. Tú y yo no nos conocemos. Puedes tener una opinión de mí al igual que yo tengo una de ti, pero es una opinión sesgada. Mirándote puedo imaginar cosas, pero mi imaginación es la forma que yo tengo de mentirme a mí misma. Prefiero ver los hechos antes que hacer caso a mi imaginación.

—¿Puedo decirte lo que yo veo cuando te miro?

—Lo vas a hacer, en cualquier caso.

—Veo una mujer que ha sobrevivido en un mundo que la ha maltratado, que le han mentido y pegado, que prefiere que le tengan miedo a tener miedo, que prefiere matar a que la maten. Eso te ha hecho fuerte y valiente, pero muy desconfiada, y por eso no deseas que nadie te conozca, para que no sepan cuáles son tus puntos débiles. ¿Me equivoco?

Elle guardó silencio. Notó un nudo en la garganta. Odió a Ekôn más de lo que nunca había odiado a nadie. Mantuvo el rictus sin mover un músculo de la cara, para que no notase lo mucho que le afectaban sus palabras.

—¿Sabes el problema? Que cuanto más intentes ocultarte, más interesante resultas para hombres como yo. Es un reto. Me encantan los misterios y me encantas tú.

—Déjalo, Ekôn, no merezco tanto la pena.

—Ya lo creo que sí. Por supuesto que mereces la pena. Puede que tengas razón, y que tú y yo no nos conozcamos todavía, pero con el tiempo llegaré a conocerte.

—Te cansarás antes de que eso ocurra y, aunque llegases algún día a conocerme, estoy segura de que no te gustará lo que descubras.

—No te creo.

## CAPÍTULO 17

### Ben

El mapa de Akwaburgo estaba iluminado por unas velas que lo sujetaban por las esquinas. Los chicos esperaban sentados a que las chicas volvieran de sus habitaciones, a donde habían ido en busca de ropa de abrigo.

—¿Que hicisteis qué? —preguntó Ben asombrado.

—Teníais que haberla visto —dijo Ekôn—. Entró por el balcón forzando el ventanal, sacó a la chica de la habitación, ató al gigante con esposas a la cama de hierro y se sentó encima de él. Le puso un cuchillo en la garganta y comenzó a interrogarlo. Yo no paraba de mirar las dos pistolas enormes que el matón tenía encima de su ropa.

—¿Y tú qué hiciste mientras? —preguntó Daren.

—Nada. Me quedé tan alucinado que no era capaz de moverme del sitio.

—Está loca —susurró Svet.

—Puede, pero gracias a ella sabemos que Zeth está preso en algún lugar del Liceo —dijo Ben.

—A mí no me parece que esté loca. Me parece de lo más interesante y valiente. Además, me encanta verla entrenar —dijo Daren.

—Olvídate de Elle —dijo Ekôn.

—No sé por qué. Tú siempre andas alardeando de la cantidad de mujeres guapas con las que te has acostado. No debería importarte.

—Me importa, Daren. Olvídate de Elle. Además, el gigante contó que Héctor Chevalier se volvió loco cuando Elle desapareció, que casi mata a dos hombres a golpes y que destrozó un local. Al parecer, está enamorado de ella. Hazme caso amigo, por tu bien, olvídate de Elle.

—No creo que ese sea el motivo por el que quieres que me olvide. Tal vez sea porque hace mucho tiempo que no visitas los muelles y echas de menos la compañía femenina, pero no creo que lo hagas por mí.

—¿Qué no harían por ti? —preguntó Lyan, que venía con Elle y Zoraya envueltas en mantas.

—Nada —dijo Ekôn—. Creo que ahora que ha desaparecido Zeth, deberíamos hacer turnos para vigilar el refugio. No sabemos quienes conocen el emplazamiento y podemos estar en peligro. Deberíamos hacerlo por parejas para evitar que nos quedemos dormidos. ¿Elle, quieres hacer el primer turno conmigo?

—Insisto, Ekôn —dijo Daren—, te agradezco la preocupación, pero yo haré ese primer turno contigo. Deja a Elle descansar, ya ha hecho bastante por hoy.

—Creo que soy la que debería hacer el primer turno de guardia —dijo Lyan—. Estoy nerviosa y hoy no voy a pegar ojo. Puede acompañarme Zoraya y así sigo enseñándole nuestro idioma. No nos quedaremos dormidas.

—Creo que todos necesitamos descansar. Mañana será un día complicado para todos —dijo Elle—. Ya os habrá contado Ekôn que Zeth podría estar preso en el Liceo. Rhian tampoco localiza a Darius y Hlodowig, por lo que es posible que también los hayan apresado. Tenemos que rescatarlos.

—¿Y cómo podemos hacer eso? —preguntó Svet—. No tenemos ningún control sobre nuestros poderes, somos un asco convocando la energía y ni siquiera sabemos cómo entrar en el Liceo.

—Con eso último nos ayudará Rhian —contestó Elle—. Ahora mismo se encuentra en su habitación haciéndonos un plano del Liceo. Ella nos indicará cómo acceder, dónde se encuentran las celdas y cuáles son las rutinas de los magos para que podamos entrar sin ser vistos.

—Necesitamos armas y munición —dijo Daren.

—¿Zeth no te había traído armas? —preguntó Lyan.

—Me trajo algunas para entrenar, pero necesitamos armas para todos, suficiente munición y tal vez pólvora para fabricar explosivos.

—¿Y cómo vamos a conseguir todo eso? —preguntó Ben.

—Está muy claro —dijo Elle—, lo vamos a robar.

—¿Estás loca? ¿Cómo vamos a entrar en la fábrica de armas? Debe estar muy custodiada —dijo Svet.

—Yo entraré con Elle —dijo Daren.

—Y yo —dijo Ekôn.

—No vamos a entrar en la fábrica de armas —dijo Elle, pensativa.

—¿A no? ¿Entonces cómo lo vamos a hacer? —preguntó Svet.

—Vamos a robar la mercancía en el muelle o en el transporte, antes de que salga o se dirija hacia la fábrica de armamento. La fábrica está fuertemente custodiada por la noche y debe ser imposible acceder sin que nos cojan. Además, armariamos demasiado revuelo cargando el material en las carretas para traerlas al refugio. Pero, por la mañana, en el muelle, entre todo el bullicio de gente yendo y viniendo, ¿quién se va a fijar en nosotros?

—Es posible —dijo Ekôn pensativo—. Conozco el muelle, sé por dónde llegan las mercancías, dónde esperan los permisos y dónde recogerla. Si no conseguimos muchas, ¿podréis fabricar armas y pólvora?

—Creo que sí, depende de lo que consigamos traer —dijo Daren—. Me gusta ese plan. Cualquier cosa con tal de joder al cabrón de lord Gudbrand.

—Cuando las traigamos, Daren revisará la mercancía. Si necesitan alguna modificación, Svet nos ayudará —dijo Elle.

—Eso sí podemos hacerlo —respondió Svet—. Daren, me explicaste que utilizabais fresadoras para fabricar piezas intercambiables y así podíais producir varias armas.

—Sí, así es.

—Pues, necesito que me ayudes con el diseño. Creo que en el almacén hay varias piezas que pueden servirnos. Yo nunca he fabricado armas.

—Espero que no sea necesario fabricarlas. No tenemos mucho tiempo —dijo Elle—. Ekôn, Daren, Ben y yo iremos al muelle. Una vez las traigamos, Daren nos enseñará a utilizarlas.

—De acuerdo —dijo Daren.

El resto asintió.

—Entonces, no hay ninguna duda de que debo hacer yo la primera guardia. Todos tenéis mucho trabajo mañana —dijo Lyan.

—Yo me quedaré contigo. Parece que tu compañera no está en condiciones —dijo Ben al comprobar que Zoraya dormía reclinada sobre sus brazos apoyada en la mesa.

—Muy bien, pues el resto id a descansar —ordenó Elle.

La cascada de entrada de la cueva brillaba con la luz de la luna. Se sentaron en el suelo, sobre unas mantas, hombro con hombro contra la pared de piedra.

—¿Estás cómoda? —preguntó Ben.



—No mucho. —Lyan intentó acomodarse en el suelo.

—Ven, apóyate en mí. —Ben alzó un brazo para que ella pudiera apoyar la cabeza en su pecho.

Lyan lo miró y pareció pensarlo unos segundos, pero al final se acurrucó contra Ben y permitió que la abrazase. Ben no podía verle la cara. Agachó la cabeza para aspirar el aroma a jazmín de sus cabellos dorados. Tragó saliva. Era consciente de sus intenciones cuando le pidió a Lyan que hiciera la guardia con él. Sin embargo, ahora sentía flaquear sus fuerzas.

—¿Mejor?

—Sí, pero no creo que puedas aguantar mucho en esta postura —dijo Lyan mientras se incorporaba.

—Esta postura es perfecta. Estaría así toda la noche —susurró Ben reteniéndola para que no se levantase.

—He estado pensando en lo que me dijiste el otro día.

—¿Cuándo?

—Cuando me prometiste que estaríamos juntos en esto y no nos pasaría nada malo.

—No permitiré que te ocurra nada malo.

—No soy buena con la magia y tampoco se pelear. No creo que yo pueda ayudaros mucho. Temo ser un estorbo para vosotros.

—No eres un estorbo, vas a ser una magnífica hechicera y no hay nadie que entienda las clases de Rhian mejor que tú. Entrenaremos y mejoraremos. Somos un buen equipo.

—¿Y si Zeth ya estuviera muerto?

—Entonces, tendremos que continuar nosotros solos.

—Ben, es que yo ya no quiero volver. Han cambiado demasiadas cosas y yo también he cambiado. Zeth me explicó que mi madre, la verdadera, se llamaba Ailne. Que era una mujer dulce y cariñosa. Me dijo que tenía un gran poder sobre la tierra. Me hubiera gustado conocerla.

—Seguro que era una mujer maravillosa, como su hija.

—Mi padre también era un mago poderoso. Insistió en que era un hombre muy honorable. Seguro que se avergonzaría de mí si viera en lo que me he convertido.

—No digas eso.

—¿Qué diría de una hija que sale de un prostíbulo donde subastaban su virginidad?

—Diría que su hija ha sido muy valiente, que ha tenido una vida muy dura y difícil. Estaría orgulloso de verte convertida en una buena persona. Te pediría perdón por no haberte protegido y dejarte abandonada desde tan pequeña. También te pediría que te perdonases a ti misma, si es que piensas que debes hacerlo, y te animaría a mirar adelante, y a luchar por convertirte en quien quieras ser. Te diría que eres una belleza, por dentro y por fuera, y que no cambies jamás.

\*\*\*

Ben oyó unos pasos y se puso en guardia sujetando con firmeza la pistola. Lyan dormía entre sus brazos.

—Ben, necesitas descansar —dijo Elle.

—Estoy bien, de verdad.

—Si sigues en esa postura, mañana no podrás agarrar un arma.

Ben movió un poco el brazo y Lyan arrastró el trasero hacia atrás y colocó la cabeza en su regazo.

—Mira, así estoy mejor. —Ben movió el hombro en círculos.

—¿Me la llevo a la cama y te ayudo a hacer la guardia?

—Así estamos bien. Vete, descansa tú —dijo Ben.

—No. Voy a robar unos carros para coger la mercancía de mañana. No tardaré mucho —dijo poniéndose la capucha de la capa. Elle se giró, como si tuviera la intención de marcharse, pero volvió.

—No le hagas daño o te juro que te arranco la piel a tiras —le advirtió señalándolo con el dedo.

—No lo haré.

—Porque es mi amiga y sé lo mucho que le gustas no me interpondré entre vosotros, pero espero por tu bien que no le hagas daño. Lyan es buena e ingenua y tiene un concepto muy elevado del amor. Cuando te canses de ella y la dejes, búscate la vida para que piense que fue ella quien te dejó a ti. Si la veo derramar una sola lágrima por ti, te buscaré hasta los confines de la tierra y haré que te arrepientas.

—Elle, el amor es la energía más poderosa de todas. Un lazo invisible que te ata a todas las personas que te importan. Tu amor por Lyan provoca ese instinto protector asesino, pero no hay nada más fuerte que el amor entre un hombre y una mujer. Hazte un favor y permítete disfrutarlo.

—No me des consejos, Ben. No sabes nada de la vida.

—No todos los hombres somos iguales, Elle. Mis padres llevan juntos décadas y todavía los descubro mirándose embelesados. No te preocupes por Lyan, no permitiré que nadie le haga daño. Yo tampoco se lo haré.

—Eso espero —dijo saliendo del refugio.

Ben se quedó de nuevo a solas con Lyan. Acarició su cabello mientras ella seguía durmiendo. Sabía que era el único con una vida a la que regresar. Él y Zoraya, si algún día conseguían enseñarle su idioma para que les contase de dónde diablos había salido. No había marcha atrás. Los demás no podían regresar a sus trabajos ni a sus antiguas vidas. Por eso estaba dispuesto a ayudarlos.

Intentaba mantenerse despierto cuando un ruido lo sobresaltó. Se incorporó con cuidado para no despertar a Lyan, se asomó al exterior y comprobó que Elle volvía, tapada por su capa negra. Conducía una carreta tirada por dos caballos, otros dos detrás tiraban de una segunda y el que se había llevado del refugio viajaba al final de la caravana. La ayudó a atar a los animales a unos árboles junto a los carromatos y entraron en el refugio.

—¿Todo bien? —preguntó Elle.

—Todo tranquilo. Ve a descansar, pareces cansada.

—Vete tú. Yo continuaré el turno de guardia.

—Estoy bien. No te preocupes, ve y descansa.

—Me la llevo a la habitación. No tiene sentido que haga toda la guardia dormida.

—No, déjala aquí. Si te la llevas la avergonzarás. Cuando despierte le diré que solo se ha quedado unos minutos dormida.

—Está bien.

Elle se marchó por el pasillo de la gruta, pero se detuvo un momento y giró.

—Ben.

—¿Dime, Elle?

—Recuerda lo que te he dicho antes. Si le haces daño, te mataré. Lo dije en serio.

—Lo sé.

## CAPÍTULO 18

### Ekôn

El barrio de puerto Borthum parecía más animado de lo normal. Sobre las estrechas viviendas, los globos aerostáticos competían con los barcos que despleaban sus velas en dirección al muelle y alguna nave de transporte de pasajeros.

Recorrieron los canales en una barcaza que alquilaron en el lugar donde habían dejado las carretas. Era una zona del embarcadero cercana al intercambiador, sitio de distribución de mercancías hacia barcos, trenes, aviones y embarcaciones mixtas, que podían navegar y volar. Con el ruido de las turbinas, los trabajadores debían comunicarse a gritos, lo cual, unido al enorme tránsito de mercancía y pasajeros, hacía que el bullicio fuera atronador.

Ekôn dirigió el grupo hacia las oficinas, con la esperanza de acceder a la documentación y comprobar qué envíos había para la fábrica de armas. El plan era robar todas las cajas que pudieran, sobre todo las destinadas a exportación. El almacén estaba vigilado por hombres de Onnan, el jefe del muelle, y dirigidos por Hawhard, su ayudante. Ekôn sabía que podrían aprovechar el cambio de turnos para entrar, pero si los pillaban, los matarían. Onnan en persona se encargaría de ejecutarlos en el muelle. No habría juicio.

Ekôn estaba nervioso. Desde su niñez, cuando mangaba algún mendrugo de pan para subsistir, nunca había vuelto a robar. Tampoco se consideraba un ladrón.

Ben miraba a todas partes nervioso. Daren caminaba con ayuda de su bastón e intentaba disimular la cojera. A su derecha, Elle, con su capa negra y con la capucha tapándole hasta los ojos, caminaba con seguridad. Ekôn les hizo un gesto y se adelantó. Tenía previsto que si alguien lo reconocía, diría que había vuelto a su antiguo trabajo. Se sobresaltó cuando recibió un tirón en un brazo y lo empujaron a un callejón.

—Cuánto tiempo... ¿Se puede saber dónde te habías metido? Te he echado de menos.

—Hola, Nhura.

—¿Tú no me has echado de menos?

Nhura lo besó el cuello.

—He estado muy ocupado.

—Nunca habías estado tan ocupado como para no hacerme una visita.

—Nhura, en serio —Ekôn le sujetó las manos—, me tengo que ir.

Ella se quedó quieta y lo miró a los ojos.

—Cuando quieras volver a estar conmigo, tendrás que pagar, Ekôn—le advirtió, zafándose de las manos de Ekôn con un empujón.

Ekôn volvió a abrocharse la camisa en cuanto vio a Ben y Daren entrando por el callejón.

—Joder, Ekôn —dijo Ben—, entiendo que te haya dado un calentón, llevamos mucho tiempo encerrados, pero no creo que sea el momento oportuno. Ya vendremos otro día y podrás desahogarte. A mí también me gustaría acercarme a ver a mis padres, pero hoy no podemos distraernos.

—No es lo que parece.

—No, si yo te entiendo, de verdad.

—Vaya, Ekôn. Tú sí que sabes tratar a las mujeres. Al parecer no eres tan fanfarrón como pensaba... —dijo Daren.

—¿Dónde está Elle?

—No lo sabemos. Os hemos perdido a los dos —dijo Ben—. Miré a un lado, un momento, y desaparecisteis ambos en un instante.

—¿Creéis que lo habrá visto?

—Es probable —dijo Daren.

—¡Mierda! Vamos a buscarla.

Salieron del callejón. No se veía a Elle por ninguna parte. Parecía imposible encontrarla entre incesante pulular de trabajadores del puerto. Ekôn se dirigió hacia la oficina a través de miles de palés que esperaban la autorización para continuar a sus destinos. Se escondió cuando vio a Onnan y a su ayudante, seguidos por varios hombres armados, avanzando entre las cajas tras salir del despacho. Ekôn, de inmediato, pidió a Ben y a Daren que se ocultaran. Tras los cristales de la oficina vio una sombra. Se acercó un poco más y distinguió, solo un instante, a Elle revisando la documentación. En un pestañeo, ya no estaba.

—¿Cuáles son los pasillos AG-13 y AG-15?

Ekôn se sobresaltó. Elle sujetaba un gran fajo de papeles escritos con letra pequeña.

—¿Cómo has hecho eso?

—Ekôn, los pasillos. Rápido.

Ekôn dirigió a Ben, Daren y Elle por innumerables pasillos hasta llegar a los que le había mencionado. Señaló dos de ellos. Elle se quedó en una esquina examinando la documentación. Los hombres de Onnan habían tomado posiciones a lo largo de la nave y, aunque los chicos estaban bien escondidos, corrían peligro de ser descubiertos en cualquier momento. Estaban ocultos en un recoveco del almacén, dentro de unas cajas vacías que habían volcado.

—Quiero abrir alguna de las cajas —susurró Elle.

—Pero no hace falta, en la documentación pone el trayecto de la mercancía y el contenido de cada caja. ¿Lo ves? —Ben señaló la documentación.

—Aun así. Prefiero que nos aseguremos, no sea que volvamos al refugio con la mercancía errónea. No tenemos que abrir todas, comprobemos algunas al azar.

—Ahora no —dijo Ekôn—, hay demasiada gente trabajando en la nave. Si no podemos esperar a que se haga de noche, al menos esperemos a la hora del almuerzo, cuando los trabajadores descansan unos minutos y se hace un cambio del turno de vigilancia. Será la hora perfecta para cargar las carretillas, no nos verá nadie. Luego las escondemos y volvemos a trasladarlas cuando acabe el almuerzo. Salgamos de aquí antes de que nos pillen.

Corrieron por un lateral de la nave hasta la puerta más cercana y decidieron esperar en una de las tabernas del puerto. Elle guardó la documentación en un bolsillo interior de su capa.

La taberna estaba mucho más llena de lo cabría esperar. Marineros borrachos que acababan de desembarcar, algunas prostitutas con el pintalabios corrido, con aspecto de no haber descansado desde el día anterior, y tres músicos en una esquina ensayando con un violín descascarillado, un laúd y una flauta travesera. Encontraron una mesa vacía en un rincón, junto a una chimenea de piedra con un caldero colgado. Pidieron la bebida y se sentaron a esperar que les sirvieran. El posadero les trajo unas grandes jarras de cerveza. Ben, Daren y Ekôn brindaron y bebieron de forma inmediata. Elle no tocó su jarra.

Después de casi una hora, la puerta de la taberna se abrió, los clientes se quedaron callados y

la música cesó.

La familia Lope de Taso al completo acababa de entrar. El viejo patriarca Hernán y su hijo Carlos acompañados de Andrea y Adrián, y dos piratas más. No había ni un sitio libre, pero unos clientes les cedieron la mesa con tanta prisa que tiraron al suelo a una de las muchachas que uno de ellos tenía sentada en su regazo. Andrea vio a Ekôn y no tardó en acercarse; su hermano la siguió mientras el resto de la comitiva se acomodaba y pedían la bebida.

—Seguid tocando, quiero oír un poco de música —gritó el viejo Hernán Lope de Taso con voz ronca—. ¿Se puede saber dónde están esas cervezas?

Los músicos cumplieron sus órdenes de inmediato y el bullicio volvió a la taberna.

—Hola, Ekôn —ronroneó Andrea y cogió su jarra de cerveza para beber de ella.

—Andrea.

—¿Qué haces por aquí? Me dijeron que habías dejado el trabajo.

Ekôn no quiso contestarle. Siempre se había considerado a sí mismo como un hombre que no respondía ante nadie. Ni siquiera ante la nieta del todopoderoso corsario.

—¿Te están molestando estos tipos? —preguntó Adrián.

—No hermano, estoy saludando a un viejo amigo.

—No te lo digo a ti. Se lo digo a ella —Adrián señaló a Elle.

Daren se echó a reír.

Ekôn dio un golpe al apoyar la jarra de cerveza en la mesa. Le temblaba la pierna y ahora no entendía por qué se sentía tan incómodo en presencia de sus no tan antiguas amantes si siempre había sido capaz de estar con varias mujeres sin sentir remordimiento alguno.

—Os espero fuera. —Elle empujó con dos dedos su jarra de cerveza hacia Ekôn, se levantó de su asiento y pasó entre los dos hermanos. Adrián la sujetó un brazo.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas. Yo soy Adrián Lope de Taso. —Saboreó su apellido y se quitó el tricorno pirata a modo de saludo.

—Encantada y adiós. —Elle sacudió el brazo para que la soltara. Se puso la capucha de su capa y se dirigió hacia la puerta.

Adrián se quedó mirando cómo se marchaba. Andrea se echó a reír.

—Hermano, no llores. Hay mujeres que no saben valorar a los hombres. Yo en cambio —acarició la mejilla de Ekôn—, siempre he sabido lo que me conviene.

—Perdona, Andrea. —Ekôn rechazó su caricia—. Tenemos que marcharnos. Me alegro de haberte visto.

Ekôn dejó unas monedas sobre la mesa y se levantó.

—Espero que esta vez no tardemos tanto en vernos —le susurró Andrea.

—Increíble —Daren sacudió la cabeza—, si me lo contáis no me lo creo.

—Calla y anda —dijo Ekôn.

Se marchó, seguido de Daren, mientras Ben apuraba lo que le quedaba de cerveza.

—Ya no parece que esté tan interesado en ti con ese bombón a su lado —dijo a Adrián a sus espaldas.

—Cállate, imbécil —respondió Andrea.

Los chicos salieron de la taberna. Elle estaba esperándolos en la puerta.

—Ekôn, esa chica... —dijo Ben.

—Cállate. No es nadie importante.

—Parecía como si fuerais buenos amigos —dijo Daren.

Ekôn lo miró enfadado.

—Ya es la hora —dijo Elle.

De vuelta en la nave de la mercancía, tal y como habían previsto, la encontraron desierta. Los trabajadores habían ido a almorzar y no había hombres de seguridad. Consiguieron un par de barras de hierro con las cuales forzar las cajas de madera. Elle sacó su reloj de bolsillo, lo miró y se puso a contar en voz baja.

—¿Cuánto dura el cambio de turno? —preguntó Elle.

—No estoy seguro. Los del primer turno suelen irse antes de que llegue el segundo, si estos se retrasan. Con suerte, nos dará tiempo. Démonos prisa.

—Bien, aquí hay pistolas. Subámoslas a la carretilla —dijo Elle.

—Según la documentación, aquí debe estar la munición—Ben abrió una de las cajas—, pero..., joder, ¿qué es esto?

—Lascas de fuego fatuo —dijo Daren—. Abramos esta otra caja.

—Aquí hay hilo. En la documentación pone que es seda, pero dentro pone que es khyton. He oído a mi madre hablar de ese hilo —dijo Ben—, es conocido también como seda de hadas. Tiene la propiedad de ser muy fuerte, cinco veces más que el acero, elástico y resistente al calor, y que se suele mezclar con fibras naturales.

—¿De qué color se supone que es la pólvora? —preguntó Ben al abrir otra caja.

—Negra, gris o plateada —contestó Daren.

—¿Y por qué esta es azul?

—Es pólvora tsuradeth —dijo Daren al comprobar su contenido—. Toda la documentación es falsa. Están trayendo material de contrabando. Todo esto está prohibido. Se supone que estas deberían ser las cajas con munición.

—Estas hierbas tampoco son normales —dijo Elle oliéndolas—. No tengo ni idea de qué son, pero os garantizo que no se trata de lo que pone en los papeles.

Las puertas del hangar se abrieron. Varios hombres armados avanzaban por los pasillos. Se había terminado la hora del almuerzo y los trabajadores volvían a sus puestos.

—Debemos irnos —susurró Ben.

—Cojamos esas cajas y esas otras —dijo Daren.

Volvieron a cerrarlas y cargaron ocho en dos carretillas. Ekôn cogió una y Ben la otra.

Hawhard se acercaba por el pasillo acompañado por dos hombres enormes armados con escopetas. Una ráfaga de viento tiró la documentación que llevaba en la mano. El ayudante de Onnan se agachó para recoger los papeles y los dos hombres agacharon la mirada. Justo en ese momento, Elle cruzó el pasillo y salió por la puerta lateral de la nave. Ekôn se dio cuenta de que ella había sido la responsable de la ráfaga de aire.

Los chicos, disfrazados de trabajadores del muelle, trasladaron las carretillas hasta el embarcadero. Allí subieron a un bote amarrado a una embarcación grande. Mientras Elle hacía equilibrio para que la barca no se moviera en exceso al cargarla, los muchachos iban depositando la mercancía. Quitaron el amarre, cogieron los remos y avanzaron por el estrecho canal del río Renjösh hasta donde habían dejado las carretas.

—Tenemos un problema —dijo Ekôn.

—Sí, que tenemos armas, pero no tenemos munición —dijo Ben, que resoplaba mientras remaba.

—Ya sé lo que vamos a hacer. Tengo una idea —dijo Elle—. Vamos a la fábrica de armas. Según la documentación que he visto en la oficina, se supone que tienen previsto recibir pólvora, aunque no sé si podemos considerarla una información fiable.

Volvieron a las carretas y cargaron una de ellas con las cajas que habían robado en el muelle, y dejaron vacía la otra para ir a la fábrica de armas.

Cuando llegaron a la armería, la puerta estaba cerrada. Elle pagó una moneda a un niño para que cuidase la parte trasera de la carreta cargada y ofreció otras tres al terminar el trabajo. Ben esperó sentado en su interior. Daren bajó y se apoyó en ella vigilando en la distancia con aire distraído.

A unos metros de la entrada había un callejón presidido por un arco de piedra que conducía a la parte trasera de la fábrica. La pequeña plaza tenía, por un lado, la puerta trasera de la fábrica y, por el otro, unas caballerizas donde escondieron la otra carreta.

Elle volvió a convocar el aire y una de las tejas de la fábrica se desprendió. La cogió al vuelo para no que se partiese contra el suelo. Con delicadeza, depositó sobre la teja uno de los documentos y convocó una pequeña llama para quemarlo. Finalmente, convocó el agua para apagar el fuego. Removió la mezcla con un palo y obtuvo una pasta negruzca. Sacó su cuchillo y afiló la punta. Eligió un par de papeles de entre los documentos que llevaba y, usando el palo y el color de la mezcla, apuntó algo en ellos. Uno lo colgó en la puerta principal y otro en la puerta trasera, y luego entraron en el establo para esconderse.

No tuvieron que esperar mucho para comprobar que una carreta llegaba a la plaza trasera. Dos hombres bajaron del carro, descargaron la mercancía, golpearon la madera de la puerta trasera de la fábrica y se marcharon. Los chicos recogieron la mercancía y la subieron a la carreta.

Mientras Ekôn sacaba la carreta de la plaza, Elle guardó los papeles que había colgado en las puertas y se sentó en la carreta junto a él. El niño continuaba esperando a Elle junto al carromato. Le lanzó las tres monedas prometidas y vio cómo se iba corriendo con una sonrisa.

—¿Qué has escrito? —preguntó Ekôn.

—Que la entrega de mercancías en el día de hoy se recibirán por la puerta trasera.

—¿Y en el otro cartel?

—Que lo dejen en la puerta y que avisen con tres golpes.

—¿Cómo sabías que no saldría nadie de la fábrica para recoger la mercancía?

—¿Has oído el jaleo que hay en la calle? Si a eso le añades el ruido del interior de la fábrica, es imposible que puedan oírlo.

Ekôn sonrió admirado.

Salieron de Akwaburgo por Bidhom, el barrio negro, y antes de llegar a Reighkei se desviaron por callejuelas que conducían al bosque Dyeum. Lo atravesaron con toda la prisa que la carreta les permitía. Los árboles eran cada vez más grandes y el camino, más estrecho. Ekôn redujo la velocidad.

—Elle, quería preguntarte algo.

—Dime.

—¿Podrías enseñarme a leer y escribir?

Elle se mantuvo en silencio unos segundos. Ekôn cerró por un momento los ojos esperando su rechazo.

—Claro.

—¿Sí? Quiero decir, estupendo —Ekôn intentó disimular su sonrisa.

—¿Cómo pudiste sobrevivir a esa montaña de documentación en el muelle sin saber leer ni escribir?

—Memorizaba los códigos de los albaranes de entrada y salida. Sé las letras y los números, incluso podría escribirlos, pero no sé cómo formar palabras.

—Es fácil, aprenderás rápido.

—¿Por qué te pusiste a contar cuando estábamos en el muelle?

—Para medir el tiempo que tardábamos.

—¿Siempre lo haces?

—Sí —contestó Elle—. Si al primer vistazo no hay nada que llame mi atención, sigo adelante.

—Y hoy, en el muelle, ¿hubo algo que llamase tu atención?

—Nada que no me esperase.



## CAPÍTULO 19

### Daren

Las cajas robadas estaban abiertas en el medio de la gran sala central. El arsenal contenía suficientes escopetas, pistolas y munición para cargar contra toda la ciudad de Akwaburgo. Clasificaron la mercancía situándola en una mesa de madera, y fabricaron dianas para aprender a disparar. Entre todos, hicieron varios viajes para trasladar el material al exterior y en poco tiempo prepararon un campo de tiro.

Daren desmontó y montó cada una de las armas para revisar sus estados. Una vez seguro, los ayudó a decidir cuál de ellas se adaptaba más a cada uno. Zoraya, una vez entendió el propósito del entrenamiento, con Lyan como intérprete, se negó en rotundo a disparar y se marchó con Rhian al interior de la cueva.

—Lo primero que debéis entender —dijo Daren—, es que el arma os va a golpear con fuerza, os aturdirá con su estampido y os deslumbrará con un resplandor. Eso hará que cerréis los ojos o mováis el brazo o la muñeca para anticipar el retroceso. Practiquemos cómo debéis coger el arma, apuntar, respirar y cómo preparar y ejecutar el disparo. Empecemos. Las damas primero.

Lyan se acercó a la mesa y cogió una pequeña pistola, estiró el brazo y apuntó a la diana.

—Muy bien, Lyan. No quiero que te centres en apuntar a la diana, ni tampoco en la parte trasera de la pistola. Concéntrate en la mirilla delantera, aunque veas un poco desenfocada la diana y la pistola.

—De acuerdo.

—La pistola debe estar bien sujeta, con la culata pegada por completo al dedo pulgar. Estira el brazo y deja el arma alineada. Puedes cogerla con las dos manos, eso es, porque tienes que aprender a parar el arma después de cada disparo. Pero para ayudar a la otra mano a mantener la posición, no el peso. El arma te va a dar un golpe seco; se llama gatillazo.

Daren se colocó detrás de Lyan, la cogió de la cintura, dirigió sus brazos, sujetó sus manos y la ayudó a corregir su posición para disparar. La mirada de Ben le aconsejó que diera un paso atrás y se separó unos centímetros de la muchacha.

—No cierres los ojos. Si puedes, debes mantenerlos abiertos. Los pies, sepáralos, y luego desplaza uno de ellos hacia atrás unos quince centímetros. Ahora, dispara apretando con suavidad con la parte del centro de la yema del dedo índice.

El eco de la bala retumbó en el silencioso paraje. Los pájaros salieron de entre las copas de los árboles y remontaron el vuelo mientras graznaban. Lyan no cayó al suelo, sino a los brazos de Daren, que la sujetó por detrás. Daren sintió que Ben lo miraba como si quisiera arrancarle la cabeza.

—Así que este es el motivo por el que hay sangre de elfo detrás de esos arbustos —dijo Derhalf con tono burlón.

—Me alegro de que sea así. Odio a los elfos —dijo Bossert.

Los cinco fieros enanos avanzaban con energía, cargados de armas a sus espaldas, por el llano donde los chicos estaban entrenando.

—Mis queridos amigos, ¿qué hacéis por aquí? —preguntó Daren.

—Oímos rumores —dijo Bestrum.

—Parecían ciertos —dijo Bossert.

—Que de un tiempo a esta parte hay mucho ajetreo en esta zona —dijo Izzhalf.

—Pero no debes preocuparte —añadió Kafreer acariciándose los tatuajes de su resplandeciente calva—, no fueron los humanos. Aquí estáis a salvo de los nemaghs. Esos inútiles no saben ni por dónde mean.

—¿Nemaghs? —preguntó Daren.

—Humanos en nuestro idioma —dijo Izzhalf.

—No, en serio, os seguimos desde la armería —dijo Bossert.

—Os vimos y sentimos curiosidad por saber qué os traíais entre manos —dijo Izzhalf.

—Nos pareció raro verte en la puerta de la fábrica de armas —dijo Bestrum.

—Mierda —masculló Daren.

Los cinco se echaron a reír.

—Así que nos mentiste —dijo Bestrum y se quitó las viejas lentes binoculares de cobre.

—Sigues vendiendo armas —dijo Bossert, que apoyó en el suelo un enorme martillo que traía a sus espaldas.

—Te pagaremos lo que quieras —dijo Kafreer sacudiendo una bolsa de cuero con monedas.

—Lo que quieras —repitió Derhalf.

—Caballeros, no se trata de eso. —Daren bajó el tono a modo de disculpas—. Es un asunto complicado... —Dudó y miró a sus compañeros.

—Os pagaremos con armas, pero deberéis ayudarnos y ser discretos —dijo Elle—. Si nos engañáis o nos traicionáis, tendréis un problema muy serio.

—Un amigo está preso en el Liceo y creemos que hay motivos para temer por su vida —explicó Daren intentando suavizar las palabras de Elle.

Los enanos se miraron y se volvieron a echar a reír.

—¿Sabes qué odio más que a los elfos, hermano?

—¿Qué odias más que a los elfos, Bossert? —preguntó Bestrum.

—Los maghs.

—Ayudémoslos —dijo Bestrum.

—Sí, pero a cambio de armas —dijo Derhalf.

—¡Ajúúú! —gritaron los cinco enanos.

—Está bien. Os presento a mis amigos Lyan, Elle, Ben, Svet y Ekôn.

—Damas y caballeros, comencemos, no hay tiempo que perder —dijo Kafreer.

Los enanos se repartieron entre los muchachos para ayudarlos y aconsejarlos. Daren pasaba de un grupo a otro para comprobar los avances de sus amigos.

Elle fue la siguiente en probar. Daren quiso acomodar su postura como había hecho con Lyan, pero ella declinó su oferta. Se situó frente a la diana y disparó. El retroceso le dio un empujón hacia atrás sin llegar a tirarla y los brazos se le subieron por encima de la cabeza de descontroladamente. Erró el tiro. Soltó el arma sobre una mesa.

—Esto no me gusta. Me he hecho daño en las muñecas.

—Vamos, señorita, coja usted un arma más pequeña. Una pistola será adecuada para usted —dijo Kafreer mientras revisaba todas las de la mesa.

—Siempre tenéis que tratar las armas como si estuvieran cargadas —gritó Daren al grupo—, no pongáis jamás el dedo en el gatillo salvo que estéis dispuestos a disparar. Así evitaremos muchos accidentes. Ben, ¿prefieres pistola o escopeta?

—Quiero probar la escopeta.

—Vale. Toma esta. Apoya el arma en tu hombro; si no lo haces con firmeza, el golpe del retroceso será mucho más fuerte. Sostener bien el arma permite que tu cuerpo absorba el impacto.

Ben apoyó el arma, enfocó a través de la mirilla y acarició el gatillo.

—No pongas el dedo sobre el gatillo. Sostén la empuñadura detrás del gatillo, con el resto de dedos.

Ben retiró el dedo.

—Separa tus pies según la distancia de tus hombros —dijo Daren y le pegó un pequeño puntapié—. Flexiona un poco las rodillas y gira el cuerpo hacia tu objetivo. Los pies debes adelantarlos un poco más que si disparases con una pistola.

Ben se colocó en la postura correcta.

—Apoya tu mejilla. Deja que tu cabeza descansa sobre la culata y relaja el cuello. Ahora recuerda, ambos ojos abiertos. Dispara.

El tiro dio en la diana y el cuerpo de Ben aguantó el retroceso.

—Tenemos un fantástico tirador en el grupo. Felicidades, caballero —dijo Derhalf.

—Y aquí otro —dijo Bossert dando un manotazo a Ekôn en su brazo.

Daren se acercó. Por suerte o por pericia, la diana mostraba un perfecto disparo en el centro que hizo sonreír a Ekôn.

—¿Habías disparado antes? —preguntó Daren.

—No, soy el primer sorprendido.

—Demuéstrenos que no ha sido puro azar, caballero —dijo Bossert.

Ekôn volvió a disparar y de nuevo alcanzó la diana con un tiro muy cercano al anterior.

—Por todas las hadas del bosque... Es cierto, tiene aquí otro excelente tirador, señor mío —dijo Bossert.

—Por favor, cuidado, mucho cuidado —gritó Izzhalf saliendo del bosque—. Enano a tiro. No sé si podemos decir que tenemos aquí un buen tirador, pero les aseguro que les será a ustedes muy práctico. —Llevaba un ganso muerto cogido por las patas. Svet se sonrojó.

—Muchacho, esta noche somos muchos para cenar —gritó Kafreer—, siga usted disparando.

Estuvieron practicando tiro durante horas. Repitieron los ejercicios en diferentes posturas para probar la destreza y cómo debían colocar el arma, ya fuera de pie, tumbados, de rodillas, situándose de espaldas a la diana o girando.

Al anoecer volvieron a la cueva y aprovecharon los gansos que habían cazado para obsequiar a sus invitados con una succulenta cena que Ben preparó. Rhian y Zoraya habían vigilado el bosque, tras ver la facilidad con la que los enanos habían encontrado su refugio, y aprovecharon para recoger frutos que sirvieron de postre.

Cuando terminaron de cenar, los enanos se despidieron y volvieron a sus hogares con la promesa de regresar para seguir ayudándoles con las prácticas de tiro. En pago, Daren les entregó algunas de las armas que habían robado el día anterior.

Todavía estaban discutiendo los turnos de guardia cuando Daren decidió dar un breve paseo. Tantas horas de pie le dejaron la pierna entumecida y la experiencia le decía que, aunque le doliese, era mejor hacerla trabajar un poco antes de descansar. Las llamas de la hoguera que iluminaba el pasillo crepitaron a la vez que se oyeron los cascos de un caballo al galope en el exterior de la cueva. «Que sea Zeth», deseó Daren. Salió de la cueva a través la cascada. Un cuerpo con capa azul yacía inerte sobre el caballo que cabalgaba desbocado hacia la entrada del refugio. Daren se acercó con cuidado e intentó controlarlo. Tardó un rato en tranquilizarlo, hasta que por fin consiguió sujetar las riendas y atar el animal a un árbol. Agarró con firmeza el cuerpo

y lo desmontó.

—¡Chicos, necesito ayuda! ¡Por favor, es Darius, algo le ocurre!

Ben salió el primero, seguido de Ekôn, que cargó el cuerpo sobre su hombro, como un saco, y lo introdujo en la cueva.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lyan.

Dio un respingo al ver a Ekôn trasladando el mago al interior de la caverna y lo siguió hasta la gran sala, donde lo tumbaron sobre una de las gradas de piedra.

—¿Respira? —preguntó Lyan, unos pasos por detrás de Ben, sin atreverse a acercarse.

—No lo sé. He oído los cascos de un caballo y he salido. Viajaba encima de su caballo —dijo Daren.

—¿Está muerto? —preguntó Elle mientras salía desde el pasillo de las habitaciones.

Ben se acercó al cuerpo y puso sus manos en el pecho de Darius. No parecía tener latidos.

—Llamaré a Rhian —dijo Lyan y se echó a correr.

El cuerpo de Darius estaba frío y no respiraba. Elle le quitó la camisa en busca de alguna herida. Sin duda, estaba muerto, pero no parecía que hubiera sangre en su cuerpo.

—¡Darius! —gritó Rhian corriendo hacia el cadáver. Lyan la abrazó, intentado tapar el cadáver con su cuerpo, pero era más baja que Rhian y no pudo conseguirlo.

—Está muerto —dijo Elle.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Ekôn.

—Zeth y Hlodowig han desaparecido y Darius está muerto. ¿Se puede saber en qué estamos metidos? —gimoteó Lyan.

Ben la abrazó ante la mirada reprobatoria de Elle.

Zoraya apareció frotándose los ojos y desperezándose. Lanzó un quejido al ver el cadáver de Darius, tras lo cual se acercó al cuerpo y empezó a rezar.

—¿Hay algo que no nos hayas contado y quieras compartir con nosotros ahora? —preguntó Elle.

Rhian lloraba medio tumbada sobre el cuerpo de Darius. Elle la cogió de los hombros, la retiró del cadáver y la miró a los ojos.

—Rhian, cuéntanos lo que sabes o nos marchamos y os quedáis aquí solos con vuestra revolución. Dime, ¿qué tienen en común los magos muertos? —preguntó Elle.

—Hace mucho tiempo —dijo Rhian entre sollozos—, un grupo de magos escribieron un alegato en el que exponían la necesidad de segregar del Liceo del poder político y económico del Estado, porque si no estaríamos abocados a la esclavitud. Vuestros padres lo firmaron para presentarlo al Consejo Rector. Tras su muerte, el grupo se disolvió, aunque algunos seguimos reuniéndonos en la clandestinidad.

—Así que todos los magos que están apareciendo muertos pertenecen a esa organización —dijo Daren.

—La mayoría —dijo Rhian y se secó los ojos con la manga de su capa.

—¿Crees que alguien podría estar delatando a sus miembros? —preguntó Ben.

—No lo sé. No los conozco a todos. Zeth lleva años reuniéndose en secreto con magos afines a nuestra causa, pero siempre ha sido muy reservado y precavido con este tema, no estaba seguro de las lealtades. No me ha presentado o señalado ningún miembro hasta estar convencido de que no nos delataría.

—¿Y por qué confía en ti? —preguntó Daren.

—Porque Zeth es mi hermano.

—¿Y por algún motivo pensabais que debíais ocultarnos esa información? —preguntó Elle—.

No es que la considere muy importante, pero me estoy empezando a cansar de vuestros secretos. ¿Algo más?

Rhian negó con la cabeza.

—Por ese motivo Zeth no contó a nadie vuestra existencia. Solo lo sabíamos Darius, Hlodowig y yo —dijo Rhian.

—Algo debió pasar para que Darius escapase —dijo Ben—. Debió querer advertirnos de algo, pero no llegó a tiempo.

—Tal vez lo hayan seguido, conozcan nuestro refugio y vengan a por nosotros —dijo Lyan.

—Rhian, recomparte —exigió Elle—. Sé que es duro, pero debes averiguar todo lo que puedas de la muerte de Darius. Haz lo que tengas que hacer. Necesitamos saber cómo ha muerto. Según Lou, el jefe de seguridad de Chevalier, los forenses calificaron las muertes por causas naturales en los resultados de las autopsias. Debes averiguar cómo murió. ¿Podrás hacerlo?

Rhian, de nuevo, asintió.

—Yo te ayudaré —dijo Lyan y la cogió del brazo para acompañarla.

—Hay algo más —dijo Elle—, ¿has acabado el mapa del Liceo?

—Sí.

—Bien, dámelo. Tengo que estudiarlo. Debemos encontrar a Zeth y a Hlodowig cuanto antes —dijo Elle acompañándolas. Zoraya las siguió.

—Si alguien me necesita, estaré en mi habitación. Tengo un par de ideas de cómo podemos acceder al Liceo. —Svet se marchó.

—Espera —gritó Ben—, tal vez pueda ayudarte si me das instrucciones precisas. Así aprendí a cocinar con mi madre.

—Yo haré guardia esta noche —dijo Daren.

—Me quedo contigo —dijo Ekôn.

—Muy bien —Daren se levantó de la mesa con la ayuda de su bastón—, ¿por dónde crees que debemos comenzar la guardia?

—Por la entrada de la cueva que da al exterior. Si tenemos en cuenta la altura del acantilado, no creo que nadie pueda subir por aquí. —Ekôn se asomó a la barandilla que daba al mar—. En un rato daré una vuelta por aquí para comprobar que está todo tranquilo. Trae, dame la manta, yo te la llevo.

—Yo puedo —dijo Daren enfadado—, no soy ningún lisiado.

—Yo no he dicho eso. Está bien, como quieras.

Daren y Ekôn atravesaron las grutas hasta llegar a la sala en la que guardaban el armamento que les había traído Zeth para entrenar y salieron hasta el pasillo que llevaba a la cascada. La luz de la luna hacía brillar la cortina de agua. Ekôn dejó una gran vela apagada a su lado. Se sentaron en el suelo, envueltos en las mantas. Oyeron unos pasos. Una sombra encapuchada caminaba desde el interior de la cueva en su dirección. Los chicos apuntaron a la sombra con las pistolas.

—No disparéis. Soy yo. —La sombra se bajó la capucha.

—¿Elle! ¿Dónde te crees que vas a estas horas? —preguntó Ekôn.

—Nunca he dado explicaciones a nadie y no voy a empezar contigo.

—No deberías salir a estas horas, es tarde. Quédate, por favor. Lo que necesites hacer lo haremos mañana, ahora descansa —dijo Daren.

—No tardaré. Si tardo más de dos horas podéis preocuparos. Estaré bien. —Elle se marchó atravesando la cascada.

—¿Por qué a ti te contesta y a mí solo me mete cortes? —preguntó Ekôn.

—Porque le hablas como si fueras su dueño. Y no he conocido a nadie en mi vida más libre

que Elle. Tú siempre le das órdenes o le exiges explicaciones. Para ser un hombre tan acostumbrado a tratar con mujeres, como dices ser, no tienes ni idea.

—Jamás había tenido problemas para tratar con mujeres hasta que la conocí.

—Amigo mío, me caes bien, de verdad, por eso me permito darte este consejo. El que debe olvidarse de ella eres tú. Créeme, no es tu tipo.

—¿Pero tú la has visto? ¿Cómo puedes decirme eso? —preguntó Ekôn.

—No me refiero a eso —dijo Daren—. Es una chica muy guapa, de las que vuelve loco a cualquier hombre, pero no es tu tipo. No es de las que van a complacerte sin discutir, no es del tipo que jura amor eterno y puedes jugar a destrozarle el corazón, no es del tipo de mujer que tontea con los hombres y permite que después de un calentón te vayas con otra.

—Una vez me dijo algo parecido.

—Para ti ella solo es un trofeo, una chica difícil de conseguir, un juego, un reto. Cuando la consigas, si es que la llegas a conseguir en algún momento, cosa que dudo, ya no la querrás a tu lado. Y no porque tenga algún problema, a mí me parece una mujer extraordinaria, sino porque tú no quieres atarte a nadie; por eso no es tu tipo. Déjala y no le hagas daño. Olvídate de Elle. Merece a alguien mejor que tú. —Ekôn guardó silencio y Daren continuó—: Nunca he conocido a una mujer como Elle. Tiene la mirada más triste que he visto en mi vida. Siento decirte esto, pero me parece que eres muy poco hombre para tanta mujer. Hasta ahora creo que Elle piensa lo mismo que yo, que tú solo eres fachada.

—Tú no me conoces en absoluto como para juzgarme.

—Piénsalo, Ekôn, ¿de verdad te crees que Elle, que lleva toda la vida viviendo en un prostíbulo, a la que siendo una niña casi matan de una paliza por no querer prostituirse, y que trabaja para la mafia de Chevalier, no conoce a los hombres? Amigo mío, conoce lo peor de cada hombre. El lado más tenebroso y horrible de cada uno de los hombres buenos y malos que visitan a diario un prostíbulo. ¿Y tú pretendes llevártela a la cama como si de una ingenua virgen se tratara, solo porque eres un tipo guapo? Pensé que eras más inteligente.

—Puede que tengas algo de razón.

—Por supuesto que tengo razón. Piénsalo, qué no habrá visto Elle a lo largo de su vida y el tipo de hombre que debes ser o en qué hombre debes convertirte para conquistar ese corazón. Olvídalo, es demasiado esfuerzo para alguien como tú, que puede estar con cualquier otra mujer.

Daren movió las piernas. Notó que la pierna mala se quejaba por la postura y comenzó a frotarse la rodilla. Ekôn guardaba silencio a su lado, pensativo.

—¿Qué sabes de Héctor Chevalier? —preguntó Ekôn.

—Veamos —reflexionó Daren—, es el hermano menor de Samuel Chevalier y, por lo que he oído, un auténtico cabrón. Un tipo listo y violento. Debe ser más o menos de nuestra edad, quizás algo mayor. Tiene fama de ser un hombre muy guapo y mujeriego. Y muy rico. ¿Qué te hace pensar que si Elle lo ha rechazado a él, no pueda rechazarte a ti?

—Ese tipo, Lou, dijo que casi había matado a dos hombres cuando se enteró de que Elle se había ido —dijo Ekôn como pensando en voz alta.

—Tal vez Elle no quiera estar con un hombre que mate por ella, sino con un hombre que muera por ella —dijo Daren.

—Eso ha sonado muy romántico. —Ekôn se echó a reír.

—Ríete todo lo que quieras, amigo mío, pero sabes que tengo razón.

—No pareces un tipo romántico.

—Las apariencias engañan y casi no nos conocemos —sentenció Daren.

—Eso piensa Elle; dice que apenas nos conocemos.

—Me caes bien y me voy a permitir darte otro consejo. Elle no necesita un hombre que la salve ni la proteja, creo que eso lo puede hacer muy bien ella sola; si quieres llevarte bien con ella, deberías confiar en sus capacidades y respetarla.

—¿Pero si yo la respeto...!

—Joder, Ekôn. Trátala como si fuera una más del grupo y deja de mirarla como si fuera un animal salvaje que deseas domar.

Los dos se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Te arrepientes de haber venido? —preguntó Daren.

—No. En un principio, solo acepté por el dinero; siempre he querido tener mi propio barco. Zeth me prometió dinero rápido. Luego, cuando llegamos y nos explicó lo de nuestros padres, sentí que tal vez podría hacer algo importante en la vida.

—¿Más importante que ser capitán de un barco? —preguntó Daren.

—Es distinto. De alguna manera, esa era mi fantasía y tal vez siempre lo sea. Ahora que sé que soy un mago, quiero aprender a controlar mis poderes y también quiero ser libre. No creo que solo debamos acatar las órdenes del rey y suministrar la magia del reino. La gente debe vivir donde quiera, trabajar donde quiera y amar a quien quiera.

—Eso ha sonado muy romántico. No pareces un tipo romántico.

—Está bien, lo merezco. ¿Y tú, te arrepientes de estar aquí?

—Para nada —dijo Daren—. Yo he salido de las garras del pedazo de cabrón para el que trabajaba. Vivía atemorizado. Hubiera venido gratis y encantado. Si algún día puedo, mataré a ese malnacido y lo desangraré poco a poco. Cuando Zeth nos contó que nuestros padres eran magos y que nosotros participaríamos en una rebelión y debíamos aprender a luchar, fue el día más feliz de mi asquerosa existencia.

—Das un poco de miedo —dijo Ekôn.

—Lo sé.

## CAPÍTULO 20

### Svet

El lugar favorito de Svet era el taller de ingeniería, llena de máquinas, tuercas, cables y termostatos. Hasta tal punto que Zeth lo había ayudado a trasladar allí su cama para convertirlo en su propia habitación. Allí estaban los proyectos inacabados de los antiguos pobladores del refugio, además de los nuevos en los que trabajaba.

Hubiera preferido fabricar él mismo las armas y la pólvora, pero ya no se sentía decepcionado por el éxito del robo y agradecía que tampoco tuvieran que esperar diez meses a que la orina se convirtiera en nitrato de potasio casero para fabricar pólvora, tal y como les había explicado Rhian. El tiempo corría en contra y tendrían que entrar lo antes posible en el Liceo para rescatar a Zeth y a Hlodowig.

Llevaban varios días trabajando a destajo en el plan para sacar a Zeth del Liceo. Cada día que pasaba les daba la sensación de que estaban poniendo en peligro la vida de sus mentores. La noche anterior no había dormido, estuvo trabajando en la fabricación de minas y cañones con Daren, probando y experimentando con la pólvora tsuradeth y el fuego fatuo para ver cómo reaccionaban, y dando los últimos retoques a su proyecto, la vía de escape del Liceo.

—¿Necesitas ayuda? —dijo Daren asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Sí —contestó Svet—. Las armas están listas, pero no he tenido tiempo para terminar la nave. Me vendría bien tu ayuda. El Liceo está bien protegido y creo que deberíamos salir por las torres de la parte superior.

—Pero tardaríamos siglos y ya no queda casi tiempo.

—No tenemos que comenzar de cero —dijo Svet retirando una lona para descubrir un pequeño barco.

—¿De dónde has sacado eso?

—Elle y Ekôn la robaron hace unos días. Creo que podrá navegar y volar.

La puerta de la gran sala se abrió. Ekôn entró y cerró de un portazo.

—¿Habéis visto a Elle?

—No —dijo Svet.

—Estará dando una vuelta con Thais —dijo Daren.

—No. Thais está fuera, sola. Estoy preocupado.

—Ya te he dicho que Elle sabe cuidarse sola. Ven, ayúdanos.

—De acuerdo, pero no le digáis que la estaba buscando y que estaba preocupado. Si lo hacéis, os daré una paliza.

—Está bien. Ahora tenemos que conseguir que esta nave nos saque del Liceo por mar, tierra o aire —dijo Svet.

Durante horas, Daren y Ekôn ayudaron a Svet con el híbrido. Cortaron el mástil de la embarcación y fabricaron un sistema de palancas para poderlo subir y bajar, dividiéndolo a izquierda y derecha de forma que les sirviera para navegar sobre el mar y bajasen las velas en



forma de alas cuando necesitasen volar. En la popa, las velas de mesana y sobremesana se podían girar hacia atrás desplegando crestas bajo la nave para dirigirla. Construyeron un sistema para que la vela mayor subiera, permitiendo que una hélice central y un globo aerostático ayudasen a despegar la nave. En la proa y la popa construyeron dos hélices que permitirían dirigirla. El motor de combustión interna tampoco tuvieron que construirlo desde cero, tan solo adaptaron uno de los que Svet encontró entre la chatarra haciendo una serie de modificaciones.

Agotados por el trabajo, en algún momento se quedaron dormidos. Svet no podía ni moverse al despertar tirado sobre el suelo. Le dolía la espalda. Se había acostumbrado pronto a la comodidad de su cama, pese a que llevaba toda la vida durmiendo en el suelo de la fábrica. Daren todavía roncaba junto a él. Ekôn ya no estaba.

Salió de la habitación dejando a su amigo descansar y se dirigió a la terraza donde solían desayunar. Allí estaban Ben, preparando el desayuno, Ekôn, con el pelo despeinado, sujetando una gran taza, y Elle estudiando los planos del Liceo que le había pintado Rhian y cuyos pasillos y salas habían repasado varias veces juntas el día anterior. Cerraba los ojos señalando el papel, como intentando memorizar parte del edificio.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días, ¿café o té? —dijo un vigoroso y espabilado Ben con dos humeantes jarras.

—Té, muchas gracias.

Ben le sirvió y le trajo un plato a rebosar de huevos revueltos con beicon. Rellenó otra taza y se sentó a su lado a mirar cómo Elle seguía memorizando el plano y Ekôn apenas podía hablar.

—Svet, quiero que memorices el mapa del Liceo. Podríamos perderlo o que me pasase algo. Lleva contigo esta copia, pero antes estúdiatelo —dijo Elle al pasarle una copia del plano—. Esta zona de aquí —dijo señalando un gran círculo azul en el centro— es donde fabrican el éter. Cada planta del edificio tiene un balcón circular en el centro que permite verlo. Por lo que dice Rhian, no está protegido, pero la fábrica funciona las veinticuatro horas, por lo que debemos ir con cuidado para que no nos vean. Si esa es la peor zona de conflicto, tendremos mucha suerte, porque la fabricación se realiza en el sótano del edificio. Las celdas están en los pisos superiores.

Svet cogió el plano con la punta de los dedos, procurando no mancharlo con la grasa del desayuno. Asintió pero no pudo contestarle, ya que tenía la boca llena. Le echó un vistazo y lo dobló varias veces para guardarlo en el bolsillo interior de su chaleco.

—Buen día —dijo Zoraya al entrar en la habitación.

—Buenos días, Zoraya —contestó Ben—. ¿Café o té?

—Té, mucha gracia.

—Aprendes rápido, Zoraya. Dentro de poco hablarás nuestro idioma a la perfección —dijo Ben.

—Lo siento. No entiendo.

Svet sonrió. Sin duda los avances lingüísticos de Zoraya no iban todo lo deprisa que a Lyan le hubiera gustado, pero ambas lo intentaban. Lyan perseguía a Zoraya por todas partes señalando el nombre de las cosas mientras repetían una y otra vez cada palabra.

Rhian y Lyan entraron en la habitación y se sentaron en la mesa sin decir palabra.

—Y bien, ¿qué habéis descubierto? —preguntó Elle.

Ambas se miraron. Rhian asintió.

—Mercurio —dijo Lyan

—No lo entiendo, no tenía ningún mal en sus partes vergonzosas, pies o manos —añadió Rhian—. Se utiliza para el tratamiento de enfermedades como consecuencia de placeres carnales.

—¿Entonces debemos creer que los magos que están encontrando muertos cayeron enfermos?

—preguntó Ben.

—Darius estaba muy delgado, pero no me pareció que estuviera enfermo —dijo Lyan.

—Pues es muy raro. ¿Cómo sabía el asesino en qué momento concreto iba a morir cada mago para estar a su lado y colgarlos tal y como aparecen los cadáveres? —preguntó Ekôn.

—Por la dosis —dijo Rhian.

—Dependiendo de la dosis que les dieran en cada momento, la muerte podría ser lenta, como si estuvieran enfermos, o muy rápida, de forma que fallecerían frente al asesino y este tendría el tiempo suficiente para terminar su trabajo y exponer los cadáveres —explicó Lyan.

—Pensé que les habrían robado la energía o algo similar —pensó Svet en voz alta—. ¿Para qué iba un mago a suministrar mercurio si tienen poderes para acabar con otra persona?

—El asesino puede no ser un mago —dijo Ben.

—O los asesinos —dijo Lyan.

—En realidad, creo que se trata de cianuro de mercurio, un polvo blanco inodoro y muy tóxico. Es soluble en agua caliente y mucho más difícil de disolver con agua fría o con alcohol. La exposición a una gran dosis provoca la muerte inmediata. —Rhian miró al techo como si intentara recordar y continuó—: Una proporción de una onza de azul de Prusia, tres de óxido de mercurio y cuarenta de agua destilada, se hierve, se filtra, se vuelve a hervir... No recuerdo más. Debo ir a la biblioteca para confirmar la receta y averiguar cómo se lo pueden haber suministrado.

—Cianuro de mercurio —repitió Elle pensativa—. De acuerdo, nos encargaremos de eso más tarde. Ahora, démonos prisa, debemos ponernos en marcha lo antes posible.

\*\*\*

La nave debía salir del refugio con facilidad gracias a las ruedas que habían incorporado y un complicado sistema de poleas con cuerdas que Svet había ideado cuando la llevaron al refugio. Pero, en esta ocasión, iba cargada de armas, munición y pólvora, lo cual aumentaba su peso, y las modificaciones de las velas rozaban con las paredes de la caverna y atascaba la nave. Ekôn y Daren tiraban con fuerza de las cuerdas avanzando hacia la salida. Elle caminaba por delante. Encendía antorchas para iluminar el camino y les indicaba qué mástiles debían mover para atravesar la gruta sin dañar la embarcación. Lyan y Zoraya caminaban tras la nave. Svet sabía que podían sacarla de la gruta, pero temía por los raspones contra la pared.

—Un momento, parad —dijo Svet—. ¿Habéis oído eso?

—¿Oír qué? —preguntó Ben.

Svet dirigió el dedo a sus labios pidiendo silencio. Los chicos le obedecieron, se quedaron quietos y miraron a su alrededor. El muchacho sabía que no debía fiarse de las sombras sobre las paredes de la cueva, ya que el tamaño de las criaturas podía distorsionarse, pero igualmente se encogió de miedo ante la incertidumbre. Se oyó el sonido de la tierra, las piedras y la arena deslizándose. Después un resbalón y una caída.

Zoraya ayudó a levantarse a un duende del tamaño de un niño de unos tres o cuatro años, con la piel verdosa y las orejas de pico hacia abajo.

—Muchas gracias, señorita —dijo el duende.

—Zoraya —dijo señalándose el pecho.

—Muchas gracias, Zoraya, mi nombre es Groof —saludó el duende con una graciosa inclinación y se agachó a recoger su báculo del suelo.

—¿De dónde has salido tú? —preguntó Lyan.

Frente a Groof había un agujero de su tamaño, con rocas y arena a los lados. Svet sabía que, cuando metieron la nave, ese agujero no estaba ahí.

—¿Me queréis decir qué es lo que pasa y por qué nos hemos detenido? —gritó Elle, que junto

con Ekôn y Ben se encontraban en la parte delantera de la nave y no podían ver con quién hablaban.

—Siento haberlos interrumpido —dijo Groof sacudiéndose el polvo de las rodillas—. Veo que están ustedes muy organizados y que no necesitan mi ayuda para nada. Muy bonita su nave, por cierto.

—Muchas gracias —dijo Svet.

—Pero ¿queréis explicarnos que es lo que ocurre? Debemos darnos prisa —gritó Ekôn desde la parte delantera de la nave.

—Nada, nada. Ya pueden ustedes proseguir —contestó Groof alzando la voz a los de delante, que no podían verle.

—¿Pero se puede saber con quién demonios charláis? —preguntó Ekôn.

—Soy solo un amigo. Vivo en la primera entrada a la izquierda de la gruta. Antes de la segunda curva, junto a la piedra. Os diría que estáis invitados a mi humilde hogar, pero mi casa es pequeña y ahora está de reformas —gritó Groof.

—Fenomenal —gritó Daren—. Ahora, si no le importa, tenemos un poco de prisa, así que si no desea ayudarnos, al menos no nos entretenga, por favor. Otro día ya podremos charlar de nuestras cosas.

—No tengo mucha fuerza, pero sé de un hechizo que puede ayudarlos un poco a sacar la nave de aquí.

El hombrecillo verdoso frotó sus manos y estiró los brazos en dirección a la salida de la cueva. La tierra se abrió frente a ellos con gran estruendo. Tierra y polvo empezaron a caer sobre sus cabezas. Consiguió agrandar el tamaño de la cueva unos centímetros durante el tiempo suficiente para que los muchachos pudieran sacar la nave, aunque todavía rozaba con las paredes y una vela se rasgó.

Cuando llegaron al final de la gruta, todos se pusieron tras la nave y la empujaron hasta que cayó al agua por una corta pendiente que daba salida al río. Amarraron el barco a la orilla y taparon la entrada con ramas y varios arbustos que habían arrancado.

—Thais —gritó Elle.

La dragona descendió entre gruñidos y resoplidos que hicieron estremecer a Svet, que no se acostumbraba a la familiaridad con la que Elle trataba a la bestia. Los chicos huyeron de su espacio de aterrizaje.

—Thais, necesito que guardes la entrada de la gruta y que no permitas que nadie entre por aquí —dijo Elle acariciando el morro del animal.

La dragona devolvió la caricia a Elle frotando el morro sobre su cara, y se tumbó sobre los arbustos. Colocó la cabeza sobre las zarpas y mantuvo muy abiertos los ojos.

—Amiga —dijo Groof temblando—, a mí me conoces, querida. Sabes que debes dejarme pasar, ¿verdad?

La dragona resopló echando humo negro por la nariz, y Groof corrió a esconderse tras un árbol.

—Gracias por la ayuda. Vamos, Elle, sube al barco —dijo Svet tendiéndole una mano para que subiera a la nave.

—No —dijo Elle sujetando a Zoraya por el codo—. Nosotras vamos a caballo por si necesitásemos otra vía de escape. Nos veremos allí. Ven conmigo.

—Conmigo —repitió Zoraya.

## CAPÍTULO 21

### Zoraya

Durante las semanas que llevaba viviendo en el refugio, Zoraya había tenido numerosas oportunidades de volver a su hogar. Sus heridas casi se habían curado y con el dinero que Zeth les había pagado podía comprar un pasaje de barco. Pero ahora que el mago había desaparecido, sentía que debía dilatar su partida y ayudarles a encontrarlo. Estaba en deuda con el hombre que le había salvado la vida en el mercado de esclavos y no se marcharía hasta comprobar que estaba sano y salvo en el refugio. Además, sus compañeros la trataban bien, la habían curado, le enseñaban el idioma y estaba segura de que, cuando llegase el momento, también la ayudarían a partir.

Despertó de sus pensamientos ante los gritos de Elle, que sujetaba un caballo y agitaba las manos para indicarle que montara. Había amarrado otro a su montura y otros dos a la de ella. Cabalgaron por el bosque. Zoraya alcanzó distinguir un gnomo escarbando la tierra bajo las raíces de un árbol caído, una bella ondina escondiéndose tras los juncos de la orilla del río, la silueta de un silfo en una ráfaga de aire con forma de nube y un vulcano con forma de salamandra negra y dorada cruzando a toda prisa el camino. El bosque que rodeaba el refugio estaba lleno de hermosas y escurridizas criaturas que se escondían a su paso, lo cual extrañaba a Zoraya, ya que en Phöisker, su país, no se mostraban tan asustadizas.

Era difícil convocar la magia donde los hombres tenían esclavos y unos muchachos debían esconderse en una cueva y luchar por algo de lo que ella no estaba segura.

No bajaron el ritmo del galope cuando rodearon la ciudad. Desmontaron y escondieron los caballos al llegar al palacio circular, que se divisaba desde todo Akwaburgo irguiéndose majestuoso. Iba reduciendo su tamaño con cada planta hasta terminar en una torre de piedra de estructura cónica. A lo lejos parecía una montaña con ventanas y luces, pero al contemplar el edificio de cerca se distinguía un gran muro de piedra de tres pisos. El primero, liso; el segundo, con ventanas enrejadas; y el tercero, con columnas, galerías y arcos. Seguía varios pisos hacia arriba, unas doce alturas más. El palacio daba la espalda a un acantilado al que se asomó Elle. Zoraya la siguió y vio que la nave que transportaba a sus amigos se balanceaba en el mar. Los chicos parecían preparados para escalar.

Elle y Zoraya cogieron una cuerda gruesa, la ataron a unos árboles y arrojaron el cabo hacia el acantilado. Ekôn, Ben y Daren anudaron sus cinturas a las cuerdas y comenzaron a trepar el acantilado apoyando los pies en la pared. Daren, que iba el último, se agarraba a la soga con fuerza y trepaba sin apenas apoyar los pies en la pared. Tardó más que Ekôn y Ben, y llegó a la cima más fatigado. Le sangraban las manos. Elle rasgó una parte de su camisa, le limpió la herida y le vendó las manos.

Zoraya vio cómo Lyan saludaba agitando sus brazos mientras Svet se encogía de hombros, por lo que supuso que se negaba a trepar.

Zoraya los oía discutir a lo lejos, sin entender lo que decían. Tardaron un buen rato en llegar a un acuerdo. Elle cogió a Zoraya del brazo, la llevó hasta la pared del palacio y comenzó a trepar

aferrándose a los huecos del muro de piedra. Apenas llevaba un par de metros cuando paró y le indicó que trepase a su lado.

Se concentró en el aire, en flotar y balancearse al criterio del viento. Cuanto más ligera se sintiera, más fácil sería. La rocosa muralla la invitaba a intentarlo, pero le dolían las muñecas y los tobillos por no estar recuperada del todo. El primer piso resultó sencillo de escalar, porque permitía meter los dedos entre las piedras; el segundo tenía unas rejas que facilitaron la escalada; pero al llegar al tercer piso solo había columnas resbaladizas y brillantes.

Entre los arcos con soportales vio pasar magos con túnicas azules, como la de Zeth, y a otros, más jóvenes, con túnicas grises, decoradas con algunos de los símbolos que parecían representar agua, aire, tierra y fuego. Zoraya supuso que debían de ser aprendices y los símbolos lo que cada aprendiz dominaba. No sabía qué había al otro lado, ni qué se encontraría tras las puertas, pero estaba claro que no pensaban llamar para que les abrieran, así que debían actuar con mucho cuidado.

Elle la arrastró tras una columna para esconderse hasta que pudieran continuar. Zoraya pensaba que se enfrentarían a un ejército, puesto que se encontraban en un palacio, pero venció sus temores y la siguió por unas escaleras hasta llegar a un patio sin vigilancia. Esperaron a que pasase un estudiante que corría con un libro bajo el brazo y luego, durante los siguientes segundos, no se oyó nada. Permanecieron un rato en silencio. No se oían ni pisadas, ni risas, ni conversaciones. Cuando Elle pareció satisfecha, corrieron pegadas al muro, atravesaron un túnel estrecho desde cuyo arco colgaba un estandarte con los mismos símbolos de las túnicas de los jóvenes magos. Junto a la gran puerta de madera encontraron una palanca que, tras bajarla, la abrió. Detrás de Zoraya estaban Ekôn, Daren y Ben. Pasaron y activaron el mecanismo hasta que se aseguraron de que la puerta se había cerrado y de que nadie los había visto ni oído. Elle sacó del bolsillo de su capa el mapa con las indicaciones de Rhian, asintió e hizo gestos de que la siguieran.

Recorrieron el palacio escondiéndose en cada recoveco. Subieron escaleras, atravesaron salas, túneles y angostos pasillos, cada vez más arriba del edificio, hasta llegar a una gran sala circular con celdas. El sitio estaba vacío y todas las puertas abiertas. Allí no había nadie.

Elle volvió a sacar el mapa y recorrió varias veces con su pulgar las flechas que había marcado. De nuevo comenzó una discusión que Zoraya no pudo comprender, aunque entendía que esperaban encontrar algo o a alguien en esa sala cuyas puertas comprobaban una y otra vez. Daren, cojeando, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en una pared de piedra. Zoraya se sentó junto a él.

Se oyeron unas pisadas y una voz. Elle se escondió tras la puerta. Ekôn y Ben fueron los primeros en enfrentarse al mago que apareció en la gran sala circular. Tras la sorpresa de ver a los intrusos, gritó convocando una ráfaga de viento que empujó a los chicos de espaldas al suelo. Se oyó un gran estruendo del arma que debió dispararse al caérsele a Ben. El tiro hizo un agujero en el techo y sobre sus cabezas cayó una lluvia de guijarros. Elle salió de su escondite, golpeó al mago con su pistola en la cabeza. Este se desplomó y se rompió la nariz. Zoraya se levantó, recogió el bastón de Daren y lo ayudó a incorporarse. Intentaron salir de la habitación, pero por las escaleras hacia la sala se oían las voces de más hombres que subían alertados por el ruido. Se colocaron en posición de lucha, con las armas apuntando hacia la puerta. Elle gritaba desesperada a Zoraya, que no se enteraba de nada. Zoraya era la única que no tenía arma, ya que se había negado en rotundo a utilizarlas. No pensaba herir ni matar a nadie, y si debía defenderse, lo haría con sus propios poderes.

Daren disparó hacia la puerta y esperaron a oír los pasos en retirada. Zoraya se tapó los

oídos, que le pitaban y dolían. Daren había disparado demasiado cerca de ella. Deseaba ayudar a sus compañeros, pero si se ponía en medio, podría resultar herida por los disparos. Se alejó de la puerta y se quedó en la parte de detrás de la habitación.

Entró una ráfaga de aire cargada de arena que los cegó. Los chicos gritaban, de nuevo algo imposible de discernir para Zoraya. Cada vez hacía más calor dentro de la habitación. Comenzaron a toser. El ambiente estaba cargado de aire y tierra que habían convocado los magos, como si de una tormenta de arena en mitad del desierto se tratase. Zoraya quería convocar el agua, pero el calor y la tierra le impedían encontrar un atisbo de humedad. Intentó atraer el aire para hacerse dueña de la situación. Si podía arrebatárselo a los magos, podría dirigirlo fuera de la sala. Sintió que el poder de los demás magos la superaba. Debieron de notar su triquiñuela, porque comenzó a notar que faltaba el aire y se incrementaba la proporción de arena en la habitación. Al final, se rindió y, medio asfixiada, se cubrió la nariz con la manga de su túnica. No lograba ver a sus compañeros. Oía sus toses. Sabía que estaban cerca, pero no podía hacer nada para ayudarlos. Cerró los ojos, cegada por la arena. Finalmente, se desmayó.

## CAPÍTULO 22

### Lyan

Las leyendas de Akwaburgo estaban repletas de historias de terror protagonizadas por sangrientas criaturas marinas, devoradoras de pesqueros a la deriva. Cuando desaparecían embarcaciones, nunca se dudaba de la pericia de los timoneles para combatir las grandes tormentas de sus costas. Los pescadores y marinos de Akwaburgo eran conocidos en todo el reino de Khonikash por su magistral destreza para navegar por sus peligrosas costas y por lidiar con éxito con las dificultades para llegar al puerto. Si algún barco desaparecía, nunca se culpaba a los navegantes, sino a las serpientes marinas, leviatanes, ryujin y sirenas. A todos ellos había algo que les atraía en especial: la sangre.

La nave se balanceaba a pocos metros el acantilado que estaba bajo el Liceo. Llevaban más de dos horas esperando a que sus compañeros salieran del palacio. Svet daba paseos en círculo por la cubierta del barco, Lyan se mordía las uñas. Al llegar, el mar estaba en calma, golpeaba las rocas con suavidad, pero comenzaba a estar cada vez más revuelto.

—¿Quieres parar de una vez? Me estás poniendo nerviosa.

—Es que deberían haber salido hace más de una hora —dijo Svet—, algo malo les ha pasado, Lyan. Tenemos que entrar.

—¿Estás loco? Yo no puedo subir por allí.

—Acerquemos la nave al palacio, así llegaremos a las almenas. Ven, ayúdame.

Svet se dirigió al timón y puso en funcionamiento las turbinas para despegar la nave. Juntos realizaron las maniobras necesarias para mantenerla en vuelo, pegada a la pared, junto a la última y estrecha torre del Liceo. Svet lanzó varias veces una cuerda con un gancho, hasta que consiguió enredar el extremo con el mástil de un estandarte y atarla al barco, procurando que se mantuviera tensa.

—Lyan, quítate los calzones.

—¿Estás de broma?

—Perdona. No es lo que crees. Ahora podemos pasar a la torre del Liceo deslizándonos por la cuerda —dijo Svet, se frotó la cabeza y bajó la mirada avergonzado—. Yo puedo sujetarme con las manos, pero creo que en tu caso será más sencillo si te deslizas agarrada a tus calzones. O a un pañuelo, si tienes.

—¡No podré hacerlo, Svet! ¡Soy una inútil! ¡Me caeré al mar! ¡No quiero morir! —gritó Lyan.

—No pienses eso. Ahora no podemos flaquear. Creo que están en un apuro, o ya habrían vuelto, y tenemos que ayudarlos.

Lyan intentó recomponerse, se giró y comenzó a quitárselos. Svet también se dio la vuelta para no mirarla.

—Ya está. Estoy preparada.

Svet fue el primero en lanzarse por la cuerda para ayudarla cuando llegase al otro lado. La maniobra, no exenta de dificultad, funcionó y ambos acabaron escondidos tras un murete de la almena, un piso por debajo de la última torre.

Al entrar en el Liceo, se acercaron a la galería desde la que se veía el interior de todas las plantas del palacio. Al igual que en el exterior, el interior también era circular y de piedra. Desde el sótano brillaba una cegadora luz azul que parecía provenir del fondo de un pozo o una gran fuente. Su visión era hipnótica, con el fluido espeso y brillante burbujeando. Desde donde estaban se veía el ir y venir de los magos de cada planta del edificio. Lyan, muerta de miedo, tiró de la manga de Svet para que continuasen antes de que los magos se dieran cuenta de que estaban allí.

No tuvieron problemas para llegar hasta los calabozos. Subieron la última escalera de acceso y se asomaron al pasillo. Un muchacho estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta de acceso a la prisión. El silencio era desgarrador; Lyan podía oír su corazón. El chico vestía una túnica gris con el símbolo del viento. Jugaba con una piedra, apenas del tamaño de una canica, que mantenía en el aire y volvía a caer una y otra vez a su mano. Svet cerró los ojos y se concentró. Lyan seguía oyendo sus latidos tan fuertes que para no ponerse nerviosa acompasó el ritmo de su respiración. Svet consiguió que la piedra del muchacho levitara un buen rato y robarle la energía del aire, haciéndole creer que era él mismo el que producía ese prodigio. El muchacho, sorprendido, sonrió admirado de su falsa proeza, hasta que la piedra voló en dirección contraria al escondite de Lyan y Svet, y rodó por las escaleras. El muchacho corrió tras ella durante los segundos necesarios para despistarlos y entrar en la sala.

La habitación tenía varias celdas en círculo; los magos solo habían usado dos de ellas. En una habían encerrado a Zoraya y Elle, en otra estaban Ekôn, Ben y Daren. Todos estaban dormidos en el suelo, unos encima de otros.

—Elle, Zoraya, despertad. Ben, despierta, por favor.

—Aparta, Lyan, esto los despertará, o nos cogerán también a nosotros, y nos encerrarán si no funciona. —Svet cogió la escopeta que llevaba colgada en la espalda.

—¿No pensarás disparar?

Svet sacó las balas de la escopeta. Rasgó, ante la indignación de Lyan, un trozo de la parte baja de su vestido y colocó el trapo en el suelo debajo de las balas. Las aplastó con golpes suaves hasta que consiguió abrirlas y puso un poco de pólvora en el suelo de las celdas. Encendió la pólvora con unas cerillas que sacó del bolsillo de su chaleco. La explosión fue tan grande que Lyan pensó que había matado a sus amigos. Las puertas de las celdas cayeron al suelo, junto con parte del techo y de las paredes.

La puerta exterior se abrió despacio. El joven mago había vuelto de buscar la piedra. Asomó la cabeza y, en un arrebato de gallardía, salió huyendo.

Elle fue la primera en despertarse, tras lo cual ayudó a Zoraya a levantarse. Las siguieron Ben, Daren y Ekôn.

—Nos atraparon y no podíamos respirar —dijo Ben—, cerré los ojos porque no veía nada y no recuerdo nada más.

—Las celdas estaban vacías cuando llegamos. Aquí no había nadie. Ni rastro de Zeth ni de Hlodowig —dijo Daren.

—¿Creéis que nos tendieron una trampa? —preguntó Ekôn.

—No lo creo. Parecían muy sorprendidos. Decidieron encerrarnos hasta averiguar qué hacemos aquí —dijo Elle, que ya corría hacia la puerta—. Salgamos de aquí lo más rápido posible.

Para llegar a la nave, regresaron por el mismo camino que habían utilizado Svet y Lyan. Ahora la maniobra era más complicada porque el barco estaba suspendido en el aire. No podían dejarse resbalar, sino que debían subir a pulso agarrándose a la cuerda. Svet fue el primero en regresar a la nave. Zoraya le siguió. El barco se balanceaba. Se dieron cuenta de que no podían trepar más



de dos a la vez, sino la embarcación volcaría por el peso que se ejercía a babor. Desde arriba, Svet aseguró un cabo y los animó para continuar. Entretanto, Zoraya se situó a estribor para hacer algo de contrapeso.

Oyeron unas voces a sus espaldas. Seis magos y el muchacho que custodiaba la puerta corrían hacia ellos. Daren le pidió a Lyan que continuase mientras él desenfundaba la escopeta y comenzaba a disparar. Los magos se refugiaron detrás de una pared. Elle y Ekôn también disparaban mientras Lyan, frenética y torpe, intentaba llegar la nave. Ben se apresuró a ayudarla.

Los disparos habían contenido el avance de los magos, pero no impedían que les lanzasen bolas de fuego y ráfagas de aire que ponían el barco en peligro. Daren, cubierto por Ekôn y Elle, se enganchó a la espalda su bastón y fue el siguiente en coger la cuerda. Los magos aprovecharon para intensificar sus ataques y consiguieron quemar una de las velas. En cubierta, los chicos gritaban para que Daren se diera prisa. De repente, la nave comenzó a caer. Lyan se maldijo por no haberse dado cuenta y haber pedido a Svet que bajase la embarcación, pero ya se lo reprocharía más tarde. Ahora estaba nerviosa por la huida. Aunque Daren se había quemado las manos con el roce, consiguió llegar a la nave a tiempo. Los magos se acercaban. Ekôn, ya sin munición, les arrojó el arma y golpeó a uno en la cabeza. Cogió a Elle de la cintura y saltó a la cuerda. Elle sacó una daga y cortó el extremo para dejarse caer con Ekôn al vacío. Zoraya había invocado el agua y consiguió sofocar el fuego del barco, pero no lo suficientemente rápido para que la nave se mantuviera en el aire.

Los magos seguían disparando bolas de fuego.

—¡Agarraos! —gritó Svet.

Cerró los ojos y realizó una maniobra que hizo caer la embarcación al mar. En la caída, el barco volcó boca abajo y se rompieron parte del mástil y de la cubierta. Solo el casco de la nave quedó intacto, que bajo el agua había formado una cámara de aire que les permitía respirar. Las bolas de fuego que les lanzaban desde el Liceo continuaban atacando el barco.

—¿Estáis todos bien? —gritó Daren.

Se fueron agarrando a pedazos de madera que se desprendían de la nave y asintiendo con la cabeza. Estaban heridos, pero vivos. Lyan notaba que el peso del vestido la hundía, no podría soportarlo mucho tiempo.

—No os mováis. Ahora vuelvo.

—¡Ekôn! —gritó Elle.

El mar negro comenzó a teñirse de un rojo intenso.

Se miraron unos a otros intentado averiguar el origen de la sangre, pero el agua estaba muy fría y todos tenían algún golpe o herida, así que no estaban seguros de quien sangraba tanto.

—¡Por todos los dioses, vamos a morir!

—Joder, Lyan. No vamos a morir aquí. Viviremos, ya lo creo que viviremos. Y quítate ese maldito vestido que pesa una tonelada o te ahogará —dijo Elle.

—De eso nada —contestó Lyan.

Todos oían los disparos golpeando el casco de la nave y el borboteo de las bolas de fuego convirtiéndose en carbón tras caer al mar.

—Tenemos que salir de aquí. —Ben soltó la tabla a la que estaba agarrado y nadó hacia Lyan.

Poco a poco el agua iba subiendo y cada vez había menos espacio para respirar. La marea, cada vez más ensangrentada, desplazaba los restos de la embarcación.

—Elle, estás herida. Tienes una estaca en el abdomen —dijo Ekôn al emerger del mar.

—Lo sé. Estoy bien, de verdad, pero si pierdo el conocimiento, no la saquéis hasta que no lleguemos al refugio y me vea Rhian, o me desangraré. Debí clavármela al caer al mar.

—Sangras mucho. —Ekôn la sujetó de la cintura para ayudarla a flotar—. Y tengo otra mala noticia, la nave tiene rota una parte del casco por la que está entrando cada vez más agua y nos está arrastrando al fondo. He acercado la embarcación todo lo que he podido a la costa. Solo hay que nadar un poco. Sé que es un mal momento para preguntarlo, pero ¿alguien no sabe nadar?

Nadie contestó, pero la forma en la que Svet y Daren se aferraban a los tablones que tenían bajo las axilas respondió por ellos. Los chicos parecían avergonzados. Ekôn miró a Elle.

—Déjame, estoy bien —dijo Elle—. Hay que ayudarlos a salir de aquí.

—¿Sabes nadar, Zoraya? —preguntó Lyan despacio y haciendo gestos para que la entendiera.

Zoraya asintió con la cabeza.

El agua ya casi les cubría el cuello. Todos luchaban por respirar en el reducido espacio de aire pegando la nariz a las tablas de la embarcación. Los disparos desde el Liceo debieron de abrir alguna otra grieta en el casco y el agua ahora la inundaba con mayor rapidez.

—Tenéis que coger aire y nadar lo más rápido posible —dijo Ekôn mientras Daren se encaramaba a su espalda y Svet a la de Ben—, pero lo más importante es que no os entre el pánico. Agarraos con fuerza, pero sin impedirnos nadar o nos ahogaremos todos.

—No respiréis hasta que estemos en la superficie —bromeó Ben, que recibió una colleja de Svet.

—¿Preparados? —preguntó Ekôn.

Los chicos asintieron.

—Pues, vamos —dijo y se sumergió en el mar.

Cogieron aire y bucearon por los huecos destrozados de la nave hasta la cubierta, lo más rápido posible hasta llegar a la superficie. Allí, tras recuperar el aliento con grandes bocanadas de aire, nadaron hasta llegar a la costa. El mar enfadado los golpeaba contra las rocas. Cuando pensaban que estaban a salvo, una ola los arrastraba de nuevo mar adentro.

Los disparos desde el Liceo no cesaron hasta destruir la nave y hundirla por completo.

Elle, sin fuerzas, se agarraba la herida del abdomen. Ekôn sujetaba a Daren, pero su cojera y la marea no lo ayudaban a llegar a la orilla. Ben fue el primero en alcanzar suelo firme, seguido de Svet, y ambos ayudaron a salir del mar a Lyan y Zoraya. Los cuatro consiguieron rescatar a Daren, mientras Ekôn cogía en brazos a Elle.

—Déjame, puedo caminar —dijo Elle y se apoyó en el brazo de Lyan.

—No te preocupes. Se pondrá bien —dijo Lyan.

—Necesito comprobar una cosa. —Svet dio media vuelta por un sendero que rodeaba el acantilado, en dirección al Liceo.

—¿Estás loco? ¿Dónde vas? La nave está destrozada, Svet, ya fabricaremos una nueva —gritó Daren.

—No es la nave. No os preocupéis. Estaré bien.

—Te acompaño. No quiero que vuelvas allí solo —dijo Ben.

—Voy con vosotros, recojo los caballos, si aún siguen allí, y vuelvo —dijo Ekôn.

Lyan y Daren asintieron. Elle cerraba los ojos por el dolor.

## CAPÍTULO 23

### Svet

El Liceo presidía Akwaburgo. Los chicos entraron al palacio por la sección trasera, que daba a una zona arbolada y al acantilado. La parte delantera se erigía orgullosa de cara a la ciudad y a un entramado de calles de piedra que los habitantes llamaban el barrio de Maghkei, conocido por sus comercios regentados por criaturas peculiares y por casas bajas y modestas, de colores alegres, que parecían incrustadas como conchas en el casco de un barco en la colina sobre la que se alzaba el Liceo. El barrio de Maghkei nació cuando se asentaron los primeros comerciantes de libros y objetos mágicos que se acercaban a las puertas del Liceo. En su mayoría eran duendes, pero pronto se incorporaron otras especies que no habrían sobrevivido entre los humanos que poblaban el resto de la ciudad. Sobre todo mestizos, que tampoco eran bienvenidos en el bosque Dyeum. Así surgió una gran comunidad de seres mágicos, fruto de un variado mestizaje de duendes, hadas, gnomos, enanos, orcos, elfos, humanos... Un universo de criaturas fantásticas.

Anohecía y los comerciantes recogían la mercancía colgada en las paredes exteriores. Los chicos aminoraron el paso cuando vieron al sereno, un duende con nariz regordeta, piel morena y una espesa barba blanca, que portaba una vara con un farolillo encendido. Se dirigía hacia el barrio de Reighkei, donde los ricos habitantes contrataban sus servicios para que vigilara las calles para evitar los robos, las peleas. Tenía las llaves maestras para abrir la mayoría de las mansiones. Si surgían problemas, hacía sonar el silbato llevaba colgado del cuello y los alguaciles que se encargaban del resto.

Svet dirigió a Ekôn y Ben, a través de las callejuelas de Maghkei, hasta una discreta puerta situada en un callejón desierto que, por la forma redondeada y la estrechez, intuyeron que conducía al subsuelo de la ciudad.

—Id vosotros. Recogeré los caballos que dejamos en el Liceo. Intentaré ayudar a Daren y las chicas a llegar al refugio y volveré lo antes posible. No tardaré —dijo Ekôn.

Svet fue capaz de convocar el fuego y crear en la palma de su mano una lumbre para iluminar el entorno. Ben intentó imitarlo, pero con la ropa empapada no era capaz, por lo que tuvo que conformarse con seguir la luz de Svet. Recorrieron un tramo de los sistemas de alcantarillado de Maghkei hasta que oyeron unas voces. Ben palmoteó a su amigo para que apagara la llama y continuaron avanzando. Al principio eran susurros, pero pronto las oyeron nítidas y fuertes. Debían de estar cerca del acantilado, porque se percibía el rugir de las olas. Caminaron despacio hasta que, por uno de los pasillos, vieron cruzar a un mago, que por suerte no reparó en ellos. Iba con prisa. Llegaron a unas grutas por las que se accedía a los sistemas de canalización del éter. Las paredes eran brillantes y azules, y el resplandor del fluido era tan potente que apenas se podía mirar sin cubrir los ojos con las manos.

Estaban cerca del nacimiento del éter. Svet anhelaba admirar el misterio de su fabricación, pero no le dio tiempo porque Ben lo agarró por el chaleco y se escondieron tras una tubería enorme. Varias voces iban hacia ellos.

—Gobernador lord Baley, es un honor que venga usted a revisar nuestras instalaciones.

El mago saludó con una exagerada reverencia, arrastrando su capa azul. El gobernador, en cambio, hizo un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Los suministros se entregan en tiempo y forma, sin contratiempos, señor. Todo va de maravilla, ilustrísima.

Svet se dio cuenta de que bajo sus pies formaban un tremendo charco de agua y se movió sin hacer ruido para evitarlo.

—Sí, es posible, pero no es eso lo que me trae hoy aquí. Me preocupan, mi buen amigo, asuntos internos del Liceo y, aunque yo no osaría en inmiscuirme en ellos, deseo estar seguro de que pueden ustedes, digamos, lidiar con el problema.

—¿A qué se refiere, lord Baley?

—Ha llegado a mis oídos que es probable que haya resurgido el problema, ya resuelto hace años, de un grupo de rebeldes en el seno de los magos; no hace falta que le recuerde...

—Ilustrísima, tenemos la situación bajo control.

—Lord Zimmah, tengo fe en usted, pero no en sus responsables, por eso deseo hablarle con franqueza. Comunicaré al rey el valor de sus servicios y me comprometo a hacer lo necesario para que usted ocupe el lugar que le corresponde en el Liceo, pero para eso debería usted servirme, como siempre, con lealtad y discreción.

—Sí, señor, para mí será un honor.

—Como usted sabe, el único dueño de la magia es el rey.

—Por supuesto, ilustrísima.

—Y la población de Akwaburgo, mendigos y maleantes en su mayoría, apoyarían sin dudarlos a un grupo de magos rebeldes que les proponga sanarlos y les dé energía a escondidas de las autoridades. Además, una rebelión en la ciudad produciría la intervención del rey... Eso no nos interesa a ninguno de nosotros; ni a mí, ni a usted, ni a nuestros amigos industriales, ni sus clientes. Sería un poco comprometido que el rey fuera informado de alguna de las actividades que a todos nos está beneficiando tanto.

—Sería horrible, ilustrísima.

—Por lo tanto, creo que todos debemos trabajar en equipo para investigar... —el gobernador dudó—, digamos, de forma extraoficial, quiénes son los magos rebeldes en el seno del Liceo, quién los dirige, dónde se reúnen y cuáles son sus planes, para erradicar por completo a ese grupo subversivo. No quiero que hable de este tema con nadie más que conmigo.

—Lord Baley, es un placer informarle que ya hemos descubierto al líder de los rebeldes y lo tenemos bajo arresto. Le prometo que investigaré a todos los magos y aprendices de Akwaburgo. No quedará ni un solo rebelde que no le sea entregado.

—Perfecto, avisaré para que pasen a recogerlo. Por cierto, Zimmah, ¿qué fue de los hijos de los magos rebeldes? Ahora deberían estar casi en la mayoría de edad.

—Pero eso no es posible. Atacamos el bosque Dyeum en el momento de la entrega de los bebés a las hadas. Yo mismo cumplí sus órdenes y vi cómo murieron los niños.

—Si no recuerdo mal, no recuperaron sus cadáveres. Dígame, ¿qué cree usted que pudo ocurrir? ¿Qué es lo peor que podría haber pasado?

—Un hechizo de ilusión, gobernador. Tal vez las hadas me hicieron ver algo que no ocurría en realidad, señor. Es verdad que cuando fuimos a por sus cuerpos, allí no había nada.

—¿Si los chicos siguieran vivos, a estas alturas es probable que ellos o alguien de su entorno se haya percatado de sus orígenes?

—Hace muchas generaciones que no hay magos sin formación. No lo sé. Tal vez hayan tenido manifestaciones espontáneas o algún accidente por no tener control sobre su propia energía.

—Si siguen vivos, estoy convencido de que estos chavales podrían ser los responsables de los magos que están apareciendo muertos.

—Es usted muy perspicaz, ilustrísima. Desde luego son buenos sospechosos, gobernador. Podríamos alegar que se mueven por venganza.

—Investíguelo. Averigüe dónde se esconden y atrápelos. Le advierto que si vuelve usted a ver algo que no está ocurriendo, el próximo mago muerto que aparecerá colgado de un madero será usted. Le repito que tengo plena confianza en usted y que estoy seguro de que puedo contar con su lealtad. ¿No es así, amigo mío?

—Así es, lord Baley. No lo defraudaré.

—Eso espero. Si cumple su misión y me trae a los magos rebeldes y a los hijos supervivientes de la rebelión, le prometo que será usted recompensado por sus servicios. Manténgame informado.

—Gobernador, si se trata de una investigación extraoficial, ¿qué hará usted con el detenido?

—Creo que es mejor que tenga usted la menor información posible. Las lealtades están comprometidas en el Liceo. No sabemos en quien podemos confiar, pero digamos que tengo información custodiada en una caja fuerte de máxima seguridad que me garantiza que mis socios cumplirán su parte del trabajo.

—Es usted un hombre muy inteligente, ilustrísima.

—Demos un paseo, Zimmah. Deseo ver los suministros de éter. Me han dicho que este año son de una estupenda calidad y que nuestros buenos amigos, lord Gudbrand y lord Weber, han incrementado bastante las solicitudes.

Las voces se alejaron por las grutas del suministro del éter intercambiando datos de cifras, pedidos de los industriales, volumen de magma suministrados por el Liceo y envíos preparados para remontar el río Renjösh debido a los últimos encargos provenientes de otras ciudades del reino de Khonikash.

Svet y Ben se miraron asustados. A sus espaldas, Ekôn los sobresaltó. Svet y Ben lo agarraron por las mangas de la camisa y comenzaron a correr en dirección a la salida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ekôn mientras recuperaba el aliento. Svet y Ben siguieron corriendo calle abajo sin contestarle—. ¡Esperad! ¿Dónde vais? ¡He traído los caballos! —gritó con las riendas de los animales en sus manos

Los chicos volvieron, montaron y salieron al galope por las callejuelas empedradas de la ciudad.

—Alejémonos lo antes posible de aquí —dijo Svet.

—Ahora te lo contamos. Corre. Date prisa —dijo Ben.

Cuando consideraron que estaban a salvo, bajaron el ritmo y le explicaron a Ekôn la conversación del mago con el gobernador.

—¿Y dónde tienen a Zeth? —preguntó Ekôn.

—No lo sabemos —dijo Ben.

—¿Y nosotros somos los sospechosos de la muerte de los magos? Pero eso no tiene ningún sentido. ¿Qué ganamos nosotros matándolos? —preguntó Ekôn.

—Si nos encuentran, nos acusaran del delito. No parecía muy interesado en investigar la muerte de los magos —dijo Ben.

—¿Por dónde empezamos? No sabemos dónde está Zeth, ni quiénes son los magos rebeldes, ni quiénes son los magos muertos, y estamos en medio de todo este lío sin apenas saber hacer magia. Todo esto es una mierda —dijo Ekôn espoleando su caballo—. Vamos, quiero ver a Elle. Estaba muy malherida.

Los chicos llegaron al refugio y vieron unas gotas rojas en la entrada. A Elle se le debe de haber abierto la herida, pensó Ekôn. Siguieron el rastro de la sangre hasta su habitación. En ese momento, Rhian salía del cuarto, con el pelo muy revuelto y el semblante serio y preocupado. Cerró la puerta abrazada a una palangana llena de gasas ensangrentadas.

—¿Puedo entrar a verla?

—Ekôn, creo que es mejor que descanse. Le he quitado una estaca de madera de la barriga y la he cosido lo mejor que he podido. Ha perdido mucha sangre y ahora está dormida.

—Le prometo que solo será un segundo. Quiero verla solo un momento. No la molestaré. Se lo juro.

Rhian se apartó de la puerta. Ekôn entró en la habitación cerrando despacio.

Afuera, Rhian interrogó a Svet y a Ben.

—Ya me han contado lo ocurrido en el Liceo y que no encontrasteis a Zeth ni a Hlodowig.

—No, señora. Allí no había nadie. Oímos que hablaban de entregar al jefe de los magos rebeldes a los alguaciles, pero no sabemos si se referían a ellos —dijo Svet.

Rhian asintió con una mirada triste.

—Está bien. Ya pensaremos algo. Ahora todos debemos descansar. Hoy ha sido un mal día.

—¿Cree usted que Zeth o Hlodowig nos delatarían? —dijo Svet mientras apretaba su gorra entre las manos.

—No, puedes estar seguro de que ambos preferirían morir antes que delatarnos.

Svet asintió.

—¿Podemos hacer algo por Elle?

—Rezar —contestó Rhian y se marchó por el pasillo.

Él no sabía rezar, pero sabía hacer otras cosas. Se despidió de Ben y se dirigió a su laboratorio. Necesitaba pensar. El trabajo le venía bien. Tenía muchos proyectos en mente para mejorar el armamento, diseñar una nueva nave, ligeras armaduras, unas gafas especiales para mejorar su puntería al disparar, máscaras para el humo y las tormentas de arena de los magos, para que no volvieran a desmayarse por falta de aire. Las posibilidades eran infinitas.

En la fábrica de lord Weber, el algodón era traído desde Therzakwa. La producción de Khaosaequor no tenía calidad suficiente, las fibras eran duras y quebradizas. Al parecer, sus amigos habían descubierto que lord Weber compraba y vendía khyton en el mercado de contrabando, conocida también como seda de hadas, cuyas propiedades la hacían cinco veces más resistente que el acero, además de elástica, pero su comercio estaba prohibido por un antiguo acuerdo con las hadas.

Él sabía más que nadie sobre el proceso de fabricación de khyton, su composición, cómo teñirla y que maquinaria que se necesitaba a lo largo de todo el proceso. Podía encargarse de la fabricación de casi cualquier prenda, si contara con los materiales necesarios. Podría fabricar armas, armaduras, disfraces y diferentes ropajes. Así era como más útil se sentía y como mejor podría ayudar a sus compañeros, de modo que dejó de temblar y compadecerse, y se puso a trabajar.

## CAPÍTULO 24

### Zeth

Nada debería sorprenderle. Antes de reclutar a los muchachos, meditó profundamente los posibles giros que podían tomar los acontecimientos, o al menos los que pudo imaginar. Sin embargo, el traslado desde la celda del Liceo, custodiado por varios magos y alguaciles, con los ojos vendados, por las alcantarillas de la ciudad y los túneles que recorrían los suministros de éter, sí lo sorprendía. Después llegaron las puertas y las escaleras, que subió a empujones, hasta que oyó la voz de un hombre diciendo que a partir de ese momento se encargaría él mismo del prisionero. Y luego el sonido de pisadas que se alejaban.

Tras oír que la puerta se cerraba a su espalda, se quitó la venda de los ojos. La sala donde lo habían encerrado no era la cárcel de Akwaburgo. La habitación, aunque estaba llena de polvo y abandonada, era grande y lujosa. No era una celda. Estaba esposado con unos grilletes encadenados al cabecero de una cama de hierro. Podía levantarse y mantenerse en pie, pero no más de un metro.

La puerta volvió a abrirse y un sirviente le dejó agua y comida sobre la mesa que había junto a la cama.

—¿Dónde estoy?

El hombre no contestó y se marchó de la habitación con una inclinación de cabeza hasta cerrar la puerta. Zeth se acercó a la mesa y bebió.

Podía comprender los motivos por los que los magos habían cedido su custodia a las autoridades, pero le preocupaba encontrarse en lo que parecía más una vivienda que instalaciones gubernamentales. Si lo hubieran llevado a la cárcel de Akwaburgo, los alguaciles habrían formalizado la detención rellenando formularios y levantando actas. Además, tendría derecho a defenderse y podría exponer su caso ante el gobernador, los jueces e incluso el rey. Pero si su arresto era extraoficial, su vida corría verdadero peligro. Se preparó para lanzar fuego y escapar, pero notaba que algo no iba bien, como si tuviera adormecidos los sentidos. Estaba sudando y veía borroso. Tenía la garganta seca. Volvió a beber. Finalmente, se tumbó en la cama a descansar. Tal vez cuando se sintiese mejor, podría encontrar la manera de convocar la energía que ahora parecía agotada e intentar escapar.

## CAPÍTULO 25

### Lyan

Habían pasado varias semanas desde que hirieron a Elle, y pese a la insistencia de Lyan para que se tomase las cosas con calma, no paraba de entrar y salir del refugio, de ir a la ciudad, de volar con Thais y de planear sus próximos movimientos. Estaba preocupada porque Rhian le había dicho que, aunque la herida había cicatrizado y tenía buen aspecto, los tejidos internos tardarían más en curar, y por ello debía guardar reposo para recuperarse completamente. Pero era inútil, no hubo forma de convencer a su amiga.

Durante el tiempo que Elle había tardado en recuperarse, los chicos habían turnado para salir del refugio y siempre por parejas, con la esperanza de encontrar a Zeth, o al menos una pista de su paradero, pero sin éxito. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra.

Rhian estaba cada día más delgada y ojerosa. Apenas comía y dormía, y casi no hablaba. Así todo, no había dejado de enseñarle muchas cosas, ni de prestarle muchos libros sobre plantas. Tampoco dejó de felicitarla a menudo, y confiaba en ella al punto de ponerla a vida de Elle en sus manos. Con Rhian había aprendido a limpiar la herida, cambiar las gasas, mezclar las hierbas para bajar la fiebre y a fabricar un ungüento antiséptico. Solo se había separado de su lecho para preparar las medicinas, aprovechando las visitas diarias de Ekôn a su amiga durmiente. En alguna ocasión, Ben la había acompañado al bosque a buscar las hierbas que necesitaba. Estaba agotada, y también enfadada, porque cuando despertó, varios días más tarde, Elle saltó de la cama sin ser consciente de la gravedad de su situación. Había estado a punto de morir, y Lyan no podía soportar la idea de perderla. Se sentía orgullosa de su recuperación y adoraba pensar que, de alguna manera, ella había sido en parte responsable de ello, pero si hubiera podido atarla a la cama, lo hubiera hecho sin pensarlo dos veces, porque Elle era una inconsciente.

—Buenos días, hoy estoy muerta de hambre. ¿Qué hay para desayunar? —preguntó Elle.

Lyan sabía que llevaba horas despierta.

—¿Se puede saber de dónde demonios vienes?

—He dado un paseo antes de desayunar.

—¡No me mientas, Elle! Llevas la trenza despeinada. Tú y tu dragona del demonio... Acabarás cayendo enferma si no te cuidas. La herida interior no ha terminado de cicatrizar. Te lo advirtió Rhian.

—No te enfades conmigo, cascarrabias —dijo Elle y le dio un beso en la mejilla—. Me gusta que te preocupes por mí, pero estoy bien. Nunca me he encontrado mejor y tenemos muchas cosas que hacer.

Elle se sirvió una taza de café y mordió un pedazo de pan. Lyan se sentó frente a ella. Esa muestra de cariño de su arisca amiga suavizó su corazón. Ben se sentó a su lado y acarició su mano por debajo de la mesa. Su humor mejoró de inmediato. Svet evitó mirarlos, sonrojado. Daren dio un codazo a Ekôn. Nadie dijo nada, y todos, excepto Elle, sonrieron.

En principio, las cosas pintaban mal. Seguían sin saber nada de Zeth ni Hlodowig. Por otra parte, el gobernador y los magos los estaban buscando para acusarlos de los asesinatos de los



magos que estaban apareciendo muertos por toda la ciudad de Akwaburgo. Y como si no tuvieran suficientes infortunios, seguían sin hacer grandes progresos con la magia. Habían practicado los hechizos que les había enseñado Zeth y ahora podían convocar todos los elementos, pero de una forma leve, casi sin fuerza, apenas para entretener inocentemente a un grupo de niños callejeros. Desde luego, no servía como arma para enfrentarse a sus enemigos. Eran mejores peleando y disparando, practicaban a diario, pero Lyan sabía que hasta que Elle no se recuperase, faltaba su mente maligna y su liderazgo para poner en movimiento al grupo.

—Estos días en cama he estado pensando en lo que averiguasteis —dijo Elle—, y me parece que deberíamos actuar lo antes posible. Si nos escondemos en el refugio, tarde o temprano nos van a encontrar y nos matarán.

—Estoy de acuerdo —dijo Daren—, y me estoy volviendo loco aquí todo el día encerrado. Prefiero morir que esconderme. Algo debemos hacer.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Ben.

—Tal vez deberíamos investigar más a fondo la muerte de los magos. Somos inocentes. Si encontramos a los culpables y los llevamos ante la justicia, no podrán acusarnos de un delito que no hemos cometido —dijo Lyan.

—A nadie le importa quién mató a los magos, ni por qué. En cuanto nos encuentren, nos acusarán de inmediato —dijo Ekôn.

—Solo hay dos lugares donde el gobernador escondería una información tan delicada: en casa del fedatario público o en el banco —dijo Elle.

Todos se quedaron mirándola mientras ella degustaba con tranquilidad su desayuno. Lyan la miró, con los ojos muy abiertos, y arqueó las cejas pidiendo que continuase su exposición.

—Es muy importante que continuemos buscando a Zeth y que investiguemos la muerte de los magos, pero mientras tanto tenemos que debilitarlos. Sabemos quién tiene el control de la ciudad. Debemos arrebatárselo —añadió Elle—. Por lo que sabemos hasta ahora, los empresarios e industriales de la ciudad han montado un chanchullo para traer a la ciudad material de contrabando con el visto bueno de las autoridades y, por supuesto, del gobernador.

Elle se acercó la taza de café a los labios y esperó la reacción de sus compañeros.

—Continúa —pidió Daren—, me gusta cómo piensas.

—¿Qué sabéis sobre las estafas? —preguntó Elle.

El grupo se quedó callado, y más de uno con la boca abierta.

—Elle... —advirtió Lyan.

Conocía a Elle desde niña y estaba acostumbrada a las perversas maquinaciones de su amiga para burlarse de quien se burlaba de ellas, robar a quien les robaba y, en definitiva, vengarse de quienes les hacían daño.

—Escuchadme —dijo Elle y se limpió la comisura de los labios con una servilleta—. Una estafa requiere, en primer lugar, que el estafado no sea tan honrado como para denunciar; en segundo, obedecemos a quien creemos que tiene autoridad; en tercer lugar, hay que desviar la atención de lo que preferimos que no miren; cuarto, se necesitan cómplices; y finalmente, la mayoría de la gente cree lo que el estafador desea que crea, siempre que parezca normal.

—¿Qué insinúas? —preguntó Ekôn.

—Vamos a darles donde más les duele —dijo Elle, y se levantó para servirse una segunda taza de café.

—¿Cómo? —preguntó Ben.

—Damas y caballeros, vamos a estafar a los estafadores —dijo Elle y sonrió con malicia.

—Tenemos un grupo de empresarios que no son honrados —dijo Daren.

—Tenemos también la distracción —dijo Lyan—, los fines de semana se reúnen en el local de los Chevalier para jugar al póker, beber y relacionarse con las chicas del prostíbulo. Y ellas pueden ser nuestras cómplices...

—Nos falta la autoridad y el engaño —dijo Ekôn.

—Nuestro querido fedatario público y el banquero van a ser la autoridad. Vamos a entrar en sus oficinas para robar esa información tan valiosa que guarda el gobernador, y que puede ser la clave para encontrar a Zeth. De paso, haremos creer a todos que estamos cargados de autoridad —explicó Elle—. Y ese será el engaño...

El plan de Elle no solo consistía en robar la documentación de las dos cajas fuertes y estafar a estafadores, sino también en restaurar la justicia social en la ciudad. No es que a Elle o a los muchachos les importase el contrabando o que pagasen comisiones para mantener su opulenta situación; lo que les importaba era que se habían hecho millonarios con el abuso. Los dueños de las industrias compraban personas en el mercado de esclavos, niños para trabajos duros, y disfrutaban de la corrupción de Akwaburgo. Se enriquecían con el escaso valor del trabajo de las personas pobres mientras, aparentando legalidad, se aprovechaban la situación geográfica privilegiada y de la cercanía con la capital. Además, Elle estaba convencida de que el plan serviría para continuar investigando las muertes de los magos y encontrar a Zeth.

Una vez que Elle expuso el plan, y se aclararon las dudas que surgieron, decidieron ponerse en marcha. Muchos más animados y con la ilusión de que, después de todo, sí había algo que ellos podían hacer.

\*\*\*

Unas horas más tarde, Kara abrió la puerta del prostíbulo de madame Renê

—Lyan, Elle, cuánto me alegro de veros. Recibí vuestro mensaje —dijo abrazando a Lyan hasta casi dejarla sin aliento.

—Kara, estás guapísima, y ese pelo... —dijo Lyan acariciándole un bucle de la cabellera, antes pelirrojo y ahora dorado.

—Los clientes más chiflados prefieren a las pelirrojas, así que me cambié el peinado. Ya hay varias pelirrojas al servicio de madame Renê y, cuando te fuiste, le faltaban rubias —bromeó.

—Te queda genial —dijo Lyan.

—No quiero ser desagradable, pero nos corre un poco de prisa. Ya quedaremos en otro momento para que converséis y os pongáis al día sobre tratamientos de belleza. ¿Tienes lo que te pedí? —preguntó Elle con la palma de la mano extendida.

—Mira que eres borde, pero tienes razón. Le he dado mucho más vino del habitual, pero debéis devolverme la llave en menos de una hora. Intentaré entretenerlo el máximo tiempo posible, pero os advierto que jamás se ha quedado a dormir. Además, su mujer estará fuera tan solo unas horas y él volverá pronto a casa —dijo Kara y entregó a Elle una llave de cobre grande y con un escudo—. Tengo que subir ya o sospecharé.

—Muchas gracias. La traeremos en menos de una hora, pero, por favor, entreténlo el máximo tiempo posible —dijo Elle al coger la llave.

—No te preocupes. Lo haré.

—Gracias, Kara.

—Ah, otra cosa... —Entró en la vivienda y dio a Lyan un enorme saco blanco hecho con telas de sábanas—. Esto es lo otro que me pedisteis.

—Muchas gracias. —Lyan cogió el saco.

—Tenemos que quedar. Te echo mucho de menos. —Kara le dio un sonoro beso en la mejilla a Lyan—. Tened cuidado. Elle, cuida de ella, por favor.

—Kara, guapa, ¿dónde estás? —dijo un caballero, que apenas podía vocalizar, desde la planta superior de la vivienda.

—Gracias. Adiós. Vámonos. —Elle se despidió y arrastró a Lyan a un callejón.

—¿Con quién hablabas? —preguntó la embriagada voz masculina.

—Con nadie, mi amor —respondió Kara, ya tras la puerta.

## CAPÍTULO 26

### Zoraya

Una noche de luna nueva era una noche sin luna. Hubiera resultado oscura si no fuera por las llamaradas de los dragones, y silenciosa, salvo por el rugido de las bestias.

Zoraya esperaba, junto a Ben, a que las chicas regresaran. Ben jugueteaba con brasas del tamaño de lentejas. Zoraya, en cambio, convocó una enorme llama que desde sus manos iluminó todo el callejón y así pudieron ver que Lyan volvía abrazada a un saco blanco y Elle llevaba una llave. Elle dio una antipática palmada en la mano a Zoraya y apagó la llama. El callejón volvía a estar a oscuras. Luego señaló el tejado de la vivienda. Zoraya pensó que debía de estar poseída por el espíritu de un gato; encogió los hombros resignada y se puso a escalar tras ella. Miró hacia atrás y vio que Lyan y Ben se despedían de ella.

Llegar a la azotea fue fácil, ya que las viviendas de esa zona de Akwaburgo eran de piedra, tenían conductos de agua a los que podían agarrarse y no eran demasiado altas. Cuando Zoraya llegó, Elle saltaba ya de casa en casa sin esperarla. Las tejas eran negras y resbaladizas. Comenzó a caminar despacio, con cuidado de no caerse, maldiciendo la suerte de que Elle siempre la eligiera como compañera de andanzas. Pronto se dio cuenta de que Elle estaba cada vez más lejos, deslizándose de un tejado a otro y que, al llegar al final de uno, cogía impulso para saltar al siguiente.

Zoraya había patinado en las lagunas de Phöisker. Eran de arena blanca y los niños se deslizaban por la orilla con tablas de madera pulida. Al llegar al final del primer tramo, Zoraya saltó sobre la callejuela y consiguió llegar hasta el siguiente, pero resbaló y se quedó colgada con las puntas de los dedos agarradas al alero. Pateó hasta conseguir llegar a la azotea. Vio que Elle volvía corriendo a su encuentro y, aunque no necesitaba su ayuda, agradeció su cara de interés y las melodiosas palabras ininteligibles que le sonaron a preocupación.

Elle volvió a deslizarse, pero esta vez la cogió de la mano. Le apretaba el puño cuando saltaban. Después tiraba de ella, exagerando sus movimientos, y esperaba a que recuperase el equilibrio cuando llegaban a la siguiente azotea. Zoraya, siguiendo el ritmo de Elle, convocó el aire. En un momento, era ella la que sobrevolaba la ciudad arrastrando a su compañera por las cubiertas de los edificios. Le hubiera gustado poder comunicarse con ella para enseñarle cómo manejar el viento para deslizarse con más facilidad por los tejados. Zoraya pensó que Elle podría convertirse en uno de esos pocos magos que habían conseguido volar.

Recorrieron las resbaladizas casas de los dos barrios más pobres y apestosos de la ciudad hasta que los saltos fueron imposibles porque la distancia entre las viviendas era cada vez mayor. En ese momento, Elle le indicó que debían bajar y continuar a pie.

Las residencias de esa zona eran palacios de piedras pulidas y brillantes de suaves colores tierra con espectaculares jardines. A través de las rejillas se podía apreciar que sus habitantes poseían carrozas, coches a motor y artefactos sin ruedas que andaban, flotaban y volaban. En Akwaburgo siempre había dragones, pájaros y naves luchando por un hueco del cielo.

Elle se detuvo en la entrada de una casa. No se veía ningún vehículo. Con dos movimientos

saltó la valla y se coló en el jardín. Zoraya la imitó.

Entraron por la puerta principal tras introducir la llave que le había entregado Kara. Zoraya dedujo que se trataba de un curioso artilugio que abría y cerraba las viviendas de Akwaburgo. En Phöisker, las casas estaban siempre abiertas y no usaban nada para bloquear las entradas, no había necesidad.

Camelias, lirios y campanillas poblaban el hermoso jardín donde se encontraban, pero apenas pudo apreciarlo y disfrutar del exquisito aroma, porque Elle la cogió del cuello y la obligó a entrar en la casa de un empujón. Frotó sus manos y consiguió convocar una diminuta bola de luz con la mano izquierda. Zoraya, a pesar de lo poco que conocía el idioma, pudo reparar en que Elle iba contando mientras observaba un reloj de bolsillo, un artilugio que a Zoraya le pareció una especie de amuleto redondo con números.

Elle revisó la vivienda, pero no encontraba lo que buscaba. Movía cuadros y sacaba libros de las estanterías. En el salón había muebles antiguos de madera oscura y piel, y pilas de documentos sobre una mesa grande con las patas como de garras de león. Olía a tabaco, a humedad y a encierro.

Zoraya contempló las fotos viejas, grises o sepias, de hombres con sombreros de copa, grandes barbas y espesos bigotes; mujeres con corsés, faldas largas y expresiones tristes y sus rollizos niños en los regazos. Iba pasando las manos de unas a otras, quitando el polvo de los marcos, hasta que Elle la agarró. En silencio, hizo un gesto para que dejase de tocar, encendiese una luz y la acompañase a la mesa y la iluminara. Debía reconocer que Elle era la que mejor se expresaba con su lenguaje corporal. Pese a lo seria y distante que era, a Zoraya le gustaba mucho. Era valiente, no necesitaba a nadie, pero tampoco rechazaba la ayuda de los demás. Sin articular palabra conseguía ser correcta y educada, y lo más importante era que siempre intentaba entenderla y en varias ocasiones la había ayudado.

Zoraya comenzó con una gran bola de fuego. Elle, con los ojos muy abiertos, hizo una señal para que bajase la intensidad. Consiguió una luz tenue que parecía titilar. Elle sonrió y le guiñó un ojo. Ya con las manos despejadas, Elle rebuscó entre los documentos y comenzó a guardarse varios papeles dentro de la ropa. Seguía contando, al menos eso pensaba Zoraya, porque ya no entendía los números. En un saco de arpillera metió los tesoros que había encontrado en un cajón: pluma y tinta, tabaco y unas gafas viejas. Elle la agarró de la manga de la túnica y subieron a la planta de superior. De la habitación principal guardó en el saco un perfume, un reloj de cadena, unas monedas y joyas de oro.

Zoraya se sentía incómoda. Consideraba que el robo era un delito muy grave. Se quería marchar de la casa, salir de esa maldita ciudad donde la magia estaba casi olvidada, los niños pasaban hambre y nunca sonreían, y los habitantes del bosque se escondían. Quería volver a Phöisker, a su hogar. El ansia por reencontrarse con los suyos le hacía hervir la sangre. La luz se convirtió en una inmensa bola de fuego. Elle se volvió y enrolló la capa sobre su mano para apagar las llamas, la cogió del brazo y, a oscuras, saltando los escalones de dos en dos, cerró la vivienda y salieron a la calle.

Regresaron deslizándose por los tejados, saltando y corriendo. Atravesaron los barrios feos, pobres y malolientes. Se escondieron de borrachos, dragones y alguaciles. Zoraya no se preguntó de quién era la vivienda que acababan de robar, si sería un buen hombre, cariñoso con su esposa y compasivo con sus hijos, si sería honrado, si ayudaba a los pobres y no engañaba a sus vecinos. No se hizo ninguna de esas preguntas. Cuando llegaron al callejón donde habían dejado a Ben y a Lyan, la única pregunta que se hizo Zoraya fue por qué Ben estaba vestido de etiqueta, con un elegante traje negro y sombrero de copa, y por qué Lyan estaba en paños menores.

## CAPÍTULO 27

### Ben

El plan de aquella noche era sencillo y excitante. Debían disfrazarse para entrar en el local de Chevalier. Las chicas habían conseguido ropa de sus amigas, y Lyan se había cambiado aprovechando que la puerta trasera del prostíbulo tenía una escalera de acceso que la tapaba hasta el cuello. No obstante, Ben, que era un caballero, había aguardado de espaldas a que Lyan se vistiera, sonrojado y luchando por no echar una mirada furtiva. La dulce e ingenua Lyan se había mostrado pícaro y sensual al pretender que le diera su opinión cuando acabó de vestirse. Él se quedó sin palabras... y sin aliento.

Ben dio la vuelta a la manzana y accedió al local, mientras Elle y Zoraya, tras devolverle las llaves a Kara, se cambiaban de ropa después de la visita a la residencia de lord Koert Meryer, escribano y fedatario público de Akwaburgo.

El local de los hermanos Chevalier tenía la entrada por la puerta adyacente a la casa de señoritas de madame Renê. Ambos locales se comunicaban internamente. Uno era sencillo y de piedra, con contraste con el otro, cuya puerta era enorme, de madera noble, con la figura en relieve de una exuberante mujer desnuda, con alas de demonio y una frondosa mata de pelo tapando sus atributos. Ben empujó la puerta. En cuanto se abrió, un gorila de Chevalier lo miró de arriba abajo y asintió con gesto complacido.

—Bienvenido a Guarida de Súcubos, caballero.

—¿Me permite su sombrero? —preguntó una doncella con un disfraz de demonio que apenas le tapaba lo indispensable.

—No, gracias, solo estaré un momento —contestó Ben abrazando el sombrero, sin atreverse a dárselo por si lo perdían, ya que no sabía dónde lo habían conseguido.

—Como usted desee. Eso dicen todos y luego no hay quien los eche —masculló descarada a una segunda doncella que venía con una cesta llena de pistolas y dagas con lujosas empuñaduras.

—Por favor, si lleva algún arma, debe dejarla ahora. Se la devolveremos a la salida.

—No llevo nada, señorita —dijo Ben y abrió su chaqueta para mostrar que iba desarmado.

La segunda doncella encogió los hombros y se marchó.

—Diviértase, señor —dijo el hombre de Chevalier con un gesto de la mano como invitación para acceder al local.

Ben atravesó un estrecho pasillo de alfombra roja y paredes doradas, hasta llegar a una segunda puerta que abrió sin llamar.

Se quedó paralizado en la entrada. Debía de ser fruto de un singular hechizo, porque la razón le decía que el exterior de una sencilla vivienda de piedra de puerto Borthum no podía albergar la suntuosa, inmensa y oscura sala que contemplaban sus ojos. Pesadas cortinas de terciopelo rojo separaban los reservados, desde donde salían columnas del humo de los puros. Unas mesillas manchadas con la cera de las velas y unas sillas, de elegantes patas, tapizadas con telas escarlatas y remates dorados coronaban la decoración apenas perceptible en la penumbra y el humo del local. Aristócratas, distinguidos empresarios y gallardos caballeros de vestimentas lujosas

esperaban el momento de entrar en las salas de juego. Hermosas mujeres semidesnudas, con diademas de cuernos, falsas alas y colas de demonio, paseaban de mesa en mesa saludando a los caballeros y sirviendo copas de licor de hada verde.

Ben localizó a Ekôn, Daren y Svet, tan elegantes como irreconocibles, en un rincón. Las mesas, situadas en gradas a distintas alturas, estaban colocadas en semicírculos, de cara al escenario donde, bajo las risas, los murmullos y los secretos, se oía la dulce voz de una delicada ninfa vestida con gasas semitransparentes que, ajena al jaleo, cantaba sobre un escenario estrecho y bien iluminado. Sus amigos se habían sentado en una mesa al cobijo de la penumbra, pero bien situada para divisar todo el local.

—Caballeros —dijo Ben.

—¿Qué tal? —saludó Daren mientras apoyaba su bastón en la espalda de su silla.

—Todo bien. Como esperábamos, no tardarán.

La oscuridad y el humo del tabaco les impedían distinguir las caras de tan importantes clientes, pero estaban seguros de la presencia de los más relevantes industriales de la ciudad. El local de los Chevalier era el lugar perfecto para desinhibirse, pasar un buen rato con sus hermosas chicas y hacer algún que otro negocio.

Ben tragó saliva cuando vio aparecer a Lyan, Elle y Zoraya. Se acercaron a la esquina donde estaban preparadas las bandejas con las bebidas y comenzaron a pasar entre las mesas. Ben se puso colorado y agradeció la imposibilidad de que sus amigos pudieran verle.

—Ahí están las tres —dijo Ben en un hilo de voz, casi imperceptible.

—Joder... —Ekôn se echó las manos a la cabeza.

—No es posible. —Daren se volvió para mirar y volcó una de las copas.

Lyan llevaba su dorado cabello suelto sobre los hombros, con un corpiño ajustado que apenas le tapaba, una diminuta falda de velos de gasa y medias con ligero rojo a media pierna a juego con los zapatos de tacón. Cogía la bandeja con las dos manos, por lo que Ben supuso que servir copas no había sido su trabajo habitual. Le entraron unas irrefrenables ganas de levantarse y cubrirla con su chaqueta para que nadie la mirase. La seguía Zoraya, con su piel color canela y su pelo negro. Al contrario que Lyan, no estaba maquillada, pero su belleza era salvaje. Llevaba su espesa y rizada mata de pelo suelta. Era delgada pero fibrosa, y parecía cómoda con esa túnica que dejaba tres cuartos de pierna a la vista. Caminaba descalza con la gracilidad de un gato. Por último, estaba Elle. Llamaba la atención su facilidad para caminar sobre unos altísimos zapatos de tacón. Al igual que Lyan, llevaba un estrecho corsé que dejaba al aire cuello, hombros y parte del pecho, una escueta falda y el pelo castaño, ondulado y suelto casi hasta la cintura. Estaba muy maquillada, con los ojos marcados de kohl negro y los labios perfilados con carmín rojo. Su actitud, con la bandeja en una sola mano, moviéndose con destreza, y saludando con naturalidad a clientes y empleados, indicaba que había trabajado allí de camarera. Las tres estaban disfrazadas de demonios, como el resto de las chicas. Repartían copas y volvían a la barra para llenar sus bandejas. Durante unos minutos, los chicos se quedaron hipnotizados viéndolas trabajar. Elle no paraba de señalarles una zona muy concreta del local, a pocos pasos de ellos, y Ben supuso que en el reservado de su izquierda había encontrado lo que habían venido a buscar.

El cliente de delante de ellos llamó a Zoraya, que se acercó, solícita y sonriente. Se trataba de un elfo mestizo, de pelo lacio y sonrisa siniestra.

—Sí, señor —dijo Zoraya.

—*Zeñorita*, ¿me podría decir dónde está el *azeo* de caballeros?

—Sí, señor —repitió. Le dejó licor de hada verde sobre la mesa y se marchó.

El elfo se encogió de hombros y se bebió la copa de un trago. Los chicos apenas podían

reprimir las carcajadas.

—Parece que Zoraya todavía no ha aprendido nuestro idioma —señaló Svet y dio un trago a su copa.

—Eso parece —Daren se secó las lágrimas de la risa con la manga de su chaqueta.

—Me muero de calor. —Ekôn se levantó, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Luego se desabrochó el primer botón de la camisa y se quitó el pañuelo del cuello.

—El calor viene de tu entrepierna, amigo —dijo Daren.

Ben también estaba nervioso y excitado. Quién, con sangre en las venas, podría mantener el juicio en este local, se dijo.

El elfo se levantó con dificultad, volcó la silla al suelo y se tambaleó cuando la volvió a colocar. Giró dando tumbos hacia ellos y les preguntó:

—¿Recordáiz donde *eztá* el baño? —dijo entornando sus rasgados ojos negros.

—Yo te acompaño, Morthan.

—¡Elle, *precioza!* —dijo al darse la vuelta. La cogió de la cintura e intentó besarla.

—Demasiado feé verte, viejo amigo. ¿Qué haces aquí solo?

—*Ezperaba* a Hoccar, pero *zi* tú *eztáz* aquí ya no quiero que venga.

—Ya sabes que no me acuesto con viejos, Morthan. ¿Cuántos años tienes? ¿Doscientos? ¿Trescientos?

—Pagaría a *Zhevalier* todo el oro del mundo por una noche contigo, Elle.

—He visto entrar a Hoccar. Venga, te acompaño al baño, y mientras te lavas la cara y te despejas, acompaño a tu amigo a la mesa.

Elle se llevó al elfo. Ekôn movía nervioso una de sus piernas, arriba y abajo sin parar, mientras los seguía con la mirada.

—Pensaba que disfrutarías más del sitio, amigo mío —dijo Daren palmoteándole la rodilla.

—Eso pensaba también yo —contestó Ekôn entre dientes.

Svet echó una carcajada. Parecía menos cohibido de lo habitual, tal vez fruto de las copas que estaban tomando, pese a que Elle les había advertido que debían evitar las bebidas del local. Todas tenían alcohol, pero además, los Chevalier les agregaban aditivos que compraban en Maghkei. Todo tipo de brebajes para que los clientes se desinhibieran y desearan jugar y apostar cada vez más fuerte, levantar la libido y, en definitiva, que se relajasen para disfrutar de la noche gastando grandes sumas de dinero.

Elle volvió con un elfo de orejas puntiagudas y piel grisácea, igual de hermoso que los de su especie, pero mucho más fuerte. Sin duda otro elfo mestizo.

—Hoccar, siéntate aquí. Ahora mismo vuelve Morthan. Se ha sentido indispuesto.

—Muchas gracias, Elle.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Lo de siempre, muchas gracias.

—Ahora mismo te lo traigo —contestó Elle, que se despidió con una familiar caricia en uno de sus musculosos brazos.

—No sé qué tiene la bebida que tengo ganas de matar a alguien —amenazó Ekôn.

—No es la bebida, son los celos —contestó Ben, a sabiendas de que él sentía algo similar a una punzada en el corazón cada vez que veía que Lyan sonreía a algún cliente—. Contrólate.

Ekôn dio un fuerte trago a la bebida y pidió a Lyan que le trajera otra.

Desde donde estaban, Ben localizó a los matones de Chevalier. Eran los únicos que tenían armas. Elle y Lyan les habían hablado de ellos.

Vieron pasar al crupier jugueteando con una baraja de cartas que hacía volar entre sus manos.



Un hábil tramposo que hacía pensar a sus clientes que estaban ganando fortunas, para luego desplumarlos. Aníbal estaba en la barra. Era el barman y jefe de las camareras del Súcubos. Siempre con un puro en los labios, se encargaba de aderezar las bebidas de los clientes con todo tipo de drogas y hechizos. Lou era el jefe de seguridad de Chevalier. El gigante estaba cerca de la entrada, en una plataforma junto al escenario, con sus anteojos de cobre que le permitían ver todo lo que pasaba en la sala a pesar de la oscuridad. Sobre su pecho cruzaba una cartuchera con balas de varios tipos de armas. En los brazos llevaba dispositivos que se activaban si necesitaba armamento adicional. Bajo su mando trabajaban Gund, otro gigantesco hombre de brazos tatuados y monóculos de visión nocturna, apostado la zona derecha; Enzo Boucher, un espigado y siniestro personaje con levita, sombrero de copa baja, situado cerca de Ben, en el flanco izquierdo, siempre jugueteando con las pistolas; Blake Droch, a unos metros, con la camisa desabrochada para lucir un enorme amuleto; lady Eve y lady Rose pertenecían también al equipo de seguridad. Dos bellas mujeres con pantalones, corsés y levitas ajustadas con botones que, al igual que Elle, no seguían las modas en cuanto a vestimenta femenina del reino. Tampoco les faltaban los monóculos de vigilancia que Lou debió repartir entre su equipo.

Todos hacían como si no vieran a Jack, el ratero a sueldo de los Chevalier. Siempre vestido de forma muy elegante, para camuflarse entre los clientes, actuaba como uno más, pero ese delgado caballero, de fino bigote acabado en punta, tenía como misión desvalijar a los borrachos que estaban tan perjudicados que no podían irse con una chica ni tampoco jugar.

Un hombre joven y apuesto entró en la sala y fue saludando con la cabeza uno a uno a todos los empleados. Los hombres se cuadraban ante él, y las mujeres batían sus pestañas y se sonrojaban a su paso. Al verlo, Enzo Boucher se puso más recto, dejó de jugar con las pistolas y se las guardó en la cartuchera. El caballero le lanzó una mirada que debió aterrorizarlo, porque Boucher le pidió disculpas y cruzó los brazos sobre su pecho y dirigió su mirada a todo lo que pasaba en su negocio. El joven llegó a la mesa adyacente a la de ellos. Apenas reparó en ellos, aunque los saludó con la cabeza y se sentó con Hoccar, el siniestro y educado elfo.

—Me alegro de verte.

—Barón—contestó Hoccar como saludo.

—¿No te han servido todavía? ¿Cuánto llevas esperando?

—Acabo de llegar y ya me han tomado nota. No seas así. Tu local es fantástico y el servicio es excepcional. Ahora mismo nos sirven.

—Es Héctor Chevalier —susurró Ben a sus amigos.

## CAPÍTULO 28

### Elle

El barón de Arnaque, como le gustaba a Samuel Chevalier que todos llamaran a su hermano, era un joven atractivo de unos veinte años. Pese a su edad, parecía muy seguro de sí mismo e imponía una mezcla de miedo y respeto ante los suyos. Vestía un elegante traje hecho a medida que le daba un porte aristocrático y, sin embargo, el cigarro en su boca, las cicatrices de su cara y su lenguaje no verbal le otorgaban un aspecto de canalla.

Elle se acercó a la mesa y se quedó parada con una copa en la mano mirando a Chevalier.

—Héctor.

—¡Elle!

—Aquí tienes tu copa, Hoccar.

—Elle, por favor, tenemos que hablar. —Héctor Chevalier la agarró de la muñeca.

—Suéltame.

—Si me disculpáis un momento, voy a buscar a Morthan. —Hoccar se levantó de la silla—. Hace tiempo que fue al aseo y ya debería haber vuelto.

—Elle, por favor, te lo ruego, siéntate un momento.

Elle no quería que armase un escándalo, así que se sentó junto a él resignada, esperando que no la apartara demasiado de su objetivo de esa noche. Si jugaba bien sus cartas, le podía ayudar.

—Has vuelto —dijo Héctor Chevalier.

—Estoy trabajando.

Cruzó las piernas y de inmediato se arrepintió tras ver la mirada de Héctor. En vano tiró de la minúscula falda para intentar taparse.

—Me alegro de verte de nuevo por aquí.

—Héctor, de verdad, tengo mucho trabajo —dijo al levantarse de la silla.

Héctor volvió a agarrarla de la muñeca y tiró de ella para que se sentase de nuevo. Aspiró con fuerza el final de su cigarro y lo apagó en el cenicero. Se frotó la cara como buscando las palabras adecuadas.

—Cuando te marchaste, me volví loco.

—Eso dicen.

—No puedo vivir sin ti.

—Sabes que eso no es cierto.

—Por favor, tienes que darme otra oportunidad. Me portaré bien. Te lo juro.

Elle lo miró a los ojos. Esa mirada... De todas las heridas que tenía en su cuerpo, la que más le costaba cerrar era la infligida por Héctor Chevalier; tardaría toda una vida, o tal vez nunca cerrase del todo. Recordó cuando lo conoció.

Madame Renê ya estaba con Samuel Chevalier cuando compró en el mercado de esclavos una nueva remesa de jóvenes, entre las que se encontraba Elle. Pese a su delgadez y a las palizas que había recibido mientras trabajaba como sirvienta y, madame Renê vio algo en ella. Las prostitutas de más edad se encargaron de bañar, perfumar, maquillar y vestir a las recién llegadas, y madame

Renê las revisó una por una. Todas eran niñas de grandes ojos llorosos y labios de carmín rojo, bonitas, disfrazadas. Elle, al final de la fila, no lloraba. Estaba furiosa. Madame Renê se quedó un buen rato frente a ella. Le acarició el pelo, castaño, largo y brillante. Anduvo despacio a su alrededor, inspeccionándola de arriba abajo, y volvió a mirarla a la cara. Dijo que ganaría fortunas con ella y así había sido, aunque no del modo en que ella esperaba.

Una noche, Samuel Chevalier llevó al prostíbulo a Héctor, su hermano menor, que acababa de cumplir quince años y el falso conde de Arnaque deseaba regalarle su primera experiencia sexual. El joven matón ya tenía mala fama en Akwaburgo, por su arrojo y su forma de ser violenta. Le dieron a elegir entre las más experimentadas señoritas, pero al ver a Elle, suplicó que le dejaran subir a una de las habitaciones con ella. Madame Renê desaconsejó la elección a Samuel Chevalier y al final optaron por otra muchacha. No obstante, Héctor empezó a ir a diario al prostíbulo, hasta que un buen día, ya harta, madame Renê le permitió quedarse un rato a solas con Elle. El menor de los Chevalier se mostró tímido y nervioso. Elle, enfadada, se quedó en un lado de la habitación mientras Héctor se tumbaba vestido en la cama y comenzaba a hablarle. Le contó cómo había sido su infancia, sus juegos favoritos, la muerte de su padre y un motón de divertidas anécdotas. Al cabo de un rato, Elle se tumbó junto a él y estuvieron toda la noche hablando. Después de ese día, hubo muchos más. La primera vez que intentaron prostituirla, con consecuencias fatales para el cliente, Elle huyó en busca de Héctor. Al principio se asustó al ver a su amiga corriendo hacia él con un minúsculo camisón blanco manchado de sangre. Al contarle lo que había pasado, Héctor la llevó a una casa abandonada donde se escondieron un par de días hasta que decidieron volver. Al regresar al prostíbulo recibió una paliza que la dejó postrada en una cama durante varios días, a punto de morir. Cuando volvió en sí, le dijeron que Héctor la visitaba a hurtadillas todas las noches y, esa misma noche, con un ojo negro tras un enfrentamiento con su hermano, Héctor le juró amor eterno, que siempre la protegería y que jamás le volvería a pasar nada similar. Pero volvió a pasar y, pese a las habladurías, el segundo cliente acabó en el río Renjösh con una cuchillada en el estómago infligida por Elle y una raja en la garganta provocada por Héctor Chevalier. Fue él quien convenció a su hermano de que retirara a Elle de la prostitución y la convirtiera en lo que finalmente fue. El tiempo dio paso al primer amor para ambos.

Elle se convirtió en ladrona y espía de los Chevalier. Introvertida y astuta, era un arma poderosa para Samuel Chevalier. Héctor, tan inteligente como violento, comenzó a hacerse cargo del local de juego de su hermano mayor. Se convirtió en un hombre atractivo y poderoso. Las mujeres comenzaron a rondarle sin tregua y pronto se convirtió en un mujeriego sin fuerza de voluntad para mantener la fidelidad que Elle le exigía.

Un día apareció una bonita y rolliza niña que Héctor había tenido en una de sus innumerables aventuras. Elle, espectadora involuntaria de las idas y venidas de los hombres que visitaban el prostíbulo, de las mentiras, de las colecciones de mujeres y los corazones rotos, decidió que era el momento de que acabase su relación. Héctor Chevalier suplicó, comenzó a rechazar a todas las mujeres, incluyendo a la madre de su hija, y se volvió loco esperando el perdón de Elle, pero eso jamás ocurrió. El dolor había desgarrado su corazón de forma tan brutal que sentía que jamás podría volver a amar.

—Elle, mi amor, perdóname. Lo siento tanto... Necesito volver contigo. Te amo.

—Déjalo, Héctor. De verdad, tengo que seguir trabajando.

—Elle, me alegro mucho de verte. Ven, tenemos que hablar —dijo Samuel Chevalier, que había llegado a su mesa sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Elle fue tras él. El despacho de Héctor Chevalier estaba en un pasillo junto al escenario,

flanqueado por Lou y sus dos damas de seguridad. La habitación tenía un escritorio de madera noble y un enorme sillón de orejas, donde se sentó Samuel Chevalier usurpando el lugar de su hermano. Elle y Héctor se sentaron en una chaise longue tapizada de terciopelo rojo con una mesilla de café frente a ellos.

—¿Qué quería el mago de vosotras? —preguntó Samuel Chevalier.

—Al parecer cree que podemos ser hijas de los magos que murieron en la rebelión y quería comprobarlo.

—¿Lo sois?

—Eso creo. Comenzamos a entrenar, pero desapareció y no sabemos dónde se ha metido. No lo encontramos por ninguna parte. Si llegase a tus oídos algún tipo de información sobre su paradero, te agradecería mucho que me lo comunicaras.

Elle ya había supuesto que Samuel Chevalier se pondría en contacto con ella y que sacaría tajada de la situación. Era imposible que las dejase marchar con tanta facilidad, aunque hubieran pagado por ellas. Un ladrón nunca compra, roba. Llevaba tiempo pensando cómo se lo diría a Chevalier. A Elle no le gustaba mentir. Una mentira debía taparse con otras cien, y en cualquier caso, tarde o temprano, salía a la luz. Elle siempre decía la verdad o no decía nada, por eso su fama de persona introversa y callada. Si algo no debía saberse, no se sabría, pero no mentía. Además, viendo la cara de ambos, sabía que había acertado en sus suposiciones. Samuel Chevalier la respetaba y la consideraba peligrosa, y que supiera hacer magia la hacía más peligrosa todavía, aunque más valiosa para él. Para Héctor era un jarro de agua fría, ya que los magos del reino solo se casaban con magos. Y aunque Elle no tenía la más mínima intención de ir al Liceo, ni de casarse con un mago, ni cumplir con las tradiciones de la magia, eso Héctor Chevalier no lo sabía.

—No me importa. Te amo. ¡Nos casaremos! —gritó Héctor Chevalier.

—Quieres dejarte ahora de gilipolleces. —Samuel juntó las manos y se tapó la boca. Luego la miró y se quedó unos segundos callado—. Te agradezco que seas sincera conmigo. ¿Qué haces esta noche aquí?

—Estoy trabajando.

—¿Para ti?

—Para mí.

—¿Necesitas algo de nosotros?

—Que me dejéis trabajar. Solo eso.

—De acuerdo. Sabes que esta es tu casa.

—Gracias.

—Otra cosa —dijo Samuel cuando Elle ya estaba en la puerta, con la mano sobre el picaporte.

—¿Si?

—Mantén el contacto.

—Descuida. —Elle abrió la puerta y se marchó.

Volvió a la mesa donde había dejado la bandeja. Héctor la había retrasado mucho y sabía que si no reaccionaba rápido, podía perder la oportunidad de un trabajo bien hecho. Había trabajado en varias ocasiones sirviendo copas en el local y sabía que la mejor forma de espiar es que los mismos clientes le contaran sus secretos. Se acercó al reservado que estaba a la izquierda de los chicos y abrió las pesadas cortinas de terciopelo para entrar. En su interior estaban lord Weber, el propietario de la fábrica textil, lord Gudbrand, el propietario de la de armas, y lord Edward Zhao, el banquero.

—Buenas noches, caballeros. ¿Desean ustedes que les sirva otra ronda? —preguntó mientras

limpiaba con un trapo las manchas circulares de las copas que recogía.

—Sí, muchas gracias —contestó lord Weber.

—Hombre, por fin os encontramos —saludó la cascada voz del anciano Hernán Lope de Taso, al que acompañaba su hijo Carlos.

Los tres hombres se levantaron para saludar a los corsarios y, al acabar, todos tomaron asiento. Elle, abrazada a la bandeja, esperaba para tomar nota de las bebidas de los recién llegados.

—Licor de hada verde —pidió el patriarca y le dio una palmada en el culo.

—Dos —añadió Carlos Lope de Taso.

—Ahora mismo se os traigo el pedido —contestó y les guiñó un ojo. Elle les sonrió, aunque le hubiera gustado sacar su daga y atravesar la mano del pirata.

Salió del reservado y al dar la vuelta en dirección a la barra se encontró con Ekôn, que debía de volver del aseo. Parecía que le quería decir algo, pero fueron interrumpidos por unos clientes y Elle lo esquivó para dirigirse a la mesa de un caballero que, desde la penumbra, levantaba el brazo.

—Señorita, tráigame... lo que usted quiera.

—¿Nos conocemos? —preguntó su acompañante.

Elle agradeció que las capas de maquillaje le sirvieran de camuflaje para que Adrián Lope de Taso, el nieto del viejo pirata, no la reconociera después de haberse visto en la taberna del muelle. A su acompañante no lo conocía.

—Buenas noches, caballeros —dijo Héctor Chevalier a sus espaldas.

—Buenas noches, barón. —Adrián Lope de Taso se levantó como muestra de respeto.

—Buenas noches, barón. Sus camareras, como siempre, son de una espectacular belleza —dijo Marcus Weber, también en pie.

—Weber, ya te lo he advertido. Puedes venir a mi local a beber y jugar, pero no te acerques a ninguna de las chicas. Tienes prohibido el prostíbulo. Y tú también, Adrián, por si acaso. Podéis quedaros con las trabajadoras del puerto. Y a ella —señaló a Elle—, no podéis ni siquiera mirarla.

—Es usted muy protector con sus chicas. No se preocupe. No queremos problemas. Tomaremos una copa y entraremos a jugar —dijo Adrián.

—Vamos. —Héctor cogió a Elle de la cintura y se dirigió con ella a la barra.

Paró a saludar a unos clientes, momento que aprovechó Elle para acercarse a Lou y sacar su daga para apoyarla, con discreción, en uno de sus riñones.

—Lou, cariño. Me diste una pista falsa.

—Elle, no te he visto entrar.

—Otro día charlaremos sobre tu capacidad para vigilar este local, Lou.

—Lo siento, te advertí que eran rumores de borrachos.

—Lou, allí no había nadie. Debería matarte. Casi no salgo viva de ese maldito lugar.

—No, por favor, te contaré lo que quieras.

—Qué me puedes decir del primer reservado de arriba, el de la derecha. Hay un curioso grupo allí.

—Es el reservado de lord Weber, lo llama La Oficina. Allí hacen negocios. Les oí decir que estaban preocupados por unos magos rebeldes que ponían en peligro el suministro de energía. El boticario también mostró preocupación, ya que si había otros sanadores, nadie pagaría fortunas por sus inútiles brebajes. Estaban contentos por los magos que estaban apareciendo muertos.

—Todo eso ya lo sé, Lou.

—Elle, creo que ellos fueron quienes planearon las muertes de los magos.

Las incongruentes explicaciones de Lou, que mezclaba parte de lo que había oído con sus absurdas elucubraciones, colmaron la paciencia de Elle, que se marchó a la barra.

—Aníbal, dame cinco licores de hada verde, cargados de ganas de hablar, y dos porquerías cualesquiera de las tuyas que maten la libido y animen las ganas de jugar.

—Elle, cariño, cuánto tiempo sin verte. ¿Te ha visto Chevalier?

—Sí, los dos.

—Gracias a los dioses que has vuelto cariño, se estaba volviendo loco y cualquier día nos iba a matar a todos.

—No he vuelto. Se puede decir que seguís en peligro.

Cogió la bandeja cargada de copas y se marchó de la barra atravesando el local. Saludó a Lou con la cabeza, sonrió a varios clientes, y notó la mirada de Héctor clavada en su nuca.

Primero fue al reservado, abrió la cortina con la mano libre y vio que recogían a toda prisa unos documentos que estaban firmando.

—Dejemos los negocios, caballeros —pidió Carlos Lope de Taso tras coger su copa y alzarla —, tenemos muchas cosas por las que brindar.

—Me preocupan algunos cabos sueltos —dijo lord Gudbrand.

—Mi chico está haciendo un buen trabajo —dijo lord Weber.

—Y mi nieto —añadió el viejo Hernán—, los muchachos se encargarán. Dejadles a ellos hacer su parte y hagamos nosotros la nuestra.

—Brindemos —pidió el banquero—, por los negocios, el dinero y las chicas guapas. Salud.

—¡Salud! —gritaron todos.

Cuando alzaban las copas, Elle, que estaba junto a lord Edward Zhoa, recogió la bandeja y rozó levemente el codo del banquero, con lo cual lo desestabilizó e hizo que se derramara el licor sobre sus pantalones.

—Oh, milord, lo siento tanto... —dijo Elle limpiándole con un trapo la bebida derramada—. Soy tan torpe. Le traeré otra copa.

—No te preocupes, apenas han sido unas gotas y ya ni siquiera se nota —dijo el banquero preocupado por su traje—. Te puedes marchar —dijo tras introducir unas monedas de oro por su escote.

—Es usted muy amable, señor. Gracias.

Al salir del reservado y correr las cortinas, echó mano a su escote y sacó la llave que le había robado al banquero.

## CAPÍTULO 29

### Ekôn

Ekôn se desabrochó el segundo botón de la camisa, se remangó y se limpió el sudor de la frente. Llevaba varios días sin comer ni dormir; temblaba y sentía palpitaciones. Dio un trago a la bebida para aplacar el calor que lo sofocaba, con la esperanza de que no le dañase el estómago, que desde hacía días tenía revuelto. Respiró profundo e intentó tranquilizarse.

Elle salió del reservado con una inusual sonrisa en los labios. Había estado ignorándolo desde que la conoció, y por más que intentaba olvidarla, cuanto más se esforzaba era peor. Hoy, rodeado de espectaculares camareras y algunas prostitutas en busca de clientes en el local de madame Renê, solo la veía a ella. Elle se dirigió a una mesa para servir a dos caballeros. Desde donde estaba podía oír a la perfección las conversaciones, incluyendo la que tuvo con Héctor Chevalier, a quien Ekôn deseaba matar esa noche.

—Sus bebidas, caballeros.

—Gracias, guapa. Ve trayéndonos otro par.

—Por supuesto, ahora mismo.

Ekôn, la siguió con la mirada.

—Ese que está en la mesa que acaba de atender Elle es Marcus Weber —susurró Svet.

—¿Quién? —preguntó Ben.

—El que está con ese pirata hortera en la mesa de al lado —susurró mientras señalaba con un movimiento de cabeza.

—El pirata hortera es Adrián Lope de Taso —dijo Ekôn.

—Ya lo recuerdo, el de la taberna del muelle —dijo Daren—. Parece que Elle les hace mucho caso.

—Cállate —dijo Ekôn.

Elle se acercó a la mesa a servirles, y les retiró las copas. Le volvieron a pedir otra ronda.

Lord Gudbrand, lord Weber, lord Edward Zhoa, Hernán Lope de Taso y su hijo Carlos salieron del reservado. Saludaron a Marcus y Adrián, y se marcharon a las salas de juego.

Elle regresó con más copas. Con cada viaje a la barra, los benjamines de Weber y Lope de Taso subían el tono de los comentarios sobre lo que le harían a la camarera que les estaba sirviendo esa noche. Hasta que las risas y los piropos llegaron a los oídos de Héctor Chevalier.

—Creo que os he dejado claro que os alejarais de mis chicas —dijo Héctor—. Y en concreto, que a ella ni siquiera podíais mirarla.

—¿Quién cojones te crees que eres? Yo me acuesto con la zorra que me dé la gana y esta noche me voy a follar a esa —dijo Marcus Weber mientras se levantaba de la silla tambaleándose.

Héctor Chevalier dio un par de pasos y le dio un puñetazo en la cara que lo tumbó al suelo y le rompió la nariz. Se sentó sobre el estómago de Marcus Weber y comenzó a darle puñetazos en la cara. La sala estalló en un gran revuelo. La seguridad de Chevalier no se interpuso en la pelea, ya que el protagonista era su propio jefe. Adrián Lope de Taso embistió a Héctor Chevalier para intentar liberar a Marcus Weber. Ekôn agarró a Adrián y comenzó a golpearlo, furioso por tantas

guarradas que había oído tanto de su boca como de la de Marcus Weber refiriéndose a Elle. Lou sujetó a Ekôn, ya que si bien permitía que su jefe comenzase una pelea en el local, no admitía que otro pegase a los clientes. Ben y Daren agarraron a Lou para intentar ayudar a su amigo. Enzo Boucher, del equipo de seguridad de Lou, saltó sobre Ben, Svet sobre este y así uno tras otro, hasta que el local se convirtió en una gran pelea.

El alcohol y las pócimas utilizadas para alterar las emociones de los clientes tampoco ayudaron a calmar los ánimos. Las sillas volaban. Algunos hombres cayeron sobre las mesas y partieron sus patas. Los gritos y golpes no dejaban oír la canción que la ninfa, ajena o acostumbrada al revuelo, continuaba entonando.

Pronto perdieron la noción de quién peleaba con quién. Ekôn levantó la cabeza para comprobar si las chicas estaban bien y las vio junto a la barra. El barman les estaba sirviendo una copa. Parecía que no era la primera vez que las camareras presenciaban una pelea en el local, momento que aprovechaban para tomarse un descanso. Ekôn notó un fuerte golpe en la cabeza y la sangre comenzó a brotar hasta cubrirle los ojos. Medio vaso roto cayó a sus pies. Adrián Lope de Taso estaba sonriendo con el resto del vaso en la mano. Ekôn lo agarró del cuello con una mano y le cogió la muñeca para que lo soltase. Adrián dejó caer el vaso y le pegó un puñetazo en el estómago. Ekôn se encogió y se apartó intentando coger aire.

—Doy gracias a los dioses por la oportunidad de partirme la cara —dijo Adrián al cerrar los puños frente a su cara—. Desde hace tiempo lo estaba deseando.

Ekôn esquivó con su antebrazo los puños de Adrián y aprovechó para golpearlo en la mandíbula. Le ardían los nudillos. Los miró y comprobó que los tenía despellejados y le sangraban.

Adrián se abalanzó sobre Ekôn y lo tumbó, se sentó a horcajadas sobre él y lo agarró del cuello para estrangularlo. Ekôn sintió que estaba perdiendo hasta la última gota de aire de sus pulmones y se concentró para respirar. Su mente buscó por la sala, atravesó el pasillo y llegó a la entrada. La puerta del Súcubos estaba cerrada. No obstante, había una rendija en el marco de madera. Visualizó la luz tenue que se colaba y salió a la calle. El aire no era limpio, olía a pescado podrido y al hedor del agua del puerto, pero pudo convocar a la brisa de la noche. Adrián recibió un golpe que nunca supo de dónde le había venido, pero lo derribó y lo dejó inconsciente. Ekôn se levantó buscando a Héctor Chevalier. Deseaba aprovechar el tumulto para darle una paliza, pero no lo encontraba entre la multitud.

En el mismo momento que Ekôn oyó unos disparos, notó que se le comenzaba a mojar la camisa, y poco a poco, comenzó a pegársele al pecho. Por un momento se asustó pensando que estaba herido y se desangraba. Se tocó la herida de la cabeza y advirtió la sangre se estaba diluyendo en algún líquido. Se alejó un metro de la pelea para comprobar qué pasaba. El local estaba recibiendo una fina lluvia. Extendió la palma de la mano, la lamió y comprobó que era licor de hada verde. En medio del local, Elle apuntaba al techo con un arma humeante, mientras Zoraya, con las manos extendidas, convocaba el agua, pero a falta de ella, se valió de licor que había en las mesas y en la barra, y lo transportó en forma de fina lluvia hasta el epicentro de la pelea. Los contrincantes comenzaron a abrazarse en una absurda demostración de exaltación de la amistad. Ekôn sintió que la furia desaparecía. Lo invadieron unas ganas terribles de amar, asumir riesgos, divertirse y celebrar la vida. Incluso pensó en montar en Thais cuando volvieran a refugio. Los hombres involucrados en la refriega comenzaron a ayudarse unos a otros a levantarse, sonrieron, se abrazaron. Las camareras comenzaron a curar a los heridos, a levantar las mesas, a retirar las sillas rotas, a limpiar los cristales del suelo.

Elle, con la pistola en la mano, se acercó muy seria. Por su cara parecía que quisiera pegarles



un tiro.

—Nos vamos.

—Elle, solo nos estábamos divirtiendo y haciendo amigos. —Svet vocalizaba, pero parecía borracho.

—Teníamos un plan y lo habéis echado a perder —contestó Lyan enfadada.

—Zoraya os acaba de regar con los brebajes de licor de feé verte, así que no voy a tener en cuenta vuestras palabras a partir de ahora, pero creo que no hablamos en ningún momento de comenzar una pelea y destrozar el local —señaló Elle.

—No pudimos evitarlo. Oímos todas esas cosas asquerosas que decían de ti —dijo Daren.

—¡Me da igual lo que digan de mí! —gritó—. A mí qué me importa lo que dos niños, a los que ni siquiera conozco, opinen de mí. Tú estás sangrando. Ven a que te cure. Lyan, ¿puedes comprobar si alguno más está herido?

Elle cogió a Ekôn de una mano y bajó con él hasta la barra. Se sentó sobre ella, para estar a la altura de su cabeza, cogió un trapo limpio, lo mojó con agua, y comenzó a limpiarle con cuidado. El canto de la ninfa volvía a oírse. El lado derecho del local recobraba la normalidad con clientes pidiendo copas; y el izquierdo, destrozado, estaba en vías de recomponerse con la ayuda de del personal del garito, incluidos los miembros de la seguridad de Chevalier que habían participado en la pelea.

Elle mascullaba furiosa.

—También estás preciosa cuando te enfadas —susurró Ekôn.

Elle se mantuvo en silencio, cada vez menos atenta a la herida de la cabeza, que frotaba con fuerza.

—Me muero por besarte —dijo Ekôn al intentar agarrarla de la cintura.

—No lo hagas —susurró Elle retirando sus manos—, o la herida de la cabeza no será nada en comparación a...

—Amigo mío, muchas gracias por la ayuda.

Ekôn se giró. Héctor Chevalier apoyaba una mano sobre su hombro.

—Pensé que la necesitabas.

—Soy Héctor Chevalier.

—Ekôn.

Se dieron un apretón de manos.

—Voy a cambiarme. —Elle le entregó el paño húmedo y bajó de un salto de la barra.

—No te vayas —suplicó Ekôn, pero ya no lo podía oír.

Ambos se quedaron con la espalda en la barra mirando cómo se alejaba.

—¿La conoces? —preguntó Chevalier.

—Muy poco —confesó Ekôn.

—Es una mujer increíble —dijo Héctor.

Ekôn sintió lástima por Chevalier. Haber tenido el amor de una mujer como Elle y haberlo perdido.

—Siento lo de tu local.

—No pasa nada. Estas cosas ocurren. En un momento estará todo en orden para continuar la noche. ¿Es la primera vez que vienes?

—Sí. Había oído hablar mucho del sitio, pero es la primera vez que vengo.

Ekôn nunca podría haber pagado una copa en ese local. Siempre había querido entrar, pero jamás pensó que cuando lo consiguiera iba a estar tan obsesionado con una mujer que no podría disfrutar de la experiencia.

—No hay nada igual en todo el reino de Khonikash.

—Estoy seguro de ello —dijo Ekôn.

—Me caes bien, deja que te invite. Aníbal, sírvenos una copa.

El barman asintió con la cabeza. Ekôn cogió la copa y la bebió de un trago. Mantuvo el paño en la cabeza para taponar la herida, que apenas le sangraba, pero le refrescaba. Luego empezó a frotarse los nudillos ensangrentados.

—Interesantes clientes tienes por aquí.

—Los mejores industriales de la ciudad, algún hombre en viaje de negocios, algún aristócrata. No me puedo quejar. ¿Tú a qué te dedicas?

—Pues... —Ekôn se tomó su tiempo para pensar y le cedió el paño húmedo para que Héctor se limpiase las heridas—. A la industria del transporte.

—Conocerás a lord Stephen Wilson —dijo Héctor Chevalier.

—¿El dueño de los astilleros? ¿Es cliente tuyo?

—No es cliente habitual, y no lo entiendo, porque, que yo sepa, no está casado y no es ningún fanático religioso.

Ekôn vio la oportunidad de conseguir información.

—¿Qué sabes de él? Tal vez tenga que ir a verlo, a ver si tiene alguna nave a la venta.

—Veamos. Es ingeniero y el propietario del ferrocarril y de los astilleros. Todos los medios de transporte de la ciudad entran por sus instalaciones, bien por mercancía, bien para repostar, y poco más sé. —Héctor Chevalier se detuvo unos segundos a pensar mientras daba un trago—. Las pocas veces que viene se toma una copa solo y se va. Creo que no tiene muy buena relación con los otros empresarios. Me refiero a que no son sus amigos, solo clientes.

—Sí que parece algo raro.

Tomaron un par de copas más hablando de cosas intrascendentes en las que Ekôn pudo reconocer un tenue reflejo de su propia personalidad. Un joven con grandes oportunidades, respetado por los hombres, éxito con las mujeres y, en el fondo, un halo de melancolía en el que se notaba que era un infeliz. Delante de la barra pasaron Daren, Ben y Svet camino de la salida.

—Las chicas ya se han cambiado y nos esperan detrás —dijo Daren.

—Me tengo que ir con mis amigos. Encantado de haberte conocido.

—Igualmente. Espero volver a verte por aquí.

Si no fuera por Elle, el tipo me caería bien, pensó.

—Vamos, Ekôn. Date prisa —insistió Daren.

—Sí, Elle consiguió... lo que tú ya sabes —dijo Ben.

—¿Elle? —preguntó Héctor.

## CAPÍTULO 30

### Daren

Daren estaba conforme con el plan de Elle. Los brebajes del Súcubos y la pelea le habían subido la adrenalina hasta el punto de que no percibía ningún dolor en su pierna, ni cansancio en su cuerpo. Se sentía todopoderoso y deseaba formar parte del plan. Arruinar a lord Gudbrand era mejor castigo que quitarle la vida de un caritativo disparo en la cabeza. Con un poco de suerte, tal vez se lo pegase él mismo. El dinero siempre venía bien, pero lo que necesitaban era acceder a la caja fuerte para encontrar información que pudiera ayudarlos a encontrar a Zeth y robarlos créditos documentarios del comercio de Akwaburgo. En esos papeles se encontraban las instrucciones para el pago de las mercancías, tanto de las que se importaban como las que se exportaban.

Corrieron a escondidas por Akwaburgo hasta la vivienda de lord Edward Zhoa, el banquero, a quien Elle le había robado la llave de su casa. La oficina bancaria estaba en un local bajo su vivienda, con acceso directo a ella. Elle escaló con Zoraya hasta el tejado, entraron en la casa, cogieron las llaves del banco y abrieron la puerta desde dentro. Elle había conseguido que el crupier del Súcubos se comprometiera a entretenerlo hasta que ella le avisase. No podrían repetir la incursión hasta la semana siguiente, ya que solía ir al Súcubos solo una vez a la semana.

El patio de operaciones era amplio. Estaba cubierto de mármoles y maderas nobles. Los extremos los ocupaban las ventanillas de atención al cliente con mostradores de seguridad acristalados. En la sala contigua había escritorios con mucha documentación. El despacho del director era una sala majestuosa con una gran mesa de madera maciza y un enorme sillón de piel. Pero el elemento clave del despacho era una caja fuerte con complicados engranajes y una pegatina con la leyenda «Cofre de hierro a prueba de fuego y agua con cerradura de seguridad»

Daren se sentó en el despacho frente a Elle, que ocupó el sillón del director, y comenzó a revisar los papeles que había encima de la mesa. El resto rodeaba a Svet, que sacó de su chaleco una lupa e invocó un haz de luz para analizar la cerradura. Svet apenas tenía espacio para trabajar.

—Tenemos que encontrar la llave de la caja fuerte —dijo.

Ben y Lyan comenzaron a registrar las estanterías del despacho. Zoraya se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, muy atenta a los movimientos de todos. Daren supuso que no sabría ni siquiera qué hacían allí. Lyan volvió a por ella, la obligó a levantarse y la llevó frente a la caja.

—Mira, Zoraya, en estos casos la persona más inesperada podría encontrar la llave. Necesitamos abrir la caja fuerte —Lyan hablaba despacio y señalaba la cerradura mientras movía los brazos—. Nos tienes que ayudar.

Ekôn, de cuclillas junto a Elle, registraba los cajones de la mesa del despacho.

—Vaya, parece que este banco deniega todos los préstamos que le piden los elfos y los enanos. Me pregunto si lo saben sus comunidades, eso me parece un poco racista —dijo Elle.

—Elle, eso debería ser confidencial—Daren dudó un momento—. Pensándolo mejor, mira a ver si encuentras el expediente de lord Gudbrand.

—Por todos los dioses, parece que lord Phelix, el boticario, ha pedido un préstamo para la

compra de mercancía y le han autorizado la operación —dijo Elle—. Recordadme que tenemos que ayudar a los dueños de la panadería cercana a la taberna de los padres de Ben. Están a punto de perder el negocio y su esposa se ha vuelto a quedar embarazada.

—¿Cómo, si no tenemos un duro? —preguntó Ben.

—Robándolo —contestó.

—Hay que darse prisa —dijo Svet—, no sabemos hasta cuándo lo podrá entretener el crupier.

—¿Veis algo por ahí? —preguntó Daren.

—Aquí hay unas llaves —dijo Lyan mostrando una cajita de madera que contenía varias de diferentes tamaños y formas.

Svet las revisó y probó un par de ellas.

—Nada. Estas no funcionan.

—¿Y estas? —preguntó Ben, que tenía otras dos llaves en la palma de la mano.

—Demasiado pequeñas.

—Se nos acabó el tiempo. Tenemos que irnos —dijo Elle. Se levantó del sillón y dejó los papeles encima de la mesa.

—Vamos —dijo Daren mientras sujetaba la puerta para dejar pasar a sus compañeros.

—Espera, se me ha ocurrido algo que tal vez pueda funcionar —dijo Elle al coger unos papeles y guardárselos en la capa.

—¿Qué son esos papeles? —preguntó Daren.

—Unos telegramas.

—¿Para qué los quieres?

—Luego te lo explico, Daren. Ahora vámonos.

Salieron del banco por la puerta trasera de la vivienda de lord Edward Zhoa. Elle se fue al Súcubos para devolver la llave de la casa al banquero antes de que la echase de menos. El resto se marchó al refugio.

\*\*\*

Al día siguiente, el cielo de Akwaburgo se llenó de naves que tapaban intermitentemente el sol. Los dragones estaban ausentes, y eso animaba a los ciudadanos a salir a las calles para realizar sus tareas y recados. Los comerciantes pasaban con sus carromatos de mercancías; vehículos a motor y bicicletas circulaban avasallando a los peatones; hombres con sombreros de bombín miraban sus relojes de cuerda; damas de corsés muy ceñidos apretaban el paso con sus incómodos vestidos y sus doncellas se dirigían al mercado con cestas de mimbre bajo el brazo. La carroza de caballos metálicos de Zeth, que Svet había modificado y mejorado, paró en la puerta del banco.

La primera en salir fue Lyan, vestida con una camisa blanca de cuello alto y una falda de tela áspera. Detrás de ella, Daren, con traje negro, sombrero de copa y una espesa barba blanca, bajó del carromato apoyándose en el bastón. Daren ayudó a salir del vehículo a Zoraya ofreciéndole su mano mientras Lyan sujetaba la puerta. Zoraya llevaba un lujoso vestido de seda verde y el pelo recogido en un complicado peinado, coronado por un bonito sombrero, todo propiedad de Lyan. Zoraya agarró el brazo de Daren y se dirigieron al interior de la entidad seguidos por Lyan, disfrazada de doncella. Un hombre peinado con raya en medio y un gracioso bigote se dirigió a ellos.

—Bienvenidos a Werkelriks Bank —dijo con una exagerada inclinación de cabeza—. ¿En qué podemos servirles?

—Mi señora desea abrir una cuenta en su banco, pero antes necesitamos comprobar las medidas de seguridad de su entidad —dijo Daren.

—Perdonadme el atrevimiento, mi señor, pero parecen ustedes tan jóvenes. ¿Podríamos ver el

dinero que van a depositar?

Daren dio un par de palmadas y se abrieron las puertas.

Bestrum, Izzhalf, Kafreer, Bossert y Derhalf se habían despojado de sus aguerridos trajes enanos y vestían ridículas prendas de chillones tonos anaranjados, simulando ser pequeños mayordomos. Cada uno traía una carretilla con varios sacos de arpillera negra con una corona dorada impresa en el centro. Bestrum, a la cabeza empujando la primera carreta, paró junto al empleado del banco y abrió uno de los sacos. El brillo de las monedas de oro lo cegó y miró sorprendido a la comitiva. Debían evitar que los empleados del banco abrieran los sacos y se dieran cuenta de que solo en ese había un puñado de monedas falsas que Svet y Daren habían fabricado. El resto de sacos no contenía más que guijarros.

—¿Pueden esperar un momento, señores? Enseguida os atenderemos.

Echó a correr por el patio de operaciones hasta el despacho del director. Lord Edward Zhoa salió estirándose el traje. Buscó con la mirada hasta que reparó en los futuros clientes, le dijo algo al oído a su empleado y fue hacia ellos con una falsa sonrisa.

—Mi señora... —El hombre se inclinó y besó la mano de Zoraya—. Lord Edward Zhoa, soy el director del banco.

—Buenos días. Soy lord Faller. —Daren extendió su mano. El banquero lo miró y respondió estrechándosela—. La dama es la princesa Ashunti, del lejano reino de Leudhash.

—Permitan que me disculpe, nunca he oído hablar de ese reino, que sin duda será tan bello como su ilustre representante.

—Por eso estamos aquí. La reina Nala, soberana de Leudhash, desea comerciar con vuestro reino y ha enviado a su hija como embajadora para abrir una cuenta en un banco de Khonikash. Hoy depositaremos una ínfima parte del dinero que comenzarán a recibir de forma periódica para las transacciones comerciales.

El banquero se frotó sus huesudas manos cetrinas, a juego con su estirado rostro, y dibujó una siniestra sonrisa. Daren sintió que un escalofrío recorría su pierna maltrecha de la misma manera que cuando cambiaba el tiempo.

—De acuerdo. ¿Qué necesitan, una cuenta o una caja de seguridad?

—Ambas. De hecho, necesitaremos una caja grande y cambiar algo de oro por su moneda local. Pero antes, nos gustaría comprobar la seguridad de su entidad. Entienda que se van a depositar grandes sumas de dinero y nuestra soberana es una mujer mayor y desconfiada. Tenemos que estar seguros por completo de que su entidad reúne todos los requisitos que nos ha solicitado.

—Síganme y estaré encantado de mostrarles nuestras instalaciones.

El banquero ofreció galante su brazo a la princesa. Zoraya miró a Daren con cara de desear salir huyendo y Daren intentó tranquilizarla, cogió su brazo y se lo colocó en el del banquero. Los enanos se quedaron en medio del patio de operaciones, con los brazos cruzados y en círculo protegiendo las carretas. Lyan, como buena dama de compañía, siguió andando a unos pasos de Zoraya y Daren.

—Mi señora no habla el idioma, pero agradece que sea usted tan amable.

El banquero les dio un aburrido paseo por la entidad, que ya conocían, mostrándoles las salas y sus funciones, en las que era evidente la carencia absoluta de un sistema de seguridad decente, tal y como habían comprobado el día anterior. Los caballeros hacían sus transacciones mientras sus esposas charlaban sentadas en los sillones.

—Espero que la princesa haya quedado complacida.

—¿Le importa que hablemos un momento en su despacho? —preguntó Daren.

—Por supuesto, si son ustedes tan amables —dijo el banquero—, pasen y pónganse cómodos.

Daren ayudó a Zoraya a sentarse y le hizo una señal a Lyan, que se quedó tras la puerta. A su vez, Lyan hizo un gesto a los enanos y Bossert se asomó a la puerta del banco, para avisar. Elle, durante la noche, había falsificado uno de los telegramas.

—Lord Zhoa, lamento interrumpirle. —Un hombrecillo tembloroso, tan pequeño y encorvado que parecía un duende, asomó la cabeza por la puerta.

—Pero, hombre, ¿no ve usted que estoy ocupado?

—Lo siento, pero ha llegado esto. Me están pidiendo los dueños de la entidad que pasemos un informe urgente y tiene usted los datos en su caja fuerte —dijo el hombrecillo.

El banquero dio un respingo y se levantó de un salto. Metió mano en su pecho y sacó una llave que llevaba colgada de una gruesa cadena de plata.

—Perdonen la interrupción, pero tengo que atender este asunto. Enseguida estoy con ustedes.

Daren dio su aprobación con una sonrisa y miró a Zoraya. El banquero se acercó a la caja fuerte, metió la llave en la cerradura y la abrió. La puerta se deslizó con suavidad. Daren se metió la mano en el bolsillo y acarició una pieza de arcilla que le había dado Elle para que hiciera un molde de la llave, si la encontraban. El banquero la dejó dentro de la cerradura mientras revisaba la documentación que debía entregar a su empleado.

—Aquí tienes, es esto. Cuando les entregues los datos incrementa estas partidas un diez por ciento. Ya veremos cómo lo arreglamos luego —dijo al señalar una parte del documento.

—Sí, señor.

El empleado se marchó a toda prisa.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

—Parece muy segura su caja fuerte. ¿Las cajas de seguridad utilizan el mismo sistema de seguridad? —preguntó Daren.

—Las cajas de seguridad tienen doble llave. Les entregaremos una a ustedes y otra llave maestra la tendremos nosotros. Cuando ustedes deseen acceder a la caja de seguridad, un empleado de la entidad pondrá un sistema de retardo y, pasados unos minutos, los acompañará para abrir su caja. Luego los dejaremos a solas para que tengan absoluta privacidad. Cuando hayan terminado, ustedes cierran la caja y avisan al empleado, que volverá a bajar para cerrar el acceso.

—¿Me permite ver esa llave? —dijo Daren nervioso. Notaba las gotas de sudor deslizándose por el centro de su espalda.

—Sus llaves no serán como esta, son un poco más pequeñas —dijo el banquero sin soltarla.

Zoraya se levantó de la silla. Daren la miró sin saber cuáles eran sus intenciones y se puso más nervioso aún. Deseaba arrancarle al hombre la llave de las manos.

—Lo siento, pero deben ustedes entender que por motivos de seguridad no puedo hacer eso. Esta llave, además, no tiene ninguna utilidad para ustedes. Ya les he dicho que las cajas de seguridad no son como esta caja fuerte.

Daren recibió una sonora bofetada sin causa alguna. Miró a Zoraya como si fuera a matarla y se puso la mano en la mejilla. Su falsa barba se estaba despegando.

—No hace falta —dijo Daren manteniendo la mano en la mejilla para sujetarla—. Ha sido usted muy amable. Volveremos en unos días para abrir la cuenta. Creo que mi señora desea aclarar unos asuntos conmigo.

Lord Edward Zhoa se levantó del sillón asombrado.

—Eh, claro, como deseen —dijo al dirigirse a la puerta—. ¿Serían tan amables de confirmarme cuando van a realizar ustedes su próxima visita?

—Ya le avisaremos. Estaremos por la ciudad unos días haciendo gestiones. Mandaremos a uno

de nuestros mayordomos para concertar una visita —dijo Daren al salir.

Zoraya, Daren y Lyan corrieron hacia la salida seguidos de los cinco enanos con sus respectivas carretillas.

—Ha sido un placer atenderlos. Muchas gracias por su visita —gritó el banquero desde la puerta de su despacho.

Daren notó que su barba ya estaba desprendida por completo cuando llegó a la puerta del banco. Lyan abrió la puerta, salieron de forma desordenada a la calle y montaron a prisa en el carruaje, sin cumplir ningún tipo de protocolo.

—¿Qué ha pasado? ¿La tienes? —preguntó Lyan.

Daren se arrancó la poca barba que le quedaba y se la guardó en el bolsillo.

—No, imposible. No ha querido mostrármela. Tendremos que conseguirla de otra forma.

Zoraya hizo un gesto para pedirle disculpas por la bofetada.

—Se dice lo siento —dijo Lyan.

—Lo siento —repitió Zoraya.

—No es nada —contestó Daren frotándose la cara.

—¿Se te despegaba la barba? —preguntó Lyan asustada—. Espero que nadie se haya dado cuenta.

—Eso espero, Lyan. Eso espero.

## CAPÍTULO 31

### Elle

Al día siguiente, Elle esperaba en un callejón, escondida frente a la puerta del Werkelriks Bank. Era la hora del almuerzo y lord Edward Zhoa se detuvo en la escalinata de la salida del banco, se puso el sombrero de copa, se estiró las solapas del traje y bajó los escalones; pero algo lo detuvo y volvió a entrar.

—Cuando vuelva de la comida espero que me comunicuéis que ya habéis conseguido las cifras que os he pedido, o habrá consecuencias, panda de gandules —gritó, salió de nuevo y cerró de un portazo.

Con una sonrisa de satisfacción, se dirigió hacia el restaurante donde había quedado para almorzar con uno de sus clientes más importantes. De camino saludó, quitándose el sombrero, a las damas y caballeros se encontraba a su paso. Elle lo siguió a cierta distancia. De la primera bocacalle salieron lady Eve y lady Rose, del equipo de seguridad de los Chevalier, cogidas del brazo. Elle hizo un gesto confirmando el plan y la siguieron. Pese a las veces que había visitado Guarida de Súcubos, el banquero jamás las habría reconocido: las ladies iban vestidas como dos auténticas damas de Khonikash. El banquero continuó su camino sin reparar en ellas. Las mujeres aceleraron el paso para alcanzarlo y al llegar al callejón del puente Pathrius, en la orilla derecha del río Renjösh, ya en el barrio Reighkei, le dieron un empujón para desviarlo de su camino. Allí lo esperaban Lou, Gund, Enzo Boucher y Blake Droch, los hombres de Chevalier, con la cara cubierta con pañuelos y ropa inusual para ellos. El banquero se vio sorprendido por el grupo que, pese a haberle garantizado que no sufriría ningún daño si colaboraba con el atraco, le dio una paliza tras resistirse a entregar la llave de la caja fuerte. Escondieron el cuerpo y se turnaron para asegurarse de que dormiría hasta que Elle pudiera entrar en el banco y terminar su trabajo. El botín les reportó menos dinero del que pensaban, pero el reloj de oro y las joyas que llevaban encima terminaron por compensar el favor que Elle les había pedido.

Esa misma noche, Elle llegó al refugio con una gran bolsa de piel donde llevaba toda la documentación que acababa de robar. Pese a que le había costado muchas discusiones volver sola al banco, sabía que era la solución más rápida y eficaz.

Soltó la bolsa sobre la mesa y esparció los documentos a lo largo del tablero, con cuidado de no tirar las velas encendidas. Se sentaron alrededor y comenzaron a revisar los papeles. A esas alturas, mejor o peor, todos sabían leer y escribir, salvo Zoraya, que seguía aprendiendo. Aunque la lectura comprensiva seguía siendo el caballo de batalla de Svet y Ekôn, Elle repartió los montones para que todos se sintieran útiles.

—Aquí están los suministros de magia. Informa sobre las cantidades que se transportan a cada fábrica y a las viviendas de Reighkei —dijo Lyan.

—¿Quién los firma? —preguntó Elle.

—Tanish Zimmah —dijo Ben—, el mago que vimos hablando con el gobernador en las alcantarillas.

Rhian llegó con un humeante puchero de delicioso café recién hecho y un plato de galletas.



—Aquí tenéis. Os ayudará a manteneros despiertos —dijo.

—Tienes mal aspecto. Deberías descansar —dijo Lyan.

—Hace días que no duermo bien. Tengo visiones que no distingo de mis sueños y me están volviendo loca.

Las manos de Rhian estaban más huesudas y sus arrugas insinuaban más edad de la que tenía.

—Rhian, descansa. Podemos encargarnos nosotros, no te preocupes —dijo Elle tras reparar en sus profundas ojeras.

—Está bien. Si averiguáis algo importante, me despertáis.

—Ya te lo contaremos mañana. Necesitas dormir —dijo Elle.

Rhian agarró el chal y se marchó arrastrando los pies.

—Sabemos que están falsificando la documentación. Cuando estuvimos en el puerto, no se correspondían con las mercancías que había en las cajas —dijo Ben.

—Deberíamos encontrar algún tipo de fraude con respecto al servicio de aduanas —dijo Ekôn.

—Estoy segura de que están involucrados el fedatario público, que confirma la recepción de una mercancía, y el banquero, responsable del servicio de aduanas de Akwaburgo, al cual le pagan los impuestos por las mercancías que, se supone, según la documentación, llegan a puerto. Comprobemos los papeles —dijo Elle.

Los chicos repasaron la documentación durante horas. Elle tuvo varias interrupciones para aclarar el significado de alguna que otra palabra a Ekôn, que leía a su lado. Las velas se fueron consumiendo y prepararon más café. Tras una larga noche de vigilia, Elle se levantó de su asiento nerviosa.

—Esperad, creo que ya lo tengo. La mercancía llega al puerto donde el jefe del muelle, a cambio de unas comisiones, permite desembarcarla sin revisión. El fedatario firma, se lleva al banco y se deposita en sus instalaciones. Tanto el fedatario como el banquero reciben comisiones por falsear los papeles. Dirán que solo se está trastocando el valor de las mercancías entregadas en custodia para ahorrar impuestos, puesto que la corona había establecido control de precios y racionamiento de determinados bienes, pero junto con la mercancía legal viene la de contrabando. Una vez que la mercancía sale, ya con los papeles modificados, tienen el visto bueno de la autoridad para su transporte y venta, y es distribuida a cada industria. —Elle caminaba de un lado a otro de la sala agitando los papeles—. Para el boticario, hierbas ilegales; para la fábrica textil, khyton y piedra de alumbre; para el armero, fuegos fatuos y, entre medias, vienen otro tipo de productos legales como algodón, que son distribuidos en el resto de las industrias.

—El gobernador, amigo de todos los empresarios, hace la vista gorda a cambio del pago de impuestos, sobornos y regalos. Todos los documentos llevan su sello oficial —dijo Ben.

—Si os fijáis, la mayoría de los contratos son del boticario lord Phelix, el armero lord Gudbrand y el dueño de la fábrica textil, lord Weber, y la mercancía siempre llega en los barcos de Hernán Lope de Taso —señaló Elle—. Esto es absurdo, no podemos confiar en la mercancía que pone en estos papeles porque no sabemos qué es cierto y qué es falso —dijo y golpeó con una mano los papeles que tenía en la otra—. Pero ¿por qué compra el boticario estas cantidades de mercurio?

—El mercurio se utiliza para muchas cosas, Elle —dijo Lyan—. Es un buen insecticida, los sombrereros lo utilizan para limpiar el fieltro; en cosmética y en pinturas por su pigmento rojo; es purificante del oro, incluso los alquimistas han intentado usarlo para convertir otros metales en oro; es desinfectante, también se incluye en laxantes, pomadas para dermatitis, antidepresivos. Las aplicaciones son tan numerosas que es normal que necesite grandes cantidades.

—Puede ser, pero el boticario fabrica medicamentos, no vende a las fábricas para aplicaciones industriales. Sigo pensando que es demasiado. Y en la autopsia que le hicisteis a Darius encontrasteis grandes cantidades de mercurio en su organismo.

—Es cierto. Según Rhian, ese fue el motivo de su muerte. Lo envenenaron con mercurio —dijo Lyan.

—Hay que investigarlo —dijo Elle.

Elle revisó los papeles: tipo de hoja, las plumas, las tintas y los sellos, contratos de compraventa, lugar de envío de la mercancía, personas involucradas. Su cabeza sospechaba que algo faltaba. Una pieza del puzzle no conseguía encajar. Se levantó y fue a su habitación, donde recogió lo robado en la casa de lord Koert Meryer, el fedatario público. En un pequeño saco de tela de arpillera tenía la pluma y la tinta, el tabaco y unas gafas viejas. Volvió a la sala donde sus amigos seguían revisando la documentación. Lyan se había quedado dormida apoyada en Ben y Svet reclinado sobre la mesa.

—Está bien —dijo Elle. Recogió los papeles y puso en su lugar lo que llevaba en las manos —, estáis cansados. Idos a la cama.

Zoraya ayudó a Lyan a ponerse de pie.

—Buenas noches —dijo Elle.

—Buena noche —masculló Zoraya.

—Buenas noches —respondieron Lyan, Svet, Daren y Ben.

Ekôn no se levantó. Tamborileaba con las yemas de los dedos, mirando al infinito sobre los papeles.

—Si no te importa, te acompaño, y cuando te vayas a la cama haré guardia —dijo Ekôn.

—No me importa, así me dices qué te parece.

Elle limpió las viejas gafas del fedatario y se las puso. Cogió uno de los papeles en blanco, los frotó con hojas de tabaco, y comenzó a falsificar el documento. Otras veces cogía un documento ya redactado, con su daga raspaba el papel y escribía encima. Durante horas fue revisando toda la documentación, cambiando fechas, mercancías y firmas hasta que estuvo satisfecha con el resultado. Se quitó las gafas y las puso sobre la mesa.

—¿Qué te parece?

—Perfecto —dijo sin apenas mirar la documentación.

—Ekôn...

—Sí...

Elle lo miró a los ojos. Ekôn sonrió.

—Hace tiempo que debería haberte dado las gracias. Sé que estuviste cuidándome cuando me hirieron. Lyan me dijo que me visitabas a diario —dijo en tono seco, como un mero trámite pendiente.

—No fue nada.

—Ya, pues... gracias de todos modos —Elle comenzó a recoger la mesa—. ¿Quieres que me quede contigo de guardia?

—Me encantaría —dijo Ekôn.

—De acuerdo, voy a recoger estoy cojo unas mantas.

Fueron a la puerta de la cascada de la entrada para hacer la guardia. El agua caía y salpicaba el umbral de la cueva. Elle se envolvió en una de las mantas, le dio la otra y se sentó a su lado junto. El silencio era incómodo. Ekôn mojó una de sus manos en la cascada. Comenzó a jugar con el agua formando dos grandes gotas que danzaban entre ellas. Elle sonrió. Se concentró en los movimientos de los dos bailarines de agua sobre la mano de Ekôn. Convocó al fuego y formó una

pequeña llama que bailaba con las gotas hasta que se acercaron demasiado y se apagó. A él se le escurrió el agua, que cayó al suelo. Ambos se rieron.

—Vaya par de magos de pacotilla. Mira para qué sabemos usar nuestros poderes —dijo Elle.

—Ahora estamos demasiado ocupados, pero encontraremos a Zeth, volveremos a los entrenamientos y mejoraremos.

—¿Tú quieres ser mago?

Ekôn se peinó el pelo para atrás. Demoró unos segundos en responder.

—¿La verdad?

—Sí.

—Desde niño he vivido en el puerto, y siempre soñé con montarme en un barco y viajar, ser libre y elegir mi destino. Ir solo donde yo quisiera.

—Ser libre.

—Ahora no quiero marcharme. ¿Y tú? ¿Qué quieres? —preguntó Ekôn.

—Irme de aquí. Empezar de nuevo en algún lugar donde nadie me conozca.

—Nadie te conoce —susurró acercándose.

Elle carraspeó y se separó de él. Volvió a quedarse en silencio. Abrazó sus piernas y apoyó la barbilla en sus rodillas.

—Perdona. No pretendía incomodarte —dijo Ekôn.

—No pasa nada.

—¿Quieres tomar algo?

—¿El qué?

—Espera, ahora verás.

Ekôn se levantó y tardó un rato en volver con una botella de color rubí y dos vasos de cristal.

—Tengo una botella de vino de casa de los padres de Ben. El otro día traje una caja —dijo mientras servía y le entregaba uno a Elle.

—Gracias.

—¿Brindamos? —Ekôn extendió su vaso—. ¿Por la libertad?

—Por la libertad —dijo Elle con una gran sonrisa.

—Preciosa sonrisa. Creo ya habértelo dicho antes. Deberías sonreír más a menudo. —Ekôn levantó de nuevo su vaso—. Brindemos también porque a partir de ahora tengamos más motivos para sonreír.

—Podría brindar por eso, por tener más motivos para sonreír.

—Y otro brindis por los magos de pacotilla. —Sus vasos volvieron a chocar—. Si pudieras desarrollar cualquier poder sobrehumano, ¿cuál te gustaría tener? —preguntó Ekôn.

—Déjame que piense —Elle tardó unos segundos en contestar—. Ser invisible.

—Imposible, eres demasiado guapa. Piensa en otro.

—No, te toca a ti.

—Telepatía y persuasión —dijo Ekôn arqueando las cejas—. Te toca.

—Teletransportación y volar —dijo Elle y bebió un trago de vino.

—Curioso, parece que eliges entre tus habilidades. Te he visto saltar por los tejados. Los tienes casi dominados. Ese no vale, ya lo tienes.

—No sé, no se me ocurre ninguno. Ahora tú.

—Ya sé, adivinación. Así podría saber qué piensas y hacerte reír más a menudo.

—No puede ser, Ekôn. Ya pediste telepatía y persuasión. No puedes acaparar todos esos poderes.

Tras unas horas de charla y risas, al fondo del pasillo se oyeron las inconfundibles pisadas de

Daren, anunciadas por el golpe seco de su bastón.

—Buenas noches. ¿Y esas sonrisas? Ya veo. Parece que lo estáis pasando bien durante vuestra guardia. A mí también me vendría bien un trago.

—Toma mi vaso —dijo Elle—. Creo que ha llegado la hora de que me retire a descansar.

—A eso venía precisamente. Toca cambio de guardia.

Elle le dejó el sitio a Daren, que se acomodó lentamente en el suelo junto a Ekôn.

—Si quieres puedes ir tú también a descansar. Yo puedo terminar la guardia, Svet no tardará.

—No estoy cansado. Me quedo hasta que llegue.

—Vale, chicos. No os paséis con el vino. Me voy a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron ellos.

Mantuvieron el silencio hasta verla desaparecer en dirección a su habitación.

—¿Qué tal con Elle?

Elle escuchó su nombre y se detuvo en la oscuridad del pasillo.

—Nunca me he considerado un hombre cobarde y, sin embargo, no me atreveré nunca a decirle lo que siento. Cuando la conocí, reconozco que solo veía otra mujer para conquistar. Ahora me siento como un auténtico gilipollas a su lado. No sé cómo comportarme cuando estoy con ella.

—Pues, yo os he visto muy bien. Parecía relajada.

—No sé. Me gustaría volver hacia atrás y tener la oportunidad de empezar de nuevo. Ahora me doy cuenta. Me equivoqué. Seguro que piensa que soy un arrogante de mierda y un machista. Me lo tengo bien merecido. Siempre he sido un egoísta. Nunca he pensado en nadie que no fuera yo mismo —Ekôn hizo una pausa—. ¿Crees que es de las que piensa que la gente puede cambiar?

—Creo que Elle es muy inteligente y que juzga a las personas por sus actos más que por sus palabras. Tú eres como eres. A veces un caballero y otras un gilipollas, pero no te separaste de su cama cuando estuvo enferma. Eso lo sabe.

—Te juro que se me rompió el corazón al verla así. Pensé que...

—Nunca es tarde para quitarse la careta —interrumpió Daren—. Demuéstrale que bajo esa capa de arrogancia y esa pose de machito hay una buena persona. Somos las sombras de nuestro verdadero yo, ocultos entre una bruma de inseguridades, paranoias y mentiras. Sé sincero. Si ve algo que le gusta, te dará una oportunidad.

—¿Y si no le gusta nada?

—Ekôn, llevas demasiado tiempo conquistando a las mujeres por tu aspecto físico, pero eso no es amor. El amor es la belleza descrita por un hombre ciego.

—Joder. Yo siento que se me para el corazón cuando me mira, como si me quedara sin respiración, y que resucito cuando sonrío. Nunca me había pasado.

—Sí, Ekôn. Eso es estar enamorado.

Elle, desde su escondite, sonrió.

## CAPÍTULO 32

### Lyan

Cuando Elle le dijo que esa tarde irían de compras, Lyan casi se echa a llorar, en parte por los nervios de las últimas semanas, unidos a la emoción de visitar los comercios de Akwaburgo. La temperatura era agradable y las calles estaban alegres. Lyan se quedó en silencio cuando se dio cuenta de que llevaba todo el tiempo parlotando y, aunque Elle siempre era parca de palabras, esa tarde estaba más callada de lo normal.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—Sí, todo va bien.

—¿Dónde vamos? —preguntó Lyan.

Habían dejado la carroza en el barrio Maghkei y ahora deambulaban por sus callejuelas sin que Elle le permitiera parar a ver los escaparates de los comercios, por mucho que lo intentara.

—Busco una botica. Creo recordar que hay una por aquí.

—¡Una botica del barrio Maghkei! —gritó Lyan.

—Sí, y no grites o se enterará toda la calle. Mira, allí está.

Lyan miró el cartel de la tienda que señalaba Elle. «Botica de Ovraken» ponía en letras grandes, y, debajo, «Hechizos, conjuros y pócimas». Elle cruzó la calle a toda prisa y miró hacia el interior a través del cristal. En la puerta había un perro grande, de orejas puntiagudas, con una armadura de hierro sobre un faldón rojo, incluyendo una pequeña montura en su lomo, como si de un caballo de guerra se tratara. Lyan deseaba acariciarlo, pero apenas pudo rozarle el cuello. Elle entró en la tienda. Unas campanillas tintinearón una suave melodía.

—Buenas tardes —dijo Lyan al entrar tras Elle.

Toda la tienda estaba forrada de estanterías de madera con frascos de cristal con líquidos de colores en los que flotaban sustancias que Elle no conocía. En la zona de la derecha había papiros antiguos enrollados, y del techo, atados con cuerdas, colgaban manojos de flores y hierbas secas. Detrás del mostrador, una fila de cajones con nombres: albahaca, tomillo, laurel, lavanda, romero, verbena, ruda y salvia, entre otros. Un duende de orejas picudas, con grandes cejas, bigote y barba blanca preparaba unos paquetes. Cuando subió a una escalera para alcanzar un manojito de hierbas secas, se apreció un elegante traje color esmeralda con botones dorados y calcetines de rayas blancas y negras.

—Niwen, recuérdale a tu madre que el tomillo mejorará su salud, y que eche un poco de romero al baño. Además de bueno para la salud aporta amor, felicidad y suerte.

—Sí, señor —dijo una niña de pelo azul cubierta con un escudo de hierro.

—Y lo tuyo es esto, lo ato con un cordel para que lo diferencies. La ruda aleja la mala suerte y protege de los ataques de los enemigos y de la envidia. Mójala con agua y sal y salpica a Coco. Y tú debes darte también baños de agua salada con ruda.

—Muchas gracias, señor Ovraken. Es muy amable, como siempre.

La niña se dio la vuelta. Tenía también grandes orejas en forma de pico y unos enormes ojos amarillos.

—Vamos, Coco —dijo la niña y se fue cabalgando sobre su perro.

La puerta volvió a cerrarse con el sonido de las campanillas.

—Estas señoritas tienen muchas dudas, muchos problemas —dijo una voz femenina desde una esquina.

Se giraron y vieron a una mujer pequeña sentada junto a la ventana, en una mesita redonda con un tapete largo que rozaba el suelo. Una túnica cubría su cabeza y sobre la mesa había una bandeja de plata con unas runas, una baraja de cartas y una bola de cristal nacarado.

—No hagan caso a mi mujer. Está loca —dijo Ovraken—. Cállate, Ezra. Las asustarás —ordenó.

Lyan se acercó a la anciana. Hacía flotar sus manos arrugadas sobre la bola de cristal. Mantenía los ojos cerrados.

—Estáis en peligro, pero eso ya lo sabéis —advirtió Ezra.

—Ni caso, ni caso. Mi mujer hace tiempo que perdió la cabeza —dijo el boticario—, ¿En qué os puedo ayudar?

—Queríamos preguntarle si sabe usted para qué querría alguien grandes cantidades de mercurio —dijo Elle.

—Humanos, estúpidos humanos.

El boticario bajó de la escalera con pasos cortos y torpes.

—¿Qué nos puede decir? Tenemos una amiga que dice que trata enfermedades de los placeres carnales —dijo Lyan.

—Una noche con Venus y toda la vida con Mercurio —advirtió Ovraken—. Estos estúpidos humanos se envenenan curando la sífilis con mercurio. Estúpidos, estúpidos humanos.

—Pero no tiene sentido —le susurró Lyan a Elle—. Darius no tenía sífilis. Yo misma lo desnudé para que Rhian realizara la autopsia.

—El mercurio no es un medicamento, es un veneno y punto. Daña el cerebro, riñones y pulmones. Los humanos no tienen ni idea de medicina y solo toman porquerías para curarse. Hay tantas formas de suministrar el veneno... Ungüentos, baños de vapor, píldoras y sales disueltas en agua caliente... Me extraña que, aun así, sobreviváis unos pocos años. Por eso morís tan jóvenes mientras el resto de especies vivimos cientos de años —dijo Ovraken.

—¿Y el cianuro de potasio? —preguntó Elle—. También he visto documentos en los que se compran en mucha cantidad.

—Es para fabricar el cianuro de mercurio. Muy tóxico. Si se inhala, ingiere o se pone en contacto con la piel, los efectos del veneno vienen tanto por el cianuro como por el mercurio. Si el desdichado está expuesto a pequeñas cantidades, el mercurio en el cuerpo se le acumula y pueden pasar meses o años antes de morir con temblores, irritabilidad, pérdida de apetito o memoria, cambios de personalidad. Pero la exposición a grandes dosis provoca la muerte súbita. Los humanos sois muy estúpidos.

—Sí, eso ya lo ha dicho —dijo Lyan.

—Ha sido usted muy amable. Nos ha ayudado mucho. Muchas gracias por la información —dijo Elle al abrir la puerta de la botica. Las campanillas comenzaron a sonar.

—¿No os iréis sin comprar nada? —preguntó Ovraken.

—Mi amiga se encargará de eso. Te espero fuera, Lyan.

—Niña, una cosa antes de que te vayas —dijo Ezra.

Elle sujetó la puerta con la punta de un pie y se asomó. La anciana había extendido la baraja sobre el tapete y miraba las cartas con los ojos entrecerrados.

—Habéis perdido algo valioso. Algo muy valioso.

—Se podría decir que sí.

—No hay mejor espía que el que no puede ser vigía. Lo encontrarás en el puerto.

—Gracias, señora —dijo Elle y le lanzó una moneda de oro a la mesa. La anciana Ezra cogió la moneda, la mordió y se la guardó.

—Gracias a ti, niña.

—Ezra, ¿te quieres callar? ¡Vas a conseguir que te detengan! —gritó Ovraken.

Lyan compró varias hierbas que se le habían agotado cuando Elle estuvo herida. Disfrutó viendo cómo el duende boticario le ataba cada paquete con un cordel. Charló con él sobre el beneficio de unas y otras, las metió en su cesta de mimbre y salió despidiéndose de ambos.

Se dieron prisa en llegar al otro lado de la ciudad, hasta los comercios del barrio Reighkei, en la zona donde estaban los palacios y vivían los más ricos y poderosos de la ciudad. La zona comercial del barrio estaba rodeada de hermosos jardines y escaparates. Las luces estaban apagadas cuando Elle y Lyan llegaron a la puerta de otro boticario. Estaba cerrada, pero había una tenue luz en su interior. Elle sacó de su capa la daga y forzó la puerta de la entrada. La abrió despacio y la cerró de nuevo cuando ambas entraron.

—¡Ya he cerrado! —gritó lord Phelix desde la habitación trasera—. Juraría que ya había cerrado la puerta —masculló para sí mismo.

—Buenas noches, milord —dijo Lyan tras el mostrador—. Lamento las molestias, pero necesito que me haga usted unas aclaraciones.

—¿Alguna dosis de algún medicamento? —dijo al salir de la habitación.

Elle lo agarró por detrás y le apoyó el cuchillo a la altura de los riñones. El boticario, alto y delgado, le sacaba una cabeza y apenas se la veía. Lyan revisaba unos documentos que había dejado encima del mostrador.

—Mira, Elle. Aquí están los pedidos. Este es el listado de clientes. ¿Parece que Marcus Weber es un buen cliente suyo? —dijo Lyan.

—Solo uno de muchos —dijo el boticario, que comenzaba a sudar.

—Esto es un encargo de Marcus Weber. ¿No es mucha cantidad de mercurio para que la consuma una sola persona? —preguntó Lyan señalando el pedido.

Elle apretó el cuchillo en la espalda, manchó su mano con la sangre y se la enseñó al boticario. El hombre se sintió indispuerto y Lyan colocó una silla para que se sentara.

—¿Qué hace con mis pedidos?

—Cállese —dijo Lyan—, quiero revisarlos con más atención. ¿Además de mercurio, le compra filtros de amor?

—¿Qué efectos tienen esos filtros? —preguntó Elle.

—En manos de un hombre como Marcus, anular la voluntad de las doncellas para que sean más dóciles.

—Eso es asqueroso, Lyan.

—¡Eso es privado, no tiene usted derecho a indagar en los encargos de mis clientes!

—¡Le hemos pedido que se calle! —Elle le colocó el cuchillo en el cuello.

—Por favor, no me hagan daño, se lo suplico. Les contaré todo lo que deseen saber.

—No deseamos hacerle daño, ¿verdad, Elle? Sabemos que usted compra el cianuro de potasio y el mercurio para la fabricación del veneno. ¿Qué más nos puede decir usted sobre los magos que están apareciendo muertos por la ciudad?

—No sé de qué me hablan.

—¡Mientes! —gritó Elle y presionó la punta del cuchillo en la garganta. Un hilo de sangre recorrió su cuello—. ¿Lyan, recuerdas en el Súcubos, cuando Héctor le dijo a Marcus Weber que

no tocarse a sus chicas? Él lo sabía. Sabía que Marcus Weber tiene sífilis. Por eso no quería que tocarse a ninguna chica, ni él, ni Adrián Lope de Taso.

—Así que Marcus Weber es su cliente y usted le da mercurio para curar la sífilis... —dijo Lyan.

—Sí, sí, sí —confesó el boticario—, Marcus Weber es cliente mío y trato su enfermedad.

—Quiero que entienda usted una cosa —dijo Elle—. Odio las torturas, porque nunca sé si me dicen la verdad o si fruto del dolor me dicen lo que yo quiero oír. Por eso no lo voy a torturar. Pero no me importa matar, sobre todo a un rico y asqueroso estafador. Así que no sé si he sido suficientemente clara, pero espero que, por su bien, nos explique de forma sencilla y en pocas palabras todo lo que usted sabe sobre las muertes de los magos de la ciudad.

Elle clavó de un golpe el cuchillo en el mostrador. Lord Phelix se sobresaltó y se echó a llorar. Lyan le cedió su pañuelo, que aceptó y se sonó la nariz. Se lo quiso devolver, pero Lyan lo rechazó.

—Fue todo un accidente. Un terrible accidente —confesó el boticario entre hipos.

—Siga —dijo Lyan.

—Estaba tratando a lord Gaspar, el primer mago que apareció muerto... —De nuevo se echó a llorar y tardó un rato en parar. Elle y Lyan esperaron a que se recompusiera—. Yo le trataba la sífilis. Estaba muy avergonzado y le habían dicho que soy una persona discreta. No quiso llevarse la medicación y se la tomó aquí. La dosis era muy pequeña, no sé qué pudo salir mal, pero empezó a indisponerse y lo subí a mi casa. Allí fue a peor. Comenzó a tener copiosas sudoraciones, taquicardias, convulsiones y murió en menos de una hora en el sofá de mi salón.

Lyan fue a la trastienda y cogió un vaso de agua para que bebiera y se tranquilizase, ya que apenas podía entender la historia entre tanto hipo y llantos. El boticario bebió e inspiró todo el oxígeno que pudo.

—Vamos, continúe —dijo Elle.

—Llegó Marcus Weber y vio al mago muerto, tumbado en el sofá. Durante horas pensamos cómo deshacernos del cadáver. Abrió la ventana para fumar y vio que era muy tarde, la noche silenciosa y los vecinos parecían estar dormidos. No se veía ninguna luz encendida. Cogió el cadáver en brazos y lo tiró por la ventana. —Volvió a sonarse los mocos y a beber otro trago de agua—. Pensó que al verlo tirado en la calle pensarían que murió borracho o por un ataque al corazón, pero se le quedó colgado del cartel de mi botica, enredado en las cadenas.

Lord Phenix volvió a echarse a llorar. Elle caminaba en círculos por la botica.

—Cuando lo tiró, se rio. No paraba de carcajearse por la situación. Creo que estaba muy borracho. Decía que había quedado muy teatral. Las cadenas chirriaban y sus pies se mecían con la brisa. Jamás olvidaré esa imagen. Me dijo que había tenido una revelación. En ese momento no sabía de qué me estaba hablando. Me preguntó qué le había dado y me pidió que comprase todo el cianuro de potasio y todo el mercurio que pudiera, y que me pusiera a fabricar cianuro de mercurio. —El boticario se limpió las lágrimas—. Empecé a entenderlo todo cuando comenzaron a aparecer el resto de cuerpos.

—No obstante, lord Weber, el padre de Marcus, le está pagando por sus servicios —apuntó Lyan.

—Y por su silencio —añadió Elle.

—Pues eso se ha acabado. No puede usted seguir fabricando esa porquería —dijo Lyan.

—Me matará.

—Espero que entienda esto. A partir de ahora fabricará cualquier brebaje que sea inofensivo para la salud, y le dirá a Marcus Weber que es cianuro de mercurio. Por supuesto, deberá tener el



mismo aspecto. Si no lo hace, yo misma lo mataré. Le suministraré sin que se dé cuenta dosis pequeñas de ese veneno. Durante meses sufrirá, y le aseguro que lo conseguiré. Tardaré todo lo que pueda para que su muerte sea lo más dolorosa posible. ¿Todo claro?

Elle volvía a tener la daga pinchando su cuello. El boticario asintió con la cabeza, moviéndola con rapidez y sorbiéndose los mocos.

—Una cosa más —añadió Lyan—, ¿sigue usted tratando a Marcus Weber con mercurio?

—No. Ahora le suministro un nuevo medicamento, arsfenamina.

—Perfecto. Un derivado del arsénico, así que en poco tiempo también morirá. Siga con el tratamiento. Muchas gracias, lord Phenix. Ha sido muy amable. Tiene usted una tienda muy bonita.

## CAPÍTULO 33

### Ekôn

Unas pocas semanas viviendo en el refugio junto al bosque Dyeum fueron suficientes para que puerto Borthum, el que había sido su hogar durante años, le pareciera a Ekôn un barrio gris y maloliente, aunque no carente de encanto. Vivir en la tranquilidad del bosque, con aire limpio y el sonido del agua, el viento, las cascadas que rodeaban el refugio, sumados a la práctica de la magia, habían amplificado su capacidad de percepción sensorial. Le gustaba su nueva vida.

A su lado caminaba Elle, con paso firme y zancadas grandes. La brisa hizo que su larga melena le rozase un par de veces la cara haciéndole cosquillas, pero no se atrevió a pedirle que lo mantuviera suelto cuando, tras un par de peticiones de disculpas, se recogió el cabello con un improvisado moño, y así dejó de oler el aroma del jazmín y el azahar. Se sintió un imbécil cuando Elle, que llevaba la documentación falsificada debajo del brazo, apretó el paso. Él pensando en el aroma de su cabello, mientras ella estaba concentrada en la misión.

Onnan, el jefe del muelle, salió de su oficina pegando un portazo. Gritaba e insultaba a Hawhard, su ayudante, que corría tras él.

Ekôn y Elle se camuflaron en el callejón más próximo haciéndose pasar por una pareja de enamorados, respirando el uno frente al otro, a menos de un centímetro de distancia. Ekôn la miró a los ojos y luego a los labios. Los tenía sonrosados, pero sin rastro de carmín. Contuvo la respiración, emitió un suspiro y la cogió de la cintura. Elle los ocultaba a ambos con la capa. Ekôn retiró su cabello y le acarició el cuello. Elle no apartó la mirada.

—¡Joder, mira que sois inútiles! —gritaba Onnan salpicando saliva hacia su propia barba—. ¡Tenéis suerte de que sea buena persona y no os eche a todos a la puta calle! No necesito tanta gente trabajando aquí. No soy una institución de caridad. ¡Quiero gente productiva y que me dé beneficios, joder! —Onnan se volvió, miró a Hawhard con furia y le apuntó al pecho con el dedo índice—. Espabilas ya de una vez, o ve pensando dónde vas a encontrar un jefe tan comprensivo como yo, porque la próxima vez que la cagues te despido. Ahora vete, no quiero volver a verte la cara. Y tú —dijo al pegar un puntapié a un niño—, fuera de aquí.

El chiquillo, que estaba apoyado en la pared de la oficina cayó hacia un lado y se sujetó el costado. Se arrastró para alejarse unos metros de la puerta. Al pasar Onnan y Hawhard, Elle se separó de Ekôn, empujándolo, y fue directa hacia el niño.

—¿Te encuentras bien? ¿Cómo te llamas? —El niño no habló, pero sacudió la cabeza negando y mordiéndose los labios—. ¿Me ayudarías a entrar en la oficina sin que se den cuenta? —preguntó Elle mientras le daba a muchacho unas monedas de oro.

El niño abrió mucho los ojos, masculló un «gracias» y sonrió mientras se limpiaba la cara con la manga de su camisa rota y manchada. Sujetaba las monedas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Tienes algún amigo aquí en el muelle? —El niño asintió—. Guarda estas monedas para ti. A ellos les daré estas—. Elle acarició el puño del niño con las dos manos, sacó un puñado más, las envolvió en un pañuelo y se las dio—. Quiero que montéis un poco de revuelo allí para que

nadie mire esta puerta. No os hagáis daño y luego vuelves otra vez aquí. ¿Vale?

El niño asintió. Se escabulló entre las cajas del puerto y desapareció de la vista de Elle y Ekôn. En un instante, en el punto señalado por Elle, los gritos de una pelea desviaron todas las miradas del puerto hacia ellos. Mientras Ekôn vigilaba la puerta de la oficina, Elle entró para robar la documentación e intercambiarla por la falsificada por ellos y, en unos segundos, estaba de nuevo en el callejón. El niño miró hacia ellos y Elle le hizo una señal para que volviera.

—Os dije que no os hicierais daño —dijo limpiándole un rasguño con un pañuelo. Luego le entregó un papel doblado—. Ahora necesito que me aviséis si comenzáis a oír que los clientes se quejan de los transportes.

El niño volvió a asentir. Elle le dio un beso en la mejilla. El muchacho le devolvió una sonrisa. Le faltaba un diente y tenía las encías ensangrentadas. Elle le revolvió el pelo de forma cariñosa y se echó a reír. El niño se fue corriendo. Atravesaron el puerto para volver a sus caballos y se quedó parada un momento. Ekôn iba dos pasos por delante cuando se dio cuenta y giró.

—¿Estás bien? —preguntó Ekôn.

Elle se echó el dedo a los labios pidiendo silencio. Ekôn, a su lado, no oía nada en especial, salvo el jaleo del puerto. Elle se señaló uno de sus oídos y miró a izquierda y derecha. Fijó su mirada en la espalda de un anciano mendigo que golpeaba el suelo rítmicamente con un bastón mientras se dirigía a la taberna del puerto. Lo siguieron. El hombre tocaba las mesas de la taberna con la punta de su bastón hasta llegar a la de la esquina. Se sentó, apoyó el báculo a su lado y movió la taza metálica que llevaba en la mano para oír el sonido de su interior. Sacó las monedas, acarició los cantos, y las sopesó. Mantenía la cabeza alta. Cuando se quitó la capucha de la capa quedó a la vista la venda roída y sucia que le cubría los ojos.

Elle se sentó en la mesa más cercana y Ekôn junto a ella. El posadero se acercó a la mesa limpiándose las manos con el mandil.

—Buenas tardes, amigo, ¿qué le traigo? —preguntó y apagó la vela de la mesa.

—¿Qué me puedes dar con esto? —El ciego esparció las monedas en la mesa.

—Poca cosa. Tal vez una jarra de cerveza, pero nada de comer.

—El alcohol calmará mi apetito.

El posadero se acercó a la mesa de Elle y Ekôn.

—Y vosotros, ¿qué queréis tomar?

Ekôn miró a Elle haciéndole un gesto para que pidiese.

—Quiero un poco de vino y que traiga algo de comer al caballero. Yo lo pagaré —dijo Elle.

—A mí tráeme una jarra de cerveza —dijo Ekôn.

—Muchas gracias, señorita. Mi cabeza rechazaría su oferta, pero mi estómago se enfadaría mucho conmigo si no la acepto —dijo el ciego.

—De acuerdo. Le traeré un poco de estofado con verduras y patatas. Lo ha hecho esta mañana mi mujer y ningún cliente se ha quejado hasta ahora.

El posadero se marchó y, en unos minutos, estaba de vuelta con las viandas. El ciego comenzó a comer con codicia.

—¿Por qué lo seguimos? —susurró Ekôn.

—*No hay mejor espía que el que no puede ser vigía. Lo encontrarás en el puerto*—murmuró Elle.

—No te entiendo —Ekôn le daban escalofríos los susurros de Elle en la piel de su cuello.

—La esposa del boticario de Maghkei, Ezra, me dijo eso: *No hay mejor espía que el que no puede ser vigía. Lo encontrarás en el puerto.* Un ciego no puede ser vigía porque no puede ver,

pero tiene el resto de los sentidos tan desarrollados que podría ser un gran espía, y lo hemos encontrado aquí en el puerto. Tiene que ser él.

—Nunca pensé que creyeras en las palabras de una adivina.

—Nunca pensé que corriera una gota de magia por mis venas.

El ciego acabó la comida y disfrutó de la jarra de cerveza bebiendo a pequeños sorbos.

—Ha sido usted muy amable, señorita. Los ladrones compasivos son una especie rara de encontrar, ¿o me equivoco si supongo que es usted el fantasma de Chevalier? —preguntó el ciego.

—Parece usted un hombre muy bien informado. ¿Destrozaría mi imagen de ladrona compasiva si abuso de usted para preguntarle un par de cosas?

—Creo que no. Hace mucho tiempo que no tengo una conversación inteligente, con una ladrona interesante, y no quiero ser grosero, pero me gustaría saber si podría pedir algo a cambio.

—¿Quiere hacer negocios? Muy bien, hagamos negocios. A cambio de la información, ¿qué quiere usted?

—Como muestra de buena voluntad, comenzaré compartiendo mi información. Después usted decidirá si merezco la contraprestación que le pida.

—Trato hecho. Busco a un amigo, algo así como un mentor, y me han dicho que usted tendría la información que necesito.

—Esa es la información que buscas, pero no la que necesitas.

—Elle, creo que esto no funciona. Tal vez haya bebido demasiado —dijo Ekôn.

El ciego se rascó la cabeza y se tocó la mugrienta venda palpando sus ojos. Dio otro sorbo a su jarra de cerveza.

—¿Cómo sabe quién soy yo y qué información ando buscando? —preguntó Elle.

—No siempre fui ciego y, desde luego, nunca he sido sordo. Hace mucho tiempo trabajé en el puerto. Recuerdo el día en que los magos se sublevaron. —El ciego se llevó las manos a la cabeza y peinó su escaso pelo blanco—. Era solsticio de verano. Akwaburgo estaba decorada con flores. Los vecinos de cada barrio colocaban montones de leña para preparar las hogueras que encenderían por la noche. Las hechiceras vendían filtros de amor por las calles; parejas de enamorados preparaban sus bodas y decoraban los árboles para bailar alrededor de ellos. Mujeres y niñas volvían de bañarse en el río para engalanarse con sus mejores ropajes y trenzar coronas de flores para sus cabellos. Multitud de personas habían salido a la calle para los festejos. Cuando vi que los magos se dirigían al muelle con maletas y sin sus hijos, supe que algo iba mal —dijo moviendo la cabeza—. Los oí discutir con Hernán Lope de Taso y su hijo Carlos. Querían coger un barco y, al parecer, él había roto algún tipo de trato. No me extrañó, no hay que hacer tratos con piratas. Onnan, el jefe del muelle, apareció con el alférez del rey y varios alguaciles. Sin previo aviso, comenzaron a disparar.

—Esa información ya la teníamos —dijo Ekôn.

—Cayeron sin defenderse. Los supervivientes huyeron. Yo estaba escondido detrás de unas cajas de mercancía cuando llegó lord Stephen Wilson.

—El dueño de los astilleros y propietario del ferrocarril, los hangares de aviación y el puerto. En definitiva, el hombre más poderoso de los medios de transporte de Akwaburgo—explicó Ekôn a Elle.

—Y que no aparece en ninguno de los documentos que hemos visto. O bien es el estafador más cabrón y listo o bien...

El ciego interrumpió a Elle.

—Se volvió loco. Comenzó a golpear a Onnan hasta casi dejarlo muerto. Nadie comprendió cómo pudo volver a su puesto de trabajo. Pensé que si no lo mataba al menos lo despediría.

—¿Por qué haría eso? —dijo Ekôn.

—Porque estaba enamorado —dijo Elle.

—Exacto. Lord Wilson estaba enamorado de una joven maga. Era el amor de su vida. Él había organizado el transporte para escapasen.

—Por todos los dioses —dijo Elle—, ahora lo entiendo...

—Si su amigo está con él, lo desconozco. Lord Wilson es un espectro, no se relaciona con los empresarios de Akwaburgo y se le ve poco, pero si han perdido un mago, les garantizo que él los puede ayudar.

—¿Y los niños? —preguntó Elle—. ¿Qué sabe de ellos?

—Las autoridades dijeron que habían muerto, pero todos sabemos que eso no es cierto. Los niños desaparecieron. Nada se supo de ellos. Jamás. Las brujas cuentan historias de que los hijos de los magos muertos algún día volverán y se vengarán y se restablecerá el uso de la magia. La magia no puede canalizarse por alcantarillas para uso exclusivo de los ricos y poderosos. Volverán, y la magia volverá con ellos. Dicen que serán más poderosos que sus padres y que no tendrán piedad. —El ciego apuró lentamente la cerveza que le quedaba, y agitó la jarra para arrastrar hasta la última gota—. Los fantasmas de sus padres me atormentan. Susurran palabras extrañas en mis oídos, que son gritos de horror en mi cabeza. No me dejan descansar.

—¿Qué le dicen los fantasmas? —preguntó Elle.

—Que os debo ayudar.

## CAPÍTULO 34

### Zeth

Zeth no sabía cuánto tiempo llevaba encerrado. Había intentado en varias ocasiones convocar la magia, pero sus esfuerzos fueron en vano. No entendía el problema, pero no percibía la energía en su interior. Se sentía enfermo. Estaba mareado, le costaba respirar y tenía palpitaciones. Sudaba mucho, tenía sed y la boca pastosa. Le preocupaba el bienestar de los chicos y deseaba recuperar la salud lo antes posible para volver junto a ellos y Rhian. Durante ese tiempo, dos hombres jóvenes lo habían visitado para interrogarlo. Zeth hubiese colaborado con ellos por su propio bienestar, pero debía guardar silencio por el de todos.

—Ya estamos de nuevo aquí. ¿Te has decidido a colaborar? —dijo Marcus Weber.

—Me encuentro mal, dejadme salir. ¿Cuántos días llevo encerrado? —preguntó Zeth.

—Joder, ¿por qué no lo matamos de una vez? —sugirió Adrián Lope de Taso.

—Ya lo sabes. Tenemos un trabajo que hacer y lo vamos a hacer bien. Ya lo hemos hablado mil veces. ¿Quieres que nuestros padres sigan tratándonos como unos inútiles? —susurró Marcus.

—De acuerdo, pero se me está acabando la paciencia. —Adrián se acercó a Zeth con una daga y se la colocó en el cuello—. Vamos, habla de una vez. Sabemos que eres el responsable de la rebelión y tenemos en nuestro poder el listado de los magos rebeldes. ¿Encontraste a los chicos? ¿Dónde los escondes?

Zeth cerró la boca.

—Creo que debe estar mal la dosis. Maldito boticario de mierda. Cuando lo pille lo mato —dijo Marcus Weber.

—¿Dosis? ¿Qué dosis? ¿De qué habláis?

—Se supone que esta mezcla de hierbas podían anular por completo tu voluntad hasta el punto de que hicieras o dijeras lo que te propusiéramos, y que la droga no impediría que pudieras hablar o andar de forma normal —dijo Adrián.

—Se suponía que el efecto de la droga era hipnótico. Las brujas lo utilizan como filtro amoroso —Marcus sacó de su bolsillo una pequeña botella negra y leyó—: Hioscina, beleño, datura, mandrágora y brugmansia. ¡Tonterías, esto no funciona! —Marcus Weber estalló la botella contra el suelo.

—Al menos no ha podido utilizar su magia para escaparse —dijo Adrián.

—¿Me estáis suministrando la droga del diablo?

—Da igual, a la mierda. Está claro que, por lo que sea, no funciona.

Zeth no quiso explicarles que el código genético de los magos hacía que sobre todo enfermasen y se anulasen sus poderes, pero el efecto sobre la supresión de la voluntad era muy leve, perfectamente controlable para cualquier mago adulto.

—Pero tenemos una solución que tal vez te ayude a hablar. Tráelo ya —dijo Marcus.

Adrián Lope de Taso salió de la habitación y tardó un rato en volver con Hlodowig. El hombre tenía unas profundas ojeras negras, las rastas revueltas y deambulaba como un zombi. Zeth supo que le estaban dando las mismas hierbas que a él. Ayudado por Marcus, lo sentaron en una silla y

le ataron los brazos y las piernas. Adrián sacó de uno de sus bolsillos una botella de cristal de medio palmo.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Dejadle en paz! —gritó Zeth.

Marcus cogió la botella y agitó el contenido.

—¿Nos vas a contar lo que queremos saber? —preguntó mirando a Zeth.

—Hlodowig, amigo mío...

—No te preocupes, compañero. Estoy viejo y cansado. Tienes una importante tarea que cumplir.

—No digas eso. Aguanta. Escaparemos y lo haremos juntos. —Zeth agitó los brazos intentando romper las cadenas.

—¿No pensáis colaborar? Está bien, luego no digáis que no os lo advertimos —dijo Marcus y, con Adrián sujetando la cabeza de Hlodowig, vertió el contenido de la botella en su garganta.

—¡No, no, no..., por favor! —gritó Zeth.

Hlodowig comenzó a asfixiarse, su cuerpo se convulsionó y en unos segundos llegó el espasmo final. Zeth comenzó a gritar y a golpear los grilletes contra cabecero de la cama.

—Déjalo. Ahora podrás reflexionar mientras nos encargamos del cuerpo. Esperemos que cuando volvamos te muestres más colaborador.

Marcus y Adrián desataron el cadáver de Hlodowig y lo sujetaron por las piernas y las axilas para sacarlo de la habitación. Cerraron con llave al salir.

Zeth sintió el peso del fracaso y la pérdida de su amigo; enumeró todos los sacrificios, consideró todas las derrotas y analizó las decisiones que había tomado. Cuando al fin pudo acallar sus miedos y se perdonó, encontró la energía de su interior. No se trataba de fuego, aire, agua o viento. Era su voluntad que refulgía poderosa quemando sus entrañas y exigiendo que no se rindiera.

Miró la mesilla de noche. Tenía un asa y pensó que con suerte podría utilizarla para abrir los grilletes. Comenzó a dar patadas a la mesilla hasta que el asa se desprendió y voló hasta la cama. Con la ayuda del pie consiguió alcanzarla. El tamaño era similar al de la cerradura de los grilletes. Las dos primeras veces que intentó introducir el asa, se le cayó sobre la cama. Si no lo conseguía, al menos podía esconderla entre su ropa y usarla como daga. La tercera vez sí la encajó en la cerradura, pero no llegaba a hacer palanca. Dio varios golpes hasta oyó un leve crujido que lo alentó a que pudiera funcionar. Tenía las muñecas amoratadas por los golpes que daba contra la cama de hierro. El estruendo le advertía que debía darse prisa o vendrían a impedirselo. Un golpe final abrió el primer grillete.

Un estruendo aún mayor lo sobresaltó. La puerta de la habitación se abrió, la cerradura estaba chamuscada. Elle y Ekôn, acompañados por un mendigo, corrieron hacia él.

—Tranquilo, Zeth. Ya estamos aquí —dijo Elle.

—¿Cómo me habéis localizado?

—Salgamos rápido. Ahora debemos irnos lo antes posible. No tardarán en volver —dijo el ciego.

—Zeth, me alegro de verte —dijo Ekôn.

—Esto debería funcionar. —Elle sacó de su capa un gancho de hierro con herramientas—. Son llaves de diferentes modelos de grilletes. Déjame verlos. —Elegió uno y los abrió con rapidez.

—¡Funcionó! Larguémonos de aquí —dijo Ekôn.

El ciego envolvió a Zeth con una capa roída y sucia que olía a sudor y a mugre. Le taparon la cabeza con la capucha hasta los ojos. Elle iba delante, abriéndoles el paso, seguida del ciego, que caminaba golpeando el suelo y las paredes con el bastón, y por último Zeth, con el brazo sobre el

hombro de Ekôn, que casi lo llevaba en volandas. Llegaron a la entrada, donde el sirviente yacía tumbado.

—Tranquilo. Solo está dormido —dijo Elle y lo empujó con el pie para que pasasen sin tropezar.

En la calle, poco iluminada, anduvieron unos metros hasta llegar a la carreta, escondida en la primera bocacalle. Subieron al malherido Zeth a la parte de atrás junto con el hombre ciego.

—Hlodowig está muerto —dijo Zeth.

—Lo siento. No te encontrábamos, aunque te buscamos por toda la ciudad —dijo Ekôn—. Dalan nos ayudó a localizarte —señaló al ciego—. Sabía que lord Weber tenía una vivienda vacía en la ciudad y vinimos a comprobar si estabas aquí.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Zeth y extendió sus manos para coger las del ciego.

—Hace mucho que debí haberles ayudado. Lo siento. Los fantasmas de los magos muertos me rondaban para que ayudase a sus hijos. No supe de quién se trataba hasta que esta tarde vinieron a buscarme al puerto. Fui testigo de la matanza de las fiestas del solsticio de verano y me he sentido atormentado desde entonces —dijo Dalan.

—Toda ayuda es bienvenida. Ahora volvamos al refugio —dijo Zeth.

—No. Ahora debes recuperarte y descansar. Ya lo hemos hablado. Te llevaremos a un lugar más seguro —dijo Elle.



## CAPÍTULO 35

### Ben

Faena de Faes no tenía una mesa libre esa tarde; la barra apenas se sostenía de la cantidad de codos apoyados en ella. La tertulia era insulsa y el vocerío insoportable. La mayoría de los clientes eran vecinos de la zona, escondidos de sus esposas o de sus jefes en un descanso no autorizado. Las ventanas eran escasas para iluminar el local. Los haces de luz se cargaban de motas de polvo y del humo de los cigarros, y dibujaban cuadrados de luz cada vez más difuminados en el suelo. Las velas derretidas, pegadas al centro de las mesas, aguardaban sus turnos para ser encendidas. Crasha estuvo jugando en la cocina, saltando desde el hombro de Ben hasta el regazo de Lyan, que le acarició la cabeza hasta que se quedó dormido en sus brazos. Ben depositó unas mantas sobre el suelo para improvisar una cama.

—Bienvenido a Faena de Faes —dijo Ben limpiando la mesa mojada con perfectos círculos de alcohol—. ¿Qué desea usted tomar?

—Si ignoro el olor a tabaco, puedo oler el delicioso aroma del guiso de carne y manzana asada que sale de la cocina —dijo Dalan—. Si lo acompañara de una jarra de cerveza helada, hoy podría morir feliz.

—Le traeré un plato enorme —contestó Ben devolviéndole la sonrisa que no podía ver su cliente.

Marineros, piratas y trabajadores del puerto, acompañados de alguna que no era su mujer, comían y bebían riendo a carcajadas. En la mesa de al lado había dos hombres que llegaron a la taberna por recomendación de Dalan, que los había animado para que, antes de transportar la mercancía a las fábricas, tomasen un descanso en la taberna de los padres de Ben.

—Aquí tienen sus bebidas —dijo Lyan al servir dos jarras de cerveza.

—Muchas gracias, señorita. —Uno de ellos agarró una cerveza y arrastró la otra hacia su compañero—. Nos gustaría comer algo. Tal vez ese guiso que sale de la cocina. Huele delicioso.

—Por supuesto, caballeros. Ahora mismo se lo traigo.

Los hombres bebieron manchándose de espuma blanca los bigotes. Lyan aguardó con una gran sonrisa a que probasen las bebidas que les había servido. Los hombres brindaron y dieron largos tragos a la cerveza que, aderezada con hierbas, parecía satisfacer a sus clientes. Lyan, disfrazada de cantinera, volvió a la cocina para servir dos platos de guiso de carne.

—No estás tan mal con la ropa de mi madre —dijo Ben.

—Algún día debería llevar a tu madre de compras; esta falda pica muchísimo —dijo rascándose el costado.

Ben se acercó, pero se apartó en cuanto su madre abrió la puerta de la despensa y carraspeó con los brazos en jarras. Lyan se sonrojó y se retiró.

—Prepararé más cerveza —dijo Lyan y empezó a sazonar la bebida con hierbas somníferas suficientes para dormir un caballo.

Ben vio a su madre, le devolvió la sonrisa y volvió al trabajo. Repartió bebida y comida por las mesas, haciendo que se sonrojase con sus miradas desde la distancia. Lyan continuó sirviendo

el guiso de carne y la cerveza aderezada a la mesa situada junto a la chimenea.

—Me gusta —susurró su madre mirándola.

—Y a mí, madre —suspiró—. Me gusta mucho.

—Ben, cuando todo esto acabe —dijo su madre peinando su flequillo—, me gustaría que recordases que somos tus padres, que siempre lo seremos y que te queremos más que a nuestra vida.

—Yo también os quiero, madre —Ben le dio un beso en la mejilla.

Tardaron más de lo previsto en conseguir su objetivo. Los dos hombres cayeron dormidos sobre la mesa, pero no de la forma instantánea que esperaban Ben y Lyan.

—Vamos, Ben, ayúdame —dijo su padre y cogió a uno de las axilas para sacarlo del banco donde estaba sentado. Ben lo agarró por los pies.

No era la primera vez que su padre sacaba del local a los clientes borrachos. La jarana del local fue suficiente para no llamar la atención cuando Ben y su padre dejaron a uno sobre la mesa y escondieron al otro en la trastienda.

—Me tengo que ir —dijo Ben.

—Daos prisa. Os esperaré aquí. Id con cuidado.

Ben le cogió las manos, se las besó, le guiñó un ojo y se marchó.

Anocheía, y los últimos trabajadores iluminaban algunas zonas del muelle de puerto Borthum con sus antorchas. Unos se marchaban a sus casas, y muchos a tabernas y prostíbulos cercanos a gastarse las pocas monedas de cobre que habían ganado esa tarde.

Daren y Svet acababan de volver del refugio, donde habían escondido la mercancía que acababan de robar a los hombres que habían drogado. Elle, Zoraya y Ekôn les habían ayudado, y ahora todos estaban en el puerto, ocultos entre las cajas de mercancías preparadas en el almacén para los envíos del día siguiente. Elle hizo la señal para que salieran.

—Abramos las cajas de este pasillo y las de esta zona —susurró Elle mientras revisaba unos papeles que había sacado de su capa—. Comprobemos el contenido.

—Estas cajas deberían llevar armas, y cuando lleguen a destino, encontrarán fundas de pistolas y de dagas, pero no las armas —dijo Daren tras cerrar la caja, precintarla y colocarle una etiqueta falsa.

—Aquí deberían encontrar telas de la mejor calidad, reforzadas con khylon, pero solo habrá trapos sucios —dijo Svet.

Cambiaron las etiquetas y las mercancías de contrabando por otras sin valor con documentación falsa.

—Cada barco, tren o nave transportará mercancía errónea y desacreditará a las empresas fabricantes —dijo Elle golpeando una de las cajas para cerrar la tapa—. Cuando las revisen y se den cuenta de que no es lo que habían encargado, no permitirán el desembarco, no les pagarán el transporte ni la mercancía. Los industriales y los capitanes de los barcos perderán fortunas.

—Los arruinaremos —dijo Ben. Luego miró a su alrededor y vio a Zoraya rebuscando por los pasillos—. ¿Qué hace Zoraya?

—Zoraya —susurró Elle llamándola.

Estaba sola, apartada del grupo, leyendo las etiquetas de envío; abría algunas de las cajas y depositaba notas en su interior. Elle se acercó, cogió una de sus notas y la leyó. Zoraya estaba llorando. Elle la abrazó. Señaló la siguiente caja asintiendo y Elle la abrió y metió la nota dentro.

—Tranquila, Zoraya, yo te ayudaré —dijo Elle abrazándola.

\*\*\*

En cuanto acabaron, volvieron a la taberna Faena de Faes. Crasha salió de la cocina y se colgó

al cuello de Ben en cuanto le vio entrar. Lyan salió tras él secándose las manos en el mandil, con un mechón de pelo sobre los ojos y las mejillas sonrosadas. Había mucho trabajo y se había ofrecido para continuar ayudando a sus padres mientras vigilaba a los durmientes.

—No se han despertado. Ahí siguen, donde los dejamos —dijo Lyan.

—Perfecto —dijo Ben—. Daren y Svet han dejado los carros, con otra mercancía, en el mismo lugar donde las habían aparcado antes de entrar. Vamos a despertarlos.

Ben y Ekôn sacaron de la trastienda al otro hombre para sentarlo en la mesa junto a su compañero.

—Vamos, amigo, es hora de despertar. Tu jefe te estará echando de menos —dijo el padre de Ben zarandeando el hombro del que se había dormido sobre la mesa.

—Hay que beber con moderación, sobre todo si deben volver al trabajo —dijo Ben dándole palmadas en la cara para espabilarlo.

—¿Quieren un poco de agua para despejarse? —preguntó la madre de Ben y dejó una jarra sobre la mesa, una palangana y un trapo—. No hagan caso a mi hijo. No suele ser fruto del alcohol, sino del cansancio, por lo que mis clientes caen dormidos tras un par de cervezas.

—Tiene usted razón señora —contestó uno de ellos mojándose la cara—. Las largas horas de trabajo y la falta de sueño. Eso habrá sido.

Los hombres salieron, uno con la ayuda del otro, y se estiraron al abrir la puerta. Cada uno cogió su carreta y se marcharon por la calle empedrada, con el traqueteo de sus carrromatos.

—Tomemos algo. —Ben sirvió vino y cerveza a sus amigos en la única mesa vacía del local.

Los chicos se sentaron y los padres de Ben les sirvieron el guiso de carne que tanto éxito estaba teniendo esa noche.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lyan sin probar su plato.

—Los niños del puerto nos avisarán cuando lleguen las quejas de los clientes —dijo Elle y un sorbió un poco de vino—. Ahora toca esperar.

—Brindemos por el trabajo bien hecho —dijo Ben levantando la copa.

Todos lo imitaron y brindaron convencidos de haber conseguido engañar a los industriales más poderosos de la ciudad.

Estaban disfrutando de la cena cuando la puerta de la taberna se abrió con un golpe.

—Ha sido aquí —dijo uno de los hombres a los que habían drogado minutos antes—. Aquí nos quedamos dormidos.

—¿Quién es el dueño del establecimiento? —preguntó el alguacil con la voz ronca que le causaba respirar sobre su máscara.

—Soy yo —dijo el padre de Ben.

Su esposa se acercó por detrás y puso su mano en el hombro de su marido. Los chicos se levantaron de la mesa.

—Ellos no han hecho nada malo —gritó Ben y corrió a ponerse delante de sus padres.

—Señor alguacil —añadió el otro hombre—, vinimos al establecimiento aconsejados por un hombre ciego que insistió mucho en que aquí se servía la mejor comida de todo el puerto.

Miraron alrededor, pero el ciego ya se había marchado

—Eso es cierto. En esta taberna se sirve la mejor comida de Akwaburgo. Mi mujer es una gran cocinera —dijo el padre de Ben.

—Al tomar dos jarras de cerveza nos quedamos dormidos. Cuando llegamos a descargar, revisaron la mercancía y nos advirtieron que eso no era lo que debíamos transportar. Debieron cambiárnosla.

—Esta noche me los llevaré al calabozo para que sean interrogados y aclaremos unas dudas.

—El alguacil desenfundó su pistola—. ¿Quién presentará la denuncia?

—Lord Gudbrand se personará, mañana por la mañana a primera hora, para firmar la acusación —explicó uno de los transportistas.

—Está bien. Pueden llevárselos. —Los señaló y dejó paso a sus ayudantes.

—¡No! —gritó Ben, que recibió golpe en la cara que lo tumbó.

Dos alguaciles sujetaron a los padres de Ben por las muñecas para esposarlos. Los clientes que quedaban en Faena de Faes decidieron marcharse y dejarlos solos. Elle se subió a la mesa y saltó sobre uno de ellos. Ekôn la siguió y le quitó de encima a otro que sacaba una pistola y le apuntaba a la espalda. Lo golpeó en el costado y la bala se quedó alojada en el techo. Crasha hizo volar los sombreros de copa y dejó al descubierto las cabezas metálicas que unían las máscaras de pico de pájaro con los tubos de la espalda. Lyan chillaba subida a una silla. Daren le dio un culatazo en la cabeza con su pistola, pero no consiguió más que enfadarle. El alguacil se defendió y dejó a Daren tumbado boca abajo con una raja sangrante en el cuero cabelludo. Zoraya estiró sus manos con los ojos cerrados e invocó el aire. Consiguió apagar todas las velas. Se quedaron en penumbra, tan solo iluminados por el resplandor de la chimenea. Ekôn partió una silla hasta desencajar una de las patas, con la que golpeó en la espalda a uno de los alguaciles e hizo saltar el tubo de la máscara. El hombre comenzó a retorcerse. Al verlo asfixiarse, Elle se agarró a los tubos de otro alguacil. El hombre le dio un puñetazo en el costado y le abrió los puntos de su antigua herida. Elle se desgarró en un chillido, pero no soltó los tubos hasta que pudo quitárselos. El hombre le apartó las manos y comenzó dar manotazos para intentar volver a conectar los tubos con los que respiraba. Ben la emprendió a trompadas con unos de los transportistas hasta dejarlo inconsciente. Daren golpeó al otro hasta dejarlo medio muerto.

Cuando terminó la pelea, el local estaba destrozado. El padre de Ben miraba desolado el lamentable aspecto de su negocio. Los cuerpos de los alguaciles y de los transportistas estaban tumbados en el suelo.

—Debéis marcharos antes de que vengan a buscaros.

—Padre, venid con nosotros.

—Idos. Nosotros nos esconderemos. No os preocupéis. No nos encontrarán —dijo su madre.

—Voy con vosotros —dijo Ben—. Marchaos, luego nos vemos en el refugio. Necesito dejarlos en un lugar seguro y comprobar que van a estar a salvo.

## CAPÍTULO 36

### Daren

Daren recobró el conocimiento mientras estaba tumbado en la parte trasera de una carreta que traqueteaba como si fuera a romperse. La sangre seca le había pegado las pestañas y le impedía ver por el ojo derecho. Se tocó la cabeza, le palpitaba como si fuese a estallar. Se asustó cuando vio su mano llena de sangre y notó el tamaño de la herida. Debía de faltar poco para llegar al refugio; por la ventanilla veía los árboles del bosque Dyeum. Lyan llevaba las riendas de la carreta. A su lado, Svet se agarraba a la tabla donde estaban sentados. Por delante oía el trote de otros caballos, sin distinguir de quiénes eran. Elle y Ekôn, tras ellos, cabalgaban vigilando que no los siguieran.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Ekôn.

Daren no pudo contestar. Estaba tan mareado por las sacudidas y la sangre, que asomó la cabeza fuera del carro y vomitó.

—Amigo, ten cuidado o nos salpicarás —dijo Ekôn.

Al llegar, no quiso que nadie lo ayudara a bajar, y se desplomó suelo. Ekôn lo ayudó a entrar. Cuando el agua de la cascada de la entrada mojó su herida, comenzó a escocerle y no pudo evitar morderse los labios mientras le caían las lágrimas. Rhian corrió a preparar un ungüento de hierbas y Zoraya calentó un barreño de agua con el uso de la magia. Entretanto, Lyan esterilizaba una aguja. Encendieron un fuego, limpiaron su herida y Lyan comenzó a cosérsela.

Daren oyó un ruido en el interior de las grutas que daban a la sala principal del refugio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó y se llevó las manos a la cartuchera para desenfundar la pistola, pero no la tenía. Debió de perderla en la pelea.

—Yo no he oído nada, y si no te estás quieto no podré suturarte bien. Te advierto que, si me dejas zurcirte en condiciones, sanarás rápido ¿Verdad, Elle? —dijo Lyan al girar la cabeza para mirarla.

—Sí, claro. Estate quieto —dijo tocándose el costado.

Al separar la mano de su cintura se dieron cuenta de que Elle sangraba. Su habitual atuendo negro disimulaba las manchas de sangre. Ekôn corrió a subirle el chaleco y comprobó que la herida de Elle se había abierto.

—Jamás te perdonaré que consientas que me cosan antes que a ti —dijo Daren enfadado.

—No haberte desmayado —bromeó Elle con la camisa abierta y limpiándose ella misma la herida—, y no haber vomitado.

—Acércate, Elle. Te curaré... —pidió Rhian.

Elle sonrió sin ganas y se sentó en un banco junto al fuego, donde estaban atendiendo a su amigo. Rhian le limpió la herida a conciencia. Daren no se atrevía a quejarse tras ver a Elle con cara de dolor, pero sin emitir sonido.

Mantuvieron silencio y el ruido esta vez fue más evidente. Había alguien allí con ellos.

Ekôn corrió a abrir el cajón de una mesa donde habían guardado unas pistolas y le tiró una a

Svet, pero se le cayó al suelo. Elle quiso levantarse, pero Rhian se lo impidió. Svet recogió el arma y siguió a Ekôn, que se estaba adentrando en una de las grutas. Se oyeron ruidos y una conversación indescifrable, pero no se oyó ningún disparo.

—Mirad quién ha venido a visitarnos —dijo Ekôn.

Ekôn y Svet salían de las sombras delante de dos personas.

—¡Zeth! —gritó Rhian.

—Joder, Lyan, ten cuidado que me haces daño —dijo Daren agarrándose la cabeza.

Tanto Lyan como Rhian dejaron las agujas colgando de las heridas de Daren y Elle y fueron a abrazar a Zeth. Tenía unas ojeras pronunciadas y estaba más delgado; caminaba arrastrando los pies. Lo acompañaba un hombre de mediana edad, alto, delgado y rubio que vestía un elegante traje gris y un abrigo negro hecho a medida. Su rostro era sereno y serio.

—Tienes mal aspecto —dijo Daren dándole la mano sin levantarse de la silla.

—Amigo mío, ahora mismo creo que tú tienes peor aspecto que yo —contestó Zeth con una sonrisa triste—. Por favor, permitidme que os presente a mi amigo lord Wilson. —Señaló a su distinguido acompañante—. Estos son Svet, Zoraya, Lyan y Daren. A los demás ya los conoces.

—Me alegro de verte, Steven —Rhian le dio un beso en la mejilla.

—Zeth me ha hablado mucho de vosotros. Es un honor conocerlos —dijo y estrechó la mano de todos.

—Lyan, por favor, no me dejes así —dijo Daren y sopló la aguja para que no le entrase en el ojo.

—Ay, claro. Perdona.

No tardaron mucho en terminar de coser, untar las heridas con un emplastro de hierbas, y vendarlas. Rhian preparó té para todos y un brebaje analgésico para Daren y Elle, que más de uno tomó después de la paliza que les habían dado.

—¿Nos puedes explicar dónde has estado metido todo este tiempo? —preguntó Daren dando un sorbo a su bebida—. Te hemos buscado por todas partes.

—Incluso entramos en el Liceo a rescatarte —dijo Svet.

—Es una larga historia —dijo Zeth.

Zeth les explicó cómo se produjo el arresto en el Liceo, su largo encierro en la casa abandonada, donde recibía la visita de Marcus Weber y Adrián Lope de Taso para recabar información sobre la rebelión, y la muerte de Hlodowig.

—Elle encontró un ciego en el puerto, que al parecer tenía información relevante, según una adivina que conocieron ella y Lyan —dijo Ekôn.

—Ezra, la mujer de Ovraken —dijo Lyan.

—Exacto. Además, cuando fuimos a hablar con el boticario y cogiste la documentación de los pedidos, dijiste que junto con el mercurio, Marcus Weber recogía una cantidad importante de un filtro de amor. Al principio pensé que era un cerdo, que lo único que deseaba era aprovecharse de alguna incauta muchacha, pero más tarde me di cuenta de que podría usarse en interrogatorios. Cuando hablamos con Dalan y le conté mis sospechas, me dijo que sabía que los Weber tenían una vivienda abandonada, donde alguna vez había dormido resguardándose del frío. Y por suerte resultó ser allí donde lo tenían retenido.

—Dalan sugirió que lo trasladásemos a casa de lord Wilson y le pidiéramos ayuda —dijo Ekôn.

—Hicisteis bien. Hubiera preferido que descansase unos días, pero lo único que quería era venir a ver cómo estabais —dijo lord Wilson.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Lyan—. Te habríamos acompañado.

—Ya tuvimos bastantes problemas cuando entramos en el Liceo. No quería ponerlos en peligro.

—¿Por qué dices eso? ¡Eres tú la que siempre sale herida! —gritó Lyan.

—Joder, no te pongas así. No quería decepcionaros. No sabía qué me iba a encontrar. Ya os he metido en suficientes problemas. No sabía si nos encontraríamos con una trampa o si mis sospechas eran infundadas. Además, no estaba sola; Ekôn y Dalan me acompañaron —dijo alzando la voz. Luego golpeó la mesa con su taza mientras se sujetaba la herida del costado.

—Prepararé unos tónicos para desintoxicarte de la droga del demonio. Tiene un sabor repugnante, pero en menos de una hora recuperarás la magia —dijo Rhian. Se levantó y cogió varias hierbas—. Pobre Hlodowig. ¿Dónde estará su cuerpo?

—Lo habrán dejado colgado en alguna parte de la ciudad, como al resto de magos que han asesinado —dijo Daren.

—¿Cómo sabíais que eran ellos? —preguntó Zeth.

—El boticario nos confesó que la muerte del primer mago fue un error y que a Marcus Weber se le ocurrió continuar, y para ello lo obligó a fabricar cianuro de mercurio en cantidades industriales. Sabíamos que a su vez era amigo de Adrián Lope de Taso, a quien vimos como compañeros de juerga en el local de Héctor Chevalier. Si Hernán Lope de Taso y su hijo Carlos sabían que magos habían intentado huir y habían sobrevivido a la matanza de sus padres, era de suponer que Adrián podría estar informado de los magos que habíais estado implicados en la rebelión.

—Serán cabrones. —Lord Steven Wilson dio un puñetazo en la mesa—. ¡Pues, claro que lo saben!

—Nos ocuparemos de ellos más tarde, pero hemos estado un poco atareados estos últimos días —dijo Elle.

—¿A qué te refieres? ¿Qué habéis hecho? —preguntó Zeth.

—Hemos descubierto que lord Weber, dueño de la empresa textil, lord Gudbrand, dueño de la fábrica de armas y lord Phelix, el boticario, emiten pagos a Lope de Taso. El corsario roba, lleva y trae mercancía de contrabando. Onnan, el jefe del muelle, admite que la mercancía desembarque sin revisión —explicó Daren.

—Creo que tienes un gran problema dentro de tu propia casa —advirtió Elle a lord Wilson.

—Gracias a que lord Koert Meyer, el fedatario público que firma las actas y documentaciones, lord Edward Zhoa, el banquero responsable de los impuestos, y lord Bailey, el gobernador, falsifican la documentación y miran para otro lado a cambio del pago de comisiones —añadió Svet.

—¿Cómo lo habéis averiguado? —preguntó Zeth.

—Ya te hemos dicho que hemos estado muy ocupados —contestó Elle.

—El caso es que no estamos seguros de si les hemos jodido o no el plan, porque hemos robado la mercancía que traían de contrabando y la hemos cambiado por otra sin valor, pero esta noche los alguaciles han venido a por nosotros —señaló Daren.

—Solo saben que les habían robado la carreta de la mercancía, pero tal vez no se den cuenta de que la del puerto es falsa y la envíen a su destino —sugirió Svet.

—¿Qué habéis hecho qué? —preguntó Zeth—. ¿Pero estáis locos? Deberíais haber seguido entrenando lo que os enseñamos.

—¡Darius apareció muerto a la vez que Hlodowig y tú desaparecisteis! —gritó Lyan apuntándole con un dedo—. Te buscamos por todas partes, tuvimos que robar armamento porque no sabemos cómo usar la magia, entramos en el Liceo para rescatarte, donde tú, por supuesto, no estabas, y casi matan a Elle. ¿Y tú piensas que debíamos habernos quedado aquí a entrenar? Eres

un ingrato.

Las miradas de sorpresa ante el arrebato de Lyan fueron interrumpidas por Ben, que entró en la habitación corriendo y sumamente agitado.

—Tenemos un problema... —dijo tras recuperar el aliento.

—¿Qué ha pasado? ¿Tus padres están bien? —preguntó Lyan.

—Mis padres están bien. Los he escondido y no creo que los encuentren. El problema es que nos están buscando por toda la ciudad —dijo Ben—. Ha salido el ejército a la calle. El gobernador ha dado orden de detenernos y están repartiendo nuestras descripciones. Están llamando casa por casa, inspeccionándolas. Han emitido varias acusaciones: por los asesinatos de los magos, el asalto al Liceo, por robo, estafa, en cada casa añaden una nueva acusación. Nos describen como muy peligrosos.

—Mierda —dijo Ekôn.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Svet.

—Nos cogerán e iremos a prisión. ¡Tal vez nos ahorquen! —gritó Lyan.

—Es imposible que nos encuentren aquí —dijo Svet tocándole un brazo para tranquilizarla.

—Y qué hacemos, ¿nos encerramos aquí para siempre? —preguntó Ekôn y se levantó de la silla.

—Salgamos. Enfrentémonos a ellos. Tenemos armas y podemos combatirlos. Me pondré en contacto con los enanos. Tenemos la mercancía que robamos en Faena de Faes. Tal vez les venga bien un nuevo suministro. Nos ayudarán —dijo Daren.

—Zeth, tú podrías hablar con ellos y contarles lo que te pasó. Puedes decirles que no somos culpables —suplicó Lyan.

Zeth sonrió con tristeza.

—Sabe que no le escucharán. Quieren una cabeza de turco. No quieren saber quiénes son los verdaderos culpables. Nadie deseará saber que Marcus Weber y Adrián Lope de Taso son los culpables de los asesinatos los magos. Sus padres los protegerán —dijo Ekôn.

—Nosotros solo queríamos hacer justicia, demostrarles que por muy poderosos que fueran no podrían salirse con la suya —añadió Lyan.

Elle se levantó y anduvo, medio cojeando, alrededor de la mesa donde estaban sentados.

—No se saldrán con la suya, Lyan. Todavía hay algo que podemos hacer—sugirió Elle.

—Elle, han ganado, ¿no lo entiendes? —preguntó Ben—. Ya no hay nada que podamos hacer.

—Sí, lo hay —dijo Elle—. Les hemos robado la mercancía, pero no les hemos quitado lo que más les importa: el suministro de magia. Debemos luchar, luchar hasta que no nos quede ni gota de sangre, hasta que se nos acabe el aliento. Porque si no lo hacemos, la muerte de nuestros padres no habrá servido para nada y nuestra vida de mierda en esta cloaca tampoco.

—Lucharé contigo. Les demostraremos que no nos rendimos con facilidad —dijo Daren.

—Yo no puedo. Tengo miedo. Seré un estorbo para vosotros.

—Lyan, te conozco desde que éramos niñas. Siempre dices que tienes miedo, pero eres la mujer más valiente que he conocido. Me gustaría salir de esta para verte convertida en una gran doctora.

—Saldremos de esta y seré médica —añadió.

—¿En qué podría ayudaros yo? Se me da fatal luchar y no sé disparar, soy un desastre —añadió Svet.

—Tú eres la pieza fundamental, Svet. Vas a robarles lo que más les importa en este mundo —dijo Elle—. Les vas a robar los suministros de magia y nosotros te ayudaremos.

—Esto es una locura —susurró Zeth.



—Es el momento que llevamos años esperando —contestó lord Wilson.

—Sí, pero no están preparados. No controlan la magia. Apenas saben usarla y estamos heridos —dijo Zeth.

—El tiempo se acaba y las circunstancias son las que son —dijo lord Wilson.

—Mierda, Elle, estás loca —dijo Ekôn—. Y bien, ¿cuál es el plan?

## CAPÍTULO 37

### Svet

Zeth insistió en recordar las lecciones de magia antes de adentrarse en la gruta que los llevaría hasta el Liceo. Svet dudaba de que pudieran hacer un uso efectivo de la magia, que apenas controlaban y no practicaban desde hacía tiempo. Todos lo dudaban, por eso iban cargados de armas y munición a sus espaldas. Groof, el duende que habían conocido en la gruta al sacar la difunta nave de Svet, corría delante de ellos para abrir caminos intransitables para los humanos y dirigirlos hasta el centro del barrio de Maghkei, desde donde podrían acceder a la canalización del éter.

—Recordad todo lo que hablamos cuando empezamos a entrenar —dijo Zeth, que andaba apoyado en un báculo—. Nuestra magia es energética. Tenéis que dar con el proceso adecuado que crea la luz, el calor, el aire y aprovechar vuestro instinto para realizar la transformación.

Svet no escuchaba las indicaciones de Zeth porque lo que más le preocupaba era cómo iban a realizar los desvíos del éter desde el suministro. Por lo que Rhian les había contado, y lo que él había visto en el corazón del Liceo, el suministro de éter se fabricaba con la aportación de varios grupos de magos trabajando en conjunto. Unos aportaban el fuego, otros el aire o el agua, y el grupo más dotado, que solía coincidir con los más veteranos, eran los encargados de realizar los hechizos para que los componentes pudieran unirse en la fabricación del poderoso magma. Una vez convertido en una sustancia viscosa y brillante, la canalización se realizaba por las entrañas de la ciudad hasta llegar a las fábricas y las viviendas de los ricos de la ciudad. Ahora debían desviar el éter en algún punto intermedio, sin que los magos se dieran cuenta de que algo iba mal y procurando que los industriales no recibieran la energía. Svet no tenía ni idea de dónde podría estar ese punto, por lo que no les quedaba más remedio que recorrer las alcantarillas hasta encontrarlo. La idea inicial fue buscar un punto cercano a su nacimiento, para poder desviarlo fuera de la ciudad, hacia el mar, donde lord Wilson dispondría unas naves que ocasionalmente utilizaba en Akwaburgo para el traslado de éter cuando la canalización fallaba.

—Seguidme por aquí —dijo Groof y fue abriendo una abertura en el túnel hasta que todos pudieron pasar. A los pocos metros volvieron a parar.

—No me pises —dijo Lyan tirando de la falda.

—Perdona, Lyan, es que abulta mucho —dijo Svet.

Al principio de la fila se encontraban Groof y Zeth iluminando el camino, y al final, detrás de Svet, estaba Zoraya.

—No creo que esa falda sea lo más adecuado para cumplir esta misión, la vas arrastrando —dijo Daren.

—Pues, no he podido cambiarme. Bastante estoy sufriendo con lo que pica esta tela. A callar, o la próxima vez que te hagan daño me ocuparé de que sufras cuando te esté cosiendo.

—Lo siento, Lyan, estás genial, como siempre.

Groof abrió un pasadizo. Destrozó una pared, rompió piedras, que caían a sus pies y levantaban una gran polvareda, hasta que los iluminó una luz fuerte y brillante. Estaban en las

alcantarillas de Akwaburgo, en plena canalización del éter. Caminaron por las orillas del cauce del magma en dirección a la desembocadura. El éter discurría por el centro del pasillo circular. En la primera intersección del pasadizo había un gran depósito subterráneo con una base de flotadores que medían el nivel del magma. De los depósitos salían unas tuberías en tres direcciones diferentes.

—Este es el punto —dijo Svet—. Aquí es donde comienza el suministro y es aquí donde debemos desviarlo.

Svet se quitó la bolsa de piel marrón en la que había transportado todas las herramientas que tenía en el refugio y que Zeth le había regalado. La dejó en el suelo y a su lado extendió un mapa de Akwaburgo.

—Se supone que deberíamos estar más o menos aquí —dijo Zeth señalando el punto en el mapa.

—Pues, deberíamos abrir la canalización hacia este lado —dijo Svet trazando la ruta con el dedo y miró la pared.

—Creo que no habrá problema —contestó Groof.

El pequeño duende palpó la pared que le había indicado Svet buscando algún tipo de abertura, por pequeña que fuera. Tardó un rato, pero encontró una. Extendió sus manos y se concentró en el hechizo, hasta que poco a poco la pared se fue resquebrajando. Se deshicieron las piedras y el hueco se fue agrandando hasta llegar al desfiladero que daba a la parte de atrás del Liceo. Svet apretó la mandíbula y se tapó los oídos por el estruendo, esperando que nadie, salvo ellos, pudiera sentir el temblor de la tierra. A través del agujero se veía la luz de la luna llena, se oía el ruido de las olas, incluso podían percibir el olor del agua de mar.

Svet se asomó y vio un gran barco, y varios a gran distancia en dirección al puerto. Zeth se arrastró junto a él y emitió unos destellos de luz con sus propias manos. El barco respondió con unas intermitencias de su faro.

La gruta que acababan de abrir era del tamaño de un enano, pero podían trabajar un par de hombres agachados e introducir un tubo de canalización sin problemas.

—Yo me despido de vosotros —dijo Groof y palmoteó su traje para limpiarse el polvo—. Cerraré el acceso hasta vuestro refugio para que nadie encuentre la entrada.

—Gracias, Groof —Zeth le estrechó la mano.

—Ha sido un placer ayudaros. Mucha suerte.

Groof abrió un nuevo acceso en la pared, que luego cerró hasta que el hueco en el suelo fue del tamaño de un ratón.

Svet se arrodilló para analizar las tuberías. Zeth se puso a su lado y le tocó un hombro.

—Ten cuidado, no lo toques, es muy peligroso —susurró.

—He trabajado en las tuberías que nos daban el suministro en la fábrica. He visto quemaduras horribles en algunos trabajadores, pero a mí nunca me afectó. Se me enrojecían un poco las manos, pero nada más.

Svet metió las manos en el magma de éter para demostrárselo.

—Svet, a muchos magos les produce quemaduras. Me sorprende que no te afecte. En cualquier caso —dijo y cogió sus manos para comprobar que no estaban heridas—, ten muchísimo cuidado.

—De acuerdo —contestó tras sacar las manos del magma y coger las herramientas—. Necesito que desviemos la canalización, por lo que tendré que cerrar por aquí —dijo señalando una tubería—, coger esa parte y llevarla por este lado. Si crees que el éter puede dañaros, sería mejor que os apartéis un poco. No quiero arriesgarme a que os lastiméis. No os preocupéis, la primera parte puedo hacerla solo. Cuando necesite vuestra ayuda, os avisaré.

—Está bien, apartémonos —dijo Zeth.

Svet comenzó a trabajar con las válvulas de seguridad que cerraban los circuitos de los suministros. Desatornilló varias tuberías, le ayudaron a transportar los pesados tubos para cambiar los recorridos, y los colocaron dentro del túnel abierto por Groof en dirección al acantilado.

A sus espaldas se oyeron unas fuertes pisadas en el fondo del túnel. Ben y Ekôn sujetaban unos de los tubos mientras Svet los reorganizaba. Inmediatamente paró de trabajar.

—Sigue, no pares, date prisa —dijo Ekôn agarrándole la manga de la camisa para llamarle la atención, y volviendo a dirigir su mano hacia el tornillo que estaba ajustando.

Svet asintió y, nervioso, agilizó el proceso.

—Tú sigue. Intentaremos ganar algo de tiempo —dijo Zeth a Svet y avanzó por el túnel en dirección a los pasos.

Daren y Elle se situaron tras él.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz a lo lejos.

Zeth se llevó el dedo a la boca pidiendo silencio.

Svet trabajaba todo lo deprisa que podía. Un resplandor de luz a su espalda iluminó el hueco donde trabajaba.

—Alto, ¿qué están haciendo? —volvió a preguntar la voz—. Corre, ve a pedir ayuda.

Zeth comenzó a disparar destellos de luz azul hasta que un sonido seco les indicó que había tumbado al hombre. Se acercaron al cuerpo.

—El suministro tiene revisiones de los conductos de forma aleatoria. No nos queda mucho tiempo, Svet, pronto vendrán a ver qué pasa —dijo Zeth.

—Lo siento, no puedo ir más rápido —gritó Svet mientras se limpiaba las gotas de sudor de la frente.

—Si no podemos ayudarlo con el trabajo, al menos debemos darle más tiempo —dijo Elle y corrió hacia el túnel por donde se había marchado el otro hombre.

—¡No vayas sola, Elle! —gritó Zeth.

—Voy con ella, quedaos aquí —dijo Ekôn.

—Voy con vosotros —dijo Daren.

—Está bien. El resto nos quedamos aquí para ayudar a Svet. Tened cuidado y no os alejéis mucho —dijo Zeth.

Svet no podía ver bien lo que pasaba fuera de su túnel. A su lado, Ben seguía ayudándole con los tubos y la canalización. Apenas cabían ambos, las tuberías y la bolsa de herramientas. A lo lejos se empezaron a escuchar gritos y disparos. Svet se quedó de nuevo inmóvil para intentar oír mejor.

—Venga, venga, venga. Date prisa —se dijo a sí mismo.

—Sigue, no lo pienses —lo animó Ben—. Ya sabes cómo dispara Daren y cómo lucha Elle. Además, Ekôn matará a cualquiera que se atreva a rozarla. Estarán bien. Concéntrate.

Eso quería Svet, concentrarse. Oía a sus espaldas pisadas que corrían, gritos, disparos. Se sentía mareado y sudaba. Deseaba salir a ayudarlos, pero sabía que su mejor aportación hasta ese día era lo que estaba haciendo. Podía desviar la canalización, robarles la energía y dejarlos sin suministros, pero necesitaba más tiempo. Un tiempo que parecía acabado.

—Ben, por favor, asómate un momento y, si puedes, tráeme la siguiente tubería —pidió Svet.

Ben dio la vuelta y desapareció del túnel. Al rato, Svet oyó el ruido del metal rozando con el suelo.

—Aquí la traigo, aparta un momento para que la coloquemos —dijo Ben.

—¿Qué has visto? —preguntó Svet.

—A Zoraya y Lyan. Zeth ha desaparecido y se ven fogonazos. Gritos y disparos —dijo Ben.

—Espero que estén todos bien.

El estruendo de un derrumbamiento los sobresaltó, y una nube de polvo llegó hasta sus pies. Zoraya y Lyan tosían en el exterior del túnel.

—¿Estáis bien? —preguntó Ben.

—Sí—respondió Lyan con un hilo de voz.

—¿Ha sido cerca? —volvió a preguntar Ben.

—No veo nada, Ben —dijo Lyan. En su tono de voz se notaba la desesperación—. Tal vez estén heridos.

Svet notó una sacudida de preocupación en el pecho. Nada de esto tendría sentido si alguno de ellos resultaba herido o muerto. Volvió a limpiar el sudor de su frente, consciente de su propio hedor. Era el olor del miedo.

Respiró a través de la abertura hacia el mar y salió del túnel marcha atrás. Necesitaba ver qué estaba pasando, hacerse una composición de lugar y luego volvería al trabajo. El túnel seguía intacto en su zona; si hubo derrumbamientos, debieron ocurrir más adelante. Su área de trabajo estaba tranquila.

—Puedo hacer esto yo solo, Ben. Necesito que vayáis a ayudarlos —dijo Svet.

—No creo que debas quedarte solo.

—Casi está terminado y parece que ha comenzado una guerra. Yo me ocupo de terminar el trabajo y de avisar a lord Wilson para comenzar el traslado. Así no puedo trabajar, necesito saber que ellos tienen toda la ayuda posible.

—Está bien —asintió Ben—, deja que te ayude a trasladar los últimos tubos y nos iremos.

—Gracias, Ben.

Trasladaron los últimos tubos hasta donde Svet estaba trabajando. Se oyó un segundo estruendo. Las paredes del túnel temblaron y una nube de polvo cubrió todo impidiendo ver y respirar.

—Marchaos. Si termino de colocar los tubos y hay derrumbamientos, no saldremos vivos de aquí. Llévatelas, por favor —dijo Svet nervioso señalando a Zoraya y Lyan.

—Cuídate, amigo —dijo Ben y le dio un abrazo.

Svet vio cómo se alejaban por el túnel hasta que la nube de polvo los arropó. Otra explosión le heló la sangre. El ruido de las piedras cayendo le pareció demasiado cercano. El túnel se había derrumbado sobre sus cabezas.

## CAPÍTULO 38

### Zoraya

Zoraya no sabía cuánto tiempo estuvo dormida. La última explosión había derrumbado el túnel justo cuando ellos pasaban. Sintió un golpe y las piedras sobre su espalda. Se había desmayado. Intentó moverse, pero estaba aplastada. Le dolía la espalda y casi no podía respirar. Sentía que el canto de una piedra le aplastaba la cabeza y le rasgaba la mejilla. Le entró el pánico. Pensó que no volvería a ver a su familia, que moriría lejos de su hogar.

Analizó lo que sentía desde la punta de los dedos de los pies hasta su cabeza. Percibió cada una de las heridas de su cuerpo. No tenía ningún hueso roto. Cerró los ojos y respiró despacio para concentrarse. Invocó a Ters, dios de la tierra y el inframundo. A su espalda se oyó el sonido de la arenilla y las piedras que se desplazaban a los lados. Ella era la tierra, el polvo y las piedras que la cubrían. Podía moverlas a su antojo. Primero las pequeñas, luego un poco más grandes. Una enorme le aplastaba las piernas. Se movió hacia los lados buscando espacio. Tardó un rato, pero pudo salir de su prisión.

La luz de la luna llena entraba por un enorme agujero. Zoraya buscó el cuerpo de Lyan y Ben. Estaban a su lado cuando ocurrió la explosión. Intentó concentrarse en sonidos de respiración o gemidos, pero los gritos y disparos del exterior se lo impedían.

Se quedó quieta para no pisarlos sin darse cuenta. Convocó la luz y alumbró a su lado. Vio una mano y el pelo rubio de Lyan. Retiró las piedras que había sobre su amiga, con cuidado de no hacerle daño. Pudo sacarla de debajo de las rocas con la ayuda de sus manos y de la magia. Dejó a un lado el cuerpo de Lyan, que respiraba débilmente, y buscó a Ben, que yacía a su lado y se despertó antes. Se arrastró junto al cuerpo de Lyan y le acarició la cabeza.

—¿Bien? —preguntó Zoraya.

—Gracias, Zoraya. Estamos bien —asintió Ben sonriendo.

Salieron al exterior del túnel. Desde esa zona vieron las casas destrizadas. Los dragones furiosos surcaban el cielo lanzando llamaradas y rugidos. Las calles estaban desiertas. Siguieron bajando en busca de sus amigos, o de sus cuerpos. Se veían ráfagas de fuego y se oían los disparos a una distancia no muy lejana, en dirección al puerto.

Lyan comenzó a correr. Ben y Zoraya la siguieron. Vio a lo lejos a Ekôn, Elle, Daren y Zeth luchando frente a un ejército de magos que lanzaban bolas de fuego y un regimiento de infantería que no paraba de disparar. Estaban parapetados tras carros y carrozas que habían volcado.

—Elle —gritó Lyan, que corrió hacia su amiga y se arrodilló a su lado.

Elle arrastró a Lyan debajo de uno de los carros. Tiró del brazo de Zoraya y la atrajo a su lado para protegerla. Un reducido grupo de magos ayudaba a sus amigos a este lado de las barricadas. Zoraya se puso al lado de Zeth. Asintió sonriendo a modo de saludo y buscó en sus entrañas el calor, la rabia y las ganas de vivir para convocar el fuego. Enormes bolas de fuego salían de sus manos en dirección a las decenas de magos que los atacaban de frente. Los dragones revoloteaban por el medio acometiendo a unos y otros.

Daren y Ekôn disparaban con escopetas desde detrás de un carro destrizado. Ben se puso a su

lado y también comenzó a disparar. Lyan se acercó al grupo y decidió recargar las armas para que estuvieran preparadas cuando a sus amigos se les acababa la munición.

Un enorme dragón verde arremetió contra ellos e incendió el carro en el que se habían parapetado. Ekôn consiguió invocar algo de agua para apagar el fuego y sonrió triunfante ante su hazaña. Pero la calle se había llenado de fogatas y en el aire flotaban pavesas como multitud luciérnagas.

Zoraya decidió unir su energía a la de Zeth para conseguir que sus bolas de fuego tuvieran mayor tamaño y fueran más rápidas. Zeth dirigía los disparos hacia los magos. Zoraya decidió romper su dominio para alcanzar a un grupo de soldados y que sus amigos pudieran tomarse un respiro. Los hombres comenzaron a arder y gritaban pidiendo ayuda. Se revolcaron sobre el suelo y algunos consiguieron apagarse. Elle convocó agua que cayó como lluvia sobre ellos. A Zoraya le pareció un acto de compasión muy propio de Elle.

Comenzaron a llegar más soldados y magos a las filas de los enemigos.

Zoraya oyó el silbido de los disparos junto a su cabeza. Decidió convocar la tierra e impulsar guijarros. Algunos magos que les ayudaban y, hasta ahora convocaban fuego, decidieron seguirla y, pese a que las fuerzas no estaban igualadas, consiguieron ganar algo de tiempo. Pero el otro bando tenía más magos, con más experiencia, y pronto recibieron también una lluvia de piedras. Era cuestión de tiempo que acabasen heridos y derrotados. Nunca podrían vencerlos. Los guijarros que impactaban sus caras, les rasgaban la carne. Zoraya vio las heridas sangrantes en la frente y las mejillas de sus amigos. Se llevó las manos a la cara para cubrirse y vio la sangre en las palmas de sus manos. Sus brazos desnudos estaban llenos de pequeñas laceraciones.

Los dragones, que volaban en círculos sobre la batalla, escupieron fuego sobre ellos. El dragón verde, más grande que el resto, aterrizó en medio de ambos bandos y se dirigió hacia el bando de Zeth mostrando sus colmillos. Los chicos se escondieron en cuanto advirtieron la cercanía de la bestia.

Un dragón naranja, de menor tamaño, descendió raudamente desde el cielo y atacó por sorpresa al verde. La bestia, con la garganta desgarrada, no pudo hacer frente a Thais, que se subió a su lomo y lanzó un terrible rugido acompañado de una enorme bocanada de fuego hacia los atónitos enemigos.

—Thais —gritó Elle.

Lanzó fuego sobre el dragón moribundo y se situó junto a Elle. La enorme bestia herida levantó el vuelo con dificultad y alejó de la batalla al resto de los dragones.

Elle montó a su dragona. El bando enemigo había retomado el ataque y caían sobre sus cabezas bolas de fuego, aire huracanado y lluvia de piedras. Elle tomó vuelo bajo la atenta mirada de Ekôn y empezó a sobrevolar a los soldados y magos enemigos. Thais escupía fuego mientras ella les disparaba. Inmediatamente, varios soldados se centraron tan solo en atacarlas. Ekôn, a su vez, disparaba furioso sobre ese grupo concreto.

Zoraya se concentró en su misión: ayudar a Zeth a desestabilizar a sus enemigos hasta que pudieran escapar. Se prometió a sí misma que si salían de este lío, hablaría con él para que la ayudase a volver a su casa. Había aprendido las palabras necesarias para decirselo. Hogar, volver, familia, por favor, ayuda. Zeth no se negaría, si eran capaces de sobrevivir a esa noche.

## CAPÍTULO 39

### Daren

Daren se había olvidado del dolor que le producía su herida de la cabeza. Lyan le entregaba una escopeta cargada y él le devolvía la vacía. Agarró el arma con ambas manos y la fue asomando despacio, por encima de las tablas del carro. Analizó los puntos de disparo. Respiró lentamente.

—Si consigues darle a ese horrible mago de cejas puntiagudas te invito a una cerveza —susurró Bossert a su espalda.

—Trato hecho —dijo Daren.

Notaba la agitada respiración de cinco cabezas a su espalda. Sonrió, apuntó y la bala atravesó la mano alzada del mago, justo cuando estaba a punto de arrojarles una bola de fuego que se deshizo al instante. Daren se dio la vuelta y a su espalda, sus cinco pequeños amigos, se pusieron de puntillas para mirar cómo el mago se retorció de dolor. Se rieron a carcajadas.

—Amigos míos —dijo Daren con una gran sonrisa—, no sabéis cuánto me alegro de veros.

—Oímos explosiones —dijo Izzhalf.

—Y disparos —añadió Bossert.

—Y a los dragones —dijo Bestrum.

—Nunca nos perderíamos una buena batalla —dijo Kafreer.

—Esta parece buena —dijo Derhalf.

—Nos avisó Rhian. Dijo que hablásemos contigo. Que nos habías conseguido más armas —confesó Bossert.

La batalla parecía perdida, pero con la ayuda de los enanos la lucha podía, si no igualarse, al menos tardar más en perderse. Los cinco se cobijaron tras la carreta volcada a su lado y necesitaron colocar unos tablones de madera a sus pies para ver a los enemigos. De forma rápida y eficaz empezaron a disparar. Unos se retaban a los otros para alcanzar los objetivos más insospechados. El hombro del mago con ese bigote tan feo y puntiagudo, el sombrero del soldado con el pañuelo atado al cuello, el moño de esa maga de pelo gris y cara de loca. El juego se alternaba con momentos de lucidez en los que alcanzaban peligros reales o ayudaban a Ekôn a quitar de encima algún tirador que acechaba a Elle.

En el otro bando, los magos usaban la magia para generar una tormenta de fuego, piedras y arena. Daren supuso que dependía de las mejores habilidades de sus enemigos. Zeth había identificado al líder del bando contrario: era Tanish Zimmah, el mago que vieron Svet, Ekôn y Ben en las alcantarillas conspirando con el gobernador de Akwaburgo, que estaba al mando de los soldados.

Unos reporteros de los dos periódicos más importantes de Akwaburgo comenzaron a situarse en los balcones, con cámaras fotográficas de fuelle y blocs de notas en las que apuntaban las vicisitudes de la batalla. Algunos habitantes habían conseguido hacer negocio alquilándoles los balcones.

Las filas enemigas comenzaron a abrirse a izquierda y derecha, haciendo dos pasillos frente a ellos. Dejaron de disparar unos segundos para dejar paso ocho hombres que arrastraban dos



cañones de fuego rápido, con mecanismos y engranajes que conferían a las máquinas una presencia aterradora. Daren los conocía. Los fabricaban en la armería de lord Gudbrand. Eran las piezas de artillería que se habían quedado sin vender cuando acabó la guerra. Antes de guardarlos en el almacén, les hicieron modificaciones para convertirlos en extravagantes máquinas de matar. Daren los había revisado y mantenido durante años.

Uno de los cañones ya estaba preparado. El soldado artillero introdujo la bala y la pólvora ayudándose de un atacador. El artillero auxiliar introdujo la mecha por el oído y encendió la pólvora.

—¡Fuego! —gritó el artillero.

El cañón abrió fuego.

El impacto los hubiera matado a todos si no fuera por la impericia de los artilleros. Estaban demasiado cerca y, aunque destruyó una de las carretas que los protegía, no produjo heridos.

—¿Estáis todos bien? —gritó Daren.

No le contestaron, pero no vio a nadie herido. Continuó disparando para evitar que pudieran recargar los cañones. Buscó a Elle porque llevaba un buen rato sin verla. Los rugidos y fogonazos de Thais aparecieron lejanos en el cielo. Elle se acercaba a lomos de su dragona.

—Elle —volvió a gritar—, no los dejes acercarse a los cañones. Dispara a quien se acerque a cargarlos.

—De acuerdo.

Elle se sujetaba a Thais solo con la fuerza de sus piernas. En una de las manos llevaba una pistola y con otra acariciaba el cuello de la dragona para infundirle ánimo.

—Ten muchísimo cuidado —gritó Ekôn y masculló algo inteligible para sus adentros.

Elle, desde el cielo, comenzó a disparar a los soldados que intentaban cargar el cañón. Thais escupía fuego sobre el soporte y sus ruedas de madera. Con la ayuda de Zeth, que disparaba bolas de fuego sobre ellos, consiguieron destruirlos. Aterrizó para dejar descansar a Thais. Desmontó y estiró las piernas. Ekôn se acercó y comprobó que no estaba herida.

—He hecho una corta parada y vendrán a ayudarnos —dijo Elle.

—¿Quién? —preguntó Daren.

—Los hombres de Chevalier —respondió.

Tardaron un rato en aparecer, pero fueron bien recibidos, ya que el ejército enemigo tenía cada vez más armamento. Las carretas de la fábrica de lord Gudbrand aparcaban cerca de la contienda y realizaban entregas a los soldados. Daren, sin embargo, era consciente de que a ellos se les acababa la munición.

—Hola, amor —dijo Héctor Chevalier e intentó besarla. Elle giró la cara y el beso cayó en la mejilla—. ¡Ekôn, me alegro de verte! —le dio un apretón de manos.

—Hola, Héctor. Gracias por la ayuda.

—Parece que habéis armado un gran revuelo. No es tu estilo, Elle. Siempre has sido mucho más discreta —contestó Chevalier remangándose la camisa.

Lanzó una media sonrisa a Elle, cargada de intenciones, que ella ignoró.

—¿Veis las carretas que hay ahí? —Elle señaló las del logotipo de la fábrica de armas de lord Gudbrand—. Vayamos a robar su armamento.

Héctor Chevalier, sus hombres de seguridad, Daren y Ekôn la siguieron. Elle subió a los tejados y los demás esperaron a que avanzase y les diera las indicaciones sobre qué recorrido estaba despejado. Callejearon hasta situarse tras las carretas. Elle saltó y golpeó la cabeza del hombre que vigilaba el armamento. Eligieron las armas y cargaron las cajas de munición. Cuando acabaron, Elle hizo explotar las carretas hasta que su mercancía desapareció entre las llamas.

Volvieron y repartieron armas y munición al grupo.

En un balcón de una de las viviendas más altas y alejadas del conflicto, Daren pudo ver a lord Gudbrand acompañado del gobernador de Akwaburgo. Señalaban las zonas de conflicto y cotorreaban acercando sus cabezas, lejos del peligro de la batalla. Daren sintió que le hervía la sangre.

El silbido de una bala dio en el blanco. Sonó el golpe seco de una caída.

—¡Izzhalf, hermano! —gritó Derhalf sujetando el cuerpo herido del enano—. Por favor, por favor, dime algo.

—No me chilles —susurró con los ojos cerrados.

—Gracias a los dioses —dijo Derhalf. Luego le taponó con sus manos la herida del estómago, que sangraba a borbotones—. Tranquilo, te pondrás bien.

Lyan corrió hacia ellos. Se esforzó por rasgar con un cuchillo la armadura de piel y vio la herida. La cara que puso Lyan no le gustó nada a Daren.

—Trasladémosle a esa zona —dijo señalando una esquina de la calle.

—Traedlo a mi casa —dijo el duende boticario.

—Señor Ovraken, me alegro de volverle a ver —dijo Lyan—. Muchas gracias por su ayuda.

—Humanos, estúpidos humanos, vais a conseguir que nos maten a todos. Ezra está dentro. Nos ayudará a sacarle la bala. Prepararé la botica. Si alguien más sale herido, lo traéis hasta la puerta, del resto nos encargaremos nosotros.

Ben cogió al enano en brazos y acompañó a Lyan hasta la botica del señor Ovraken.

Derhalf comenzó a disparar, cargado de furia, contra el bando contrario.

La batalla se recrudeció y se extendió a las calles aledañas. Las casas, encorvadas e irregulares, tenían agujeros de balas.

—Deberíamos separarnos —gritó Daren.

—Tienes razón. No sobreviviremos mucho tiempo parapetados en un mismo lugar —dijo Ekôn.

—Está bien. Escondámonos y nos reorganizaremos —dijo Daren.

—Seguidnos —dijo Bossert.

—¡Id! ¡Yo os cubro! —gritó Derhalf.

Gracias al trabajo de Elle y Thais, que habían vuelto a retomar el vuelo, y de la rabia que escupía cada una de las balas que disparaba Derhalf, consiguieron deslizarse hacia un callejón. Kafreer se quedó en la esquina protegiendo la entrada.

—Ahora mismo nos tienen acorralados, solo es cuestión de tiempo que acaben con nosotros. Tenemos que dividirnos, escabullirnos por los callejones y atacarlos por sorpresa. Esos cañones no son fáciles de transportar. Los soldados se mueven por regimientos y los magos no tienen ni idea de táctica militar. Solo funcionaría una guerra de guerrillas —dijo Daren.

—¡Derhalf! —gritó Kafreer.

Dejó su puesto y corrió a socorrerlo. Los demás corrieron tras él. La herida tenía un aspecto horrible. La bala había atravesado los pulmones y debía de estar alojada muy cerca de su corazón. Daren puso las manos sobre ella para taponarla. Lo cogió en brazos y corrió hacia la botica del señor Ovraken. Abrió la puerta de la tienda con un fuerte puntapié. Las campanillas tintinearón. Habían despejado la estancia y puesto en el suelo cojines, colchones y mantas para improvisar un hospital de campaña. Había magos heridos en filas, con vendas ensangrentadas y la respiración agitada. Daren no vio a Izzhalf entre los heridos.

—¡Lyan, ayúdame!

Lyan salió de la trastienda limpiándose las manos ensangrentadas en un mandil blanco que

apenas le cubría la falda. Tenía un moño del que salían algunos mechones alborotados.

—Tumbalo aquí —dijo quitando una jarra de agua del mostrador.

—Cuida de él, por favor. Ahora vuelvo.

Daren se marchó directo a por su objetivo. Se aseguró de llevar cargada su escopeta. Se escurrió por las callejuelas y llegó hasta un sitio desde el que podía alcanzar a lord Gudbrand. Esa zona de la calle estaba desierta, ya que se habían situado en una franja alejada de la batalla. El primer disparo le dio en la mano que apoyaba para asomarse desde el balcón. El segundo disparo, unido a una ráfaga de viento que Daren convocó, le dio en el hombro y consiguió tirarlo al vacío. El golpe no lo mató. Respiraba con dificultad tumbado en el suelo. Un hilo de sangre le salía de la boca. Daren cogió su escopeta y le apuntó. Allí estaba, la oportunidad que desde niño había deseado. El hombre que le había hecho la vida imposible estaba indefenso a sus pies. El gobernador se refugió en la vivienda.

—A qué esperas. Eres un cobarde. Siempre lo has sido. Dispara si tienes cojones. —Tosió sangre y siguió hablando—. Siempre sospeché que eras el hijo de un mago. El día que te pegué una paliza y tus manos comenzaron a arder, por accidente se encendió parte de la pólvora y la fábrica estalló en mil pedazos. Pero por mal que te tratase, por palizas que te diera, no fui capaz de volver a ver tu magia. Siempre pensé que fue porque eras un cobarde. Nunca te atreverías a despertar la magia en tu interior. Hubieras sido tan útil...

Le apuntó con la escopeta entre las cejas.

—¡Daren! —Lyan bajaba la calle corriendo en su dirección. Se sujetaba la falda y daba grandes zancadas. Toda su ropa estaba manchada de sangre—. Lo siento muchísimo. —Dejó de correr y comenzó a andar despacio, como si tuviera miedo de ser atacada por un animal herido. Cuando llegó a su lado, lo abrazó. Daren se quedó con los brazos pegados a su cuerpo, sin devolver el abrazo a Lyan, que apenas podía abarcarlo y le estaba mojando la camisa con sus lágrimas—. No hemos podido hacer nada. Las heridas eran muy graves y han muerto.

—¿Ambos? —preguntó Daren.

Lyan se separó de Daren y asintió. Miró el cuerpo tumbado de lord Gudbrand.

—Vete.

—Daren...

—¡Vete, por favor!

Lyan se marchó. Subió la calle en dirección a la botica del señor Ovraken. De vez en cuando giraba la cabeza buscándolo con la mirada.

Daren miró a lord Gudbrand a los ojos. Pensó que la noticia de la muerte de sus amigos le debía hacer gracia a su jefe, ya que sonreía con un gesto confuso de satisfacción y dolor.

—Pensé que todo lo que deseaba en esta vida era verte muerto, pero me he dado cuenta de que eres insignificante. En este momento me da igual si mueres, vives o qué haces con tu miserable existencia. Lo único que me importa es haber perdido a mis amigos que, al contrario que tú, eran hombres de honor. —Daren dudaba sobre qué hacer—. En el fondo creo que lo primordial ni siquiera es qué haces a lo largo de tu vida, sino con quién lo haces. Rodearme de gente que me aprecia y aprecio, que me ayuda, que me acompaña en mis momentos malos y ríe conmigo cuando estoy feliz. Eso sí importa, no tú.

Daren lo dejó tumbado, tosiendo sangre, y se alejó calle arriba en busca de sus amigos.

—¡Eres un cobarde! ¡Un mierda! —gritó lord Gudbrand.

Daren dio media vuelta y le disparó.

## CAPÍTULO 40

### Lyan

En reino de Khonikash convivían tantas religiones como especies. Cada una de ellas tenía una teoría sobre la muerte y el más allá. Lyan estaba convencida de que perdía más el que se quedaba que el que se marchaba a otra vida, hubiera o no otra vida. No creía en la oscuridad ni en el infierno, porque pensaba que la mayoría ya lo vivían en la Tierra. Sus dudas sobre la posibilidad de que no hubiera nada después de la muerte la incitaban a ser la mejor versión de sí misma en el presente, y se esforzaba en ello. Desde pequeña trataron de inculcarle la religión de los humanos de Khonikash. Los dioses principales eran Gaea, la Madre Tierra, y Helios, el Padre Sol, y el resto de dioses menores eran sus hijos. Pero en las creencias religiosas era habitual la mezcla de ritos. Sus fiestas favoritas eran los solsticios y los equinoccios. En estas cuatro fiestas del año se celebraban las bodas y, al igual que sus dioses, las parejas, una vez casadas, se juraban fidelidad y lealtad. La moral era tan rígida como hipócrita. Por eso Lyan no era muy religiosa. Los enanos tampoco, pero consideraban que la muerte en batalla era más honrosa que la muerte natural. Por eso siempre luchaban, por muy avanzados que fueran de edad.

Ovraken la había ayudado a apartar los cadáveres de los dos enanos a un lado de la botica para la posterior ceremonia del funeral. Los cubrió con una sola sábana y se echó a llorar. Se sentía avergonzada por sus continuos llantos y su debilidad, refugiada en la botica mientras Ben, Elle y el resto de sus amigos arriesgaban sus vidas en las calles, en plena batalla. No era buena luchando, tampoco con la magia. Solo deseaba ayudar a los enfermos, y ni siquiera sentía que servía para eso. No pudo salvar la vida de sus amigos Izzhalf y Derhalf.

—Al principio te afecta mucho. Poco a poco te irás acostumbrando, aunque nunca del todo —dijo el señor Ovraken.

—No creo que me acostumbre.

—Tendrás días mejores y peores, pero, cuando seas médica, lo harás. Por desgracia, al final te acostumbrarás.

—No si son amigos, señor Ovraken.

—No, es cierto. Toma un poco de té, niña. Todavía queda mucha noche y mucho trabajo. Seguirán viniendo heridos —dijo Ezra ofreciéndole una taza humeante.

Todos los que podían tenerse en pie, después de ser curados o vendados, volvían a la batalla. Lyan se sentó un momento junto a Ezra en su mesa camilla.

—Debería haberlos salvado.

—Las heridas eran muy graves. Te aseguro que esos enanos ya estaban muertos antes de entrar aquí —dijo Ovraken.

—Tal vez debería de haber sacado la bala más rápido, o con más cuidado...

—Déjalo ya, Lyan. Lo hiciste bien.

—Los que están vivos te necesitan más que los que han muerto —dijo Ezra.

Lyan asintió. Dio un sorbo a la taza de té pensando en Elle, en Ben y en el resto de sus amigos. Tal vez era el momento de congraciarse con los dioses para que los ayudasen.

—¿Ezra, ha visto usted algo en las cartas?

—Veo sangre, muerte y el fin de la magia.

—Vaya, no tiene muy buena pinta —dijo Lyan.

—No lo tengo claro, depende de quién sea la sangre, a quién visite la muerte y a quién se le acabe la magia —dijo Ezra—. Sin duda, habrá un grupo vencedor y uno vencido, pero todavía no veo quién será cada cual.

—Bobadas, tonterías, majaderías. Estás desbarrando, Ezra. En las guerras todos pierden. Eso lo saben hasta los elfos borrachos.

—No le falta a usted razón —dijo Lyan.

Se acercó a la cama de un mago que deliraba. Agarró su cabeza y le dio de beber agua fresca a sorbos. La sala tenía el hedor de la sangre y la muerte. Lyan abrió la ventana para que entrara el aire fresco y ayudara a combatir la fiebre. Las campanillas anunciaron que alguien acababa de abrir la puerta.

—Lyan, me dijeron que estabas aquí —dijo Rhian al entrar.

Lyan la abrazó fuerte buscando su consuelo. Después Rhian se quitó la capa azul y la dejó doblada sobre una silla.

—Ezra, vieja amiga, ¿cómo te encuentras? ¿Por fin murió el viejo Ovraken?

—Te estoy oyendo, bruja del demonio —dijo Ovraken, que estaba preparando más ungüentos detrás del mostrador.

—Rhian, amiga mía, hace siglos que no te veía. ¿Qué te ha hecho salir de tu escondrijo? —preguntó Ezra abrazándola.

—Se le habrá escapado la escoba —dijo Ovraken.

—No le hagas caso y tómate un té —dijo Ezra.

—Huele a lirio, ¿lo estás usando para las quemaduras? —preguntó Rhian. Tomó asiento en una silla tan pequeña que parecía que estuviera en cuclillas.

—Tú misma me lo enseñaste. Hemos hervido bulbos de lirios con miga de pan y le hemos añadido su polen para hacer cataplasmas para las quemaduras —dijo Ovraken. Rhian escondió su sonrisa tras la taza de té—. Me preocupa más una herida de arma de fuego que tenemos ahí atrás. Hemos podido desinfectar y detener la hemorragia. Es en el abdomen, y no me he atrevido todavía a sacar el proyectil.

—¿Dónde está?

—En la trastienda, ven, te lo enseñaré. —Ovraken corrió a pasitos delante de Rhian.

Durante horas, Rhian operó al paciente con la ayuda de Ovraken y ante la atenta mirada de Lyan. Satisfecha, le pidió a Lyan que terminase de cerrar la herida. Luego revisó uno a uno a todos los heridos. Mejoró algunos de los ungüentos de Ovraken y realizó un par de hechizos para mezclar bien los componentes. Los pacientes se quejaban y lloraban tumbados por toda la botica. Atendían a unos y otros con infusiones para adormecerlos y que pudieran soportar el dolor. Repartían agua fresca y sueros para hidratarlos. Las horas pasaban y apenas había lugar para los heridos que iban llegando desde el campo de batalla en que se había convertido la ciudad de Akwaburgo.

—Lyan, escóndete y no salgas hasta que yo te lo diga. —Ezra se levantó y comenzó a tirar de su brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lyan al entrar a una alacena llena de hierbas y medicación dentro de la trastienda.

—No ocurre, va a ocurrir ahora. —Ezra escondió las runas, las cartas y la bola de cristal en el armario tras ella—. Rápido, entra ahí.

Cerró de un portazo. La puerta tenía unas ranuras de tablas mal colocadas que permitían a Lyan ver la luz de la trastienda y oír las conversaciones. Abrieron la puerta sin llamar. Las campanillas tintinearón. Varios hombres entraron en la botica.

—En nombre del rey estamos buscando a estos muchachos. ¿Los han visto ustedes? —dijo una autoritaria voz de soldado.

—¿De qué se les acusa? ¿Son peligrosos? —preguntó Rhian.

—Sí, señora, muy peligrosos. Se les acusa del asesinato de varios magos, de robo, estafa, desorden público y resistencia a la autoridad.

—No sé si alguno estará por aquí herido. Hemos recogido a quien necesitara nuestra ayuda. Déjeme ver los dibujos. Vaya, qué lástima, parecen muy jóvenes para meterse en esos líos. Deben ser muy estúpidos.

Lyan oía caminar a varios soldados entre las improvisadas camillas.

—Yo creo que no los he visto, pero a mí todos los humanos me parecen iguales —dijo Ovraken—. ¿No quieren llevarse a estos heridos?

—No. Solo tenemos orden de apresar a los muchachos.

—Ya me estoy cansando de cuidar de ellos. Hablaré con lord Tanish Zimmah para que venga a recogerlos cuanto antes.

—Haga lo que quiera, eso ya no es asunto nuestro. Si tuvieran noticias de los muchachos, vivos o muertos, se lo deben comunicar a las autoridades.

—Eso haremos —dijo Rhian.

Ezra volvió a abrir la puerta de la alacena. Lyan estaba inmóvil, aguantando la respiración.

—Tranquila, ya se han ido.

Lyan salió del escondrijo y tomó un par de sorbos de té para entrar en calor y reponerse del susto. Trajeron más heridos. El trabajo la espabiló del todo y disparó su adrenalina. Ovraken preparó brebajes y hechizos mezclando plantas con la ayuda de Rhian. Ezra sacó ropa de cama limpia para improvisar más camillas. Lyan desinfectó, cosió y vendó heridas, untó cataplasmas en varias quemaduras, ayudó a Rhian a extraer una bala del hombro de un mago, lavó gasas y vendas, y cuando ya estaba casi amaneciendo, se quedó dormida en el suelo, con la cabeza apoyada en la pared.

\* \* \*

—Vengo a ver cómo estás —susurró una suave voz en su oído.

Lyan abrió los ojos por el aroma de café recién hecho. Ben sujetaba la taza con una sonrisa y la cara magullada y amoratada. Lyan sonrió.

—Por todos los dioses, tienes un aspecto horrible —dijo Lyan.

—Tú, en cambio, estás guapísima como siempre.

Lyan se levantó y cogió la taza. Se miró en el reflejo de una ventana y descubrió a una mujer cansada, con ropa sencilla y sucia, manchada de sangre, el pelo revuelto y lleno de polvo, ojeras negras, la nariz roja de tanto llorar, y percibió el hedor de la muerte pegado a su piel. Detrás de ella podía ver el reflejo de Ben. La miraba como si fuera la mujer más bella de la Tierra. Lyan, que siempre había estado preocupada por su aspecto físico, frívola y caprichosa con la ropa, perfumes y joyas, nunca se había sentido tan venerada como en ese preciso momento.

—Estoy hecha un desastre —dijo sonrojada.

—Cuando te miro, Lyan, me da igual tu aspecto. Veo la increíble mujer en que te has convertido. Una mujer fuerte y valiente que ha estado toda la noche curando heridos en la pequeña botica de un duende chiflado.

—¿Queréis dejar todos de hablar de mí como si no pudiera oírlos? —gritó Ovraken—. ¡Salid a

la calle a daros arrumacos! Aquí hay gente herida que necesita descansar. Les estáis levantando dolor de cabeza con tanta tontería que decís, ¡estúpidos humanos!

Ben agarró a Lyan de la mano y salieron de la botica. Los disparos y explosiones seguían oyéndose a lo lejos. El panorama era desolador con tantas viviendas destrozadas y manchas de sangre tapizando las calles.

—Hoy he tenido mucho miedo, Lyan —susurró en su oído—, pero no era por morirme. Durante toda la batalla mi único pensamiento era volver a verte, aunque fuera unos minutos, para decirte que estoy loco por ti. Que nunca he conocido, ni jamás conoceré, a nadie como tú.

Lyan lo miró y le acarició la mano. Ben le sujetó la cara. Se acercó lentamente. Esperó para comprobar su reacción, pero ella no se apartó y cerró los ojos. Entonces acercó sus labios a los suyos y los rozó con suavidad. Ella estremeció en sus brazos. Suspiró, abrió sus labios y lo abrazó con fuerza. La besó con intensidad, con la avidez del primero, y como si fuera a ser el último, como si ella fuera su verdadera fuente de energía, como si la quisiera devorar. Lyan pegó su cuerpo al de Ben, que la aferró por la cintura y la atrajo hacia sí. Lyan reaccionó con el mismo deseo. El beso se duró unos minutos, con la intensidad de estar solos el uno para el otro.

## CAPÍTULO 41

### Svet

Svet había conseguido canalizar el suministro de éter hacia la nave de lord Wilson. La Nausavis desplegó sus alas y se elevó sobre el mar hasta detenerse frente al túnel que Groof había abierto en el acantilado del Liceo. Svet conectó la tubería a la nave y durante horas estuvo absorbiendo el éter hasta dejar seco el suministro. Además, habían colocado unos tanques que almacenarían todo el éter que se les ocurriera fabricar en las próximas semanas. La batalla y los derrumbamientos de los túneles habían destrozado el resto de canalizaciones. Durante los próximos meses, los industriales no obtendrían, de ninguna manera, la energía necesaria para hacer funcionar sus fábricas.

Pese a todo, Svet no estaba contento.

—¿Estás bien, Svet? —preguntó lord Wilson.

Se encontraban en la lujosa cabina del capitán, navegando hacia puerto Borthum, donde lord Wilson planeaba esconder la valiosa mercancía. Habían visto restos de la pelea, que aún continuaba, y algunas viviendas de Akwaburgo destruidas.

—Pensaba en la cantidad de gente que ahora va a perder su trabajo. Cuando los industriales se queden sin suministros, y no puedan seguir ganando dinero, despedirán a todos sus trabajadores.

—No te preocupes. Buscaremos una solución para ellos. Tendré que contratar a muchos para transportar la energía a sus hogares.

—Sí, pero el éter no es comestible. Si no puede usted contratarlos a todos, morirán de hambre. De qué les vale tener energía para calentar, si no tienen nada que poner en el puchero.

—Esto es una revolución. Un cambio radical del orden establecido. Nadie inicia algo así si no cree que será para mejor. Montaremos comedores sociales, hospitales, escuelas. No dejaremos que esto se convierta en una tragedia para los inocentes.

Svet se quedó reflexionando las palabras de lord Wilson. Tal vez tuviera razón. Tal vez necesitaban un cambio radical en la estructura social de Akwaburgo, aunque no fuera perfecta.

—Svet, creo que has hecho un gran trabajo.

—Gracias, señor.

—Tal vez, cuando acabe esto, podrías ayudarme con todas esas cosas que debemos hacer.

Svet se quedó callado unos segundos.

—Soy trabajador —dijo al fin—, y honrado.

—Estoy seguro de ello.

—Me gustan las máquinas. Su nave es impresionante. Me gustaría aprender a diseñarlas y fabricarlas.

—Para mí sería un honor que trabajases conmigo mientras acabas tu formación como mago.

—¿Cree usted que saldremos de esta?

—Estoy seguro.

—Sí, seguro. —Svet miró por la ventanilla del Nausavis y pensó que la expresión de su cara



no acompañaba sus palabras.

No tardaron mucho en aterrizar. El aeródromo para recibir a los aviones estaba en el intercambiador, sobre el ferrocarril y junto al puerto. En la parte superior de la estación estaban las pistas de aterrizaje y los hangares para aviones y embarcaciones mixtas, o híbridos. Varios de sus trabajadores se acercaron a la puerta del Nausavis para recibirlos. Svet acompañó a lord Wilson mientras este impartía instrucciones sobre cómo, dónde y de qué manera debían custodiar la mercancía del Nausavis, sin dar demasiadas explicaciones sobre el cargamento.

—Creo que debería ir a ayudar a mis amigos —dijo Svet.

—Sí, eso creo. Solo vengo a dar las últimas órdenes y a recoger esto —dijo al coger una escopeta y un gran cinturón lleno de munición—. ¿Disparas bien?

—No, señor, se me da fatal.

Svet encogió los hombros a modo de disculpa. Así y todo, aceptó la escopeta que le ofreció, aunque no se sentía capaz de disparar a un ser humano. Salieron a pie en dirección al puerto.

—¿Dónde vamos? —preguntó Svet abrazado al arma, preocupado de que se le cayera al suelo mientras corría tras lord Wilson.

—No sé tú, pero yo tengo muchas ganas de tener más que una charla con alguno de nuestros más ilustres habitantes. Veamos a quién encontramos primero, si a Hernán Lope de Taso, o a su nieto Adrián o al joven Marcus Weber.

Svet se arrugó. Siempre le había dado mucho miedo Marcus Weber.

—¿Y dónde cree usted que los podríamos encontrar? —preguntó Svet.

—Veamos. Akwaburgo se encuentra en una de sus peores batallas, estamos en medio de una revolución, y los dragones atacan ambos bandos —dijo pensativo—. En alguna de las tabernas de Akwaburgo emborrachándose. Seguro.

La primera que visitaron fue la del puerto. Lord Wilson abrió la puerta de par en par y se quedó parado proyectando su enorme sombra hacia el interior. El tabernero estaba limpiando el mostrador y varios clientes dormían la borrachera recostados sobre la mesa. Cerró de la puerta sin saludar ni despedirse.

Recorrieron todas las tabernas que encontraron a su paso hasta que llegaron a una calleja donde un grupo de soldados, desde un edificio atacaba el de enfrente. Lord Wilson cogió a Svet de la manga de la camisa y lo obligó a esconderse tras la esquina de una vivienda. Svet no podía ver el enfrentamiento. Lord Wilson preparó su arma y comenzó a disparar al flanco izquierdo y acabó con los incautos soldados que estaban mal resguardados. Esperaron escondidos durante unos minutos, en silencio hasta que se arriesgaron a salir. Caminaron despacio. Lord Wilson, por delante, mantenía la escopeta en posición con el ojo en el punto de mira, moviendo el cañón a izquierda y derecha.

—¡Svet! —gritó Elle y saltó a su encuentro desde un tejado.

—¡Joder, vaya susto me has dado! —dijo Svet agarrándose el pecho.

—Me alegro de verte —dijo Ekôn tras salir por la puerta del edificio—. ¿Pudiste desviar el suministro de éter?

—Sí.

—Bien. —Ekôn le dio palmadas en la espalda.

Tras Ekôn, salieron Héctor Chevalier y sus hombres de seguridad.

—Estamos buscando a Marcus Weber y Adrián Lope de Taso —dijo Svet.

—Fácil, están en Guarida de Súcubos. Allí estaban cuando me marché y allí estarán si vamos ahora —dijo Héctor Chevalier.

—Pues, vamos allá —dijo lord Wilson.

Se dirigieron por las callejuelas en dirección al local de Héctor Chevalier. Sus hombres caminaban tras ellos guardándoles las espaldas.

—Usted no viene mucho por mi local —dijo Héctor a lord Wilson.

—No mucho. Prefiero quedarme leyendo en casa.

El aspecto a la entrada de Guarida de Súcubos y de la casa de citas de madame René era distinto al amanecer. La puerta enorme parecía vieja y sucia y el hermoso dibujo en relieve de la exuberante mujer desnuda con alas de demonio parecía antiguo y decadente. La pared de la vivienda estaba desconchada. El cartel con el nombre del local, sin embargo, tenía mucho mejor aspecto por la mañana. Héctor Chevalier empujó la puerta y el hombre que estaba tras ella dio un paso atrás, inclinando la cabeza. El interior seguía oscuro, solo iluminado por las velas y elegantes farolillos situados en puntos estratégicos de las paredes. Si los clientes no llevaban reloj de bolsillo, era casi imposible saber qué hora era. Héctor Chevalier hizo un gesto a la ninfa para que se retirase.

Pocos clientes quedaban a esa hora, pero Marcus Weber y Adrián Lope de Taso se encontraban en su mesa habitual, con varias copas vacías y una botella de licor de feé verte en el centro. Los miraron con la dificultad propia de una buena borrachera.

—Yo a ti te conozco —dijo ceceando Marcus Weber, que apenas podía señalarla.

—O sí, yo también la he visto antes. Primero en la taberna del puerto y luego aquí; nos sirvió el otro día. Un culo como ese no se me olvida con facilidad —dijo Adrián.

Ekôn y Héctor se adelantaron unos pasos. Elle los detuvo agarrando a cada uno de sus muñecas, y pasó por el medio de ambos. Sacó la daga de su capa negra y la clavó en la mesa. Ambos miraron el arma sorprendidos.

—Vamos a ir al grano. Ya sabemos que secuestrasteis a Zeth y que sois vosotros los que estáis matando a los magos de la ciudad, y colgándolos de postes de madera. No obstante, me gustaría que nos contaseis, de la forma más breve que os permita vuestra borrachera, algunos detalles que se me escapan —dijo Elle. Se quitó la capa y la dobló sobre la silla.

—Por todos los dioses, me pone a cien cuando hace eso —dijo Héctor a Ekôn en el oído.

Svet vio que Ekôn apretaba los puños.

—Muñeca, si te desnudas, podría hacerte confesiones entre las sábanas —dijo Adrián Lope de Taso.

—De verdad que odio hacer esto —dijo Elle. Cogió la daga y se la puso en el cuello—. Adrián, cariño, sé bueno y cuéntanos cómo te metiste en este lío. ¿Quién te dijo a quién debíais escoger de entre todos los magos de la ciudad? ¿Quién te dio los nombres?

Adrián alargó el cuello y Elle apretó el cuchillo, dejando que cayese un hilo de sangre. El joven, que estaba muy bebido, no debía de notar dolor alguno, porque sonreía.

—La garganta no es una zona de vuestra anatomía que los hombres tengáis en buena estima, y no sé por qué —dijo y le recorrió el pecho con el cuchillo, se detuvo la bragueta y apuntó al pene de Adrián.

—¡Cuidado! —dijo Adrián echando el cuerpo hacia atrás.

—Volvemos a intentarlo. ¿Quién te dijo quiénes eran los magos que debíais asesinar?

—Mi abuelo, Hernán Lope de Taso. Mi abuelo nos presentó para que ayudase a Marcus a acabar con la rebelión, y nos proporcionó el listado. Los fuimos atrapando uno a uno, les suministramos el veneno, y cuando por fin morían, los dejábamos colgados. Alguno se nos escapó.

—¡Hijo de puta! —masculló entre dientes lord Wilson.

—Muy bien. Eso está mejor. Otra duda que me surge, ¿lo estáis haciendo vosotros solos o hay alguien más que os ayude? —Elle apretó el cuchillo.

—Marcus había oído en numerosas ocasiones a su padre decir que había que acabar de una vez por todas con los magos rebeldes. Mi abuelo nos presentó. Actuamos nosotros solos. ¡Lo juro! —gritó Adrián.

—Deja ya de soltarle todo. ¡No hables más! —Marcus se levantó de la silla.

—Será cabrón.

Svet se abalanzó sobre Marcus Weber. Le pegó un puñetazo que lo hizo caer de espaldas al suelo, dio un salto, se sentó sobre él y comenzó a golpearlo. Lord Wilson le sujetó los hombros y tiró de él hacia arriba. Svet se sacudía intentando seguir con la paliza.

—¡Ese tío es un cabrón, siempre lo ha sido! —dijo Svet intentando zafarse de las manos de lord Wilson—. Abusaba de las mujeres de la fábrica, insultaba a los trabajadores, golpeaba a los niños, ¿y ahora esto? ¿Mata a un montón de magos y luego nos acusan a nosotros de sus delitos?

—Vaya, Svet, eso no me lo esperaba de ti —dijo Ekôn.

—Bien hecho, Svet —dijo Elle.

—Traed algo para atarlos —dijo Héctor Chevalier.

Sus hombres se marcharon y volvieron cargando unas cuerdas.

—Lleváoslos. Ahora voy yo.

Héctor cogió de la mano a Elle, que tiró el cuchillo al suelo, como asqueada, y se la llevó a la barra del local. Pidió dos copas a Aníbal, su barman. Ekôn los miraba mientras ellos mantenían una conversación.

—Tengo muchas ganas de tener una charla con Hernán Lope de Taso, desde hace mucho tiempo. Vayamos a buscarlo —dijo lord Wilson.

## CAPÍTULO 42

### Ekôn

Puerto Borthum despertaba con la llegada de los barcos, ajenos a las refriegas de la noche en Akwaburgo. Sin embargo, lord Wilson ya había dado orden de cerrar el puerto y no dejar entrar ni salir ningún medio de transporte. Se rumoreaba que un grupo de bribones habían causado desórdenes en la ciudad. Nada que el gobernador, lord Baley, no pudiera solucionar en pocas horas. Los periódicos de la mañana todavía no estaban a la venta. Los primeros trabajadores llegaban a su trabajo.

Ekôn caminaba junto a Elle, mirándola de reojo y sin atreverse a hablarle; Svet y lord Wilson iban delante de ellos en una animada charla. Al menos parecía que Svet había encontrado un mecenas dentro del caos.

—Voy a la oficina para comprobar a qué hora pensaba zarpar el Peirán —dijo lord Wilson.

El Peirán era el barco de Hernán Lope de Taso. La actividad en torno al amarre hacía sospechar que zarparía en breve. Svet acompañó a lord Wilson; Ekôn y Elle esperaron fuera. Elle se sentó en unas cajas de mercancías y balanceaba sus piernas en silencio, vigilando el puerto.

—Pero mira a quien tenemos aquí.

Ekôn, que no perdía de vista a Elle, dirigió su mirada a la voz, y se encontró a su amiga Aby con los brazos en jarras.

—Hola, Aby. —Sonrió y le puso una mano sobre el hombro—. Me alegro mucho de verte. ¿Cómo te van las cosas?

—Pss —dijo encogiendo los hombros—, como siempre.

Aby miró a Elle de arriba abajo.

—¿Y tú qué tal estás? —preguntó Aby.

Elle saltó de las cajas y cogió a Ekôn de la mano y tiró de él.

—Ekôn, vienen a por nosotros. Vámonos —dijo Elle.

Ekôn dio la vuelta y vio un grupo de soldados que corría hacia ellos. Se dio cuenta al instante de que Aby los había delatado.

—¿En serio?

Aby encogió los hombros y miró al suelo mientras hacía un dibujo con la punta de su zapato roto.

—Pero ¿por qué?

Elle seguía tirando de su brazo para que se moviese.

—Me dejaste y no volviste a por mí.

—¿Pero eras mi mejor amiga!

—Está claro que ya no lo soy.

Los soldados seguían avanzando. Ya casi los tenían encima. Elle lo volvió a tirar del brazo y Ekôn comenzó a correr cogiéndola más fuerte de la mano. Miró para atrás y vio que Aby hablaba con ellos y los señalaba.

Elle corría en zigzag, sorteando las cajas de mercancías sin soltar del brazo de Ekôn. En lugar de salir del puerto, o subir a los tejados, corrieron en dirección al Peirán. La próxima salida del corsario había intensificado el trabajo en el muelle donde el barco estaba amarrado. La tripulación, mediante un sistema de poleas, estaba cargando en el Peirán enormes cajas de madera atadas con sogas. Otros transportaban por la pasarela los víveres para la travesía. Varios marineros estaban embarcando con sus pertenencias en hatillos de sencillas telas. En cubierta, ni rastro de los Lope de Taso, que siempre llegaban en el instante preciso de zarpar.

Sentados en el suelo, con la espalda pegada a una de las cajas de mercancía, recuperaron el aliento. Cada uno de ellos miró con discreción a los soldados que acababan de despistar. En el frenesí de la partida del Peirán, nadie reparó en ellos.

—Elle, ¿has vuelto con Héctor Chevalier? —dijo Ekôn con un falso tono de voz de desidia mientras comprobaba la munición de su pistola.

—No creo que este sea un buen momento para hablar de ese tema, Ekôn —dijo asomando la cabeza para verificar si los soldados continuaban buscándolos.

—Puede ser, pero si vamos a morir hoy, me gustaría saberlo.

—No digas eso. Nadie va a morir.

De repente, Elle saltó sobre una caja cubierta por una lona, aprovechando que parte de la tripulación estaba enzarzada en una acalorada discusión. Ekôn, admirado de la capacidad de observación y de sus reflejos, la siguió. La caja era bastante grande para que ambos, agachados, estuvieran a cubierto. Los marineros acabaron la discusión, tras lo cual ataron la caja y la izaron hacia el barco.

—Prepárate —susurró Elle moviendo apenas los labios.

La caja se tambaleó en el aire y dio un fuerte golpe al llegar a cubierta. Se oían voces a su alrededor. Sonidos de marineros desatando los nudos. Elle estaba en guardia, con la pistola en las manos. Ekôn notó que la lona se levantaba a sus pies y con fuerte patada tumbó al hombre que apareció tras ella. Retiraron la lona lo más deprisa que pudieron y se quedaron sobre la caja, espalda contra espalda, apuntando cada uno hacia su lado.

—Si movéis un solo músculo, disparamos. —Un soldado sonrió con sorna y avanzó. Elle lo hirió en la rodilla—. Está bien. Lo repetiré otra vez. Si alguien se mueve, le disparo. ¿Ha quedado claro?

Los hombres, de pie junto al herido, asintieron en silencio. A lo lejos, uno echó a correr hacia la pasarela del barco. Elle le apuntó y cayó herido.

—¡Joder! ¡No quiero haceros daño! ¡Dejad de moveros!

—Yo que vosotros le haría caso —dijo Ekôn.

Aprovecharon las cuerdas para atarlos y luego los bajaron a la bodega para encerrarlos. Subieron a cubierta cuando estuvieron seguros de haberlos dejado bien inmovilizados y amordazados.

—¿Me vas a contestar ahora? —preguntó Ekôn y cogió a Elle de la mano para que se girase y lo mirara.

—¿De verdad crees que es ahora el mejor momento para que hablemos?

—Tal vez no haya otro.

Ekôn le acarició la mano. Elle miró al suelo. Él creyó ver que se sonrojaba. Se acercó y le retiró la melena, que ocultaba parte de su cara. Elle lo miró desafiante.

—No, no voy a volver con él.

Ekôn sonrió sin perder el contacto visual.

—Bien, ya está aclarado —Elle intentó marcharse.

Ekôn la envolvió con sus brazos y sintió que Elle temblaba. Miró su boca, cerró los ojos y la besó demostrándole en ese instante todo lo que sentía y no se atrevía a decirle. Elle intentó resistirse apoyando las manos sobre su pecho. Ekôn dejó que se retirase unos centímetros. Luego agachó un poco su cabeza y apoyó su frente en la de ella. Elle levantó los brazos y le rodeó el cuello. Ekôn se dejó besar.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —la voz áspera de un hombre rompió la magia.

Ekôn hubiera preferido que le dieran un tiro en el corazón antes que separarse de Elle. Miró de reojo y vio a Hernán Lope de Taso acompañado de su hijo Carlos y de su nieta Andrea. La cara de ella era la personificación del desprecio y el desamor.

—¿Dónde están mis hombres? —preguntó Carlos apuntándoles con una pistola.

—Padre, ¡mátalos! —gritó Andrea.

—Cállate.

—Yo que tú no me preocuparía por tus hombres. Tenemos a tu hijo Adrián —dijo Ekôn.

—¿Dónde está?

—Está a salvo. Si nos acompañáis, os llevaremos con él.

Ekôn levantó una mano y con la otra buscó la de Elle y entrelazaron sus dedos.

—Tira el arma.

Lord Wilson había subido al barco y estaba detrás de ellos con Svet. Carlos Lope de Taso se giró, sin dejar de apuntar a Elle y Ekôn, al tiempo que lord Wilson amenazaba a Carlos con arma digna de un diseño de Svet.

—Mátalos, padre —dijo Andrea entre dientes.

Carlos miraba atrás y adelante. No parecía tener muy claro qué hacer.

—Espera, Carlos —dijo el viejo Hernán mientras ponía los dedos encima del arma de su hijo para que la bajase.

Lord Wilson ya estaba encañonando por detrás a Hernán Lope de Taso. Por el tamaño de la escopeta, si disparaba esparciría sus sesos por toda la cubierta. Svet apuntaba a la espalda de Carlos.

—¡Que los mates! —chilló Andrea.

Le quitó la pistola a su padre, dio un par de pasos y disparó.

Ekôn cayó boca abajo.

—No, no, no, no —suplicó Elle de rodillas junto al cuerpo de Ekôn.

Lo giró para ponerlo boca arriba y lo examinó. Tenía sangre en la camisa, como una enorme rosa en el centro del pecho. Emitió un grito desgarrador que puso en vuelo a las gaviotas posadas en el mástil del barco. Saltó sobre Andrea y la golpeó con toda su furia. Carlos intentó socorrer su hija, pero lord Wilson lo golpeó en la nuca y lo dejó desmayado sobre cubierta, Svet disparó a Carlos que, aunque no le dio, se quedó paralizado, momento que Svet aprovechó para ponerle la pistola en la sien.

Elle volvió sobre el cuerpo de Ekôn. Se arrodilló llorando y apoyó la cabeza en su pecho. De repente, Ekôn la envolvió con sus brazos y ella se levantó para mirarlo. Él sonreía. Elle se fijó en su camisa y en la enorme mancha carmesí del pecho, pero porque había caído sobre la sangre derramada por el hombre que Elle había herido en la rodilla. La bala de Andrea solo le había rozado el brazo, apenas tenía un rasguño.

—¡Serás cabrón! —gritó golpeándole el pecho.

Ekôn la tumbó sobre él y giró para ponerla de espaldas al suelo e inmovilizarla con su propio cuerpo. Elle intentaba pegarle, pero él le sujetó las muñecas a ambos lados sobre su cabeza y la besó.

Elle le devolvió el beso.

## CAPÍTULO 43

### Elle

Lord Wilson tenía poder y suficientes hombres en Akwaburgo para que les ayudasen a encerrar a Hernán Lope de Taso, a su hijo Carlos y a su nieta Andrea en algún lugar. Sin embargo, según las leyes de Khonikash, se consideraba secuestro, ya que no disponían de autoridad legal, aunque tuvieran suficientes pruebas de sus delitos.

Los bajaron del barco y los llevaron a las instalaciones del magnate del transporte. Lord Wilson iba a acomodar a sus nuevos invitados y a ponerse en contacto con varios periodistas de la ciudad y de Khaosaequor, la capital del reino, para contar su versión de los hechos e intentar convencer a la corte de los crímenes cometidos por los industriales explicándoles los asesinatos de los magos. Debían inclinar la balanza a su favor antes de que se convirtiera en la palabra de unos contra otros. De todos modos, Elle ya le había entregado a lord Wilson la documentación original que demostraba el contrabando de mercancías, y tenían escondidas varias cajas cuyo contenido usarían como prueba.

Ben y Lyan irían a buscar a lord Phenix, el boticario, para que testificase contra Marcus Weber y Adrián Lope de Taso. Zeth y Zoraya eran los encargados de entrar en el Liceo y detener a Tanish Zimmah, con la ayuda de un puñado de magos que se habían puesto del lado de la revuelta. Daren y Svet se habían propuesto buscar a lord Weber, el industrial textil, al notario y al banquero, acompañados por Bossert, Kafreer y Bestrum, que se habían ofrecido a ayudarlos antes de preparar el funeral de sus hermanos.

Faltaba lo más difícil.

Elle y Ekôn estaban en Guarida de Súcubos con Samuel y Héctor Chevalier. Llevaban un buen rato discutiendo, largo y tendido, sobre la dificultad de atrapar a lord Baley, pero Elle se mostraba inflexible. Estaba segura de que su plan no funcionaría si no conseguían derrocar el poder político de la ciudad, ahora desestabilizado por las revueltas.

—Mi querida Elle —dijo Samuel Chevalier repasando con un dedo el borde de la finísima y elegante copa de cristal en la que había servido vino tinto—. Comprenderás que me has puesto en una situación muy comprometida tras poner patas arriba a Akwaburgo.

—Da igual quien gobierne esta maldita ciudad. Negocios como el tuyo siempre se recuperan. Tu local está siempre repleto, ellos no eran tus únicos clientes.

—Ya, pero comprenderás que me pones en una difícil situación. No debería decantarme por ninguna de las dos partes, y mi hermano ya ha tomado partido ayudándote y encerrando a esos dos en mi casa. —Samuel miró a Héctor, que agachó la cabeza.

—Déjalo, Chevalier. Tienes razón, no tienes por qué involucrarte más. Os digo que puedo ir sola —dijo Elle y se hizo una coleta de caballo para recogerse el pelo, sin dejar de mirar de reojo a Samuel Chevalier.

Por mucho que le atrajera la idea de entrar en la casa del gobernador a hurtadillas y rajarle la garganta para acabar de una vez por todas, le había prometido a Zeth y lord Wilson que lo atraparía y lo mantendría con vida. Y para eso necesitaría toda la ayuda del mundo. No podría



sola, porque estaría rodeado de la seguridad de sus soldados.

—Joder, Elle, que no vas a ir sola —dijo Ekôn y dio un golpe en la mesa—. Al menos irás conmigo.

Héctor se levantó de la silla. Parecía que no había quedado tan claro, como ella creía, que ya no volverían a estar juntos.

—Diga lo que diga Samuel, mis hombres y yo también vamos a acompañarla.

—¿Y qué gano yo con eso? —dijo Samuel Chevalier.

Allí estaba el Samuel Chevalier que Elle conocía, el que buscaba siempre su propio interés y no movía un dedo por nadie.

—¿Qué podrías hacer tú por mí si yo reúno, digamos, un pequeño ejército y hago que te acompañen a buscar al gobernador? —preguntó Samuel Chevalier.

Elle se levantó y fue hacia la barra. Necesitaba unos segundos para pensar y, sin duda, tampoco le vendría mal una copa. El maldito falso conde de Arnaque le estaba poniendo las cosas difíciles, y el tiempo corría en su contra. Cuanto más tardasen en ir, más complicada sería la misión. Elle dio la vuelta a la barra y buscó su licor favorito, hecho con ron, miel y el aroma de flores silvestres. Cogió una copa grande, puso tres hielos y abrió la botella. Los tres miraban callados la parsimonia con que se servía el licor.

—Piénsalo, Chevalier, eres el conde de Arnaque —dijo Elle—. Un noble en una ciudad industrial sin nobles. Se podría decir que ahora mismo eres el hombre más poderoso de la ciudad. Tenemos retenido todo el suministro de éter, lo cual no significa que no lo vayamos a restablecer. Los habitantes necesitan trabajo y los empresarios de otras ciudades del reino vendrán corriendo a establecerse aquí en cuanto se enteren de que la competencia ha desaparecido. Akwaburgo, además de exportar mercancía a todos los reinos cercanos a la capital —prosiguió mientras daba pequeños sorbos a la bebida y volvía a sentarse con ellos—, importa mercancía de todos los reinos cercanos hacia la capital. Lord Wilson estará en deuda contigo.

Elle notó que había dado en el clavo. Samuel Chevalier evitaba sonreír, pero sus ojos brillaban. El toque a su ego, a su bolsillo y la atractiva idea de que un empresario poderoso le debiera un favor, debería ser suficiente.

—No es bastante —contestó y sonrió con malicia—. Tú también me deberás una.

Elle conocía los engranajes de su mente. Estaba segura de lo que estaba pensando. ¿Qué pasaría si el orden social establecido en la ciudad se daba la vuelta? Hasta la fecha, Samuel Chevalier había cuidado de Elle como de un objeto de su propiedad, pero ahora, si los ayudaba, los siete chicos no volverían a sus antiguas vidas. Y aunque Elle era la que menos claro tenía qué hacer con su futuro, Samuel Chevalier no podía dejar pasar la oportunidad de atar sus vidas con un lazo invisible.

—Aceptamos —contestó Ekôn—. Te deberemos una.

—No sabes lo que estás haciendo, Ekôn.

—No podemos hacer esto solos, Elle. Nos matarán si no aceptamos su ayuda.

—Bien dicho, muchacho —dijo Samuel Chevalier cerrando el trato con un apretón de manos—. Perfecto, no se hable más. En marcha.

Tardaron unas horas en reunir a todos los hombres en Guarida de Súcubos. Elle y Ekôn se quedaron solos mientras los hermanos Chevalier recibían, armaban y preparaban a su gente.

Ekôn acercó su silla a la de Elle y le acarició una de sus rodillas.

—No podemos hacerlo sin ellos —susurró.

—Es un hombre muy peligroso. No me gusta ese trato. No sabemos lo que nos va a pedir, ni cuándo.

—Cuando llegue ese momento, ya nos preocuparemos.

Ekôn le dio un suave beso en los labios. Elle sintió que se le aceleraba el pulso. Había notado que su cuerpo se revolucionaba cuando él estaba a su lado, y mantenía una lucha interna de la que ya se había cansado. Ni siquiera estaba segura de sobrevivir a esa locura.

—Todo listo —dijo Samuel Chevalier.

Los dos se levantaron para recoger sus armas. Chevalier sujetó a Elle del brazo y dejó que Ekôn se adelantase.

—Elle, comprendo que tienes todo el derecho del mundo a estar con quien tú quieras.

—Me parece genial que pienses eso.

—Pero mi hermano se volverá loco si te ve con otro hombre.

—No pienso esconderme. Y como tú bien dices, tengo todo el derecho del mundo para estar con quien yo quiera. Lo nuestro se acabó.

Miró a Héctor, bromeaba con Ekôn mientras se repartían las armas.

—¿Y él lo sabe? —preguntó mirando a su hermano.

—Debería saberlo. Fue él quien se marchó con otras mujeres, entiendo que sería porque no deseaba estar conmigo.

—Ya sé qué hace tiempo que no estáis juntos, pero él siempre ha pensado que eres el amor de su vida y que algún día lo perdonarías.

—Chevalier, no te pega nada el papel de alcahueta. ¿Nos acompañas?

—Sabes que no.

—No perdamos más el tiempo —dijo Elle y se marchó en busca de una nueva daga, una pistola y munición.

Los que podían, decidieron seguir a Elle por los tejados y azoteas para no llamar la atención y evitar a los soldados que patrullaban las calles. El resto se dispersó por los alrededores. Llegaron a la residencia del gobernador, en el rico barrio de Reighkei.

Elle trepó sin dificultad la verja del jardín y se escondió tras los primeros setos. Héctor y Ekôn la siguieron. El gigante Lou, poco ágil, se situó frente la cancela de la entrada, en compañía de hombres demasiado grandes para saltar. El resto fue accediendo al jardín por distintos puntos para comprobar la seguridad de la finca.

Elle atravesó el jardín agachada y se escondió en un arbusto para cerciorarse de cuántos soldados custodiaban la entrada. Había dos en la primera puerta, la de la verja, y otros dos en la puerta principal. Otros recorrían en parejas el jardín verificando todo el perímetro de la parcela. La orden que había dado Héctor Chevalier es que Ekôn y él ayudarían a Elle a entrar en la vivienda y a brindarle protección, además de encargarse de los soldados de las puertas y el jardín para facilitar el acceso al resto de los hombres que habían quedado fuera de la propiedad. Cuando hubieran acabado con ellos, entrarían en la vivienda para ayudarlos. Todos sabían lo que debían hacer.

Elle comenzó a trepar por una enredadera de los laterales de la casa y saltó a la terraza del primer piso. No era complicado. Héctor y Ekôn la siguieron sin problemas. Sacó su daga y la introdujo en la puerta de cristal que daba acceso a una de las habitaciones, pero sin resultado. Luego apoyó su cuerpo en la barandilla de la terraza para empujarla con los pies. Tampoco consiguió abrirla.

—Aparta —dijo Héctor y golpeó el cristal, que estalló con un gran estruendo.

—Lo he hecho mil veces y funciona, solo me tenías que dar algo de tiempo —dijo Elle al acceder a la habitación—. Además, habría sido infinitamente más discreta.

Héctor se rio, ya daba igual. Habían empezado los disparos en el jardín y se oían voces de

soldados, tiros y golpes. Elle esperaba que Lou y el resto de hombres ya hubieran podido entrar y que todos estuvieran bien.

No había nadie en la lujosa habitación por la que habían accedido, pero oyeron pasos subiendo las escaleras, por lo que Elle supuso que el gobernador debía de estar en la planta baja. Salieron al pasillo y se encontraron con las caras de dos jóvenes soldados aterrorizados. Héctor no dudó en disparar un tiro en la cabeza a cada uno y continuó su camino saltando sobre ellos.

—No sé si eso era del todo necesario —dijo Ekôn con cara de disgusto mientras intentaba no pisar a los soldados caídos.

Elle los siguió bajando por unas hermosas escaleras. Pensaba que al final de ellas habría más hombres, pero debían de estar demasiado seguros de la capacidad de los soldados, y no reforzaron la seguridad. Se acercó a la puerta de la vivienda y la abrió para que entrara al resto de hombres de Chevalier. Ninguno entró, estaban enzarzados en una pelea en el jardín. Dejó la puerta abierta de par en par y continuó buscando a lord Baley.

Fue fácil seguir el rumor de la conversación. Por el camino encontraron a una doncella que miró extasiada a Héctor y Ekôn. Se sonrojó y asintió cuando este se llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio. Héctor le guiñó un ojo. Elle se maravilló por la eficacia de la respuesta ante dos apuestos hombres armados, ya que la joven hasta les hizo una rápida reverencia y se marchó con rumbo a la cocina.

Entraron en un despacho. El gobernador y otro hombre, que Elle supuso que era su secretario, estaban acompañados de cuatro militares. Desconocía los rangos del ejército de Khonikash, pero no se trataba de soldados rasos, ni por los uniformes, ni por las edades. Elle sospechó que habían dado con la cúpula del ejército y sonrió satisfecha, hasta que todos desenfundaron y les apuntaron.

Se oyó un gran estruendo, la de la enorme jarana de la victoria de un grupo de hombres sin muchos modales.

—¡Estamos aquí! —gritó Héctor Chevalier en dirección a la puerta abierta del despacho.

## CAPÍTULO 44

### Ben

Ben y Lyan ya habían persuadido al atemorizado lord Phelix de la conveniencia de acompañarlos para prestar declaración. No tuvieron que usar la fuerza. El hombre los siguió, llorando y sonándose los mocos, hasta las dependencias que lord Wilson había habilitado para sus invitados, como él los llamaba.

Al enterarse del resto de las misiones de sus amigos, Lyan insistió en ir a la residencia del gobernador lord Baley para ver si Elle se encontraba bien. Ben intentó convencerla explicándole que él podía ir solo, pero ella se negó.

Las puertas de la entrada de la mansión estaban reventadas y abiertas. Frente a la casa, junto a un lujoso vehículo a motor, había dos viejas carretas con rejas que, conociendo a Elle, debía de haber robado a los alguaciles. Se acercaron despacio, con cuidado de no ser vistos, inseguros del resultado de la misión de sus amigos. El jardín estaba cubierto de charcos de sangre sobre los que descansaban varios cadáveres.

Los primeros hombres de Chevalier empezaron a marcharse sonriendo y hablando a voces. Ben cogió a Lyan de la mano para entrar. Lo habían conseguido. También salieron Héctor Chevalier y Ekôn, con un general, un coronel, un comandante y dos tenientes, atados y amordazados. Por último, Elle, junto a algunos hombres de Chevalier, Gund, Enzo Boucher y Blake Droch, se llevaba preso a lord Baley.

Lyan corrió por el jardín, despeinada y con el vestido lleno de sangre, para colgarse al cuello de su amiga y darle un abrazo.

—¿Estás bien? —dijo inspeccionándola.

—Estoy bien. Eres tú la que tiene todo el vestido lleno de sangre —dijo Elle señalándole la falda.

—Me alegro mucho que estéis bien —dijo Ben tras darle unas palmadas en la espalda a Ekôn.

—Yo también me alegro mucho de veros.

Habían destrozado una ciudad, incluyendo la taberna de sus padres, Faena de Faes, habían perdido a varios amigos, robado el suministro de éter de las fábricas y derrocado al gobierno. Y todavía no tenían ni idea de magia. No era una situación ideal, pero Ben se alegraba muchísimo de estar vivo y de haber conocido a Lyan.

Los hombres de Chevalier introdujeron a los presos en las carretas, a empujones y haciendo planes para cuando llegasen a Guarida de Súcubos. Ben reconoció a la peor escoria de la ciudad entre esos hombres, ladrones y asesinos conocidos por todo Akwaburgo, a los que debía estar agradecido por su ayuda. Elle se despidió de varios de ellos con un abrazo, incluso a alguno le dio un beso en la mejilla. Ben sabía que Elle y Lyan venían de ese mundo, pero no pudo evitar sorprenderse del respeto, la familiaridad y el cariño con el que trataba a muchos de ellos.

—Por supuesto que os habéis ganado una copa —gritó Héctor Chevalier. Los hombres jalearon y aplaudieron a su jefe—. Me voy.

Héctor intentó darle un beso a Elle, pero ella lo rechazó. Ekôn dio un paso con el puño

cerrado. Ben intuyó sus intenciones y lo agarró de los brazos. Héctor lo miró extrañado y luego puso mirada de haberlo entendido, con una siniestra sonrisa. Se acercó a Ekôn, que todavía estaba bajo el abrazo de Ben, y le susurró en el oído:

—Elle siempre estará enamorada de mí —dijo Héctor Chevalier.

—Es la segunda vez que veo que intentas besarla contra su voluntad. Me caes bien, Chevalier, pero asegúrate de que la próxima vez ella misma te lo pida, o tendrás problemas —dijo Ekôn, aún agarrado por Ben para que no comenzase una pelea.

—Volverá conmigo, Ekôn.

—Es una mujer tan excepcional, que estoy seguro de que con el tiempo te perdonará. Siempre serás su primer amor. Yo espero convertirme en el último.

Héctor se montó a pelo en su caballo, con la ayuda de uno de sus hombres que le sujetaba las riendas. Miró hacia atrás a Elle y luego a Ekôn, y espoleó con sus botas al animal. Sus hombres lo siguieron en las carretas.

—Hemos quedado todos en la taberna de mis padres —dijo Ben sin estar seguro de lo que había presenciado.

—Vamos —dijo Ekôn y agarró la mano de Elle.

Por el camino hacia Faena de Faes, las chicas iban adelante y Ben y Ekôn se quedaron unos pasos por detrás.

—¿Elle y tú estáis juntos? —preguntó intrigado.

—Eso espero. Nos hemos besado.

—¡Vaya! Me alegro por ti, y por mí... Hice una apuesta con Daren. Yo no estaba muy seguro, pero quiso apostar un montón de monedas a que no podrías conseguirla y no pude resistirme al desafío.

—Más os vale que Elle no se entere u os cortará a ambos la garganta.

—Tienes toda la razón —dijo sonriendo y puso la mano sobre el hombro de su amigo.

Llegaron a la taberna saltando algunos escombros. La calle de Faena de Faes era una de las más dañadas en la revuelta de Akwaburgo. La puerta del local estaba rota y apoyada a un lado de una pared parcialmente derrumbada. Sus padres, no obstante, habían limpiado el interior de la taberna y habían preparado pucheros de todo tipo de sopas para dar de comer gratis a todos los necesitados. Las batallas en su calle habían dañado las viviendas de sus vecinos y más de una cocina.

—¡Ben! —gritó su madre, le dio un fuerte abrazo y un beso—. Pasad, por favor.

—Muchacho, cuánto me alegro de que estés bien —dijo su padre, que también se acercó a abrazarlo—. Por favor, sentaos. Comed algo.

En varias mesas que habían juntado, estaban sentados Rhian, Zoraya, Zeth, y Svet, Daren, Kafreer, Bestrum y Bossert con caras largas tras la reciente pérdida de sus dos hermanos. Había varias jarras de vino y de cerveza distribuidas a lo largo de la mesa, además de cuencos humeantes de sopa. La victoria, sin embargo, no se estaba celebrando.

—¿Dónde está lord Wilson? —preguntó Ben.

—Está muy ocupado dando entrevistas a los periodistas y acomodando a sus invitados, como él dice. Se ha puesto en contacto con la corte. Espero que sea capaz de convencerlos de que somos los buenos —dijo Svet.

—Ya, los buenos —dijo Ben.

Ben no se sentía en absoluto del bando de los buenos. Esperaba no haber herido de gravedad a nadie, o peor aún, haberlo matado. Pero sabía que había muerto mucha gente en la revuelta que habían iniciado.

—Lo siento, Ben, pero era necesario —dijo Zeth.

—Lo sé —contestó sirviéndose un poco de cerveza.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó Lyan.

Zeth dio un trago a su vaso de vino y se limpió la boca con una servilleta.

—Si todo sale bien, convenceremos al rey de que el gobernador es un corrupto, que le robaba y comerciaba con bienes que él mismo había prohibido, y les juzgarán. Además —dijo pensativo y volviendo a beber de su vaso—, a cambio de restablecer el suministro de éter de Akwaburgo, tiene que negociar una reforma de las leyes para que nos permitan a los magos ser libres, casarnos con quienes queramos y fabricar éter o dedicarnos a las tareas que deseemos y en donde queramos, sin la obligación de vivir recluidos en el Liceo.

—¿Y si todo sale mal? —preguntó Lyan.

—Nos juzgarán a nosotros. Seremos acusados de matar a un montón de soldados y de magos en la revuelta. En el mejor de los casos, si es que no nos acusan también de los asesinatos de los magos de Akwaburgo. Creo que para esos delitos el castigo es la muerte —dijo Elle.

—Eso no pasará, lord Wilson es un hombre de recursos con amigos muy poderosos. Él nos ayudará —dijo Svet.

—Pues, no parece una tarea fácil —dijo Ben.

—Sí, pero ha llegado a nuestros oídos que muchos magos de Khaosaequor nos apoyan, algunos con bastante influencia en el rey, y que van a mediar en las negociaciones. Dan por hecho que juzgarán a los industriales y al gobernador por contrabando, y agradecen nuestra intervención —dijo Zeth.

—Eso espero—dijo Ben.

—¿Qué va a pasar con nosotros? En el caso de que no nos juzguen y nos ejecuten y todo eso— preguntó Lyan.

—Ya está en boca de toda la ciudad quiénes sois, quiénes eran vuestros padres y que tenéis poderes. Steven ha tenido que retener a varios periodistas, que pensaban venir a entrevistaros —dijo Rhian.

—¿Quién es Steven? —preguntó Daren.

—Lord Wilson —dijo Svet.

—Ah, vale.

Ben miró a sus padres. Quién mejor para ser tus verdaderos padres que las personas que te han dado cariño toda la vida, pensó. Había oído historias fantásticas de sus padres biológicos y estaba orgulloso de quiénes fueron, pero no por ello dejaba de sentir que sus padres eran esas dos personas, trabajadoras y cariñosas, que lo habían acogido de pequeño y le habían dado cobijo y amor.

—Entonces, si todos saben que somos magos, puede que nos obliguen a entrar en el Liceo —dijo Svet.

—O puede que seamos libres de hacer lo que nos dé la gana y vivir donde queramos. Ahora dependemos de la capacidad negociadora de lord Wilson —dijo Daren.

—Nunca he sido libre —dijo Svet pensativo—, y no vivía en el Liceo. Hay muchas prisiones y en muchos lugares.

—Ahí te doy la razón, Svet —dijo Elle.

—¿Qué vais hacer a partir de ahora? —preguntó Ekôn.

—A mí me gustaría que Rhian me enseñara a sanar a las personas, y todo lo que sabe de hechizos y brebajes para curar enfermedades —dijo Lyan.

—Será un placer. Cuenta con ello.

—A mí entrar en el Liceo y aprender magia. Y tener la libertad de venir a ayudar a mis padres a la taberna cuando quiera y me necesiten —dijo Ben.

—Yo voy a construir naves con lord Wilson, aunque también me gustaría seguir aprendiendo magia —confesó Svet—. Me ha confirmado que me contratará como su ayudante.

Zeth asintió sonriendo.

—Siempre he querido tener un barco y navegar —dijo Ekôn al mirar a Elle—, pero no tengo prisa. Me quedaré con vosotros, allá donde decidáis estar, en el refugio, en el Liceo, me da igual mientras estemos juntos.

Ekôn miró a Elle incitándola a ser la siguiente.

—Tal vez yo soy la que menos segura estoy de lo que quiero en esta vida. Siempre quise marcharme de esta ciudad, pero ahora he comprendido que tengo amigos y que vosotros sois mi familia —dijo y entrelazó con sus dedos la mano de Ekôn—. Por otra parte, he notado algo en mi interior cada vez que convoco la magia. Una energía que me atrae y me corroe las entrañas. Cuanto más la usaba, más la deseaba. Creo que este será un buen lugar para aprender el uso de la magia. Además, ya me conozco casi todas las casas ricas de Akwaburgo. En cuanto maneje mis poderes, los robos serán coser y cantar.

Todos se rieron.

—¿Y tú, Zoraya? —preguntó Lyan.

—Por favor, ayuda, volver, hogar, familia —suplicó Zoraya.

—Por supuesto que te ayudaremos, Zoraya —dijo Elle, que la abrazó y puso su frente junto a la de ella.

—Bonitos deseos —dijo Kafreer.

—Esperamos que se cumplan —deseó Bestrum.

—Buenas batallas y pocas derrotas —dijo Bossert levantando su jarra de cerveza.

—Buenas batallas y pocas derrotas —contestaron todos alzando sus vasos para brindar.

## CAPÍTULO 45

### Zoraya

Se encontraban en una de las pocas playas de arena del rocoso acantilado de Akwaburgo. Estaba oscuro, pero ya amanecía. El cielo se teñía de colores anaranjados que brillaban sobre la superficie azul oscura de un mar que permanecía en una calma inusual para las bravas aguas de Khonikash. Parecía que demostrara su respeto por los dos difuntos.

Las antorchas alumbraban un pequeño barco de vela en el que descansaban los restos de Izzhalf y Derhalf, con ofrendas, alimentos, monedas y sus armas.

Todos los enanos de la ciudad y de los alrededores acudieron al funeral de sus héroes, muertos en la batalla por la liberación de la ciudad, tal y como le llamaban en el boca oreja a la rebelión de Akwaburgo. El maltrato de los industriales y los poderosos a los habitantes había sido tan tremendo, que comenzaron a escucharse leyendas que exageraban el poder de los siete jóvenes magos que los habían liberado, convirtiéndolos en héroes y salvadores del reino.

El joven rey había llegado esa mañana a Akwaburgo con su numeroso séquito, sin haber decidido el destino de los muchachos ante el miedo a una segunda revuelta. Les había enviado una misiva con la esperanza de conocerlos en una recepción y garantizar su seguridad. El rey, además, admitió una reforma de la ley para dotar de mayor libertad a los magos del reino.

Junto a ellos y los enanos, se habían congregado en la playa muchos curiosos, algunos magos y seres de otras especies, amigos y conocidos de los fallecidos.

Zoraya disfrutaba de la sensación de la arena fría bajo sus pies descalzos. Invocó un poco de fuego para calentar su propio cuerpo. Frotó sus brazos con cuidado de no abrir las heridas que habían roto sus tatuajes. Ben, Daren, Svet y Ekôn ayudaron a sus amigos a arrastrar el barco hasta la orilla y se metieron hasta las rodillas en el mar. A Kafreer, Bestrum, Bossert el agua les llegaba a la cintura.

Elle y Lyan se quedaron junto a Zoraya en la arena. Los enanos comenzaron a entonar una oración mientras la pequeña embarcación se movía despacio en busca de la corriente y adentrándose en el mar. Los chicos volvieron a su lado. Ekôn y Ben abrazaron a Elle y Lyan.

Bossert cogió un arco y una flecha, quemó su punta en una de las antorchas y disparó para incendiar a la nave. Las lenguas de fuego avanzaron rápido por la embarcación y provocaron una enorme columna de humo. «Demasiado para una embarcación tan pequeña», pensó Zoraya.

Tras unos minutos de silencio en el que los asistentes contemplaron el ritual, los convocados comenzaron a despedirse mostrando sus respetos a la familia del fallecido.

Se oyeron tambores a lo lejos.

Todo el mundo guardó silencio.

Zoraya, se quedó quieta de espaldas al mar.

Cerró los ojos. Las lágrimas mojaron sus mejillas. Giró su cuerpo hacia el sonido de los tambores. El llanto y la columna de humo le impedían ver el horizonte. De repente, comenzó a reír entre sollozos. Lyan y Elle a su lado la abrazaron, mirando en la misma dirección.

Unas naves de Phöisker aparecieron tras atravesar las cortinas de humo del barco funerario.



Las naves Phöisker, su reino, venían a por ella.  
Por fin podría volver a su hogar.

# Table of Contents

[Elle](#)  
[Lyan](#)  
[Svet](#)  
[Ekôn](#)  
[Ben](#)  
[Daren](#)  
[Zoraya](#)  
[Svet](#)  
[Elle](#)  
[Ekôn](#)  
[Zoraya](#)  
[Daren](#)  
[Lyan](#)  
[Ben](#)  
[Zeth](#)  
[Elle](#)  
[Ben](#)  
[Ekôn](#)  
[Daren](#)  
[Svet](#)  
[Zoraya](#)  
[Lyan](#)  
[Svet](#)  
[Zeth](#)  
[Lyan](#)  
[Zoraya](#)  
[Ben](#)  
[Elle](#)  
[Ekôn](#)  
[Daren](#)  
[Elle](#)  
[Lyan](#)  
[Ekôn](#)  
[Zeth](#)  
[Ben](#)  
[Daren](#)  
[Svet](#)  
[Zoraya](#)  
[Daren](#)  
[Lyan](#)  
[Svet](#)  
[Ekôn](#)  
[Elle](#)

Ben  
Zoraya